UNA COMEDIA DE LA GUERRA FRÍA INTERPRETADA POR...

CAMARADA NIKITA **KRUSCHEV** Y LA BOMBA **ATÓMICA**

CON APARICIONES ESTELARES DE

MARILYN MONROE ★ **FRANK SINATRA** ★ **SHIRLEY MACLAINE** ★ **RICHARD NIXON**

KRUSCHEV SE CABREA

EL ESPERPÉNTICO VIAJE DEL LÍDER SOVIÉTICO A LOS EE.UU.

ESCRITA POR

Peter Carlson

Ant Machado Libros

UNA COMEDIA DE LA GUERRA FRÍA INTERPRETADA POR...

CAMARADA NIKITA
KRUSCHEV
Y
LA BOMBA
ATÓMICA

CON APARICIONES ESTELARES DE

MARILYN **MONROE** ★ FRANK **SINATRA** ★ SHIRLEY **MACLAINE** ★ RICHARD **NIXON**

KRUSCHEV SE CABREA

EL ESPERPÉNTICO VIAJE
DEL LÍDER SOVIÉTICO
A LOS EE.UU.

ESCRITA POR
Peter Carlson

Ann Machado Libros

PAPELES DEL TIEMPO

www.machadolibros.com

KRUSCHEV SE CABREA

EL ESPERPÉNTICO VIAJE DEL LÍDER SOVIÉTICO A LOS EE.UU.

Peter Carlson

Traducción de

Francisco Campillo García

PAPELES DEL TIEMPO

Número 36

Título original: K Blows Top: A cold war comic interlude, Starring Nikita Krushchev, America's Most Unlikely Tourist

© 2009 by Peter Carlson

Through arrangement with the Mendel Media Group LLC of New York

© de la traducción: Francisco Campillo García

© Machado Grupo de Distribución, S.L.

C/ Labradores, 5

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (MADRID)

machadolibros@machadolibros.com

www.machadolibros.com

ISBN: 978-84-9114-290-4

Índice

Prólogo

Primer viaje. La cocina está que arde

Segundo viaje. «Una extravagancia surrealista»

Tercer viaje. A golpe de zapato

Epílogo. «La vida es una broma cósmica»

Agradecimientos

Sobre las fuentes

Dedicado a mis hijas, Emily y Caitlin;

y, por supuesto, una vez más, a Kathy.

Prólogo

Quizá fuera el enorme cabreo que pilló cuando no le permitieron visitar Disneylandia. O quizá fuera la profundidad con la que reflexionó junto a Nixon sobre qué animal producía un excremento más pestilente. O quizá fuera el miedo que tenía a que Camp David fuese en realidad una leprosería. O quizá fuera que tuvo que contemplar la tensa lucha entre las autoridades, que pretendían que él pudiera ocupar el salón de baile del Waldorf- Astoria, y la Asociación Dental Americana, que había reservado con antelación el salón para la misma fecha para celebrar allí su centenario y se negó épicamente a cederlo. O quizá fuera su mítico encuentro con Marilyn Monroe, quien más tarde hablaría de tan mágico evento con su inimitable susurro tan sexy, tan insinuante, confesando: «Me miró como un hombre mira a una mujer».

La verdad es que no estoy seguro de cuál de estos esperpénticos eventos me convirtieron en el más apasionado (¿seré el único?) fan de las peripecias de Nikita Kruschev en América, pero sí que lo estoy de que me sucedió un jueves o un viernes: esto puedo prometerlo. ¿Que cómo estoy tan seguro?

Tengo que remontarme a mediados de los ochenta, cuando trabajaba como corrector de pruebas en la revista People, un oficio que me obligaba a revisar textos a destajo lunes, martes y miércoles, pero que me dejaba bastante libres precisamente los jueves y viernes. En esos dos días pasaba el rato buscando al azar en el archivo de Time-Life, un tesoro compuesto de miles y miles de recortes de prensa, noticias que hablaban de curiosas anécdotas sobre hechos y personas. Solía empezar por traer a mi cabeza algún personaje célebre del pasado reciente, pues Time había sido fundada en 1923, pero alguien cuya vida fuera tan atractiva que me dejara siempre con ganas de saber algo más; después llamaba a documentación y les pedía todo lo que hubiera sobre él. Al cabo de unos minutos aparecía un recadero que arrojaba un cartapacio bien repleto en mi escritorio. Y allí me quedaba yo, escudriñando las vidas de celebridades americanas tan dispares como el gánster John Dillinguer, la líder feminista y anarquista Emma Goldman o el

célebre y poco claro predicador Father Divine. Me lo pasaba muy bien, la verdad.

Un buen día, tras leer en algún lado que al primer ministro soviético Nikita Kruschev le habían prohibido visitar Disneylandia durante su estancia en América en 1959, solicité a los bibliotecarios todo lo que se conservara sobre aquellos días. Unos minutos después me llamó una bibliotecaria: «Mire, lo que hay es enorme –dijo–, ¿seguro que lo quiere todo?»

Yo le respondí unas palabras que son famosas por haber desencadenado como quien no quiere la cosa tantas y tantas desdichadas epopeyas: «Claro, ¿por qué no?»

Enseguida apareció un conserje empujando con esfuerzo un carrito cargado de archivadores llenos a reventar. Los coloqué en el suelo, a lo largo de la pared de mi despacho: más de tres metros. Cogí el primero y lo puse en la mesa, y de inmediato me vi a mí mismo como el conejo que se cuela por el estrecho agujero de la madriguera y cae al extraño e interminable mundo de las maravillas. Para empezar eché un vistazo a los titulares:

KRUSCHEV MONTA EL NÚMERO EN SU LLEGADA

KRUSCHEV BROMEA CON EL WHISKY

KRUSCHEV RECORRE U.S.A.: TODO UN CIRCO AMBULANTE

En especial este me hizo reír:

LAVADO DE ROPA GRATIS PARA KRUSCHEV

En realidad, la mayor parte de los titulares no incluían el nombre «Khrushchev» (así se solía transcribir a la americana). Un apellido así de largo y raro no era fácil de encajar en la brevedad impactante que exige un titular, así que esos tan minusvalorados artistas de la prosa que crean los titulares se pusieron de acuerdo en usar apodos más cortos, como fue el caso de Khrush («Khrush provoca a Hollywood», por poner un ejemplo), o de Khrushy («¡En sus pantallas el show de Khrushy!», por poner otro), o de Niki («Una pregunta saca de quicio a Niki», por poner un tercero). También era muy frecuente que los encargados de los titulares se refirieran al primer secretario del Partido Comunista y presidente del Consejo de Ministros de la URSS simplemente como «K», como si fuera un personaje de Kafka:

K SE ESCAQUEA DE LOS SENADORES

EL SR. K SE PARTE DE RISA

¿ES LA SRA. K QUIEN LLEVA LOS PANTALONES?

VE A K EN LA TELE Y LUEGO ASESINA 2 PERSONAS

Y aquí tenemos el ya famosísimo titular del New York Daily News que inspiró el título de este libro:

PROHIBIDO VISITAR DISNEYLAND,

K SE CABREA

En aquellos dossiers no faltaban fotos que ilustraban las aventuras y desventuras de K por América, fotos que nos hablan de un señor rechoncho que se lo pasaba en grande arrebatándoles las cámaras a los fotógrafos, como si no fuera más que un abuelito inocente con ganas de broma. Cierto, era muy posible que Kruschev hubiera sido el dictador responsable de la muerte de miles de personas, pero también era un tipo guasón incapaz de decepcionar las expectativas de los profesionales del oficio. Como consecuencia de ello las fotos contenidas en los archivadores eran una tras otra auténticos disparates: Kruschev agarrando vivo a un pavo; Kruschev golpeando en la barriga a a otro gordinflón; Kruschev con la boca abierta ante los contoneos de unas bailarinas; Kruschev haciendo como que roba un servilletero guardándoselo en su chaqueta mientras se ríe a sí mismo de su gracia…

El viaje de Kruschev fue, tal y como lo etiquetó el historiador de la Guerra Fría John Lewis Gaddis, una «extravagancia surrealista». Cuando no llevaba más de una hora leyendo los primeros recortes yo ya estaba totalmente enganchado. Durante meses pasé mis jueves y viernes siguiendo las aventuras y desventuras de K mientras duró su periplo desde Washington a Nueva York, a Hollywood, a San Francisco, a Iowa, a Pittsburgh, a Camp David, siempre como elefante en cacharrería allí por donde pasaba.

El viaje fue un recorrido por América lleno de sobresaltos, como las aventuras de Huckleberry Finn, como En el camino, o como la desmadrada serie Las vacaciones de una chiflada familia americana. El líder del mundo comunista decidió darse un paseo por América justo en el ocaso de la década de los cincuenta del pasado siglo, un paseo por la América de las grandes estrellas de cine, del rock and roll, de los coches con alerones, de los barrios residenciales, de la segregación, de las toneladas de misiles en espera, de los refugios y los simulacros de defensa en prevención de un más que posible ataque nuclear. K fue un no-tan-indefenso extraño en un paisaje poblado por políticos gesticulantes, publicistas frenéticos, disidentes irritados, espabiladillos que pasaban por allí con la idea de sacar de todo aquello algún provecho, profetas del anticomunismo y riadas de reporteros ansiosos. A toda esta tribu cabría añadir un personal

tan dispar como Frank Sinatra, Shirley MacLaine, J. Edgar Hoover, Perle Mesta, Richard Nixon, JFK, Lyndon B. Johnson y además un cultivador de maíz con muy mal carácter natural de Iowa llamado Roswell Garst, que pasará a la historia como el único hombre en la tierra que consiguió robar el protagonismo en una escena al mismísimo Nikita Kruschev, que ya era difícil.

El viaje resultó ciertamente muy divertido, pero la diversión nunca dejó de estar oscurecida por la sombra de la bomba atómica, que había hecho de la Guerra Fría la primera vez en la historia en que el ser humano temía seriamente un apocalipsis que podía acabar con la civilización entera. El propio Kruschev se encargaba una y otra vez de recordarlo, ya fuera con sus rabietas casi cómicas o con sus chistes de dudoso gusto: era un hombre decidido y tenía el poder de reducir América a cenizas.

El paso de los días y la lectura de aquellos archivadores llenos de recortes amarillentos hizo que todos los nombres implicados de una manera u otra en el gran tour de Kruschev pasaran a ocupar el primer plano de mi atención y mi tiempo: Nixon, Eisenhower, MacLaine, Henry Cabot Lodge, William Safire, Bob Hope y, por supuesto, Kruschev mismo, cuyas memorias, dictadas en secreto y llegadas bajo mano a Occidente tras su defenestración, eran tan vulgares e indecentes, tan excéntricas y fatuas como su autor.

Pronto me di cuenta que para entender todo lo ocurrido durante la estancia de Kruschev en América no tenía más remedio que remontarme a dos meses antes de su llegada, concretamente al viaje de Nixon a Moscú, donde este y el mandamás ruso de poco acaban en las manos en el legendario «debate de la cocina». Pero también me di cuenta que para comprender y explicar la turné americana del ruso debería viajar también hacia delante, a 1960, cuando Kruschev volvió a Nueva York en otra ocasión. Se trató entonces de un evento que pasaría a la historia por esa escena cumbre, el momento estelar, en que en mitad de su discurso ante la Asamblea General de la ONU el líder soviético se quitó un mocasín y comenzó a dar zapatazos con él sobre la mesa de su escaño.

Así que, sin darme cuenta, la historia de un viaje se alargó hasta convertirse en la historia de tres viajes, cada uno más estrambótico que el precedente. Lo que en un principio era una caprichosa

manera de matar el tiempo había crecido hasta convertirse en una extraña obsesión. Menos mal que encontré pruebas de que no era solo cosa mía. Sentí alivio al comprobar que había otras personas que habían disfrutado tanto como yo con aquella grotesca peripecia.

«En mis casi cuarenta años de oficio, la visita de Kruschev a América fue sin lugar a dudas el acontecimiento más fascinante que me tocó cubrir», escribía Chalmers Roberts, quien realizó la crónica de la misma para el Washington Post dedicándole más tiempo y espacio del que había dedicado a cualquier otro acontecimiento. «Y es que lo tuvo todo: un extraordinario protagonista, un conflicto bélico latente, interés humano, continuos imprevistos. Aquello fue un auténtico desparrame.»

«Las escenas más desternillantes que he contemplado en mi vida en este ya de por sí cómico país fueron las protagonizadas por Nikita Kruschev», escribió el columnista Murray Kempton. «No entiendo cómo ninguno de mis colegas no pensó en escribir un libro; sin duda fue, con mucho, la experiencia más divertida de nuestras vidas. Quizá nadie crea que todo aquello realmente pasó.»

Pues aquí me tienen: yo sí lo creí y yo sí pensé en escribir un libro.

A fin de prepararlo no tuve más remedio que realizar frecuentes visitas furtivas a la Xerox de People, fotocopiando de gorra cientos de artículos, que debía camuflar en resistentes sobres de papel manila. En 1986 abandoné mi puesto en People para trabajar como cronista en el Washington Post. Para mi desgracia aquí no podía disponer de jueves y viernes, algo que dificultó enormemente mi «doctorado» en Kruschev; tanto que no tuve más remedio que almacenar todos los sobres en el sótano de casa. Allí se quedaron sin ni siquiera abrirlos durante años.

Fueron años en que sucedieron cosas como la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética. Al acercarse el cincuenta aniversario del viaje de Kruschev me decidí a sacar aquel montón de papeles polvorientos de mi sótano. Por aquel entonces los antiguos miedos al apocalipsis nuclear ya habían desaparecido, cubriendo así la Guerra Fría de un halo de nostalgia y permitiendo adoptar una cierta actitud de irónica distancia que, sin duda, hacían de las vicisitudes de Kruschev en América algo aún más divertido.

Me enganché de nuevo, retomé mi trabajo. Examiné cuidadosamente las grabaciones del Departamento de Estado: fueron horas y horas contemplando a Kruschev en la pantalla de mi televisor. También me hice con los correspondientes archivos del FBI, que incluían cosas tales como el seguimiento llevado a cabo por la oficina federal a cierto hombre de negocios californiano que se atrevió a regalarle al dictador soviético dos cachorritos de chihuahua. Lo mejor fue la posibilidad de entrevistar a todos los protagonistas, incluyendo al propio hijo de Kruschev, Sergei, quien, además de alimentarme a base de sándwiches de salami y queso, me mostró las películas caseras que él mismo filmó durante aquel largo y peculiar periplo.

Pronto había conseguido reunir material suficiente como para llenar un baúl de los de antes. La verdad es que aquello era solo la historia de un extraño en tierra extraña. El extraño, Kruschev, era un tipo más bien ordinario, barrigón y fofo, picajoso, gruñón, poco seguro de sí mismo y desaforadamente histriónico: solo hace falta que se imaginen a Danny de Vito en el papel protagonista en un biopic sobre la vida de cierto dictador comunista. Y la tierra extraña, los Estados Unidos de América, era un país inmenso, convulso, pendenciero, exuberante , con aires de superioridad, abanderado glorioso de la democracia. mayor gloria, pero también vulgar hasta decir basta.

«¿Hay alguien en este planeta que haya disfrutado tanto como lo ha hecho Kruschev durante estos diez días?», se preguntaba Murray Kempton pocas horas antes de que el dictador soviético se marchara. «Las cosas nunca volverán a ser como antes. Nikita Kruschev regresará a su casa y en un par de días estará de nuevo en su puesto, pero nos echará de menos mientras viva. Se ha dado perfecta cuenta de que no hay en este mundo un lugar tan cachondo como América.»

Primer viaje

La cocina está que arde

1. EL PELO DE LA DEHESA

Preparando su encuentro en el Kremlin con Kruschev, el vicepresidente Nixon se pasó el comienzo del verano de 1959 llenando su cabeza de cantidades de proverbios.

Tan original idea fue cosa de Bob Considine, el famoso columnista. Considine y su patrón, William Randolph Hearst Jr., habían mantenido dos entrevistas, tan largas como caóticas, con Nikita Kruschev. Nixon estaba ansioso por saber qué tal, y les invitó a comer en Washington. Ellos le contaron que el premier soviético era un tipo listo y correoso de lidiar, pero también sorprendentemente divertido.

«Repase algunos proverbios americanos, señor vicepresidente», le aconsejó Considine. «Él tiene un proverbio ruso listo para cualquier ocasión y no solo cree que esos refranes resumen perfectamente sus argumentos, sino que también está convencido de que le harán vencedor en cualquier disputa. Haría bien en prepararse más de una docena, a ser posible de Lincoln, Franklin u otros personajes de esa talla.»

«Pues estoy jodido», dijo Nixon, y tomó nota de la sugerencia en el primer trozo de papel que tenía a mano.

Al igual que los Estados Unidos no podían permitirse el lujo de quedarse atrás en su carrera armamentística con los rusos, Nixon se tomó muy en serio que tampoco él podía quedarse atrás en una competición de refranes. De modo que comenzó a hacerse con un auténtico «arsenal» de aforismos, proverbios y trocitos de sabiduría

popular yanqui. Después, siendo como era un político astuto, se encargó de que toda esta historia de los refranes se filtrara a la prensa.

«Nixon se anticipa a su anfitrión y llena la maleta de refranes», titulaba el New York Times. El Times, «citando fuentes bien informadas», revelaba que «el vicepresidente se ha dedicado a recuperar viejos proverbios y a aprender otros nuevos» para preparar su encuentro con Kruschev, quien era bien conocido por el uso y abuso de refranes de la catadura intelectual del siguiente: «Es tan tonto que si le escupes en el ojo, dirá que le ha caído lluvia del cielo.»

El Daily News, rival feroz y amarillo del Times, utilizaba una página entera para describir la situación bajo un titular en forma de haiku:

NIXON AFILA

VIEJOS PROVERBIOS* PARA

COMPETIR EN REFRANES

CON KHRUSHY

El News, que con frecuencia llenaba por completo su contraportada con una foto en primer plano de un boxeador recibiendo un golpe directo, no pudo resistirse a tratar el caso con una metáfora boxística:

Si hablamos de quién ganaría por puntos en un combate de refranes, Khrushy es el indiscutible campeón del Telón de Acero. Nixon aún no se ha estrenado en ninguna competición más allá de nuestras fronteras, pero se ha venido entrenando para el gran combate desde que Ike decidiera enviarlo de visita a Rusia.

Aunque los entrenadores de Nixon habían decidido mantenerlo en

secreto, ha llegado a nuestros oídos que el vicepresidente recurrirá a sabios proverbios americanos para intentar contrarrestar los ganchos de Kruschev. ¿Será capaz Nixon de responder a sus golpes con el «habla suave pero no olvides llevar un buen garrote» de Teddy Roosevelt?, ¿y si comienza la pelea con más precaución, por ejemplo, con el «nunca hay guerra buena ni paz mala» de Ben Franklin?

El News animaba a Nixon a apropiarse de refranes rusos de toda la vida:

¿Podrían imaginar la cara que pondría Nikita si Nixon le dijera en ruso, por supuesto, que las promesas soviéticas estaban «escritas en el agua»? Podría probar a decir que negociar con los comunistas tiene tanto sentido como «vaciar un cubo vacío en otro cubo lleno de agujeros». Seguro que Kruschev empezaría a tambalearse, y entonces llegaría el momento de noquearlo con un «¿No querías caldo?, ¡toma dos tazas!».

En su despacho de Washington, Nixon no empleaba todo su tiempo en empollar proverbios. Con su característica y obstinada tenacidad, no dejaba tampoco de estudiar todo lo que caía en sus manos referente al premier soviético, repasando cuidadosamente los informes del Departamento de Estado y visitando la oficina de una nueva sección de la CIA (oficina situada, muy estratégicamente, por cierto, encima de una tienda de repuestos para automóviles en uno de los peores barrios de la ciudad), donde podía inspeccionar fotografías que la agencia tomaba secretamente gracias a su avión espía U-2.

Nixon daba por sentado que necesitaba llegar a Moscú con toda la ventaja que pudiera conseguir. El motivo oficial de la misión diplomática era en principio más bien prosaico, pues se trataba de cortar la cinta de una exposición americana en el parque Sokolniki de Moscú, pero el vicepresidente ya tenía en mente concurrir a las

próximas elecciones como aspirante a presidente y era consciente de que sus potenciales votantes valorarían muy mucho cómo él pudiera manejar a Kruschev.

A sus sesenta y cinco años, el dictador soviético era un contrincante astuto e impredecible. Hijo de familia de escasos recursos y nieto de esclavos, Kruschev dejó muy pronto la escuela para ser pastor, luego trabajó en una mina de carbón y después como obrero en una fábrica, para luego unirse al Ejército Rojo, formado a raíz de la revolución bolchevique. Inculto pero muy inteligente, ambicioso y leal hasta la muerte a Stalin, pronto escaló en el aparato del partido. En 1938 Stalin le envió a recorrer Ucrania, tierra en la cual Kruschev desempeñó a la perfección su tarea de implementar sobre el terreno la paranoica política de purgas de su jefe. En septiembre, cuando Hitler y Stalin se repartieron Polonia, Kruschev fue encargado de colectivizar el sector soviético, una operación brutal y despiadada que acabó con la vida de miles de polacos y confinó a otro medio millón en campos de trabajo repartidos por la Unión Soviética. Durante la II Guerra Mundial el general Kruschev sirvió como comisario en el Ejército Rojo, combatiendo a los nazis en Stalingrado, Járkov y Kiev. Tras la guerra pasó a formar parte del grupo de los íntimos de Stalin, con lo que no le quedó más remedio que pasar largar noches en compañía del hombre al que Pravda elogiaba como «líder y ejemplo de los trabajadores del mundo entero» o como «el mayor de los genios de todos los tiempos y naciones». Entre tanto merecido piropo, Stalin, que ya era solo un viejo y loco dictador, no hacía otra cosa que beber sin parar, ver películas del Oeste y escrutar la conducta de sus subordinados en busca del más pequeño signo de traición.

En 1953, a la muerte de Stalin, pronto se desató en su cohorte más cercana la lucha por el poder. Ahí fue donde Kruschev se hizo con el poder absoluto, para luego desterrar a sus rivales a oscuros cargos burocráticos en los lugares más remotos de la Unión. En una sesión a puerta cerrada del XX Congreso del Partido celebrada en 1956 Kruschev hizo lo impensable, pronunciando un discurso que denunciaba sin ambages la brutalidad, paranoia y megalomanía de su antecesor. Despacio, con mucha cautela, Kruschev comenzó a liberalizar y desestalinizar la Unión Soviética, liberando a cientos de miles de prisioneros políticos de los campos de trabajo y

relajando la férrea mordaza que el partido había venido imponiendo a artistas e intelectuales. Pero cuando los húngaros se levantaron en 1957 contra su gobierno comunista, Kruschev aplastó la rebelión con sus tanques y acabó con la vida de 20.000 personas durante la represión que le siguió.

En noviembre de 1958, Kruschev declaró de improviso que Berlín occidental era un «tumor maligno» en la Alemania Oriental comunista y exigió bajo terribles amenazas a las potencias que la ocupaban, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, que abandonaran la ciudad en un plazo de seis meses. En mayo de 1959, es decir, dos meses antes de la visita de Nixon a Moscú, se cumplió el plazo sin que se produjeran incidentes. Pero su ultimátum seguía vigente, y Kruschev parecía estar disfrutando con la grave crisis que él mismo había provocado. «Berlín son los testículos de Occidente. Cada vez que los aprieto, esa gente grita», llegó a decir.

Los excesos verbales eran algo muy típico suyo. Cuando estalló la crisis de Suez en 1956, se burló del premier Anthony Eden: «Me acaban de contar un buen chiste: dicen que está enfermo. ¿Saben qué enfermedad tiene? ¡Se le ha inflamado su canal !», aludiendo a que tenía un trastorno intestinal. Tres años más tarde, no tuvo otra ocurrencia que ridiculizar al prestigioso canciller Adenauer: «Si Adenauer se baja los pantalones y le miran por detrás, verán la Alemania dividida; pero si le miran por delante, verán que es imposible que Alemania se levante.»

En 1958, el senador Hubert Humphrey visitó Moscú y le fue concedida una audiencia con Kruschev, un encuentro que supuestamente debería de durar alrededor de una hora. Pero Humphrey y Kruschev, dos de los políticos más famosos del mundo por su verborrea, acabaron charlando durante ocho horas ininterrumpidamente (honremos aquí y ahora la memoria de Oleg Troyanovski, traductor oficial, y su resignada tarea: descanse en paz). En un momento dado, después de que cada uno se despachara a gusto presumiendo de sus respectivos arsenales de misiles nucleares y sus bombas de hidrógeno, el primer ministro le pidió al senador que señalara en un mapa de los Estados Unidos cuál era el lugar exacto donde vivía. Humphrey puso su dedo índice en

Minneapolis y Kruschev trazó de inmediato con un grueso lápiz azul un círculo alrededor de la ciudad: «Así no olvidaré ordenar a mis hombres que cuando los misiles echen a volar eviten caer cerca de su casa.»

Para los americanos, la frase más famosa de Kruschev fue una declaración que soltó de improviso en una recepción diplomática en 1956: «Les guste o no, la historia está de nuestro lado. Los enterraremos.» Los diplomáticos allí presentes vieron claramente que Kruschev solo estaba repitiendo, aunque con su peculiar tacto, la vieja fe marxista en el triunfo del comunismo. Pero la verdad es que la mayor parte de los ciudadanos de América que leyeron la noticia en la prensa dieron por sentando que Kruschev estaba pensando en una masacre pura y dura.

Cuanto más leía Nixon sobre el líder ruso, más nervioso le ponía la idea de verse con él. El 22 de julio de 1959, justo el día en que estaba fijada la fecha para partir hacia Moscú, el vicepresidente se detuvo algunos minutos en la Casa Blanca para recibir de Eisenhower algunos consejos de última hora. Fue entonces cuando Nixon supo por boca de su presidente una desconcertante noticia: ¡Kruschev iba a venir a América!

Eisenhower confesó a su vicepresidente que había mantenido correspondencia con su rival durante los diez días precedentes; también le dijo que en cierto momento se le había propuesto tal visita y que el líder soviético la había aceptado, aunque precisando, ni corto ni perezoso, que lo que él quería era realizar un periplo de un par de semanas por todo el país. El viaje era todavía cuestión de alto secreto y en secreto se habría de mantener hasta que no se concretaran todos los detalles, de modo que Ike rogó a Nixon que no hablara del mismo, ni siquiera con el propio Kruschev. Nixon se quedó de una pieza. Mientras él había estado quemándose las pestañas preparando el encuentro, estudiando informes y memorizando refranes, Ike y sus estirados chicos del Departamento de Estado habían invitado a Kruschev a América, y… ¡nadie se lo había dicho! Todo un golpe bajo en su ego.

Eisenhower aconsejó a su vicepresidente que hiciera todos los esfuerzos posibles para mantenerse frío, que procurara mantener «una atmósfera cordial, alegre incluso». Pero Nixon tenía otros

planes. Le dijo a su presidente que se proponía enfrentarse al dictador, con la idea de «sondearlo y provocar que sacara a la luz sus verdaderas intenciones». Nixon estaba atrapado en el fango hasta el cuello. En su calidad de vicepresidente, se esperaba de él que siguiera al pie de la letra las instrucciones de Ike y se comportara con Kruschev de la manera más diplomática posible. Pero como candidato a la presidencia se veía obligado a demostrar su fuerza, a dejar constancia de que él era capaz de, como estaba de moda decirlo, «pararles los pies a los rusos».

En su vuelo a Moscú, Nixon pasó toda la noche en vela, dándole vueltas al asunto. Cuando llegó a la embajada americana aún estaba demasiado tenso como para irse a dormir. Tras dar vueltas y más vueltas en la cama un par de horas, se levantó antes del amanecer y deambuló por un mercado moscovita al aire libre. Volvió a la embajada para desayunar. Después se dirigió hacia el Kremlin: le esperaba su particular oportunidad histórica.

Lo acompañaron hasta el despacho de Kruschev. Allí pudo lanzar una primera ojeada a su rival. De pie y tan calvo como un huevo, Kruschev no levantaba del suelo mucho más de metro y medio, pero sin duda su peso andaba por los noventa kilos. Tenía cara redonda, ojos azules y brillantes, una verruga en un moflete, un hueco entre sus paletillas dentales y un enorme barrigón que le hacía parecer a ese ladrón que acaba de robar una sandía y tiene que salir por piernas con el cuerpo del delito debajo de la camiseta.

Algo que Kruschev sostenía en sus regordetas manos llamó la atención de Nixon. Tras unos instantes de duda, se dio cuenta de que se trataba de la maqueta de un Sputnik, el satélite que los soviéticos habían puesto en órbita en 1957 dando con ello a los americanos una buena bofetada en su orgullo. Kruschev clavó los ojos en su invitado, escrutándolo «del mismo modo que lo hace el sastre que calcula las medidas de un traje», tal y como Nixon recordaría más tarde, «o, mejor dicho, del modo en que el circunspecto empleado de una funeraria imagina qué ataúd será el más adecuado para el siguiente cadáver».

Kruschev sonrió amigablemente mientras ambos dignatarios posaban para la prensa. Pero apenas largó a los fotógrafos, emprendió una diatriba sobre las decisiones tan desastrosas que

estaban tomando algunas naciones. Se refería en concreto a una resolución aprobada por el Congreso de los Estados Unidos una semana antes en la que se pedía a los ciudadanos norteamericanos rezar por la liberación de los «pueblos esclavizados» bajo el yugo del bloque soviético. Kruschev dio un duro golpe en la mesa y afirmó que esa resolución era igual a una provocación, a una declaración de guerra.

Como hace cualquier político hábil frente a un votante resentido, Nixon escurrió rápidamente el bulto echándole la culpa al partido rival: dicha resolución había sido cosa de sus enemigos, de la mayoría demócrata del Congreso y no de la administración republicana de Eisenhower. Pero esto no convenció a Kruschev: «Cuando una instancia de poder cualquiera emprende una acción siempre lo hace con un propósito», insistió, «y yo no dejo de preguntarme cuál es el propósito exacto de esta».

En el fondo, lo que los congresistas demócratas se proponían era alardear de su anticomunismo e intentar atraerse el voto de los inmigrantes de la Europa Oriental residentes en América. ¿Pero cómo Nixon podía explicarle eso a Kruschev? «¡El gobierno soviético jamás pensó que su Congreso iba a declararnos la guerra!», gritó Kruschev. «Parece que aunque el senador McCarthy haya muerto su fantasma sigue vivo. Lo sucedido es razón suficiente para que la Unión Soviética no tenga más remedio que cargar su escopeta.»

Al comprobar que había fracasado en su intento de convencer a Kruschev de que la declaración tenía valor meramente simbólico, Nixon echó mano de su arsenal de refranes: «En la Casa Blanca –dijo– tenemos un modo de acabar con las discusiones que parecen no llevar a ningún sitio. En esos casos, el presidente Eisenhower dice: “Si ya hemos golpeado un caballo hasta matarlo, vamos a por otro.” Quizá es lo que deberíamos hacer nosotros.»

A Kruschev, gran experto en proverbios, le encantó: «Sí señor, estoy de acuerdo con su presidente en que no hay que excederse en golpear el mismo caballo.» Pero tampoco pudo resistir al impulso de ser él quien lanzara la última puya: «De cualquier modo, no entiendo cómo su Congreso ha aprobado la declaración en vísperas de una visita de estado tan importante.» Y entonces volvió a atacar

con un proverbio de los suyos: «Me recuerda a eso que tanto decimos aquí los rusos, que no cagues donde comas.» A estas alturas de la entrevista, Kruschev estaba rojo de ira y no dejaba de gruñir. «¡Su resolución apesta!», dijo. «¡Apesta como la mierda fresca, y no hay un olor peor que ese!» Nunca un intérprete lo pasó tan mal como aquel pobre hombre que intentaba encontrar una traducción para ese rejonazo. Independientemente de cuál fuera la versión en inglés que le llegara de aquellos improperios, Nixon mantuvo inalterable su cara de póquer. No en vano, había crecido en una pequeña ciudad en el sur de California y sabía bien que los excrementos del caballo no eran ni mucho menos los peores que podían olerse. «Me temo que el señor secretario general se equivoca. Hay algo que huele peor que la mierda del caballo, ¡la mierda del cerdo!», dijo.

Por un instante dio la impresión de que Kruschev iba a soltar otro improperio, pero no: forzó una sonrisa. «Lleva usted toda la razón», dijo. «Quizá tenga razón en eso de que deberíamos pasar a hablar de otra cosa.»

Las cosas fueron así. Efectivamente, la serie de visitas de estado más surrealista del siglo veinte había comenzado con dos de los hombres más poderosos del planeta discutiendo con agudeza intelectual sobre diferentes tipos de popó animal y sus respectivos olores.

2. DE RONDÓN

Diez días antes de que Nixon llegara a Moscú, Kruschev se tomaba unos días de relax en su lujosa dacha cuando recibió una llamada telefónica de su hombre de confianza, Frol Kozlov, quien a su vez acababa de regresar de Nueva York: «Traigo para ti un mensaje especial de parte del presidente Eisenhower», le dijo. Kozlov fue requerido de inmediato en la casa de campo para entregarle a su camarada-presidente jefe un sobre bien sellado.

«Querido señor primer ministro», comenzaba la carta de Eisenhower, «desde hace algún tiempo llevo considerando la idea

de que sería muy beneficioso celebrar un encuentro informal para intercambiar nuestros respectivos puntos de vista sobre asuntos que nos conciernen a ambos». Kruschev confesaría más adelante: «Yo no podía creer lo que estaba leyendo. Nunca podría imaginar que recibiría una invitación como aquella, ni entonces ni nunca.»

En realidad la carta de Ike no era exactamente una invitación. Era muy breve y deliberadamente muy ambigua, escrita con la idea de complementarla con una explicación verbal que al mismo Kozlov le proporcionó el subsecretario de Estado Robert Murphy. A Murphy le habían dado instrucciones precisas para que dijera a Kozlov que la invitación del presidente tenía letra pequeña: Eisenhower estaría encantado de recibir al líder soviético en Camp David, pero solo si el encuentro entre diplomáticos soviéticos, americanos, británicos y franceses en Ginebra conseguía alcanzar algún acuerdo que desbloqueara la crisis de Berlín que el mismo Kruschev había desencadenado con su ultimátum de 1958. Lo que se supone que Murphy debía decir a Kozlov era que si se llegaba a ese acuerdo en Ginebra, entonces el mandatario americano «estaría encantado de hacer lo necesario» para que Kruschev pudiera realizar ese tour por América que, al parecer, tanto deseaba. Pero, por lo que parece, Robert Murphy no entendió bien las órdenes recibidas y no informó a Kozlov de los «peros» de la susodicha invitación. En efecto, tal y como Kruschev lo entendió, en ella no había letra pequeña.

El presidente soviético estaba entusiasmado. A diferencia de Stalin, un paranoico que raramente salía del Kremlin a no ser que fuera para visitar sus dachas, Kruschev adoraba los viajes. «La vida es corta», dijo en cierta ocasión, «disfrútala, mira todo lo que puedas mirar, oye todo lo que puedas oír, ve donde puedas ir». Y así era. Él había viajado mucho, a China, Reino Unido, Suiza, Yugoslavia, India y Birmania; pero Estados Unidos era… el lugar que de verdad quería conocer. Había leído sobre aquel país durante décadas y ahora estaba ansioso por comprobarlo todo de primera mano. De hecho, había dejado caer descaradamente en varias ocasiones cuánto ansiaba tal invitación y, por supuesto, no tuvo dudas a la hora de aceptar la oferta de su colega. Pero había algo que le preocupaba: ¿Por qué Eisenhower lo había invitado a Camp David y no a la Casa Blanca?, ¿lo estaba insultando?, ¿era un modo sibilino de mostrar desprecio? Y además, ¿qué sitio es ese Camp David?, ¿y

si es una leprosería?, no dejaba de preguntarse.

Más tarde recrearía aquellos días de espera e incertidumbre: «Una de las cosas que me producían cierta desconfianza era algo que recordaba de los tiempos que siguieron a la revolución, cuando se establecieron ciertos contactos con los grupos burgueses, y una delegación soviética fue invitada a mantener una reunión en cierto lugar llamado las islas del Príncipe. Supimos por la prensa que era precisamente a esas islas donde enviaban a morir a los perros callejeros. En otras palabras, que al citarnos allí nos estaban menospreciando. Por aquellos días los capitalistas no perdían la menor ocasión de ofendernos o ponernos en ridículo. Quizá esa fuera la razón por la que temía que ese Camp David fuera un lugar por el estilo, una especie de granja donde se mantenía en cuarentena a personas bajo sospecha de contaminación.»

Determinado a averiguar qué era exactamente ese misterioso lugar le preguntó a su ministro de Exteriores, pero nadie le daba respuesta cierta. También se dirigió al personal de su embajada en Washington. Allí tampoco sabían nada. «Yo no podía dedicar toda mi vida a intentar averiguar qué era Camp David», se quejaría. Él, Kruschev, el hombre que había conseguido hacerse con los planos secretos de la bomba atómica, seguía sin saber nada de cierto sitio al que, dicho sea de paso, la prensa americana hacía referencia, casualmente, casi todos los fines de semana.

Finalmente, la hábil red de espionaje soviética se las apañó para desvelar que Camp David no era más que el lugar oficial de descanso de los presidentes americanos, en las Catoctin Mountains, a las afueras de la capital. En otras palabras, Ike estaba invitando a Kruschev a su «dacha»: el líder soviético estaba encantado. Con este misteriosísimo enigma finalmente resuelto, solo quedaba pendiente una cuestión: Kruschev había aceptado con anterioridad una invitación para visitar Suecia, Noruega y Dinamarca. Cuando le plantearon estos viajes a él le pareció un plan estupendo; pero ahora, con las luces de Broadway prácticamente brillando ante sus ojos, las maravillas de Estocolmo o de Oslo le parecían tan atractivas como un viaje en autobús por el Uzbekistán. Así que Kruschev se vio a sí mismo como una de esas estudiantes que han aceptado acudir al baile de graduación del brazo de un chico que es

poco más que buena persona, pues no les ha salido otra cosa, pero que en el último momento reciben la invitación del tío más bueno del instituto. ¿Cómo romper la cita sin desairar a los escandinavos? Su solución fue quejarse de que estos le habían insultado: bastó que un periódico sueco criticara su inminente visita para que él la cancelara en señal de protesta. «Si me escupen en la cara, ¿por qué he de ir?», dijo a los periodistas.

Después de deshacerse de este último obstáculo, Kruschev finalmente pudo responder a la carta de Eisenhower: «Acepto encantado su invitación para ese encuentro… Y también acepto con enorme placer su amable invitación de realizar un tour por su país. Calculo que mi estancia podría durar de diez a quince días.»

Cuando recibió la carta de Kruschev, Eisenhower se quedó de piedra: ¿qué pasaba con la letra pequeña? En Ginebra parecía no haber progresos; de hecho, los soviéticos se negaban rotundamente a rebajar sus exigencias sobre Berlín, de modo que, al no darse las condiciones necesarias, tampoco había ninguna invitación que Kruschev pudiera aceptar o rechazar. Punto. Ike llamó entonces a Murphy y Douglas Dillon, otro de los subsecretarios de estado, a la Casa Blanca y pidió una explicación: «Aquí alguien lo ha hecho mal», sentenció el presidente. Murphy reconoció que ese alguien había sido él; no había entendido del todo que la buena marcha de las negociaciones de Ginebra era una condición sine qua non para la invitación.

«Decir que estas noticias me molestaron es decir poco», escribió Ike en sus memorias. Hecho una furia, les soltó una bronca de no te menees a los dos diplomáticos. Pero el daño ya estaba hecho y el presidente ya no podía desdecirse sin más de su invitación a Kruschev. Lo quisiera o no –e Ike no lo quería lo más mínimo–, el líder soviético vendría a los Estados Unidos de rondón. Pero la cosa era aún peor: la carta de Kruschev decía explícitamente que le gustaría recorrer el país durante «diez o quince días». ¿Un dictador comunista dando vueltas por América dos semanas?, ¿alguien podría decirme en qué va a acabar todo esto? Todos sabían que Kruschev era absolutamente imprevisible. Tras hablar por primera vez con él en Ginebra en 1955, Ike había compartido con sus más íntimos su sensación de haberse sentado frente a una especie de

«conductor de locomotora completamente borracho». En 1956 Kruschev había visitado Gran Bretaña, donde se enfrentó en un duro debate a grito pelado con algunos líderes del Partido Laborista que habían tenido el atrevimiento de criticar el comunismo. Y luego pasaron cosas raras: mientras nuestro hombre hacía una visita turística por Londres, la agencia británica de espionaje, el MI6, envió a un buceador llamado Lionel Crabb, apodado el Destructor, a inspeccionar la parte oculta del casco del barco que había trasladado a Kruschev desde Rusia; mire usted por dónde a Crabb jamás se le volvió a ver con vida, y su cuerpo apareció decapitado en la orilla del Támesis catorce meses después.

El viaje de Kruschev a América prometía ser, como Ike le dijo eufemísticamente a Murphy y Dillon, «una experiencia de lo más desagradable». Fue al día siguiente de recibir su carta cuando Eisenhower comunicó a Nixon todo lo concerniente a la visita del premier soviético, y el vicepresidente emprendió viaje a Moscú. Aquella «invitación por accidente», como la calificaría después el historiador Michael Beschloss, hizo del viaje ceremonial de Nixon a Rusia algo considerablemente más relevante: el preludio para un encuentro al más alto nivel. Ahora la visita de su vicepresidente preocupaba seriamente al presidente americano. Siendo sinceros, este no había confiado nunca en su por dos veces compañero de campaña. De hecho, en 1956 sopesó la idea de borrar a Nixon de la papeleta de voto. Ike era por naturaleza reacio a los políticos y Nixon era un ejemplo perfecto de esa casta; era el típico político al que gustaba el juego sucio, capaz de meter un dedo en el ojo o clavar el codo en las costillas de su contrincante y, aunque Ike lo había usado con frecuencia como su «asesino a sueldo», nunca se había sentido lo bastante cómodo con su presencia. Ike tenía muy claro que Nixon no era el hombre adecuado para algo que se había convertido en una misión política muy delicada. Quizá no fuera del todo conveniente provocar al oso ruso justo antes de permitirle entrar en USA.

3. AQUÍ EL MÁS TONTO HACE RELOJES

Después de que Nixon y Kruschev sopesaran sesudamente las cualidades de los aromas de los excrementos, ambos subieron a una limusina que los trasladó a la feria.

Al llegar al parque Sokolniki y bajar del coche con sus respectivos intérpretes, los dos mandatarios se vieron rodeados de inmediato por una nube de reporteros y fotógrafos que cubrían la American National Exhibition. Ambos posaron frente a la cúpula geodésica que presidía la muestra, una construcción de techo dorado que aquel atardecer lucía un brillo especial, para luego emprender su paseo por el recinto. Su primera parada fue el estand de RCA, donde había una cámara de televisión en color de última generación y un monitor ideado para que los visitantes pudieran verse a sí mismos en la pantalla. Los dos hombres se detuvieron allí con mucha ceremonia. Se trataba de que grabaran sendos mensajes de salutación oficial. Kruschev, de sesenta y cinco años, vestía un traje gris claro adornado con una ristra de medallas a la altura del corazón y un sombrero de paja de ala ancha. Nixon le sacaba una cabeza; había cumplido por entonces los cuarenta y seis, era una generación más joven, y llevaba un tétrico traje negro y una corbata también oscura. Aunque aún no era mediodía, ya empezaban a ser evidentes los signos de su tremendamente fértil barba, que parecía siempre necesitar más de una pasada al día.

Casi cegado por el molesto resplandor de los focos, Kruschev protegió sus ojos con el sombrero y dio comienzo a su declaración ante las cámaras: «Queremos vivir en paz y amistad con los americanos porque ambos somos los dos países más poderosos del mundo», dijo. «Si vivimos como amigos, otros países aprenderán de nosotros y harán lo mismo. Pero si hay algún país que esté pensando ahora en una guerra, le daremos un tirón de las orejas y le diremos: "¡Ni se te ocurra! La guerra está ahora prohibida." Estamos en una era atómica, cualquier idiota puede empezar una guerra y ni siquiera el hombre más sabio podrá pararla.» Aquello parecía una declaración amistosa en toda regla, pero Kruschev, siendo Kruschev, era incapaz de dejar ahí las cosas.

«¿Desde hace cuánto tiempo existe América?», preguntó allí delante a Nixon, «¿trescientos años quizá?». «Ciento cincuenta», contestó el vicepresidente, quien, por cierto, rebajó la cifra exacta en treinta y

tres años.

«Muy bien, pongamos que América existe desde hace ciento cincuenta años, y todos podemos ver hasta dónde ha llegado», prosiguió Kruschev. «Pues nosotros no tenemos más de cuarenta y dos años de vida, pero estoy seguro de que dentro de otros siete años les habremos alcanzado.» Sonrió levemente, preparándose para asestar su golpe definitivo: «Cuando les alcancemos les adelantaremos, y al pasar les diremos adiós con la mano», sentenció imitando burlón el gesto de un saludo, parecido al que hace un chulo conduciendo un Ferrari al adelantar a una familia que atiborra un seiscientos.

Los rusos allí presentes rieron y le aclamaron, algo que no hizo más que animar a su líder, quien continuó: «Si ustedes quieren, cuando les estemos adelantando podremos parar un momento e invitarles: "¡Vamos, sígannos"!», dijo, mientras le hacía señas a Nixon con un despectivo gesto de gancho con su regordete dedo índice, el mismo gesto que hace un aristócrata para llamar displicentemente al más tonto de sus criados. La multitud volvió a las carcajadas. Aún no había acabado: «Hablando en claro, si ustedes quieren capitalismo, pueden vivir así. Esas son cosas que les afectan a ustedes y a nosotros no nos importan. Eso sí, nos seguirán dando pena.»

Tras toda esta retahíla de insidias y malicias, Kruschev pareció dar comienzo a sus palabras de bienvenida: «Creo, señor vicepresidente, que saldrá muy satisfecho de esta visita», y entonces inesperadamente sacó el tema de la dichosa resolución del Congreso: «Aunque no puedo continuar mi discurso sin decir esto: si ustedes no hubieran tomado esa decisión, una decisión que no estuvo demasiado bien pensada pero que a fin de cuantas su Congreso la aprobó, su viaje sería magnífico. Pero ustedes han decidido desencadenar la tormenta. ¿Era necesario? Solo Dios lo sabe. ¿Qué les ha pasado?, ¿no se dan cuenta de su desatino?, ¿qué clase de locura han cometido?, ¿en qué estaban pensando?»

Por fin cedió el atril a Nixon, que había permanecido allí como un clavo, sonriendo estoicamente mientras escuchaba el estrafalario monólogo de su anfitrión. ¿Sería capaz de superar o al menos igualar aquello? Nixon escogió ignorar los insultos y se atrevió a relatar animadamente cómo le había ido en su excursión de

madrugada por el mercado. Pero Kruschev, dando muestras de la misma ética que tiene un artista de vodevil que sin el más mínimo pudor busca arrebatarle el puesto en la compañía a un colega, no pudo resistirse a quitarle el protagonismo a su colega y siguió montando el numerito: se quitó el sombrero y lo sostuvo tapándose la cara, después se lo volvió a poner en la cabeza; sonreía, hacía muecas y guiños al público, chupando cámara descaradamente, como lo haría Groucho Marx para eclipsar a cualquiera de sus partenaires.

«Solo puedo decir que si esta especie de competición en la que usted pretende adelantarnos es lo mejor que podemos hacer por nuestros conciudadanos y por los ciudadanos de todo el mundo», Nixon prosiguió sin inmutarse, «deberíamos mantener un diálogo abierto sobre ello». Volvió su cara para mirar fijamente a su adversario. «Después de todo –dijo– ustedes no lo saben todo.» En ese instante sonrió pícaro a la cámara, como quien era consciente de haber lanzado un knockout donde más dolía a su adversario.

«Si yo no lo sé todo de ustedes, usted lo único que sabe del comunismo es el miedo que le tiene», Kruschev devolvió el golpe entrando ya de lleno y sin pudor en escena.

Nixon ignoró la interrupción. «Hay muchas cosas en las que van por delante de nosotros», continuó, «por ejemplo, en el desarrollo de los sistemas de propulsión de los cohetes que envían al espacio. Y hay muchas cosas en las que nosotros vamos por delante de ustedes». Entonces señaló a la cámara: «En la televisión en color, por ejemplo.»

«¡No, no, no y no!», gritó Kruschev mientras meneaba su cabeza y movía sus manos en signo de negación totalmente enfebrecido. «Nosotros les superamos en eso también. Somos mejores que ustedes en una cosa y también en la otra.» Acabó despachándose un gesto acompañado de un refrán ruso muy críptico, pero que podríamos entender como «aquí el más tonto hace relojes, por si no lo sabe».

El gentío rio y la cara de Kruschev resplandeció como nunca.

A pesar de todo, Nixon sonrió: «Vaya, usted nunca se da por

vencido.»

«Yo nunca me rindo», dijo Kruschev henchido de orgullo.

«Espere a ver qué tal estas imágenes», continuó Nixon, cuyas palabras sonaban ahora como las de un vendedor de televisores por teletienda. «Hemos de tener una relación mucho más fluida en este campo concreto del que hablamos, en la comunicación. Sería bueno que ustedes tuvieran más presencia en nuestra televisión, y nosotros en la suya.»

«Esa sí es una buena idea», dijo a su vez Kruschev. «Vamos a hacerlo así: que América aparezca ante mi gente; nosotros apareceremos ante la suya.»

Y Nixon: «Por mi parte, le prometo que todo lo que usted diga será fielmente traducido al inglés.»

Y Kruschev: «Lo dudo. Quiero que me dé su palabra de que el pueblo americano escuchará todo lo que he dicho y estoy diciendo ahora mismo ante estas cámaras.»

Ciertamente, había un problema: a diferencia de Kruschev, Nixon no tenía bajo su control personal la parrilla televisiva de su país. No obstante, tenía muy claro que todas las cadenas estarían encantadas de reproducir el debate si se les ofreciera la oportunidad, así que estuvo de acuerdo. Le dio su palabra. «Por la misma regla de tres –añadió–, ¿puedo suponer que todo lo que estoy diciendo será traducido al ruso y escuchado en todos los rincones de su país.»

«Eso está hecho», coincidió Kruschev. Entonces alzó la mano derecha y se dispuso a chocar con su efectismo habitual su palma con la de Nixon. Sonrió de oreja a oreja, como si le hubiera vendido a un pobre ignorante que pasaba por allí la mismísima estatua de la Libertad.

Empujado por las risas de la multitud, Kruschev se animó con otro truco de larga tradición entre los líderes populistas de todo tiempo y lugar: meterse con los abogados. «Sé perfectamente que estoy tratando con un abogado de los buenos», dijo. «Pues bien, yo quiero ser el abogado de mis mineros, quiero que mis mineros del carbón

puedan decir: “Nuestro camarada nunca se da por vencido.”»

«De eso no hay duda», replicó Nixon. «Viendo el modo en que usted maneja la discusión, seguro que podría ser un magnífico abogado. Si usted fuera senador de los Estados Unidos, sin duda le acusarían de filibusterismo.»

El debate por fin acabó, los técnicos de RCA se dispusieron a rebobinar la película para que la vieran los protagonistas. Al ver la repetición, Nixon concluyó que Kruschev le había dado un buen baño. Ya desde el principio había salido dando caña y luego lo había acorralado sin contemplaciones, acabó concluyendo el vicepresidente.

La versión de Nixon no era del todo exacta: Kruschev era un dictador y como todo dictador se sentía libre para decir cuando quisiera todo lo que le viniera en gana sin que nadie le replicara. Pero él, Nixon, era solo un vicepresidente, era un simple chico de los recados, obligado a cumplir a rajatabla las órdenes de su presidente. Ike le había dejado claro que debía contenerse a cualquier precio, mantener una «atmósfera cordial». Pero estaba claro que eso no funcionaba con Kruschev. Nixon se vio a sí mismo como quien intenta pelear con una mano atada a la espalda.

Nixón escribiría más tarde: «Me molió a palos de los pies hasta las cejas. Él siempre estuvo a la ofensiva y yo a la defensiva. Estaba claro que me había ganado a los puntos y por una buena diferencia, de modo que ahora yo tenía la obligación de encontrar la más mínima ocasión para devolverle tal cantidad de golpes.»

Y sí, Nixon encontró esa oportunidad. Pero antes arrastró al premier hacia una máquina de Pepsi.

4. PONGA UNA PEPSI EN SUS MANOS

La idea era que a la feria acudieran tanto Pepsi como Coca- Cola, que compitieran entre ellas y así los soviéticos pudieran ver a qué

sabe –literalmente– una buena pelea a la americana: ¡Coca versus Pepsi!, ¡libertad de elegir! Desgraciadamente, los de Coca-Cola no querían saber nada de los rusos. Y el caso es que tenían buenas razones para ello.

Durante una década las autoridades soviéticas habían estado promoviendo una fuerte campaña de desprestigio contra Coke, hablando de ella como de una bazofia tóxica y quintaesencia destilada del imperialismo yanqui. A lo mejor la compañía podría haberse reído del asunto y no darle más importancia, pero los partidos comunistas de Europa del Este habían obedecido las directrices de Moscú, y con el control absoluto que ejercían sobre sus medios habían repetido como papagayos a sus súbditos las mismas consignas, algo que había sido terrible para las ventas. En el periódico comunista italiano L'Unità podía leerse el titular «Bebe Coca-Cola y muere». Debajo de él figuraba un artículo donde se vertían acusaciones como que la Coca-Cola podía, entre otros efectos terribles, «hacer que el pelo de un niño se volviera blanco en una noche». En Francia, los comunistas denunciaron la «Cocacolonización», y tuvieron un éxito casi absoluto convenciendo a la Francia más xenófoba de que se abstuvieran de beber la diabólica pócima venenosa procedente de USA. Todos estos acontecimientos molestaron enormemente a los ejecutivos de la marca, quienes decidieron no acudir a la feria de Moscú en signo de protesta.

Pero no fue el caso de Pepsi. La Pepsi-Cola Company era por entonces un claro perdedor en la feroz guerra contra Coca-Cola, pero no se daba por vencida, así que aceptó entusiasta el ofrecimiento de ir a Moscú. Estaba previsto que llegara con su estrafalario presidente a la cabeza, Al Steele, que era capaz de vender su refresco con burbujas con la misma convicción y honestidad que una manta de lana a un camello. Famoso igualmente por su habilidad para hacer la pelota a sus superiores, Steel era un vendedor innato, hábil, capaz de, tal y como lo aseguraba uno de sus colegas del consejo, «darle la tabarra a una oveja sorda». Él había sido el padre del tan animoso eslogan «More bounce to the ounce», que con su simpática rima prometía más energía, más vida por botella que su competidora, la botella contorneada de Coca-Cola. Además, Steele viajó a veinte países para

promocionar su producto montando todo tipo de numeritos multimedia en los que utilizó a su mujer, la famosísisma actriz Joan Crawford, como principal reclamo.

En 1959, y como preparación para llevar el show de Pepsi a Moscú, Steele y Crawford se embarcaron en un tour promocional de seis semanas por los Estados Unidos, sin detenerse en ningún lugar más de una noche, elevando hasta el máximo el número de revoluciones por minuto del mundo de la publicidad. Pero esta acabó siendo su última machada: un día después de dar la gira por terminada Steel cayó fulminado de un ataque al corazón.

El difunto dirigente de Pepsi fue sustituido por un abogado soso y mediocre que no mostraba demasiado entusiasmo hacia los planes que Steel tenía para lo de Moscú: ¿Por qué gastar 300.000 dólares repartiendo bebidas gratis en un país donde la Pepsi ni siquiera se vende? Pero de un modo u otro, Donald Kendall, ojito derecho de Steel y jefe de la división internacional de la compañía, se las arregló para convencer a sus jefes de que apoyaran la aventura moscovita.

«Mi única intención», recordaría Kendall más adelante, «era poner una Pepsi en las manos de Kruschev».

Nixon prometió a su amigo Kendall: «No te preocupes, yo lo arreglaré.»

Y Nixon cumplió su promesa. Mientras los dos estadistas daban vueltas por la feria, el vicepresidente se las arregló para llevar a Kruschev hasta el estand donde siete animadas anfitrionas no dejaban de repartir Pepsi en vasos de cartón. El premier cogió uno. Y sí, la marabunta de reporteros y fotógrafos pudo ver claramente lo que Kruschev hizo con ese vaso de veneno capitalista con apariencia de bebida con gas. Se lo llevó a los labios. Bebió un sorbo. Luego otro sorbo. Incluso un tercer sorbo. Por fin hizo público su veredicto: «¡Muy refrescante!»

¿Ha dicho muy refrescante ? Cabe imaginar a los más reputados kremlinólogos poniéndose de inmediato a analizar esas dos palabras. Quién sabe…, quizá ese gesto fuera muy interesante.

En efecto, los expertos en estrategia política bolchevique, quienes se tomaron su tiempo en escudriñar algún mensaje cifrado detrás de las banales palabras de su líder, concluyeron que la observación de Kruschev no era solo una nueva toma de postura del partido sobre la cuestión de los refrescos de cola con burbujas, algo de por sí ya relevante. También eran signo de un giro ideológico de la mayor trascendencia, que bien podía cambiar el curso de las relaciones ruso-americanas. Fue una gran noticia, y el New York Times le sacó mucho juego:

LA COLA SEDUCE A LOS LÍDERES SOVIÉTICOS

PIROPO AL REFRESCO CAPITALISTA.

OJO, PODRÍA SER IMPORTANTE

«Como todos los líderes comunistas, el señor Kruschev tenía la firme convicción de que el refresco de cola era una pérfida invención del diablo capitalista», escribía Harrison Salisbury, el más prestigioso kremlinólogo del Times. «Pero en cuanto probó ese extraño brebaje y vio que le gustaba, pareció mostrarse completamente dispuesto a arrojar por la borda toda la ortodoxia comunista.»

La lección era obvia: «No se trata solo de que esta refrescante pausa simbolice un giro en la propaganda comunista, sino que además confirma una intuición con la que muchos analistas del mundo soviético andaban desde hace tiempo especulando», continuaba Salisbury. «Esa intuición es que el mejor modo de tratar con el señor Kruschev es dejándolo ver y probar cosas, de primera mano, por él mismo. Tales observadores creen que el camino más corto y seguro hacia la solución de los acuciantes problemas entre Rusia y América pasa por dar a Kruschev la oportunidad de ver con sus propios ojos los Estados Unidos, desde los botones de disparo del Mando Aéreo Estratégico en Omaha a una fábrica de cremalleras en Pennsylvania.»

No hay duda de que a Donald Kendall le importaba bastante poco la ciencia de la kremlinología, y sí la publicidad: se quedó impactado al ver la foto que las agencias no paraban de mandar. En ella Nixon y Kruschev daban sorbos a un vaso de Pepsi mientras reían, una imagen que se publicaría en todo el mundo, un anuncio gratuito que valía su peso en oro. Este éxito hizo que Kendall apareciera ante los ojos de los directivos de la empresa, como poco, como un auténtico genio. Efectivamente, poco tiempo después lo elegirían para presidirla.

A comienzos de los setenta, cuando él ya era presidente de Pepsi y su amigo Richard Nixon presidente de los Estados Unidos, ambos llegaron a un acuerdo con el Kremlin que permitía que la cola capitalista, otrora veneno diabólico, finalmente se vendiera en la Unión Soviética. A Kendall le gustaba mucho repetirlo: «Le debo mi éxito a Nixon y al debate de la cocina.»

Tras deleitarse con sus respectivas Pepsis, Nixon y Kruschev anduvieron tranquilamente por el césped moteado de sol, continuando su visita a la gran feria americana. Mientras pasaban por la reproducción de un supermercado americano que los organizadores habían instalado a toda prisa, Nixon decidió que era el momento de impresionar al premier con una historia de su infancia.

«Quizá le interese saber», comenzó, «que mi padre era dueño de una pequeña tienda de comestibles en California, y que todos los chicos Nixon trabajábamos en ella al tiempo que íbamos al colegio».

Aquello era, sin lugar a dudas, una variación de esa argucia tan clásica como elemental de la oratoria política mundial que en América se conocía como táctica de la «Cabin Gambit» («Choza de madera»), mediante la cual el orador hace gala de sus orígenes humildes y de cómo ha ido escalando en la jerarquía social a base de un trabajo duro y tenaz. El recurso a la choza era popular en América al menos desde la campaña conocida como «Cabaña de madera y sidra amarga» de 1840, en la que un aristócrata de Virginia llamado William Henry Harrison fue elegido presidente después de haber pregonado a los cuatro vientos un falso pasado como esforzado y sufrido pionero en las remotas tierras de una América todavía sin colonizar.

A Kruschev no le impresionó lo más mínimo. Él, un antiguo pastor y minero del carbón, no pensó ni por un momento que pasar la infancia echando una mano en el negocio familiar fuera cosa del otro mundo. «Todos los tenderos son unos ladrones», le dijo a Nixon con un gruñido de desprecio.

5. LA COCINA ESTÁ QUE ARDE

Cuando William Safire vio cómo Nixon y Kruschev se dirigían hacia él secundados por la manada de periodistas y fotógrafos, de repente le vino a la cabeza una brillante idea.

A pesar de su juventud, Safire era un joven relaciones públicas de Nueva York ya con muchas tablas. Se encontraba en Moscú representando a All-State Properties, una constructora que había levantado en la feria un ejemplo del típico adosado americano. Safire vio al instante que debía conseguir a cualquier precio que los dos dignatarios entraran en la casa. Enganchó el extremo de una cadena al parachoques trasero de un Jeep y el otro extremo a la verja situada frente a la casa. Se subió de un salto al coche, pisó a fondo el acelerador y arrancó de cuajo la valla. Mediante ese improvisado acto de vandalismo el audaz vendedor no pretendía otra cosa que hacer la entrada de la casa más accesible a todo aquel gentío que se aproximaba.

«¡Vengan a visitar la típica casa americana!», empezó a gritar Safire, con la fe puesta en que aquel rebaño que erraba sin rumbo fijo obedecería al primer vozarrón autoritario que oyera. No se equivocó. Nixon encaminó hacia allí a Kruschev y ambos entraron en la casa tras sortear la verja vencida en el suelo. La prensa les seguía peleándose con buenas y malas artes por estar lo más cerca posible de ellos, que ahora avanzaban por el pequeño sendero que llevaba justo a la entrada de la casa. En ese mismo instante, Safire ordenó a la azafata que hiciera entrar a un grupo de rusos que esperaban en la puerta de atrás, allí, en general, por si pasaba algo. El ambicioso vendedor de casas imaginó el escenario perfecto: manada de periodistas en un lado, manada de rusos despistados en

el otro y los dos políticos atrapados en medio. Si lo conseguía, bien podría presumir de que tenía a Kruschev y Nixon encerrados en su casa.

Nixon cogió a su colega del brazo y lo acompañó por el sendero hasta la puerta y luego a la cocina, pintada de un amarillo muy luminoso. «Quiero que usted vea esta cocina», dijo, «en todas las casas de California hay una igual».

Safire no se lo podía creer. Estaba viviendo el sueño de todo relaciones públicas: el vicepresidente de los Estados Unidos estaba vendiéndole el producto mientras docenas de periodistas daban fe de cada palabra y disparaban a cada escena. Harrison Salisbury, del New York Times, quiso saltar por encima de la barandilla que protegía el acceso a la cocina para ver de frente el show. Un policía soviético quiso largarlo de allí, pero Safire mintió asegurando al agente que Salisbury era precisamente el técnico encargado del funcionamiento de la nevera. Una pequeña mentirijilla, pero era conveniente contar con aquel periodista: Salisbury había sido corresponsal en la Unión Soviética durante un cuarto de siglo y en 1955 su serie de catorce entregas sobre la vida en aquel país ganó el Pulitzer, hecho que empujó al Worker, el periódico comunista americano, a publicar a su vez una serie de doce artículos atacando a Salisbury, lo cual, por último, llevó al FBI a abrir un expediente a Salisbury basándose en que Worker había hecho algunos «comentarios favorables» de su trabajo. Salisbury tuvo que permanecer agachado ante Kruschev y Nixon, tomando apuntes a toda prisa mientras ellos debatían sobre las implicaciones ideológicas de los electrodomésticos.

Nixon señaló la lavadora: «Este es el modelo más reciente. De él se fabrican miles y miles cada semana, listos para su instalación en todos los hogares.»

Kruschev: «Nosotros las tenemos también.»

Nixon: «En nuestro país pretendemos hacer más fácil la vida de las amas de casa.»

Kruschev: «Aquí no tenemos esos prejuicios capitalistas hacia las mujeres.»

Nixon: «En mi opinión, preocuparse por el bienestar de la mujer es algo universal.»

Mientras ambos políticos debatían y Salisbury tomaba nota como buenamente podía, un fotógrafo de la Associated Press que buscaba el mejor ángulo desde el que disparar su cámara intentó colarse en la cocina. El policía soviético lo detuvo en seco, de modo que el afanoso fotógrafo lanzó su cámara a Salisbury; este la cogió, tiró la foto a los dos ilustres hombres y se la devolvió. «¿No te has dado cuenta de que tenías la mano sobre el objetivo, idiota?» Volvió a poner a punto la máquina y volvió a pasársela a Safiro, quien lo intentó de nuevo: apuntó con la cámara, esperó el momento propicio, apretó el disparador y le devolvió el trasto a su amigo. La cosa por poco acaba mal: en el vuelo de vuelta camino a las manos de su propietario el artefacto estuvo a punto de golpear a Kruschev en su enorme cabezón calvo.

Al día siguiente, la foto apareció en los periódicos de todo el mundo. En ella un circunspecto Nixon gesticulaba enérgicamente con su mano derecha mientras un aparentemente aburrido Kruschev miraba fijamente una lavadora sobre la cual habían colocado un paquete del famoso detergente americano SOS. En un segundo plano, con sus ojos cerrados, podía identificarse a un oscuro burócrata del partido llamado Leonidas Breznev, quien se haría famoso apenas cinco años después al liderar el golpe de mano que acabaría con el poder de Kruschev.

Nixon continuó parloteando y parloteando sobre las bondades de las nuevas casas adosadas destinadas a los barrios residenciales. Se vendían baratas, a unos 14.000 dólares, le dijo a Kruschev, un precio asequible para las clases trabajadoras. «Nuestros trabajadores del acero están en huelga, como usted sabe», le dijo, «pero la realidad es que cualquiera de esos hombres podría comprarse perfectamente una de estas casas. Ganan tres dólares la hora. Por la casa pagarían una hipoteca de veinticinco a treinta años de solo cien dólares al mes».

«Nosotros también tenemos trabajadores del acero y campesinos que pueden permitirse perfectamente pagar 14.000 dólares por una casa», respondió Kruschev, aunque pareció decirlo sin estar demasiado convencido de que fuera cierto. Genéticamente incapaz

de encajar un solo golpe, Kruschev se sintió en la obligación de defender sus electrodomésticos. No importa que para ello tuviera que falsear, poco o mucho, la verdad de las cosas. «Usted cree que el pueblo ruso se queda con la boca abierta al ver todo esto, pero la realidad es que las casas rusas de nueva construcción disponen ya de todo este aparataje. Además, aquí lo único que hay que hacer para tener una casa es ser ruso, y basta. Si yo he nacido en la Unión Soviética, tengo derecho a una casa, así de simple. En América, si no tienes un céntimo, el único derecho que tienes es dormir en la calle. ¡Y ustedes aún siguen hablando de los esclavos del comunismo!»

Nixon esquivó el golpe con un cumplido: «Valoro la capacidad de organización y el dinamismo del pueblo ruso.»

Kruschev rechazó el piropo: «Una cosa es que te digan que eres dinámico y otra es que ustedes se den cuenta de una vez de que aquí no hay ningún tonto, ¿eh?»

«Si usted estuviera en nuestro senado le llamaríamos “filibustero”», respondió entonces Nixon. «No para de hablar y hablar y no admite que nadie más hable. En nuestro país, la discrepancia, el derecho a elegir, el mero hecho de que tengamos a miles de constructoras distintas que levantan miles de casas distintas, es lo más importante. En nuestro país no hay nadie arriba que decida por nosotros.»

A Kruschev le faltó tiempo para responder que en Rusia también se respetaba la diferencia, aunque para ello tuviera que hacer una broma a costa de su ayudante, Anastas Mikoyan. «¿Ve usted? Aquí a Mikoyan le gusta la sopa con mucho picante; a mí no. Pero esto no quiere decir que no nos llevemos bien.»

«¿No cree que es mejor –volvió a intentar cambiar de tercio Nixon– competir en las lavadoras que en los misiles?, ¿los misiles es en lo único que ustedes quieren competir?»

«No, no, por supuesto que a nosotros también nos gustaría competir en este otro tipo de cosas», contestó Kruschev, «pero sus generales se empeñan: “Compitamos en cohetes; somos más fuertes y podemos daros una buena paliza.” Pero en esto nosotros también

podemos darles más de una lección.»

Al escuchar la traducción de la última apostilla, Nixon vio claramente que había llegado la hora de vengarse de la paliza que había recibido en el improvisado de TV: quizás ahora pudiera al menos lanzar algún contragolpe. Y lo hizo. Con su dedo apuntó con agresividad justo al pecho de su contrincante y un flash resplandeció en ese mismo instante. Esa era la imagen que Nixon buscaba: «Mire, ustedes son fuertes y nosotros también. En algunas cosas ustedes lo son más y en otras lo somos nosotros… Ninguno de los dos debería usar esa fuerza para llevar al otro a una situación que parezca un ultimátum. En estos tiempos eso no tiene sentido. Cuando se habla de armas modernas, no hay diferencia que valga. Si hay guerra, habrá guerra para los dos.»

Ahora Kruschev sonrió ligeramente intentando ser conciliador: «Si todos, y digo todos, los americanos piensan como usted, ¿cómo no voy a estar de acuerdo? Eso es también lo que nosotros queremos.»

Pero Nixon quiso dejar las cosas más claras, y continuó: «Espero que el señor primer ministro haya entendido bien todo lo que acabo de decir. Cuando ustedes colocan a una de nuestras dos poderosas naciones en una situación en la que no hay más opciones que obedecer sin rechistar o declarar la guerra, están jugando con la amenaza más destructiva que existe en el planeta.» Todos los presentes entendieron a la perfección que Nixon se estaba refiriendo a la amenaza de Kruschev de borrar Berlín Occidental del mapa. «Cuando alguien se sienta en una mesa a negociar no se puede decir "o esto o nada". Ninguna de las partes tiene derecho a lanzar un ultimátum a la otra.»

«¿Quién está aquí lanzando un ultimátum a nadie?»

«De eso podemos hablar más tarde, si quiere.»

«¿Y por qué no ahora, aquí, delante de toda esta gente que nos oye? Que sus amigos los corresponsales comparen nuestras miradas y vean quién de los dos es el filibustero. Usted habla mucho de mandar y obedecer. Nuestro país no ha sido nunca tierra de ordeno y mando.»

«Me refería a cuestiones de alcance más internacional.»

«Pues a mí me suena a amenaza», dijo Kruschev, que también había empezado a martillear hostilmente con su dedo a Nixon. «Nosotros también somos grandes. Usted pretende amenazar y nosotros responderemos a las amenazas con amenazas.»

«No es eso lo que pretendo, presidente. Nosotros nunca andamos con amenazas.»

«Usted me estaba amenazando indirectamente. Pero aquí tenemos con qué amenazar también.»

Lo de Nixon y Kruschev era una auténtica pelea de adolescentes en el patio de un colegio. La cosa podía haber sido divertida a no ser por el hecho de que aquellos dos hombres representaban a países lo suficientemente armados como para reducir a cenizas el mundo entero. A algunos pasos de distancia el embajador americano, Llewellyn «Tommy» Thompson, y el hermano del presidente, Milton Eisenhower, contemplaban horrorizados la escena, preguntándose, como escribiría el Times al día siguiente, «por qué alguien no acababa con este bochornoso espectáculo».

Por un instante los dos boxeadores parecieron llegar a la misma conclusión y comenzaron como por arte de magia a ofrecerse ramas de olivo.

«Buscamos la paz y la amistad con todos los pueblos, y en especial con América», dijo Kruschev.

«También nosotros queremos la paz», replicó Nixon. Puso su brazo en el hombro de su ahora amigo. «Me temo que no he sido lo que se dice un buen anfitrión.»

Kruschev sonrió y volvió sus ojos a la azafata, prototipo asustado de la perfecta anfitriona americana: «Agradezco a la señora de la casa que nos haya dejado usar su cocina para esta pequeña discusión.»

El que pronto se haría famoso como «debate de la cocina» había terminado. Los púgiles se evaporaron llevando a la prensa consigo. Y allí se quedó Safire, solo en su cocina. Cogió una cerveza del

frigorífico y se sentó con el propósito de reflexionar sobre todo aquello de lo que había sido causante y testigo de primera mano. Nadie había visto todavía las imágenes de la bronca en plató de la CBS, pero él tenía claro que Kruschev había barrido. Pero ahora, pensó, Nixon había estado increíble. El vicepresidente se había dado cuenta de que tenía una segunda oportunidad y la había sabido aprovechar, venciendo claramente el segundo asalto. Y también ahora Safire tenía claro su sueño: algún día trabajaría para Nixon. Y así fue: diez años después redactaba sus discursos en la Casa Blanca.

Pero eso sería, si lo era, en el futuro. Ahora, allí estaba él, sentado en la cocina. Alzó su botella en solitario, brindando por Richard Nixon y, nunca mejor dicho, saboreó el triunfo, y… «¡Puaj, qué asco!» Aquello sabía a escupitajo: ¡Maldita sea!, ¡Safire había olvidado enchufar la nevera!

6. ¿QUÉ EL «SUEÑO AMERICANO»?

Una vez fuera del adosado-piloto, Nikita Kruschev hizo lo que todos los políticos rusos hacen cuando les llega la hora de visitar una feria: saludos a la multitud, efusivos apretones de manos, palmadas y más palmadas en la espalda y besos sonoros en las mejillas.

Él era un experto increíble en el tan político arte de estrechar manos, algo digno de reseñar si se tiene en cuenta que ascendió al poder haciéndole la rosca a Stalin, así de claro, sin importarle si el tal Stalin estaba torturando o aniquilando a la chusma proletaria. El premier soviético era un político nato con sonrisa de Santa Claus y locura por dar un buen achuchón a todo el que se le cruzara por delante. La historia cuenta que cuando durante su paseo por la feria se encontró a una obrera rusa de considerable altura y hueso recio que le saludaba, él corrió a abrazarla como lo hace un oso y así la mantuvo en alto durante un rato para que los fotógrafos pudieran sacarle una buena foto. Después agarró a una bella compatriota pelirroja y, todavía con la dichosa resolución del Congreso americano sobre los pueblos esclavizados en la cabeza, le preguntó a Nixon: «Dígame, ¿le parece esto una esclava?»

Por supuesto, todos los rusos presentes le rieron la gracia sin pensárselo. Kruschev les parecía, sin duda, la versión cariñosa y maja de Stalin, un personaje este que, como es bien sabido, era tan distante y vengativo como el mismísimo Dios veterotestamentario. Tras ver al premier soviético en acción, los reporteros americanos empezaron a compararle con las campañas políticas de su país famosas por el infatigable colegueo de sus protagonistas: Harry Truman, Huey Long, Fiorello La Guardia.

Durante el resto de la tarde Nixon y Kruschev continuaron con su visita a la feria, que resultó ser una auténtica horterada multimedia y que se completaba con una exposición de arte, con dos películas creadas especialmente para el evento (por cierto, con Marilyn Monroe como protagonista de una de ellas), con la célebre muestra de fotografía de Edward Steichen titulada Family Men y, por último, con un «encuentro» con la descomunal catedralicia computadora RAMAC 305 de IBM, un engendro programado para responder a 4.000 preguntas sobre los Estados Unidos. El género de las preguntas previstas oscilaba entre cuál era el precio de un paquete de tabaco a dónde se encontraba la campana de la Libertad:

P: ¿Qué entendemos por Sueño Americano?

R: Que todos los hombres son libres de buscar y exigir una vida mejor, con libertad de creencias, de pensamientos, de reunión, de expresión y tienen derecho a educación y sufragio universales.

P: ¿Qué hay en el armario de una mujer americana normal, con ingresos medios?

R: Abrigo de invierno, chaqueta de verano, impermeable, cinco vestidos para estar por casa, cuatro vestidos «elegantes» para la tarde, tres trajes, tres faldas, seis blusas, tres jerséis, seis bragas (sic) , dos combinaciones, ocho pantis, dos fajas, dos batines, seis pares de calcetines de nylon, dos pares de calcetas para deporte, tres pares de guantes de vestir, un traje de baño, tres pares de shorts, un pantalón de chándal, un peto, y los accesorios correspondientes.

Esta larga lista de bienes de consumo encajaba a las mil maravillas con el resto de la muestra, que incluía, gracias a la desinteresada donación de 795 empresas americanas, una gigantesca colección de esos bibelots y gadgets de todo género que caracterizan lo que el economista John Kenneth Galbraith había llamado recientemente la «sociedad opulenta». Allí había un auténtico despliegue de cacharros y utensilios de cocina adornados de plástico multicolor. Allí había una flota de coches made-in-USA, modelos de 1959, muchos de ellos acabados con relucientes detalles inútiles y unos alerones curvados que les hacían parecer los aviones de una peli de ciencia-ficción de presupuesto más bien cutre. Y allí había también un supermercado hasta los topes de conservas, de bastoncitos para los oídos, de golosinas y de productos congelados empaquetados en cajas de colores que no dejaban de provocar en los numerosos nativos que pasaban a su lado la tentación de «expropiarlos en nombre del pueblo».

La prensa ridiculizó la feria por su claro mercantilismo: «Qué es esto?», preguntaba Isveztia, «¿la exhibición de las bondades de un gran país o la filial de un gran almacén?».

Había una buena razón para todo aquel desparrame de abundancia: se trataba de una poderosa operación de propaganda destinada a un país donde los bienes de consumo más elementales eran escasos y de pésima calidad. El concepto que se escondía tras todo aquello había sido perfectamente resumido años atrás por Bruce Barton, el famoso publicista y también antiguo miembro del Congreso que para combatir el comunismo propuso la siguiente estrategia: «Denle a cada ruso una copia del último catálogo de Sears y luego la dirección de la tienda outlet de Sears más próxima.» Efectivamente, toda aquella feria o exhibición americana era en realidad montar una tienda outlet de Sears en pleno Moscú con la esperanza de que los rusos chorrearan baba al contemplar las bondades del capitalismo. Sears eran unos grandes almacenes que vendían barato, y sus outlet lo hacían más barato aún.

Algunos escépticos le sacaron punta a la ocurrencia de identificar América con mercantilismo. El historiador Arthur Schlesinger Jr. se quejó de que los Estados Unidos intentaban combatir el

«materialismo ateo» comunista con la «religión materialista». Adlai Stevenson, el candidato demócrata dos veces derrotado por Eisenhower, planteó una cuestión como mínimo inquietante: «Con el supermercado como nuestro templo y los jingles comerciales como himnos de fe, ¿no acabaremos ensuciando el mundo con un panorama vergonzante de los encomiables propósitos del modo de vida americano?»

Esa tarde el premier soviético se paseó por la feria mostrando tanta frialdad como lengua viperina. Cuando el vicepresidente le mostró la típica cabina electoral americana, Kruschev soltó de cuajo: «A mí esto no me interesa.» Cuando Nixon le presentó a RAMAC, Kruschev soltó otra: «Nosotros usamos ordenadores tan sofisticados como este, pero solo para disparar misiles.» Hubo una ocasión en que los dos hombres sí parecieron coincidir en el gusto. Al escuchar a lo lejos una banda de jazz, Nixon apuntó: «No me gusta el jazz», y Kruschev admitió: «A mí tampoco.»

Ante una segunda cocina, los dos dignatarios no dejaron pasar la oportunidad de un segundo intercambio de invectivas. Esta vez el testigo fue la RCA Whirpool Miracle Kitchen, una fantasía futurista de 250.000 dólares de entonces a la que no le faltaban ni siquiera electrodomésticos-robot: vamos, una «cocina del futuro» que pasados otros cincuenta años aún seguiría siendo «del futuro». A diferencia de su pariente pobre, la de Safire, esta se ofrecía al visitante como un espacio amplio, aireado, con una consola que posibilitaba a la mujer del mañana dirigir sus aparatos por control remoto.

Mientras Nixon y Kruschev la recorrían con su mirada, una modelo americana les hizo fijarse en el circuito cerrado de televisión, que permitía a la afortunada mamá vigilar a los niños mientras jugaban en otras estancias de la casa. A Kruschev no pareció impresionarle: «Bah, este tipo de cosas están siempre rotas.» Nixon rio y le dio la razón en ruso: «Da.»

La modelo apretó un botón que hizo al lavaplatos salir pitando de su rincón y pasearse a lo largo y ancho de la cocina hasta ir a parar junto a la mesa, de modo que mamá pudo llenarlo sin dejar de sostener con la otra mano su café del postre. La modelo apretó otro botón, y entonces una aspiradora automática comenzó a recorrer

rincón por rincón la cocina dejándola como una patena.

Nixon se dirigió a Kruschev: «Ya no hacen falta mujeres», se atrevió a bromear. Y su colega respondió como quien no quiere la cosa con un sarcasmo tan agudo que la mayor parte de los que allí se encontraban solo llegaron a entenderlo horas más tarde: «¿Y no tienen ustedes una máquina que además les ponga la comida en la boca, la mastique y se la meta al estómago?»

7. ESE OCCIDENTE DECADENTE Y AFEMINADO

Cuando los periodistas americanos se sentaron por la tarde a teclear sus crónicas, aquel auténtico esperpento del que habían sido testigos, salió a relucir en ellos ese chafardero cronista deportivo que todos los periodistas, incluso los más sesudos especialistas en política internacional, se dice que llevan dentro.

«Lunes por la mañana. Los quarterbacks del equipo diplomático coinciden en que el vicepresidente Nixon al menos hoy logró un empate en su batalla de gracietas y palabrotas con el primer ministro soviético Nikita S. Kruschev», escribía Warren Rogers para el New York Herald Tribune.

«Incluso los periodistas que conocen bien las aptitudes del señor Kruschev para el diálogo estilo boxístico y las del señor Nixon para moverse por la ring de la retórica», rezaba la crónica de Harrison Salisbury para el Times, «el día se ha parecido más a la escena soñada por un comediógrafo de Hollywood que al debate entre dos de los más importantes dirigentes políticos del mundo actual».

«Una de las razones para la larga duración de los enfrentamientos es que a Kruschev le resulta difícil admitir que no puede golpear la bola más alto que Nixon y se obstina en seguir intentándolo», escribía Charles Mohr para la revista Time. «Aunque, siendo sinceros, Nixon tampoco ha conseguido batear más alto que Kruschev.»

Mientras había duda de que los reporteros sí se lo habían pasado en grande con el debate de la cocina, no estaba claro si los diplomáticos estaban igual de contentos con lo sucedido. Algunos diarios informaban de que el Departamento de Estado se mostraba muy satisfecho con la actuación de Nixon; otros, sin embargo, revelaban que sus funcionarios estaban horrorizados ante tal espectáculo. El Herald Tribune mostraba ambas «perspectivas» a un tiempo. «En el Departamento de Estado, los funcionarios están felices al ver cómo Nixon ha plantado cara a Kruschev», escribía Warren Rogers; pero algunos párrafos más tarde el mismo Rogers se hacía eco de que «los funcionarios del Departamento de Estado, quienes dedican su vida a aprender el arte de la discreción, están aterrorizados al ver la brusquedad con la que ciertos asuntos enormemente delicados son tratados en un debate improvisado y a la vista de todos».

Las metáforas deportivas y el tono amarillista de los artículos ayudaron a crear un clima de enorme expectación ante la llegada a América de la grabación del debate en el estudio de televisión improvisado en Moscú. Se trataba del único material filmado con Nixon y Kruschev enzarzados en su pelea (recordemos que en la cocina de Safire no hubo cámaras), y la cinta iba a tardar más de un día en llegar a los Estados Unidos. «Esta histórica cinta vuela en estos momentos sobre el Atlántico», anunciaba el New York Daily News, «y se prevé que aterrice en Idlewild esta mañana a las 6:55».

Presionados por los soviéticos, la diplomacia americana pidió a la NBC, dueña de la cinta, que la retuviera hasta que pudiera verse simultáneamente en ambos países. Pero la NBC se negó, argumentando que la grabación era demasiado importante como para retrasar más tiempo su «estreno». Y así fue, e incluso la NBC anunció que la película era tan importante que merecía una mayor difusión, de modo que entregaría copias de la misma a sus cadenas rivales, CBS y ABC. «Nadie esperaba estos extemporáneos exabruptos de Kruschev; su actuación ha sido tan escandalosa que la cadena cree que todos los americanos han de verlo», decía el columnista de Daily News Television, Ben Gross.

Excitados a causa de todo este bombo publicitario, los televidentes USA no dejaban de llamar a las emisoras exigiendo saber a qué hora

exacta se emitiría la ya mítica cinta. La respuesta era: «Tranquilos, no pararán de verla, la verán de sobra.» Y así fue. La grabación se emitió y se fue repitiendo una y otra vez en todas las cadenas durante ese fin de semana al menos en media docena de ocasiones, proporcionando así a los humildes críticos televisivos la excusa perfecta para poder unirse a sus colegas más sesudos de las páginas de opinión en la tarea de analizar un evento de carácter político, o lo que fuera…

«El espectador que esto suscribe, al igual que muchos otros, se quedó sin respiración ante el espectáculo de ver al dictador soviético agitando su dedo ante la cara del vicepresidente de los Estados Unidos», escribía Gross. «Ahora, millones de ciudadanos de los Estados Unidos tienen una imagen clara de quién es: no le vieron solo como un amigo alegre, con la sonrisa siempre en la boca, sino también como un enemigo antipático, vulgar, incontrolable e impredecible, que además tiene en sus manos un impresionante poder.»

Con menos terror y cierto cachondeo se mostraba Harriet van Horne, comentarista de televisión del New York World: «Sus advertencias al vicepresidente Nixon pueden parecer siniestras; pero la imagen del premier soviético provoca realmente risa. Tiene toda la pinta de quien se sienta a tu lado en una comida entre compañeros de trabajo y no deja de llenarte una y otra vez el vaso de vino con generosidad al tiempo que rellena el suyo. Un tipo efusivo y alegre, sí, pero dispuesto a romperle la cara a puñetazos a cualquier cerdo del que sospeche que ha mirado siquiera de reojo a su amadísima esposa.»

Si hemos de creer lo que cuenta Van Horne, sí es cierto que la NBC repartió copias en blanco y negro a sus competidoras, pero no es menos verdad que la cadena se reservó la versión en color: «Aquí las escenas tenían más vida y eran más evidentes un sinnúmero de detalles que en las copias en blanco y negro pasaban desapercibidos. Por ejemplo, estaba claro que Nixon necesitaba un afeitado y Kruschev una visita urgente al dentista.»

Después de que los columnistas dieran su veredicto, los respectivos editores lanzaron a sus reporteros a tomar el pulso de la gente a pie de calle. «En mi opinión parecían un par de criajos a la greña», dijo

un ama de casa de Queens, «era como lo de “mi papá es más fuerte que el tuyo”, y eso no es muy propio de dos adultos.» Una señora de Boston se quejaba: «Nixon me pareció el típico turista americano que se cree más listo que el propio guía.» «Kruschev no hizo más que el payaso», dijo el dueño de un restaurante de Chicago, «y hubo una gran diferencia con el modo en que se comportó Nixon». «Sin duda todo esto manda la carrera de Nixon a la mierda», se lamentaba muy explícitamente un demócrata de Minneapolis. «Los dos no han hecho más que sobreactuar, como los malos actores», sentenció un vendedor de San Francisco, «ha sido como un show, eso es todo lo que tengo que decir».

Por lo que respecta al debate de la cocina, casi todos los observadores coincidieron en que había aumentado las posibilidades del vicepresidente Nixon de cara a las presidenciales de 1960. En Illinois, un enfadado Adlai Stevenson escribió a un amigo sobre la revivida popularidad del hombre a quien con bastante desprecio llamaba «Ricitos»: «No tengo la menor duda de que, como tú dices, el Ricitos ha ganado por goleada. Y sí, tampoco dudo de que será un magnífico candidato, algo que me hace sentir un no sé qué muy cercano a la náusea y me hace temer cuál será ahora esa nueva imagen del héroe americano a la que aspiren nuestros chicos.»

Pero la revista Time, que por aquellos días no era un portavoz oficial pero sí oficioso de los republicanos, sí se mostraba complacida con la idea de que Nixon fuera ese líder, ese héroe viril y de sangre caliente ideal, un modelo para los más jóvenes. El comportamiento del vicepresidente en Moscú fue, sentenció Time, ni más ni menos que esto: «La personificación de un espíritu enérgico y una furia disciplinada que desmentía el tópico de un Occidente decadente y afeminado.»

8. CHARLANDO CON LOS BICHOS

La primera noche que Nixon pasó en Moscú, sus guardaespaldas del servicio secreto descubrieron unos preocupantes niveles de

radiación en la habitación que el vicepresidente ocupaba en Spaso House, la residencia del embajador. Los americanos habían traído hasta la Unión Soviética unos instrumentos para la detección de radiaciones conocidos como dosímetros, ya que se habían enterado de que cuando los funcionarios soviéticos viajaron a los Estados Unidos, aquellos llevaron, a su vez, medidores Geiger. El servicio secreto americano razonó sin mucho esfuerzo: si los rusos se habían preocupado por la radiación cuando habían ido a América, los americanos deberían preocuparse por igual al viajar a Rusia, estaba claro. Así las cosas, la gente de Nixon llegó a Moscú provista de cinco dosímetros, uno en la propia maleta del vicepresidente y los otros camuflados en las de sus ayudantes.

El agente James Golden, quien había llegado a la ciudad varias semanas antes que Nixon, no había detectado radiación alguna en Spaso House hasta la noche de la llegada del mandatario, pero desde ese mismo momento los dosímetros comenzaron a captar señales en su habitación. La mañana siguiente, después de que Nixon dejara la embajada para encontrarse con Kruschev, Golden y su superior, John T. Sherwood, acudieron con varios aparatos al dormitorio. De nuevo los dispositivos captaron radiaciones, y además en gran cantidad. Los dos hombres dieron vueltas por todo el edificio realizando mediciones en distintos lugares, pero solo encontraron signos de emisiones radiactivas en el dormitorio de Nixon y el área adyacente. Tras algunas horas de comprobaciones y más comprobaciones del correcto estado del equipo, llegaron a la inevitable conclusión: ¡Estos jodidos comunistas se están cargando al vicepresidente de los Estados Unidos!

Golden y Sherwood decidieron protestar por tamaña agresión invisible, pero no lo hicieron utilizando todo ese engorroso mundo protocolario de la diplomacia. Golden lo escribía así en un informe sobre el incidente: «Nos sentamos en la cama mirándonos el uno al otro y comenzamos a criticar a los soviéticos en voz alta, soltando una maldición tras otra por intentar jugárnoslas con cosas como estas y preguntándonos a gritos si es que nos habían tomado por tontos y si eran tan tontos de creer que se iban a salir con la suya.»

Aquello no solo servía a los dos escoltas para desahogarse y liberar la tensión de la preocupación. Se trataba de hablar a los «bichos»,

los dispositivos de escucha que suponían escondidos por todo el cuarto. El KGB, servicio secreto soviético, gozaba ya de una triste fama por su habilidad para «bichear» embajadas y por contar con algunos de los instrumentos de escucha más sofisticados de la red de espionaje mundial, gracias, fundamentalmente, a un excéntrico genio de la electrónica llamado Leon Theremin. Físico de formación, Theremin se hizo muy famoso por haber inventado el primer instrumento musical electrónico, el theremin. Él mismo llevó en 1927 su instrumento a América, donde los cineastas hollywoodienses lo usaron para crear los horripilantes sonidos que acompañaban las escenas de terror en las películas del género. A su regreso a la Unión Soviética en 1937 fue inmediatamente detenido y acusado de actividades anticomunistas y luego deportado a un campo de trabajo en Siberia. Tras su puesta en libertad, a comienzos de la II Guerra Mundial, aquel genio creó el primer dispositivo electrónico de escucha, algo que animó al propio Stalin a concederle una alta condecoración.

En 1946, en medio de un esperanzador despliegue de hermandad internacional, un grupo de escolares soviéticos presentó a Averell Harriman, embajador americano, una réplica en madera del Great Seal de los Estados Unidos. Desgraciadamente, los inocentes niños olvidaron informar a Harriman de que la figura contenía un compartimento secreto que escondía uno de los bichos de Theremin, algo que hizo posible que el KGB escuchara las conversaciones privadas tanto de Harriman como de los tres embajadores que le sucedieron en el cargo hasta que el asunto se destapó en 1952. Total, seis años.

Cuando Nixon llegó a Moscú en 1959, Theremin se encontraba trabajando como científico para el KGB, creando y mejorando esos bichos que posibilitaron a los agentes soviéticos continuar espiando las conversaciones que tenían lugar en todo el complejo que formaba la embajada americana, incluyendo la «descuidada» charla de Golden y Sherwood en el dormitorio de Nixon. Durante casi media hora los dos miembros de la seguridad del vicepresidente despellejaron a voces a los comunistas por espiar a Nixon. Ambos esperaban que quienquiera que estuviera al mando de la tarea de seguir las escuchas de la habitación informara de su enfado y protesta a quien tuviera el poder de detener la operación.

Parece que el plan funcionó. Cuatro horas después, los misteriosos ruiditos desaparecieron y los bichos desaparecieron de aquel cuarto, al menos durante el tiempo que duró la visita del vicepresidente.

9. ¿CUÁNTOS MISILES HACEN FALTA PARA BORRAR DEL MAPA A INGLATERRA?

«¡Mikoyan le da miedo a su esposa!», dijo Kruschev a carcajada limpia, «¡él sí es un auténtico opresor!». Nixon miró a la señora Mikoyan. Se trataba de una mujer bajita, rechoncha, de pelo canoso, engalanada con un vestido gris sin mucha gracia. En su labio superior había más que patentes indicios de la existencia de un bigote.

«Yo creo que es ella quien lo maneja a él», contestó Nixon.

«Solo estaba bromeando», dijo Kruschev.

La verdad es que el premier soviético disfrutaba tomándole el pelo a Mikoyan, el viejo bolchevique armenio que había servido en el Kremlin durante décadas. Una de las ventajas de ser el líder del Partido Comunista de la Unión Soviética era que podías humillar a cualquiera que te apeteciera hacerlo. Si nos remontamos a tiempos pasados, recordaremos cómo Stalin tenía la costumbre de emborracharse y ordenar al propio Kruschev a que se pusiera allí mismo a bailar el jopak, una danza tradicional ucraniana. Stalin se partía de risa viendo a su rollizo segundo de a bordo en cuclillas y lanzando patadas al aire. En favor de Kruschev, hemos de decir que al menos él no obligó nunca a Mikoyan a bailar.

Los dos dignatarios se encontraban de pie en el césped que rodeaba la dacha de Kruschev, una mansión de cuarenta habitaciones a orillas del río Moscova, a una hora de coche del Kremlin. Dos días después del debate de la cocina los Kruschev había invitado al matrimonio Nixon a comer en compañía de los Mikoyan. El anfitrión, vestido con un inmaculada camisa blanca con bordados, estaba de muy buen humor.

«¿Le apetece que comamos fuera?», preguntó.

«Estaría muy bien», respondió Nixon. «¿Ve? Así deberíamos resolver todas nuestras disputas.»

Kruschev rio: «Sí, deberíamos tener una reunión en la cumbre aquí y no sentados en Ginebra meses y meses a base de empanadillas.» Pero a continuación añadió: «Primero vamos a hacernos algunas fotos frente a la casa y luego haremos una travesía en barco por el Moscova, así podrá usted comprobar cómo viven los "esclavos" rusos.»

«Eso, sí, a ver cómo viven los malos», volvió a reír Nixon. La comparación entre cuáles era los países buenos y cuáles los malos ya había pasado a ser una broma recurrente.

Ambos dirigentes y sus respectivas esposas posaron para una serie de fotografías; después se subieron en una lancha de unos siete metros y comenzaron su singladura por el río, seguidos, por supuesto, por otra lancha destinada a la prensa repleta de reporteros con cámara en ristre. El barco se detuvo en un total de ocho playas fluviales que, seguro que por pura casualidad, estaban llenas de rusos encantados de la vida dándose un baño. En cada una de las ocho ocasiones Kruschev les preguntó: «Eh, vosotros, ¿sois malos?, ¿sois unos esclavos?» También por pura casualidad en cada uno de los ocho lugares los felices bañistas le respondieron a gritos lo mismo: «¡ Nyet !»

Las fotografías dan cuenta de unas escenas como mínimo cómicas, con los bañistas saludando y sonriendo, con Kruschev radiante y gesticulando con histrionismo y con Nixon riéndose también con aquel espectáculo, si bien con una felicidad más discreta, vestido con su elegante camisa blanca de manga larga abrochada con gemelos y su sobria corbata negra bien apretada al cuello. Decididamente, Nixon no hacía concesiones a la relajación.

«¿Sabe, señor Kruschev? Le admiro», dijo Nixon en la octava y última parada, «no pierde usted ninguna oportunidad de hacer propaganda».

«Yo no hago propaganda», replicó Kruschev, «yo me limito a decir

la verdad».

De vuelta a la dacha ambos políticos y sus esposas se sentaron para almorzar en una larga mesa instalada a la sombra de dos majestuosos y viejos abedules. Mientras Kruschev representaba el papel de perfecto y amable anfitrión, la mesa crujía de dolor por el peso de tantos deliciosos manjares y buenos vinos.

Cuando Mikoyan se acercó a Pat Nixon con la idea de charlar con ella, Kruschev, que estaba sentado muy cerca, le interrumpió a gritos: «¡Eh, tú, armenio sinvergonzón, la señora Nixon me pertenece a mí!», dijo con tono burlón de falso enfado. Marcando con su regordete dedo índice una línea imaginaria justo en la mitad de la mesa, siguió con la broma y al mismo tiempo la llevó a su terreno: «¡Esto es el Telón de Acero!, ¡no te atrevas a cruzarlo!»

Los camaradas-sirvientes llegaron después con bandejas de pescado crudo en rodajas finas y condimentado con sal, pimienta y ajo. «Este era el plato favorito de Stalin», informó oportunamente Kruschev a sus invitados. «Stalin decía que este pescado llenaba de acero sus huesos.»

El premier soviético tomó doble ración. Nixon, con la idea clara de que tendría que utilizar todo el acero del que dispusiera, hizo lo mismo. Mientras comían, Mikoyan contó cómo Stalin, animal nocturno donde los hubiera, solía reunirse con sus subordinados de madrugada: «Dormimos mucho mejor ahora que el camarada Kruschev es nuestro presidente», dijo. Inmediatamente después, por si quedaba poco clara la ironía, sonrió y acabó añadiendo: «Imagino que usted podrá entender que lo que le acabo de decir tiene doble sentido.»

El tiempo era delicioso, la comida también deliciosa y el vino corría alegremente. Todo habría sido perfecto a no ser por la conversación, que pronto se deslizó al sombrío asunto de la guerra nuclear. Por desgracia nadie grabó la discusión, pero algunos de los ayudantes de la embajada americana lo sintetizaron en un memorándum que posteriormente enviarían al Departamento de Estado. A continuación leemos lo que contaban.

Parece que Kruschev comenzó alardeando de sus misiles balísticos

intercontinentales. Aseguró que en un ensayo realizado una semana antes sus científicos habían lanzado un misil a 7.000 kilómetros que había conseguido impactar a solo una distancia mínima del objetivo exacto programado. Eso sí, también es cierto que había habido algún que otro «accidente». Se inclinó sobre la mesa acercándose a los comensales y anunció que iba a revelar un secreto: hacía un mes, un misil había perdido el rumbo y había caído a 2.000 kilómetros de su destino. Y a continuación añadió como si nada un pequeño detalle: el cohete perdió el norte y tomó camino hacia Alaska y, claro, aunque no contenía ninguna cabeza armada, seguro que los americanos no se hubieran alegrado si lo hubieran visto caer por allí. Por fortuna se había desviado para acabar impactando sin causar daños en el océano, evitando así dar motivos al desencadenamiento de la Tercera Guerra Mundial.

Nixon escuchó toda aquella «historia» y después lamentó la enorme cantidad de dinero que ambos países gastaban en armamento; dijo que, por ejemplo, con lo que valía un misil podían pagarse 150.000 televisores o zapatos para 7.000.000 de niños.

Cuenta el memorándum que entonces el premier ruso replicó diciendo que eran los americanos quienes derrochaban todo su dinero en armas; que los soviéticos utilizaban mejor sus rublos. Sus expertos le habían informado, prosiguió, de que Rusia podía aniquilar todos sus objetivos en los Estados Unidos y también todas las bases americanas en Europa y Asia por el módico precio de 30.000.000 de rublos, menos del diez por ciento del presupuesto de la Unión Soviética para defensa. Es de suponer que los americanos sentados a la mesa no quedaron muy contentos ni tranquilos con aquella perspectiva de un Armagedón ruso low cost.

Si seguimos la narración de los hechos, parece que Nixon preguntó entonces que, si tenían tantos misiles como decían, por qué seguían fabricando bombarderos. Kruschev no respondió. A cambio sí propuso un brindis a la salud de Eisenhower y después otro brindis a la salud de Nixon y después otro más en homenaje a su esposa Pat. A continuación el premier sí accedió a contestar la pregunta de Nixon: la Unión Soviética había casi dado por finalizada la fabricación de bombarderos, pues preferían los misiles. Al parecer, siempre en opinión de Kruschev, los misiles eran mejores porque no

dependían de los sentimientos de quien los manejaba. Dijo que con mucha frecuencia algunos hombres se mostraban reacios a arrojar bombas sobre otros seres humanos; dijo que así había sucedido en algunas misiones de los bombarderos soviéticos durante la II Guerra Mundial y que eso era inadmisible. Los misiles ahorraban el problema: al fin y al cabo, un misil no tenía remordimientos.

Cuando la discusión sobre la guerra cambió de medio, del aire al mar, Kruschev dijo que sentía mucha lástima por los barcos de la siguiente guerra mundial, porque los acorazados y portaaviones serían presa fácil y sus tripulaciones acabarían siendo «pasto de tiburones». Nixon le preguntó entonces que qué pasaba con los submarinos, pues le constaba que los rusos estaban construyendo una enorme flota. Y Kruschev respondió que sí, que botarían tantos submarinos como fuera posible. Y fue entonces cuando reveló otro secreto: sus submarinos estaban armados con misiles de 600 kilómetros de alcance y pronto conseguirían alcanzar los 1.000. De ese modo, en caso de guerra no solo aniquilarían los barcos enemigos, sino también reducirían a cenizas los puertos y ciudades costeras.

Pasaron las horas, pero aquella despiadada conversación continuaba. Desde las 15:30 hasta casi las 21 horas, los distinguidos dirigentes y sus esposas permanecieron sentados mientras no paraban de desfilar plato tras plato de la cocina más exquisita, cada uno acompañado del vino apropiado. El sol naufragó en el río, las sombras de los abedules se hicieron más grandes, y ellos siguieron allí, desmenuzando sin mayor problema los detalles más que ciertos de un más que probable apocalipsis nuclear.

Kruschev amenazó con que si los Estados Unidos instalaban sus misiles en Italia, él lo haría en Albania; si ellos en Grecia, él en Bulgaria. Advirtió de que en caso de guerra aniquilaría cualquier país que albergara una base americana. Eso sí, concedió que él era también un hombre razonable, un hombre de principios, y que nunca haría daño a los países que se hubieran negado a admitirlas en su suelo.

Parece que Nixon intentó hacer de pacificador, diciendo que la guerra era un disparate, que destruiría a ambas naciones, que, en definitiva, destruiría el mundo entero.

Kruschev estaba de acuerdo. De hecho, destruir Europa era para Rusia cosa fácil. Incluso creía que no hacía falta lograr esa mayor precisión que los creadores de sus cohetes estaban intentando mejorar. Sus misiles nucleares eran ya lo suficientemente potentes para hacer las cosas bien incluso si caían a cien kilómetros de distancia de su objetivo. Entonces contó un chiste que, según él, era muy popular en Inglaterra, un chiste sobre optimistas y pesimistas: «¿Cuál es la diferencia entre un optimista y un pesimista?» Por desgracia no hay ninguna imagen de Kruschev contando el chiste, pero no es difícil imaginarlo moviendo sus labios con sonrisa cínica y los ojos brillando de júbilo mientras hacía una pausa antes de asestar su golpe de KO en forma de chanza: «El pesimista cree que para borrar del mapa a Inglaterra solo hacen falta seis bombas atómicas; el optimista, que nueve o diez.»

Desafortunadamente, ni el informe diplomático ni las memorias del propio Nixon desvelan si hubo alguien que le riera la gracia.

10. LA NUEVA POLÍTICA AMOROSA

La mañana siguiente Richard Nixon comenzaba su cuarto día en la Unión Soviética despegando en un avión cargado hasta los topes de periodistas. Volaban hacia Leningrado, después hacia Novosibirsk («la Chicago de Siberia») y después hacia Sverdolsk («la Pittsburgh de los Urales»), con el fin de visitar lugares con tanta fiesta como fábricas, presas, minas y granjas colectivas.

Por donde quiera que pasaban, en las fachadas y paredes colgaban amables y sencillos eslóganes que se diferenciaban poco de una coerción: «¡Sigamos luchando por la victoria del comunismo!», «¡Adelante con el desafío socialista de alcanzar los objetivos del Plan de Siete Años antes de lo previsto!». Los reporteros americanos se lo pasaron en grande con estos carteles y pintadas: no en vano el grado de sofisticación de los anuncios con los que ellos estaban acostumbrados a vivir en América tenían como cima intelectual a los de esos detergentes que lavaban tan blanco que al salir de la máquina las camisas parecían aún por estrenar.

En cada parada siempre había alguien que brotaba espontáneamente de la multitud, presentándose a sí mismo como un trabajador normal y corriente y formulando una pregunta no menos espontánea que parecía redactada por el mismo pobre funcionario-poeta que había creado los eslóganes del Plan de Siete Años: «¿Cuándo dejarán los Estados Unidos de realizar experimentos nucleares, que ponen en peligro al mundo entero con las radiaciones de estroncio 90?» Estos «trabajadores» tenían un aire tan exageradamente sospechoso y sus preguntas eran tan descaradamente fantasmagóricas que los periodistas se dedicaban a cruzar apuestas sobre cuándo aparecería el siguiente.

Este ritual alcanzó su punto más brillante y absurdo cuando Nixon visitaba una mina cerca de Sverdlosk. Embutido en unos calzoncillos de pata larga, vestido con un mono, unas botas hasta las rodillas, un pesado chaquetón de minero y un casco con su lamparita y todo, el señor vicepresidente se encontraba a treinta metros bajo tierra luchando por moverse en el espeso barro cuando, tan espontáneamente como venía siendo habitual, un minero apagó su barrena y le hizo una pregunta que, sin duda alguna, no estaba preparada: «Señor vicepresidente, la Unión Soviética ha propuesto la suspensión de las pruebas nucleares y los Estados Unidos lo han rechazado. ¿Por qué?»

Aquello cantaba tanto que todos rompieron a reír, incluidos los rusos.

Kruschev no estaba allí con ellos, de modo que los reporteros americanos no tenían con qué distraerse; además, las distancias entre las ciudades eran enormes, los vuelos duraban una eternidad y lo único que les ofrecían en el avión para leer eran revistas soviéticas, donde se percibía la misma querencia por los tractores que Playboy mostraba hacia las colegialas en pelotas. Sin embargo, un breve artículo de una de las revistas provocó unos breves instantes de animación entre los, a estas alturas, saturados caballeros de la prensa. Dicho artículo tenía como título una sugerente pregunta: «¿Es posible el amor romántico?»

A los reporteros rusos les dio por tomarse el asunto en serio. Un bando defendía que no, que el amor romántico era una institución reaccionaria y burguesa, una reliquia del individualismo capitalista

que no tenía cabida en el nuevo orden comunista. Esta postura se plasmaba de modo plástico en la ilustración de una revista donde un joven trabajador levantaba su apretado puño al aire con su rostro en una desafiante actitud de determinación revolucionaria. Debajo se podía leer: «El amor debe seguir un plan.»

Que por supuesto que sí, que el amor romántico es posible, defendía el bando contrario, una posición que era sin duda la correcta porque al parecer había sido formulada por un teórico oficial del partido. En los primeros días de la revolución, escribía dicho camarada-filósofo, los heroicos líderes bolcheviques estaban tan concentrados en la construcción del socialismo que daban la impresión de que en sus vidas no había sitio para el romanticismo. Pero esa impresión no se correspondía con la realidad. Después de todo, ¿había habido algo más inspirador que el amor entre Lenin y su amada esposa, la camarada Krupskaya? Hoy el partido reconocía que el amor romántico sí era posible, deseable incluso, siempre que fuera en las circunstancias apropiadas. Se trataba de la nueva política del partido en el tema del amor: otro ejemplo más de Kruschev y su aperturismo.

En cualquier otro lugar y día esta discusión habría bastado para que los reporteros americanos sobrellevaran el tedio, pero allí y entonces la pregunta que estaba en el aire y en sus cabezas no tenía nada que ver con las posibilidades del amor romántico, sino con algo mucho más interesante: ¿Invitaría Nixon a Kruschev a visitar los Estados Unidos?

Y es que el rumor había estado circulando ya desde hacía una semana, y los enviados americanos ansiaban, claro está, que así fuera. No cejaban en su intento de conseguir respuesta, pero no había modo de obtenerla. El equipo de Nixon se mostraba cauteloso, sin confirmar nada, pero dejando caer comentarios en el sentido de que el vicepresidente estaba animando vivamente a Ike a que invitara a Kruschev. Un corresponsal en la Casa Blanca preguntó directamente a Eisenhower si Nixon tenía autoridad para invitar al líder soviético a América. «Por supuesto que no», replicó al instante Ike. «Ahora bien, el señor vicepresidente tiene todo el derecho de escuchar la petición y hablar de ella, al igual que usted y yo.»

Tras tener noticia de esa respuesta, uno de los destacados en Rusia preguntó a Nixon sobre el terreno si quizá había sido él quien había recomendado a Einsenhower que invitara a Kruschev. Nixon respondió cuidando al milímetro sus palabras: «El presidente ya ha dicho en su rueda de prensa que yo no he invitado al señor Kruschev. Por lo que respecta a cualquier decisión sobre si debe venir a nuestro país o cuándo ha de hacerlo, será el presidente quien debe tomarla, y sin duda así lo hará.»

Todo era una farsa, por supuesto. Como sabemos, la invitación ya había sido cursada en secreto y en secreto había sido aceptada dos semanas antes. Pero Ike no se rendía en su afán de hacer que Kruschev pagara algún precio diplomático por la visita. «Puedo asegurarle», escribió Eisenhower a Kruschev mientras Nixon se encontraba en Rusia, «que por lo que respecta al pueblo americano, sería incapaz de expresar hasta qué punto estoy convencido de que la opinión pública acogería infinitamente mejor la noticia si nuestro encuentro pudiera tener lugar en el marco favorable de unos posibles progresos en la conferencia de Ginebra».

Pero Kruschev no mordió el anzuelo, y respondió por escrito lo siguiente: «Es totalmente imposible ignorar el hecho de que las competencias de nuestros respectivos ministros de Asuntos Exteriores son limitadas, y que a la vista de la complejidad de las circunstancias en que la política internacional se encuentra en nuestros días, esas cuestiones pueden resultar demasiado difíciles para ellos.» El líder comunista continuaba: «Pero creo que todo esto no debería hacernos caer en el pesimismo sobre la conveniencia de un encuentro personal al más alto nivel.»

En otras palabras: lo de Berlín es demasiado complicado para dejarlo en manos de nuestros chicos, hablemos en Camp David. Kruschev cerraba la carta con un «hasta nuestro ya próximo encuentro, le envío mis más cordiales saludos. N. Kruschev».

Ike se dio cuenta en seguida de que había caído en la trampa. El taimado y regordete líder comunista había conseguido exactamente lo que buscaba, un viaje a América, sin dar a cambio nada en Ginebra. Eisenhower estaba más que cabreado, pero ¿qué podía hacer? Años más tarde escribiría en sus memorias, todavía enfadado: «Ya no podía cancelar la invitación a Kruschev. Ahora

estaba obligado a verme con él y permitirle visitar nuestro país a pesar de que deliberadamente había hecho todo lo posible por boicotear la cumbre de Ginebra.»

11. KRUSCHEV EN LA CABINA CON SU WHISKY

Lo primero que Kruschev hizo cuando entró en el avión de Nixon fue dirigirse directamente a la cabina de mando y apalancarse en el asiento del piloto. Nixon no estaba allí. A la vuelta de su tour por Siberia se encerró en la embajada americana con la idea de escribir el discurso que Kruschev le había permitido pronunciar a través de las cámaras de la televisión soviética antes de volver a casa. Esta ausencia suya había dejado a los reporteros sin muchas cosas de qué informar, así que el líder soviético, un hombre con un instinto para el espectáculo que no tenía nada que envidiar a la de un profesional de Hollywood, anunció su propósito de echar un vistazo al Boeing 707 que había traído al vicepresidente a Moscú. Y allí se presentó sin más acompañado de Andrei Nikolaevich Tupolev, el ingeniero en jefe de diseño de la aviación rusa. Inmediatamente comenzó a gastarle bromas a Tupolev sobre su generosa cintura, aún más grande que la suya propia: «Tupolev no cabría en esta cabina», dijo Kruschev, quien no sin cierta dificultad había conseguido encajar en el estrecho asiento del piloto.

Se levantó como pudo del sillón y salió de la cabina dispuesto a inspeccionar el resto del avión. «Realmente bueno», iba diciendo, «el interior es magnífico». Le gustó el aeroplano y quería uno exactamente igual. «Toma notas», le dijo a Tupolev, «haz un boceto de los asientos».

Tupolev parecía confuso: ¿hablaba el jefe en serio?

Kruschev se dirigió a sus anfitriones, un pequeño grupo en el que se encontraba Tommy Thompson, el embajador americano. Insistió: «Mi camarada Andrei Nikolaievich haría bien en robar algo», dijo divertido. «Total, ¿a que todos los que construyen cosas que van por el aire se roban los planos los unos a los otros? No hay nada raro en

ello» (¡!).

El premier ruso se mostraba aquel día juguetón. Vestía con elegancia desenfadada, con un traje beis de verano sobre una deportiva camisa de lino blanco. Sobre su cabeza había colocado un estiloso sombrero de paja rodeado de una banda azul celeste. Parecía un próspero hombre de negocios disfrutando de una noche de juerga en la ciudad. Como quien no quiere la cosa, se dirigió a la cocina del avión y se dispuso a echar una ojeada al bar. Abrió una botella de vodka americano, y exagerando al máximo sus muecas hizo el numerito de oler aquel vodka como quien huele un pez con varias semanas fuera de la nevera.

«¿Pero quién ha hecho este vodka?», preguntó con aire escéptico. Echó pestes de aquel terrible delito en forma de líquido embotellado y cogió, quién sabe si al azar, otra botella, en esta ocasión llena de un líquido más oscuro: «¿Y qué es esto»? Uno de los americanos presentes le dijo que era auténtico bourbon destilado al más puro estilo de Kentucky, y le ofreció probarlo. «¿Vodka o whisky?», se preguntó en voz alta; pero, como era habitual, no esperó a recibir consejo: «Estoy en su territorio, así que tomaré whisky.»

Alguien le ofreció unos dedos de bourbon con hielo y Kruschev le dio un sorbito. «Muy bueno este whisky», concedió, «pero ustedes, los americanos, lo echan a perder con tanto hielo». Introdujo un par de sus gruesos dedos y extrajo haciendo pinza varios cubitos. Propuso un brindis por los Estados Unidos y luego otro por el presidente Eisenhower, otro más por el vicepresidente ausente, Nixon, y un último por Thompson.

Thompson sonrió encantado con el gesto. Después informó a Kruschev de que aquel 707 era un avión militar reconvertido y propuso por su cuenta otro brindis: «Brindemos porque llegue el día en que convirtamos todos los aviones militares en civiles.»

«Me alegro», replicó Kruschev, «porque nuestro TU-114 es también una versión modificada de un modelo de uso militar». Como era habitual, no pudo resistirse a seguir fanfarroneando: «Creo que no me equivoco si les digo que nosotros hemos sido los primeros en destinar los aviones militares al uso civil, antes que ustedes.» Picó

un puñado de frutos secos y se los llevó a la boca. «Y también les contaré un secreto: el TU-114 en su versión bombardero puede volar ida y vuelta a los Estados Unidos sin repostar.»

¿Y esto?, ¿a cuento de qué venía esto?, ¿a cuento de qué volvía a dibujar imágenes de bombarderos soviéticos surcando el cielo camino de América? Ya lo había hecho durante la comida con Nixon en su dacha y ahora volvía al mismo tema. ¿Era una táctica calculada, fría, para provocar miedo?, ¿o quizá se trataba solo de un hombre orgulloso de su país que no dejaba de darle sorbos al whisky y que se estaba yendo de la lengua?

«¿Le gustaría volar a América en este mismo avión?», preguntó un reportero.

«Da igual este que otro», respondió con desdén.

«¿Cuándo?», le lanzaron el cebo.

«Todo tiene su momento», volvió a responder, ahora con una sonrisa deliberadamente enigmática.

12. NIXON EN LA EMBAJADA CON MARTINIS

Dos largas noches, dos, estuvo Nixon encerrado en la embajada redactando su discurso para la televisión soviética. No era tarea fácil, porque con él tenía que ganarse al mismo tiempo a dos audiencias en conflicto: los telespectadores rusos y los potenciales votantes americanos.

Nixon escribió un primer borrador adoptando el papel de candidato presidencial, «un discurso duro, explosivo», dijo de él, un feroz alegato anticomunista dirigido a encender los ánimos del ala más conservadora de los republicanos. Pero Thompson le aconsejó sutilmente: «Usted es el primer gobernante americano que se dirige al pueblo soviético; debería asegurarse de no ser también el último.»

Nixon y Thompson estaban al corriente del inminente intercambio de visitas de estado entre Einsenhower y Kruschev. También estaban de acuerdo en no proporcionar la menor excusa a los soviéticos para vetar que Ike hablara por la televisión rusa. De modo que Nixon escribió un segundo borrador, en esta ocasión menos beligerante, más diplomático, y el día 1 de agosto, vestido con traje negro y corbata gris, se dirigió tranquilo al estudio de la TV rusa para cumplir con su misión.

Kruschev le había prometido a Nixon una aparición televisiva, pero… en ningún momento prometió que le daría publicidad al acontecimiento: en efecto, casi nadie en Rusia lo esperaba. Quizá por tal razón, Nixon comenzó su discurso pidiendo disculpas por ser él quien apareciera en la pantalla, y no el show cómico con el que los rusos solían encontrarse cuando encendían sus televisores justo a esa hora. Alabó la belleza de las tierras de la Unión Soviética y el carácter abierto y amistoso de sus gentes. A continuación se dispuso a rebatir, punto por punto, la versión oficial que las autoridades soviéticas daban de la Guerra Fría.

«Vayamos a las pruebas», dijo Nixon copiando la célebre frase marca registrada del famoso político Al Smith. «Nosotros procedimos al desarme apenas acabada la II Guerra Mundial. Pero poco después tuvieron lugar una serie de acontecimientos que amenazaron la seguridad tanto de nuestros amigos extranjeros como la de nuestro propio país. El bloqueo a Berlín y la guerra de Corea son ejemplos de esos sucesos que llevaron a nuestros aliados y a nuestro gobierno a ordenar un rearme. Podría citar aquí palabra por palabra sucesivas declaraciones de los antiguos dirigentes de la Unión Soviética en las que apelaban y amenazaban con el uso de la fuerza contra los países no-comunistas.»

Continuó afirmando que la responsabilidad de la paz estaba ahora en manos de Nikita Kruschev: «Si él dedica su inagotable energía y enorme capacidad a construir un mundo mejor para la gente de su propio país, el señor Kruschev puede pasar a la posteridad como uno de los grandes líderes políticos de la historia de la Unión Soviética. Pero si malgasta las virtudes y el talento de su pueblo en el propósito de extender el comunismo fuera de su propio territorio, solo conseguirá que tanto él como la Unión Soviética continúen

viviendo en esta atmósfera de miedo, desconfianza y tensión.»

Fue realmente un buen discurso. No solo cayó bien en América, sino que muchos rusos lo recordarían con afecto durante décadas. Por primera vez veían aparecer en sus casas a alguien que criticaba la versión oficial que el partido daba de las cosas. Nixon lo había hecho bien, pero él no estaba del todo satisfecho. Cuando regresó a la embajada para la cena que habría de celebrarse en su honor daba signos de enfado y tristeza. Solución: un Martini, otro Martini, otro Martini y otro Martini. Así, como suena. Cuando llegó el momento de sentarse a la mesa, Nixon llevaba un pedo de escándalo, ciego, decir «mamado» era poco. El alcohol le sentó mal, y la borrachera no hizo más que acentuar su cabreo, así que se lanzó a un monólogo de bastante mal gusto, lleno de tacos e improperios vanagloriándose de lo bien que había manejado sus tira y afloja con Kruschev. Vladimir Toumanoff, un veterano miembro del equipo de la embajada americana, lo recordaría años más tarde: «Comenzó a pasar revista a lo sucedido en la visita, ensalzando su propia actuación: "¿A que estuve listo cuando…?", "¿a que lo hice bien la vez que…?", "¿a que le dejé de piedra cuando…?", "¿a que nadie habría respondido mejor a…?", y así todo el rato, mientras el tono grosero no dejaba de aumentar (…) Aquellas no eran meras preguntas retóricas. Nixon estaba suplicando que le dijeran lo que necesitaba oír, necesitaba consuelo, refuerzo y, como sucede casi siempre, las muestras de asentimiento y adulación de sus subordinados no le ayudaron. Su complejo era demasiado profundo.»

Escandalizado por la conducta de Nixon, Toumanoff abandonó la cena pronto. «Violento, malhablado, soez», diría de su superior, «rebosaba ira, odio, arrogancia, prepotencia. No hubo nada bueno en él durante aquella velada».

13. ¡QUE VIENE, QUE VIENE!

Todos los políticos son actores, de lo que se sigue que los políticos de éxito son actores de Óscar. Ganar unas elecciones requiere la

habilidad de fingir interés, incluso entusiasmo, en medio de una convención de desatascadores de alcantarillas un sábado por la noche, hacer creer que se está la mar de contento desayunando con monjitas de la caridad al amanecer, o escenificar un placer extasiado al besar al típico niño que no deja de llorar y soltar mocos.

Dwight D. Eisenhower, el político con más éxito de América, demostró su considerable talento teatral en la mañana del 3 de agosto de 1959. Aún lívido por el asunto de la «invitación involuntaria», Ike se plantó ante un micrófono en la misma Casa Blanca luciendo la mejor versión de su famosa sonrisa para anunciar la próxima visita de Kruschev con el aire de quien no tiene otra cosa mejor que hacer.

«He querido comparecer ante ustedes esta mañana en esta rueda de prensa especial para tratar del inminente intercambio de visitas entre el señor Kruschev y yo», dijo Eisenhower a los periodistas que cubrían la información de la Casa Blanca. A continuación leyó una declaración que en ese mismo instante se estaba emitiendo también en Moscú: «El presidente de los Estados Unidos de América ha invitado al presidente del Soviet Supremo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a realizar una visita oficial a los Estados Unidos en septiembre. El señor Kruschev la ha aceptado con sumo placer. El presidente también ha aceptado con gusto la invitación del señor Kruschev para visitar la Unión Soviética en otoño.»

Kruschev pasaría dos o tres días en Washington, dijo Ike a los reporteros, y después viajaría por todo el país durante unos diez días. Los detalles concretos sobre qué lugares habría de visitar aún no estaban concretados.

Esta noticia trajo inmediatamente a la mente de los periodistas los recuerdos de la visita de Makoyan el invierno anterior, cuando inmigrantes de Europa del Este habían lanzado con éxito huevos y tomates contra la cara del viejo bolchevique en Cleveland y Chicago. ¿Qué sucedería si algún tarado le hacía lo mismo, o algo peor, a Kruschev?, ¿la Primera Guerra Mundial no comenzó con algo por el estilo? Cuando Ike abrió el turno de preguntas, la primera ya aludía sin rodeos al desastre ocurrido con Makoyan:

«Señor presidente, ¿se le ha pasado por la cabeza la posibilidad de algún incidente no deseado?»

Eisenhower admitió: «Siempre es posible que algo así suceda. Tenemos perfectamente controlados a ciertos sujetos bajo sospecha y, por supuesto, ya hemos empezado a tomar medidas preventivas y nuestra oficina de inteligencia y la policía están al corriente. Aun así, no hemos olvidado advertir a los representantes de la URSS de ese potencial peligro. En cualquier caso, estoy en condiciones de afirmar que tenemos todo bajo control.»

«¿Le acompañará usted en su viaje por los Estados Unidos?»

«Bueno, me temo que me resultará imposible acompañarlo durante todo el tiempo en su periplo por el país; pero sin duda haremos cosas juntos. De momento no puedo concretar más.»

«Señor presidente», inquirió Felix Belair, del New York Times, «existía en el aire una cierta creencia en que antes de que usted le cursara su invitación, el señor Kruschev mostraría alguna evidencia en señal de buena voluntad, una especie de "yo te doy y tú me das" diplomático, respecto a su postura frente a Occidente. ¿Podemos entender su anuncio como signo de que efectivamente se ha producido esa evidencia?».

Como era de esperar, Ike sintió cómo la pregunta penetraba directamente en su herida abierta, pero consiguió disimularlo. «No», respondió cortante, «creo que no hay razones para sus suposiciones, señor Belair».

«Señor presidente, ¿podría usted decir si se trata de una mera aceptación?, ¿usted lo invitó y él aceptó, sin más?»

Del talento teatral de Ike volvió a salir la mejor de sus sonrisas: «Bueno, yo diría que las cosas son ligeramente más complicadas que eso.»

Los reporteros rompieron a reír, y el delegado de Associated Press dijo: «Gracias, señor presidente.» Esta era la señal de que la rueda de prensa había terminado. Todo el mundo salió escopetado de la sala en busca del teléfono más cercano para llamar a su editor: ¡Que

viene Kruschev!, ¡que viene Kruschev!

Esto era, en la jerga de la mayor tradición periodística, «un notición de puta madre». ¡El enemigo, el anti-Cristo, el terrible hombre del saco, la bête noir de toda una nación iba a visitarla! No había precedentes en la historia americana. Jorge III de Inglaterra nunca se acercó por allí a charlar; ni tampoco lo habían hecho el káiser Guillermo o Hidei Tojo. Truman no invitó a Stalin a cenar a la Casa Blanca ni había preguntado a Mao si le apetecería hacer turismo por allí. Y ahora no solo era que Kruschev venía a conocer a Eisenhower en persona, algo que era ya de por sí un hito histórico, ¡además, el buen señor iría brincando por el país como político en campaña, o como un Jack Kerouac a lo comunista!

Hubo quien se preguntó si es que a Kruschev le había picado algún bicho, quizá el mismo que había picado al rey Balduino. Me explico. Unos pocos meses antes, el rey de los belgas había visitado los Estados Unidos. Cuando llegó, la gente lo describió como un joven monarca tímido y tristón ahogado por la sombra de un padre amargado. Pero, en algún lugar de América, Balduino se liberó de su augusto caparazón y se convirtió en… el rey de la fiesta. ¡Llegó a tomar clases de chachachá!, ¡en Dallas bailó hasta el amanecer junto a una piscina! En Hollywood coqueteó con Gina Lollobrigida e invitó a cenar a Debbie Reynolds, ¡y en San Francisco devoró unas chuletas de cerdo sin dejar de devorar los contoneos de una stripper ! «¡No me lo había pasado tan bien en toda mi vida!», declaró más contento que unas pascuas. Cuando volvió a casa, sus súbditos se quedaron maravillados ante semejante transformación.

Nadie esperaba que le sucediera lo mismo a Kruschev, está claro, pero tampoco nadie lo esperaba de Balduino, y luego, mira tú… Quizá la atmósfera americana contuviera cierto aroma excitante, embriagador, que bien podría afectar también al líder ruso. Quizá cuando paseara por las calles más famosas de América, Broadway en Nueva York, o Bourbon Street en Nueva Orleáns, o el Sunset Boulevard de Los Ángeles cayera rendidamente enamorado del país y su gente. Pero también cabía esperar la reacción contraria: quizá acabara odiando América, la detestara por completo y volviera a casa impaciente por apretar un botón y hacer volar ciudades y ciudadanos por los aires. Vaya usted a saber.

La noticia del anuncio de Eisenhower se extendió rápidamente, levantando elogios, protestas y profecías apocalípticas. Pero Ike se mantuvo frío. Tras la rueda de prensa se vistió para jugar al golf y se dirigió al club Burning Tree a recorrer sus dieciocho hoyos en el menor número de golpes posible.

Notas al pie

* «Saw», en el original, que puede significar tanto «sierra» como «proverbio, refrán, dicho». (N. del T.)

Segundo viaje

«Una extravagancia surrealista»

14. EL PEOR HOMBRE QUE PISA LA TIERRA

El 15 de junio de 1955, cinco minutos después de mediodía, las sirenas de alarma antiaérea de Washington comenzaron a sonar. De inmediato, el presidente salía a toda prisa de la Casa Blanca y subía en un Cadillac camino de un refugio secreto a prueba de bombas en las montañas de Virginia. Durante el camino firmó el decreto que implantaba la ley marcial en todo el país.

Tres horas después, a las 3:25 de la tarde, un bombardero soviético arrojaba una bomba atómica sobre Washington que acababa con la vida de 96.000 personas. Simultáneamente, un misil cargado con una cabeza nuclear de cinco megatones explotaba en Brooklyn, aniquilando instantáneamente a otras 2.991.285. En total, los soviéticos habían destrozado sesenta y una ciudades americanas, matando a más de 8.000.000 de personas, dejando heridas a más de cinco millones y a otras veinticuatro más sin hogar.

Era mentira, en efecto, se trataba de una especie de ensayo general del apocalipsis. Fue llamada Operación Alerta, y su propósito era preparar a los americanos para una crisis nuclear. En Washington más de 15.000 funcionarios fueron transportados a lugares «seguros» fuera de la ciudad. En Nueva York los autobuses pararon al oír las sirenas y los pasajeros salieron en desbandada hacia el refugio antiaéreo más cercano. Desde su búnker secreto, Eisenhower se dirigió a la nación por televisión: «Nuestro propósito es evaluar con exactitud si el gobierno del país estaría preparado para seguir dirigiendo la nación también en caso de emergencia.»

Después de aquel día, la Operación Alerta se acabó convirtiendo en

un acontecimiento anual, como Año Nuevo o Martes de Carnaval. En 1956 el ensayo ya se extendía a setenta y cinco ciudades y los burócratas trasladados habían aprendido ciertos procedimientos adecuados para la vida postapocalíptica cotidiana, como emitir edictos congelando sueldos y precios. Por desgracia no dejaba de haber algún que otro fallo en el sistema. En la costa este, una fuerte tormenta se cargó una considerable parte de la red de comunicaciones de la defensa civil, algo que resultó escandaloso: ¿Si la red no podía soportar cuatro gotas y un par de golpes de viento, que sería de ella en un ataque nuclear?

Tras el ensayo, Val Peterson, director de la Oficina Federal de Defensa Civil, calculó que un ataque real mataría o dejaría heridos a unos 50.000.000 de americanos y dejaría a los supervivientes sin tener de qué comer en medio de un entorno calcinado y contaminado. «La vida», dijo, «sería dura, prehistórica, triste, miserable».

Los noticiarios cinematográficos animaban a los americanos a excavar refugios contra la lluvia radioactiva y a abastecerlos con carne en lata y agua embotellada; tampoco debían faltar armas de fuego para disparar contra un posible intruso y un suministro más que generoso de tranquilizantes para calmar a los más histéricos. En Colorado, un constructor llegó a ofrecer un refugio gratis con cada nueva casa. En Nueva York, el gobernador Nelson Rockefeller propuso una ley que exigía la construcción de refugios en cada edificio de nueva planta. El Gobierno federal comenzó a construir en el estado de West Virginia un amplio espacio subterráneo bajo el elegante hotel Greenbiar, un búnker que debería acoger al Congreso americano de la era postatómica: un complejo formado por sendas cámaras, la del Congreso y la del Senado, dormitorios para los representantes, un hospital, un crematorio y un gran comedor con ventanas falsas decoradas con monísimas escenas bucólicas.

Aunque los Estados Unidos fueran en los años cincuenta la nación más próspera de la historia de la humanidad, detrás de su aparente opulencia se ocultaba un sensación muy viva de pánico ante una más que probable destrucción inminente. En los colegios millones de niños se ejercitaban en la preparación del ataque aéreo viendo Duck and Cover (Agáchate y cúbrete), una película que mostraba

cuál era la posición correcta en la que colocarse en medio de la catástrofe nuclear: en cuclillas, con la cara entre las rodillas y los brazos envolviendo la cabeza. Esta película de dibujos animados, producida por el propio Gobierno federal, estaba protagonizada por la tortuga Bert, quien conseguía sobrevivir al ataque de un mono que lanzaba dinamita cubriéndose bajo su caparazón mientras se oía como trasfondo una animosa canción:

Duck!, And cover!

Duck!, And cover!

Aunque la melodía escrita para los adultos por el cáustico cantante Tom Lehrer no era tan optimista sobre las posibilidades de supervivencia:

We will all bake togheter when we bake

There'll be noboduˌy present at the wake

With complete participation

In that grand incineration

Nearly three billion hunks of well-done steak *

La paranoia generalizada por la Guerra Fría desencadenó la persecución a cargo del FBI de posibles o notorios comunistas en suelo propio con investigaciones a cargo del Congreso americano sobre el grupo de «rojos» que supuestamente movía los hilos de Hollywood, y la promulgación de una ley que exigía a todos los estudiantes universitarios que recibían becas estatales jurar solemnemente que no eran miembros de ninguna organización que se propusiera «derrocar al gobierno de los Estados Unidos por la

fuerza». Esta última medida permitió con éxito que los campus expulsaran a violentos revolucionarios que, para qué engañarse, eran demasiado honrados como para mentir.

Eisenhower se dio cuenta de que en medio de todo este ambiente de miedo su anuncio de la inminente visita de Kruschev podría desencadenar reacciones hostiles. Y así fue.

En Gary, Indiana, y Rochester, Nueva York, inmigrantes de la Europa del Este se manifestaron como protesta. En Washington, un capitán del ejército retirado presentó una demanda judicial en nombre de una asociación llamada los Fighting Folks of Fighting Men (más o menos, «Luchadores por los que luchan»), instando a que no se permitiera a Kruschev su entrada en el país en nombre de la ley de exclusión de «delincuentes extranjeros». En Nueva York, la ultraconservadora National Review de William F. Buckley vendía pegatinas en las que se podía leer: «Kruschev no es bienvenido aquí.» En Miami hubo quien utilizó el lema contrario, «Kruschev será muy bienvenido aquí», pero para colocarlo en la entrada de un cementerio.

Las encuestas de opinión revelaron que casi las tres cuartas partes de los ciudadanos americanos respaldaban el gesto de Eisenhower, pero los buzones del Congreso daban muestras de una opinión diferente. Muchos senadores contaban que todas y cada una de las cartas que sobre el tema llegaban a sus despachos no expresaban sino un firme rechazo a la visita. Y muchas de las cartas constituían auténticas sinfonías barrocas de encolerizados vituperios: «Somos una nación al borde de un holocausto que superaría cualquier descripción, y ahora, por arte y gracia de ciertas extrañas y contradictorias razones, se nos pide que demos la bienvenida (además con toda la cortesía de la que seamos capaces) a ese auténtico canalla que nos ha conducido hasta esta situación», escribía un podólogo de Lubbock (Texas) al líder de la mayoría en el Senado Lyndon B. Johnson. «No nos sorprendería ver a nuestros dirigentes entregados a la insensata tarea de sacar brillo a la alfombra roja para extenderla a los pies del general en jefe de las fuerzas de Satán, y todo ello en nombre de la paz. Que Dios nos asista.»

La visita de Kruschev fue denunciada por las asociaciones de

veteranos de las guerras mundiales, censurada por el Consejo Internacional de Iglesias y lamentada como una tragedia por el senador McNamara, quien llamó a Nikita Kruschev «el peor hombre que pisa la tierra».

Quizá el ataque más feroz salió de la máquina de escribir de Reuben Maury, el legendario redactor de editoriales del New York Daily News. Aunque Maury fuera un simple abogado de Butte, Montana, sus histriónicos lamentos en el News empatizaban a la perfección la voz cansada y rabiosa del obrero neoyorquino. Llamaba a China «ese descomunal cerdo» y retrataba la ONU como «una enorme caja de puros de cristal…, llena de fariseos, sinvergüenzas negligentes, parásitos, saboteadores, espías y traidores». Tras teclear cada día en su máquina aquel despotrique de improperios, no sería de extrañar que Maury se encaminara al aseo de caballeros con una pastilla de jabón y un cepillo duro, se subiera las mangas de la camisa y sometiera sus manos a un proceso de esterilización postquirúrgica.

Pues bien, cuando Ike anunció la visita de Kruschev, Maury vomitó una auténtica obra maestra de sarcasmo en la que preguntaba: «¿Le estrechará la mano al asesino, señor presidente?» Maury continuaba con amarga ironía: «El comité de recepción debería incluir a Alger Hiss, varios comunistas americanos además de otros simpatizantes de la causa y algunos gánsteres de primera, lo mejor de lo mejor del tráfico de drogas, la prostitución y el contrabando de joyas robadas. Al Capone y el asesino del hijo de Lindbergh, Bruno Hauptmann, también serían los anfitriones perfectos: qué pena que no puedan salir del infierno. He pensado en incluir también al propio Jimmy Hoffa, pero al final creo que Hoffa es demasiado buena gente para mezclarse con Kruschev»*.

En Massachusetts, el sentimiento anti-Kruschev llegó a un punto tal que el gobernador Foster Furculo envió un aviso al secretario de Estado Christian Herter: «No sé bien cuál es el itinerario del señor Kruschev, pero me permito recomendar encarecidamente que no incluya Massachusetts.»

El director del FBI llegó a calcular que había al menos unos 25.000 americanos dispuestos a asesinar al líder soviético, tirando por lo bajo. El Departamento de Estado informó a los periodistas que el número de amenazas de muerte recibidas «nos tiene enormemente

preocupados».

De ese grado de preocupación hablaría años más tarde Wiley T. Buchanan, jefe de protocolo del Departamento de Estado, al revelar esta escalofriante historia:

Un doctor del medioeste escribió una carta al presidente Eisenhower afirmando que él tenía un modo infalible de deshacerse de Kruschev durante su visita a nuestro país. Su propuesta, que suponía el uso de material radioactivo, era tan ingeniosa y tan potencialmente letal que se ordenó a la policía estatal de la zona que mantuviera vigilado a aquel tipo hasta que Kruschev volviera a casa. La policía decidió que lo más seguro que podía hacerse era encerrar a tan valioso elemento en la cárcel, algo a lo que procedieron de inmediato. Cuando los miembros del equipo de seguridad se enteraron de todo esto se quedaron escandalizados con la medida y se preguntaron si el doctor no podría a su vez denunciarlos a ellos por detención ilegal. A la policía estatal no le preocupó lo más mínimo. «Aquí tenemos la dichosa carta del doctor», respondieron, «con su firma bien clara debajo. Si nos causa algún problema, la haremos pública; de ese modo, si alguien se encuentra enfermo, nunca buscará un médico que demuestre tanta inteligencia a la hora de matar gente y se quedará sin clientes. No esperamos que haya problemas.» No la publicaron.

15. ESTÁ USTED CORDIALMENTE INVITADO A LA CAPITAL DEL GUISANTE SECO

No todos los americanos estaban impacientes por cargarse a Kruschev nada más verlo. Muchos querían que se dejara caer por sus casas, que conociera a la familia y se quedara a tomar cualquier cosa. Así, los funcionarios del Departamento de Estado llegaron a leer cartas como la de Samuel Sayad, de San Francisco, quien escribía lo siguiente: «Si al señor primer ministro le apetece conocer una típica familia americana, por favor, permítanme ofrecerle mi

hospitalidad. Tengan en cuenta que mi suegra es famosa por cocinar platos rusos y el preparar el té en samovar.»

Kruschev fue invitado también a gran cantidad de hogares en Seattle y Corpus Christi, a un rancho de Nebraska y a una granja de Nueva Jersey, cuyo propietario prometía presentarle al dictador a la gran celebridad local, una vaca suiza parda «que tiene el récord del mundo de producción de leche».

Durante las semanas que precedieron a la llegada las invitaciones reventaron los buzones de la Casa Blanca, del Congreso, del Departamento de Estado y de la embajada soviética. Daba la impresión de que medio país estaba ansioso por mostrar al ilustre visitante la «verdadera América», que, por regla general y mera casualidad, solo se podía encontrar en estado puro justo en aquel recóndito lugar donde residía el remitente. Los americanos parecían creer que el Oso Ruso se enamoraría de ellos nada más conocerlos.

Los políticos se dividieron, por tanto, en dos: los que ponían a caer de un burro a Kruschev y los que movían los hilos para intentar que el líder soviético visitara sus respectivos condados o estados. El gobernador de West Virginia, Cecil Underwood, sugirió que debía conocer una mina de carbón de su tierra. El de Nueva York, Nelson Rockefeller, hacía promoción de «sus» cataratas del Niágara. Por su parte, el senador por Tennessee, Estes Kefauver, vendía Nashville, meca de la música country, y sus conciertos como «una maravilla del más puro estilo americano digna de que el señor Kruschev la vea».

A lo largo y ancho del país a los respectivos próceres locales les faltó tiempo para cursar sus invitaciones oficiales. Animaban a Kruschev a vivir desde la incuestionable grandeza de Pittsburgh o Filadelfia a la más modesta de Shreveport, Sioux Falls o Peoria. Tampoco faltó la propaganda que se hicieron los habitantes de Aberdeen, en Dakota del Sur; ni se dejó de publicitar el incomparable atractivo de Ephrata, en Washington, y mucho menos la incomparable oferta de Moscow, en Idaho, cuyas autoridades añadieron en su propuesta el siguiente apunte: «Moscow, el mayor mercado de guisante seco de Estados Unidos.» La delegación en Houston de la Federal Housing Administration, una agencia cuya misión oficial era conceder préstamos asequibles para adquirir

viviendas en los barrios marginales, se ofreció para guiar a Kruschev en un tour por «ciertos guetos negros muy atractivos».

Para competir con las grandes ciudades, los pequeños núcleos urbanos de América se dieron cuenta de que debían endulzar su invitación con algún que otro extra. Por ello no resultó extraño que ciertos miembros del consistorio de Neosho, en Missouri, escribieran a Kruschev en los siguientes términos: «Estamos seguros de que al examinar toda la información que incluimos en este sobre decidirá venir a nuestra ciudad.» En efecto, a la carta de invitación se adjuntaba un folleto de la piscifactoría sita en ella y, por si esto no bastara, una tarjeta postal con una escultural rubia en bikini encaramada en la barandilla de un puente. De lo que aquella rubia podía hacer exactamente por Kruschev, o con Kruschev, no se adjuntaba detalle o explicación alguna.

El alcalde de Warsaw, también en Missouri, se ofreció a proporcionarle al peor enemigo de América un arma peligrosísima. «Yo podría organizarle una visita a la mayor fábrica de culatas de nogal para fusiles del mundo», escribió al Departamento de Estado. «Incluso podría ofrecerle una culata con acabado de lujo, tallada para la ocasión y luego adaptarla a cualquier tipo de arma que él escogiera entre las que tenemos en stock, por ejemplo, un rifle del ejército ruso.»

Fueron muchos los americanos que sintieron ese deseo de ofrecer regalos al líder ruso. Sin ir más lejos, la sede en Levittown de la Junior Chamber International (una asociación internacional de jóvenes emprendedores que prepara a futuros líderes del capitalismo mundial, de JFK a Bill Gates) ofreció sin nada a cambio una traducción al ruso de lo que ellos llaman su «Credo». Un zapatero de Filadelfia envió al presidente Eisenhower un par de zapatos para Kruschev invitándolo a acudir allí para «aprender cómo unos pies fuertes y sanos son lo que hacen de América un pueblo fuerte y sano». Cierto hotel de Atlantic City ofreció al dictador hospedarse gratuitamente en su lujosa suite del ático. No faltaba detalle: «Dos dormitorios, sala de estar, dos baños, cocina, lavadero, terraza y criado japonés.»

Los capitalistas luchaban por atraer al más famoso de los comunistas, invitándole a visitar lugares de interés tales como la

Corporación de Plástico Moldeable de Chicago, la Corporación del Envase Perfecto y la sucursal de una por aquel entonces popular red de supermercados, Hinky Dinky. Aunque, por su parte, una tienda de ropa de la ciudad de Nueva York pagó un anuncio en el que se invitaba a Kruschev a observar «el modo de vida americano en acción», ejemplificado en sus «rebajas mitad de temporada de prendas de calidad, con un precio de un treinta y cinco a un sesenta por ciento más bajo que el habitual».

Cuando Adlai Stevenson sugirió que Kruschev quizá podría pasárselo bien dando un garbeo por una de las típicamente americanas ferias de otoño, muy pronto todas las variedades de ferias y festivales mandaron sus respectivas invitaciones: desde las ferias estatales de Kentucky, la del oeste de Texas, la de los Tres Estados o la de los Cuatro Estados, hasta el Festival de la Soja en Taylorville, Illinois, o el Desfile de la Manzana en La Crescent, Minnesota. «La cabalgata está formada por sesenta o setenta carrozas y dura cerca de dos horas», le escribió el director del Desfile de la Manzana a Kruschev. Por si el plan no era del todo convincente, añadió: «Si le apetece salir en una de las carrozas, le ruego me lo haga saber con antelación.»

El famoso trompetista Louis Arsmtrong pensó que sería una buena idea que el premier visitara un club de jazz para poder experimentar así «el libertino sentimiento de la libertad». Sentado en su camerino tras una actuación en Las Vegas, Arsmtrong declaró que estaría encantado de tocar para míster K. «Ese tipo mola, tío», dijo Satchmo. «Es un hombre, como cualquier otro. Y un hombre llega en la vida tan alto solo si le gusta la música.»

Terry Lynn Huntington, una estudiante de diecinueve años de UCLA que había sido coronada Miss USA y segunda en el certamen de Miss Universo de 1959, se propuso divertir a Kruschev: «Una servidora está convencida de que podría ser de gran ayuda. No como ganadora de un concurso de belleza, por supuesto, sino solo como una chica americana del montón.»

Eisenhower estaba entusiasmado con tantos ofrecimientos, pero no tan entusiasmado como para que a él se le ocurriera algo que ofrecer. «Señor», le preguntó un periodista en una rueda de prensa, «¿podría decirnos qué cosa en concreto le gustaría a usted que

Kurschev viera en los Estados Unidos?». Ike contestó que le gustaría que Kruschev visitara uno de los famosos Levittowns, magníficos ejemplos de desarrollo urbanístico formados por casas adosadas muy económicas en Nueva York y Pennsylvania. También le gustaría subir a Kruschev en un helicóptero para darle una vuelta por el cielo de Washington, para que el premier soviético pudiera ver la enorme cantidad de casas «baratas pero muy decentes» situadas en los alrededores de la ciudad. Y luego dijo que esperaba que accediera a visitar su ciudad natal, Abilene, en Kansas. «Me gustaría verle en el lugar donde nací, y que me permitiera contarle lo duro que tuve que trabajar hasta que cumplí los veintiuno e ingresé en West Point. En una ocasión Kruschev le vino a reprochar al vicepresidente que qué sabía él de trabajar, que Nixon no había trabajado en serio nunca. Pues bien, yo puedo enseñarle pruebas de que yo sí lo hice, de que trabajé y lo hice muy duro, y quiero que él lo vea.»

16. EL TAMAÑO SÍ QUE IMPORTA

En su dacha a orillas del Mar Negro, Nikita Kruschev trabajaba sin descanso preparando su viaje a América. Durante aquellos largos y soleados días se sentaba en la playa bajo un toldo de lino, deliberando con sus ayudantes y estudiando infinidad de informes y los borradores de los discursos que habría de pronunciar. De noche daba largos y meditabundos paseos por los alrededores de la casa, para luego reunirse con un taquígrafo y dictarle sus ideas. Estaba convencido de que la invitación constituía ya de por sí una gran victoria y no paraba de presumir de ello.

«¿Quién habría podido sospechar hace veinte años que el país capitalista más poderoso del mundo invitaría a un comunista a visitarlo?», preguntaba una y otra vez a sus subordinados. «Es algo increíble. Hoy no tienen más remedio que tenernos muy en cuenta. Y la causa es nuestra fuerza: reconocen quiénes somos y nuestro poder. ¿Quién habría dicho que los capitalistas invitarían a su casa a un simple trabajador como yo? Fijaos en todo lo que hemos conseguido estos años.»

No hay duda de que el presidente estaba orgulloso, pero también nervioso, con miedo a que «capitalistas y aristócratas» pretendieran humillarle en su casa, en América. Como ya hemos contado, tiempo atrás, en 1919, una delegación soviética fue invitada a un encuentro con enviados occidentales en una isla cercana a Estambul. Resultó que aquella isla era precisamente el lugar donde se enviaba a los perros callejeros a morir, con lo que la cita era ya, de entrada, una humillación. Kruschev dio claras instrucciones a sus ayudantes de que evitaran que algo semejante volviera a suceder, así que debían exigir que se le rindieran los más altos honores, incluido el más nimio y absurdo detalle que el solemne protocolo reservaba al líder de una gran nación: «No permitiremos que nadie nos avasalle ni nos moje la oreja», insistía constantemente.

Kruschev no sabía demasiado de América y la mayor parte de la información que tenía era absurda, quizá por obsoleta. Había leído La ciudad del diablo amarillo, una colección de relatos de tono desencantado y amargo escrita por Máximo Gorki a raíz de su visita a Estados Unidos en 1906; también La América de una planta, un libro satírico donde los reporteros Ilia Ilf y Eugeni Petrov daban cuenta de su turné por América en un Ford-T en 1935. Pero muchas cosas habían pasado, mucho había cambiado en el país desde 1935: el New Deal, la electrificación de las zonas rurales, el auge de los sindicatos, la II Guerra Mundial, el G.I. Bill (becas estudiantiles para antiguos combatientes), el florecimiento de las zonas residenciales, los primeros destellos del movimiento en pro de los derechos civiles y el boom económico más largo de su historia. A todo ello cabía añadir cosas de no menor trascendencia sociocultural, a saber: la televisión, el rock and roll, el Playboy, la muñeca Barbie, los hula-hoops, esos flamencos de plástico rosa y esos gnomos que, no se sabe muy bien por qué, estaba de moda plantar en los jardines de las casas, la comida precocinada, los sets que incluían pinturas y una obra de arte famosa sin hacer pero preparada con las distintas zonas numeradas para aplicar el correspondiente color, y la insospechada proliferación de mesas de café con forma de bumerán.

Por su parte, Kruschev había viajado mucho desde que accediera al poder, pero lo de América era claramente diferente. «No es que tuviera miedo, pero he de admitir que estaba preocupado», confesaría en sus memorias. «Me sentía como si estuviera a punto

de someterme a un examen definitivo.» Y Anastas Mikoyan, que ya había viajado a los Estados Unidos en 1959, le sugirió la conveniencia de que se hiciera acompañar por su mujer e hijos. Mikoyan confiaba para sus adentros en que la presencia de Nina Kruschev pudiera ejercer cierta influencia pacificadora en su incontrolable esposo, pero para disimular le dijo a su presidente que eso de ir con la familia causaría una impresión favorable en el pueblo americano.

Kruschev aceptó y decidió llevarse a Nina y los chicos, su hijo Sergei, de 25, y sus hijas Yulia, de 44, y Rada, de 30, esta última acompañada de su marido Aleksei Adzubei, quien, mire usted por dónde, era también el director del periódico gubernamental, Izvestia. También iría acompañado de docenas de ayudantes, consejeros, personal de servicio y guardaespaldas. Sergei Kruschev recordó más tarde que uno de ellos reunió el valor suficiente para preguntarle al premier si a los viajeros se les daría dólares americanos en concepto de dieta para gastar durante la estancia.

«Nyet», contestó el camarada presidente. «Os vamos a llevar en un avión a gastos pagados por cuenta del gobierno y el alojamiento y la comida allí los pagarán los americanos ¿Para qué necesitáis dinero?», contaba Sergei. «Entonces ellos le explicaron que se trataba de un país capitalista y que allí incluso el lavabo había que pagarlo, que allí uno no hacía pis sin más ni más. De modo que Kruschev cedió y prometió que les darían algo. Si no recuerdo mal, fueron treinta dólares para todo el viaje.»

Con esa cuestión resuelta, solo quedaba un asunto por tratar: ¿Cómo irían a América? En avión, por supuesto, ¿pero en qué avión?

La cuestión era que, cuando en 1955 Kruschev viajó a Ginebra para asistir a su primera cumbre internacional, él mismo se santiguó (es un decir) al ver que su avión era una cosucha pequeña y enclenque, «como un insecto», dijo quejándose al compararlo con los mastodontes volantes británicos y americanos. Al volver a casa ordenó al ingeniero Andrei Tupolev que construyera un aeroplano tan grande como los de los capitalistas, o incluso más grande, si era posible. Tupolev respondió al desafío creando el TU-114, un aparato de más de cincuenta metros de largo y con cabida para 220

pasajeros y que en tierra se levantaba quince metros sobre el suelo: el mayor del mundo hasta la fecha. Kruschev estaba tan feliz con él que colocó una maqueta a escala en su mesa de despacho del Kremlin.

En junio de 1959, el primer secretario Frol Kozlov ya había estrenado el TU-114 para desplazarse a Washington. El avión era tan alto que los americanos no tenían escaleras tan altas como para alcanzar la puerta de la cabina. Kozlov no tuvo más remedio que saltar como lo haría Romeo escapando de la alcoba de Julieta para no ser cazado. Kruschev se emocionó al ver la escena: «¡Mirad eso!», gritó eufórico, «¡mirad lo que somos capaces de hacer!».

El líder ruso estaba ansioso por que el mundo viera cómo volaba a América en el mayor avión que existía; pero había un problema: los mecánicos acababan de descubrir unas grietas microscópicas en la zona de los motores. El piloto, Nikolai Tsybin, le previno de que el aparato no era seguro y que era mejor recurrir a otro. Los gerifaltes del partido reunidos en consejo le dieron la razón. Después de todo, toda la fama de un gigantesco aeroplano no vale nada si acaba desplomándose en pleno vuelo.

Pero Kruschev se mostró determinado a viajar en aquel enorme pájaro. Convocó a Tupolev para preguntarle si el aparato era realmente seguro. «Estoy totalmente seguro de que no tendrá ningún problema, camarada presidente», respondió el ingeniero. Es más, Tupolev estaba tan convencido de su creación que propuso algo que calmaría los miedos de Kruschev: «Si usted me lo permite, mi propio hijo, Alyosha, viajará también en su compañía.»

«No podría tener mejor garantía», convino Kruschev.

17. ¡EL NÚMERO UNO!

Mike Menshikov, alias el Sonrisas, no se reía. No estaba contento. Él quería lo mejor para su jefe, Nikita Kruschev, pero los intransigentes funcionarios del Departamento de Estado americano

se negaban a concedérselo.

Mikjail Menshikov era el embajador soviético en los Estados Unidos. Los periodistas de Washington le apodaban «Mike el Sonrisas» porque él sí que se reía en público, a diferencia de otros diplomáticos soviéticos con los que habían tratado. Pero en privado Menshikov era un negociador muy correoso al que era prácticamente imposible arrancarle la más mínima mueca amable. Y, efectivamente, jamás se le vio sonreír durante el inacabable regateo con el Departamento de Estado sobre las condiciones en las que habría de desarrollarse el viaje de su jefe a América. Kruschev había dado órdenes precisas a Menshikov de que debía ser tratado con toda la fastuosidad propia del ceremonioso ritual diplomático, con todos los honores que merecía el gran líder de una gran nación, pero los americanos insistían en que Kruschev no era merecedor de ello.

El problema, según el subsecretario Robert Murphy, era que Kruschev no era el jefe del Estado soviético, sino tan solo el jefe de su Gobierno. Se trataba de ese tipo de pijadas y sutilezas que solo un diplomático es capaz de respetar e incluso adorar, pero en términos técnicos Murphy tenía razón. Kliment Voroshilov sí era el jefe del estado, pero eso a Menshikov le importaba un bledo: sabía perfectamente la cara que pondría Kruschev si no era recibido con la mayor de las pompas.

Cuando un jefe de estado llegaba a América era saludado a pie de escalerilla por el presidente y se disparaban veintiuna salvas en su honor, pero a los «simples» jefes de gobierno les esperaba el vicepresidente y los cañonazos eran solo diecinueve. Menshikov sabía que su jefe quería los veintiuno, e incluso más si fuera posible, y si, para más inri, al bajar Kruschev del avión con quien primero se encontraba era con Nixon, Menshikok pronto acabaría cuidando cerdos en una granja colectiva a las afueras de Novosibirsk, Siberia.

Reunión tras reunión Menshikov andaba a la greña con Murphy por todas estas «esotéricas» preocupaciones. Murphy era el hombre que la había liado parda con todo el jaleo de la invitación por accidente de Ike a Kruschev y quizá por eso ahora no estaba dispuesto a dejar pasar ni una. «Nuestras normas de protocolo», dijo Murphy, «distinguen claramente entre jefe del Estado y presidente del

Gobierno». Pero Menshikok fue claro: «¡Él es el número uno !, ¡todo el mundo sabe que él es el número uno !».

Cuando se dio cuenta de que su argumento no funcionaba, Menshikov probó otra estrategia: cualquier tipo de falta de respeto que Kruschev recibiera en América, sería correspondida exactamente igual al llegar Einsenhower a Moscú. Esto sí funcionó. Los americanos anunciaron de inmediato que Kruschev recibiría el tratamiento y honores propios de un jefe de Gobierno que viaja «con los poderes de un jefe de Estado». Finalmente tendría todo lo que deseaba: el show completo, sin restricciones.

Pero había otras cuestiones que tratar. Menshikov y Murphy discutieron durante semanas sobre cuál era el itinerario más adecuado del tour. Sus primeras reuniones a principios de agosto habían sido bastante cordiales, pues se habían dedicado simplemente a lanzar ideas sobre cómo hacer el viaje lo más entretenido posible: que si un rodeo, dijo Menshikov, que si Oklahoma sería perfecto, pues después de todo al premier le encantaba la versión en película del musical Oklahoma (quién lo habría imaginado, un musical ambientado en el Lejano Oeste…). ¿Y qué tal Kentucky?, sugirió Murphy, había granjas de caballos y destilerías de bourbon, por no olvidar su gran feria estatal.

Pero este brainstorming jovial y despreocupado acabó de golpe cuando los diplomáticos empezaron a recibir instrucciones precisas de sus jefes. Después de que Ike manifestara públicamente su deseo de que Kruschev viera Levittown y visitara Abilane y de que se subiera a un helicóptero para sobrevolar las zonas residenciales de Washington, Murphy comenzó a presionar a Menshikov para incluir esas actividades en el programa.

Menshikov se opuso: lo del helicóptero era una «pérdida de tiempo», dijo literalmente, y Kruschev no quería ir a Abilane. Su jefe prefería Nueva York, Pittsburgh, Los Ángeles, San Francisco y la granja en Iowa de un tipo llamado Roswell Garst, quien años antes se había ganado la simpatía de Kruschev al enviarle un cargamento de semillas de maíz.

Ahora le tocaba a Murphy oponerse. San Francisco era territorio prohibido para los comunistas, recordó a Menshikov. Años atrás, y

como protesta porque a los americanos se les prohibió la entrada tanto a Vladivostok como a otras ciudades soviéticas, el Departamento de Estado había vetado la presencia de cualquier ciudadano ruso en ciertas ciudades americanas, entre otras San Francisco. De ello se derivaba, concluyó Murphy, que Kruschev solo podría visitar San Francisco si Ike visitaba a su vez Vladivostok. Menshikov protestó con cara de incredulidad: «¿Pero para qué quiere su presidente visitar Vladivostok? ¡Allí solo hay hielo y nieve!»

Los dos diplomáticos dedicaron un rato a discutir sobre una hipotética visita de la familia Kruschev a Disneylandia. Un equipo de expertos soviéticos y americanos recorrieron el parque e informaron de que los enormes problemas de seguridad que la visita planteaba la hacían difícil, aunque «no del todo inviable». Pero Murphy y Menshikok decidieron finalmente que la visita se llevaría mucho tiempo, así que los del Departamento de Estado decidieron eliminarla del programa. En todo caso, la cuestión no acabó aquí y volvería a plantearse más adelante, si bien de una manera mucho más escandalosa y mucho menos diplomática de lo que hubiera cabido esperar, como veremos.

El asunto más peliagudo era Abilane. Al igual que tantos otros viajeros que se planteaban visitar América, Kruschev no tenía interés alguno por acercarse a Kansas. Pero recordemos que Eisenhower le había invitado de modo explícito a conocer su tierra natal. ¿Cómo podría el ruso rechazar la oferta sin insultar al presidente? Después de sopesar la cuestión los diplomáticos soviéticos adoptaron una brillante estrategia. Ciertamente Eisenhower había declarado en rueda de prensa su deseo de que Kruschev pudiera hablar con la gente de Abilene, pues ellos sabían «lo duro que Ike había trabajado en su juventud». Pues bien, la treta de Menshikov fue decir a Murphy que esa visita supondría insultar a Eisenhower, pues era lo mismo que afirmar que Kruschev «no se había creído las palabras de Ike sobre cuánto había trabajado en su juventud». Estuvo fino: de vez en cuando la diplomacia sí resulta ser una de las bellas artes.

Tras semanas de tira y afloja con Menshikov, Murphy y su equipo estaban hasta el moño de la intransigencia de sus colegas soviéticos.

El problema era «fundamentalmente psicológico», escribía Foy Kohler, el ayudante del secretario de Estado, en un informe interno: «No hay que olvidar que tras la arrogancia de Kruschev se esconde el hombre con el complejo de inferioridad más descomunal que ha conocido el mundo.»

Por fin, a comienzos de septiembre, las dos partes se pusieron de acuerdo en una propuesta de itinerario. El día 15 de ese mismo mes Kruschev aterrizaría en Washington, donde sería agasajado con una cena de estado en la Casa Blanca. Después iría a Nueva York con la idea de dirigirse a la Asamblea General de la ONU para templar la cuestión de la República Democrática Alemana. También visitaría Los Ángeles, donde asistiría a un almuerzo en la sede de la Twentieth Century Fox, y después San Francisco, para allí reunirse con los líderes de los sindicatos y recorrer las instalaciones de IBM. Luego volaría a Iowa, para conocer en persona a Roswell Garst y su granja; su siguiente destino sería una planta siderúrgica en Pittsburgh y finalmente se dirigiría a Camp David para disfrutar por unos días de la hospitalidad del presidente. Camp David sería la oportunidad perfecta para que ambos líderes hablaran de «sus cosas».

Al analizar con detalle el itinerario, Bob Considine, el mismo columnista del grupo Hearst que había aconsejado a Nixon que viajara a Rusia con el mayor número de refranes posible en la maleta, se dio cuenta de que Kruschev se perdería muchas otras cosas de América tan dignas o más de ver, y después escribió una columna a la que puso por título «Lo que el Sr. K no verá».

No podrá conocer a Toots Shor, Marylin Monroe, Dizzy Dean, Willie Mays, Miss Rheingold, el gobernador Earl Long o Drácula. No verá a los Yankees, ni oirá cómo el entrenador de un equipo de fútbol universitario da energía a su equipo cuando va perdiendo, no tocará la batería de madrugada en el club de jazz Roundtable, no le pondrán una multa, no pagará impuestos…

Ese pobre paleto se irá sin saber qué es el Steak Row de la calle 40 de Nueva York, ni el aroma embriagador de los típicos restaurantes de Nueva Orleans. No podrá escabullirse de la rígida formalidad y

la pompa de las recepciones para buscar por sí solo su rincón favorito en el Village o vivir la noche de San Francisco.

Ese pobre espantapájaros nunca conocerá Texas, no caminará por el desierto al amanecer, no se quedará sin aliento ante la majestuosidad de las cataratas del Niágara. Para él, el Mississippi, visto a 9.000 metros de altura, no será más que una brecha abierta en un bajorrelieve, sin saber cuál ha sido su significado en nuestra historia. El sur del país, ese sur espléndido y exuberante cuyas profundas contradicciones e injusticias incluso los propios comunistas podrían usar como arma de ataque, no será para él más que un misterio.

Pobre ignorante. Sabrá tan poco de los Estados Unidos de América como un chico de una universidad americana que ha ido de viaje de fin de carrera a París sabe de Francia.

Considine se equivocó solo en una cosa. Como se vio después, Kruschev sí consiguió conocer a Marilyn Monroe. Y como pudo comprobarse, cuando llegó el momento, ella, tal y como le habían sugerido que lo hiciera, le esperaría con un vestido muy pero que muy corto y dejando a su marido en casa…

18. ¡BOUM!

El general Nikolai Zakharov y el coronel Vladimir Burdin llegaron a la reunión a las 3:57 de la tarde del miércoles 26 de agosto acompañados por un ayudante que no dejaba de tomar montones de notas, pero que no decía absolutamente nada. Los enviados rusos estrecharon la mano de Elmer Hipsley y Keith Lynch, los encargados de coordinar la seguridad de la visita de Kruschev, y a continuación se sentaron a trabajar.

Zakharov era el director del departamento del KGB encargado de la seguridad de los altos dirigentes del partido. Burdin era un

mandamás de la sección americana del KGB. Ambos estaban al mando de un equipo exclusivo de diez agentes que protegían de cerca a Kruschev. Con el propósito firme de no dejar nada al azar, los dos expertos soviéticos exigieron saber hasta el más mínimo detalle. ¿Era la pista lo suficientemente larga para que el descomunal TU-114 pudiera aterrizar sin peligro?, ¿quién custodiaría el avión cuando el presidente no se encontrara en él?, ¿cuando Kruschev viajara en coche, cómo iría protegido?, ¿cuántos coches compondrían la comitiva?, ¿cuántas motos?, ¿cuántos agentes de seguridad?

Con la paciencia debida, los americanos respondieron una por una a cada pregunta. Incluso les mostraron un esquema de cuál era el procedimiento habitual para proteger el recorrido en caravana de un alto dignatario. Satisfechos con esto, los rusos expresaron entonces su deseo de recorrer el país para inspeccionar todos y cada uno de los lugares que Kruschev habría de visitar o recorrer. Los americanos estuvieron de acuerdo en prepararles una gira y les ofrecieron también a un agente de seguridad del Departamento de Estado para que los acompañara.

A continuación, el general Zakharov preguntó si creían que existía alguna amenaza real para la vida de su presidente. Lynch le dijo que sí, pero que esas potenciales amenazas estaban ya siendo cuidadosamente investigadas y controladas.

Durante casi tres horas, el general y el coronel preguntaron todos los aspectos concebibles e inconcebibles acerca de la seguridad de su líder. El ayudante seguía tomando notas en silencio. Cuando acabaron, el general se inclinó ligeramente y susurró algo en ruso al oído del coronel. «El general desea advertirle, señor Hipsley», dijo entonces Burdin, «que cualquier intento de asesinar al presidente Kruschev o su asesinato sería considerado como un crimen político y podría dar lugar a consecuencias de alcance imprevisible».

Hipsley aseguró al coronel Burdin que él era totalmente consciente de la gravedad de la situación y que se tomarían todas las precauciones posibles. Burdin tradujo las respuesta a su general, quien, de nuevo, volvió a susurrar algo a su subordinado. De nuevo el coronel: «El general me dice que un acto semejante traería consigo la exterminación de la humanidad entera; que un asesinato

o su mero intento sería el fin.»

Por si las cosas estaban poco claras, el coronel levantó las manos por encima de su cabeza y las hizo descender suavemente hasta la mesa imitando la caída de una bomba que acababa explotando en forma de un hongo atómico.

«¡Boum!», dijo con infinita ternura.

19. EL CONGRESO DESPACHA EL PROBLEMA

La llegada de Kruschev exigía que los presidentes del Congreso y del Senado encararan una muy difícil cuestión: «¿Debían invitar al líder soviético a que se dirigiera a las cámaras en sesión conjunta?»

La tradición decía que así debía hacerse. Desde el final de la II Guerra Mundial más de treinta líderes extranjeros habían intervenido ante el Congreso, entre ellos el presidente de Brasil, el rey de Bélgica y la reina de Holanda. «La lista de presidentes y primeros ministros que han hablado ante las cámaras no tiene fin», escribía Chalmers Roberts en el Washington Post, «aunque a veces la mayoría de miembros que los escuchaban no sabían siquiera de quién se trataba ni de dónde venían».

Si Kruschev no era invitado a intervenir en el Congreso, los soviéticos, que ya habían demostrado ser especialmente sensibles a la posibilidad de un acto de desprecio, sin duda lo verían como un insulto. El senador Wayne Morse, un demócrata de Oregon, sugirió que Kruschev fuera invitado a dirigirse a una sesión conjunta, y el senador Jacob Javits, un republicano de Nueva York, dijo que de acuerdo. En una entrevista en Face the Nation, J. William Fullbright, presidente del Comité del Senado para Asuntos Exteriores, confirmó la invitación, pero solo si el líder soviético se comprometía a guardar una «razonable cortesía» hacia los representantes presentes en la cámara.

Pero ese «solo si» era mucho «solo si». Por otra parte, había muchos

políticos que, incitados por la enorme cantidad de protestas de sus votantes que recibían en el buzón, protestaban ante la mera posibilidad de que el líder mundial del comunismo ateo profanara con su presencia el sagrado recinto de la democracia mundial. Como dijo el senador Stephen M. Young, de Ohio, eso sería «una abominación». El líder del partido mayoritario, John W. McCormack, anunció en público que se oponía tajantemente a la presencia de Kruschev y que, si esta se producía, él no estaría allí para verlo.

El senador por Virginia, el influyente demócrata Harry Byrd, también se pronunció contra la visita del líder ruso: «Yo soy uno de los muchos senadores que creen firmemente que no debería ser invitado a dirigirse a una sesión conjunta del Congreso», dijo Byrd en pie sobre el remolque de un tractor mientras pastoreaba a 3.500 invitados hacia su tradicional picnic anual veraniego, que aquel año alcanzaba su trigésima edición. Después de despacharse a gusto con el asunto Kruschev, Byrd pasó a sus temas habituales: atacar la integración, denunciar las maldades del mestizaje y alabar a los «valientes y gallardos» funcionarios del condado de Prince Edward, quienes habían preferido cerrar sus colegios antes que permitir la entrada de alumnos de color en ellos. También se metió con la Corte Suprema por votar a favor de que los americanos pudieran ver la película El amante de Lady Chaterley.

El senador por Tennesee Albert Gore, padre del futuro vicepresidente, planteó una especie de compromiso: se invitaría a Kruschev a pronunciar su discurso, pero después él habría de someterse a tres días de debate en la Cámara sobre su contenido. Pero esta idea no gustó a ninguna de las dos partes: la camarilla de los contrarios a la invitación se opuso a que Kruschev hablara bajo ningún concepto, mientras que al grupo proinvitación le daba miedo que si el premier se pasaba tres días oyendo cómo le ponían verde a grito pelado, igual declaraba la Tercera Guerra Mundial sin ningún remordimiento.

¿Invitarlo o no invitarlo? Aquello era un enigma cuya solución nunca dejaría satisfecho a todo el mundo, pero los líderes del Congreso eran políticos de raza, gente astuta. Juntaron sus eminentes materias grises, calibraron el problema, y por fin llegaron

a una solución que de tan simple resultó un tanto decepcionante: adelantar la fecha del final del período de sesiones, por lo que los congresistas no estarían en Washington cuando Kruschev llegase.

Fue un truco digno de un genio de la diplomacia: si no había congresistas, no podría haber sesión conjunta, con lo que el problema dejaba de serlo. Solo había un ligero inconveniente, que los políticos tendrían que trabajar durante un fin de semana que se alargaba hasta el lunes, que además coincidía con el Día del Trabajo (primer lunes de septiembre), para debatir y votar a destajo todas las propuestas pendientes; eran tres días encerrados, pero la verdad es que, a la vista del panorama, estos nobles trabajadores públicos estaban encantados de hacer ese sacrificio por su país.

En la maratoniana sesión que cerró el período, el Congreso aprobó por la vía rápida un decreto de ayuda exterior, otro autorizando un montón obras públicas, y, tras una maniobra de los senadores Strom Thurmond, de Carolina del Sur, y James O. Eastland, de Mississippi, se coló como quien no quiere la cosa un malintencionado decreto que prolongaba el tiempo de mandato de la Comisión de Derechos Civiles: «¿Nuestra propia vida no está por naturaleza segregada?», preguntó a los allí presentes Thurmond en una treta retórica que pasará a los anales del parlamentarismo más rastrero. «¿La segregación no es una ley de la naturaleza?» Él mismo se respondió: «Sí, y por eso Dios creó las razas», sentenció Thurmond. Hablamos, por cierto, del mismo Thurmond, de ese Thurmond que unas décadas atrás había dejado embarazada a una criada adolescente negra.

Al amanecer del 15 de septiembre, unas horas antes de la hora prevista de llegada de Kruschev, el Congreso dio por cerrado su período de sesiones, saliendo todos contentos y aliviados dando gracias al cielo por la ocurrencia de sus jefes. «Durante la tarde, desde la sede del Capitolio no cesaron las llamadas solicitando más cubitos de hielo», dio cuenta el New York Times, «y desde los despachos de los congresistas no dejaban de escucharse los vivas y gritos de alegría».

20. DIRECTO A LA LUNA

Mientras a los congresistas les faltaba tiempo para desaparecer de Washington antes de que llegara Kruschev, la Unión Soviética hizo saltar una alarma que se escuchó en el mundo entero. Al atardecer del 12 de septiembre los científicos rusos lanzaron un cohete a la Luna. Los observatorios espaciales repartidos por todo el planeta escucharon las transmisiones por radio del aparato y vieron cómo el chorro producido por el sodio del combustible se dirigía hacia su destino a más de 40.000 kilómetros por hora. Pasadas unas veinticuatro horas desde su lanzamiento, el módulo del Lunik II colisionó con el satélite terrestre, situado a casi 400.000 kilómetros de distancia, depositando en su suelo una cápsula que contenía un banderín metálico con la siguiente inscripción: «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Septiembre 1959.»

«Por primera vez en la historia», anunciaron los medios soviéticos, «se ha llevado a cabo con éxito un vuelo espacial de la Tierra a otro cuerpo celeste».

El cohete llegó a la Luna unas cuarenta y una horas antes del instante en que estaba previsto que Kruschev aterrizara en Washington. Un portavoz ruso dijo que se trataba de una «feliz coincidencia», pero, por supuesto, nadie lo creyó. Todos veían claro que aquello era un truco propagandístico, una exhibición de pirotecnia, un estallido de luces para deslumbrar a la multitud y anunciar la salida al escenario de la verdadera estrella.

En plena Guerra Fría los cohetes y misiles se utilizaban como armas de una interminable guerra de propaganda. Tres meses antes, el 8 de junio de 1959, los Estados Unidos se habían marcado un buen tanto en esa guerra de efectos, pues dispararon un misil Regulus I desde un submarino nuclear sumergido cerca de las costas de Florida hacia una base de la Fuerza Aérea cercana a Jacksonville. El golpe de efecto era que, en vez de bombas, lo que el cohete cargaba eran 30.000 mil cartas idénticas y remitidas por una misma persona, Arthur Summerfield, director general del Servicio Postal americano, a diferentes dignatarios de la nación. Fue un hábil truco publicitario, pero no admitía comparación con lo de mandar un cohete a la Luna, y los soviéticos fardaron a lo grande con la fuerza del combustible que impulsaba el aparato. «Por lo que parece, los

Estados Unidos no han conseguido aún fabricar un combustible tan potente», dijo Radio Moscú, «porque este mismo año tuvieron que abandonar su proyecto de lanzar un cohete a la Luna después de cuatro intentos fallidos entre agosto y diciembre de 1958».

Este insulto, lanzado como quien no quiere la cosa, hacía referencia a los frecuentes, y muy visibles, fracasos del programa aeroespacial americano. En 1957, el Vanguard, que transportaba el primer satélite americano, se levantó del suelo apenas unos centímetros de la rampa cuando estalló en llamas. En agosto de 1958, el primer intento americano de colocar un satélite en la órbita lunar tuvo apenas setenta y siete segundos de vida, tras los cuales el ingenio explotó. Dos meses después, un segundo cohete consiguió elevarse hasta una distancia de 115.000 kilómetros y a continuación cayó en picado de vuelta a casa.

Ahora el vicepresidente Nixon intentaba convencer a los americanos de que no había ninguna razón para volverse «histéricos» por la cuestión del cohete soviético. «No hay nada por lo que alarmarse», dijo, «tanto si hablamos de nuestro sistema educativo como de nuestros avances científicos, vamos muy por delante de los soviéticos». Prosiguió recordando que en las dos últimas semanas los rusos habían fracasado en tres ocasiones, y solo ahora lo habían logrado por fin. ¿De dónde había sacado eso de que los rusos habían fallado tres veces en dos semanas? Nixon nunca reveló su fuente de información, pero le dio igual: «Señores, vamos por delante de ellos.»

Pero los científicos americanos no coincidían en el diagnóstico. «Siempre he creído que íbamos unos dos años por detrás de ellos, pero ahora veo que nuestro retraso es mayor aún», dijo el doctor Murray Zelinkoff, antiguo director del Centro de Investigación de la Fuerza Aérea de Cambridge. «Si quieren que sea sincero, no veo la forma de poder alcanzarlos.»

El mundo científico al completo reconocía que el éxito soviético al alcanzar la Luna era irrefutable; por otra parte reconocían algo fácilmente deducible de lo anterior: los rusos eran capaces de alcanzar cualquier objetivo también aquí en nuestro planeta. «Esto significaría», informaba el New York Journal American, «que los artilleros rusos podrían acertar con un misil balístico

intercontinental en cualquier barrio que eligieran, Manhattan, Brooklyn, Queens, Bronx o Staten Island, y arrasarlo por completo».

No se sabe bien por qué mística razón la revelación de que los rusos podían aniquilar cualquier ciudad americana desencadenó un avistamiento masivo de ovnis en el sur de California. Había dos interpretaciones: «No sabíamos la causa, si era el aterrizaje del Lunik II en la Luna o si era el inminente aterrizaje de Kruschev en suelo americano, pero cientos de personas de pronto comenzaron a escuchar y ver cosas que no habían escuchado o visto antes», testimoniaba Los Ángeles Times. En cualquier caso, concluía el periódico, la policía de Los Ángeles daba fe de un sentimiento generalizado: «Aquí algo terrible está pasando.»

21. ¡QUÉ HOMBRECILLO MÁS GRACIOSO!

El avión más gigantesco del mundo despegó de Moscú a las siete en punto de la mañana del 15 de septiembre de 1959, llevando a bordo a Nikita Kruschev, su esposa e hijos y un destacamento de cincuenta y cuatro personas, incluyendo servicio, diplomáticos y guardaespaldas, además de un equipo de técnicos con la misión de vigilar de cerca aquellas grietas microscópicas que se habían detectado en los motores.

El hijo de Kruschev, Sergei, un ingeniero perteneciente al programa soviético de misiles, había advertido a su padre que viajar en el TU-114 no era del todo seguro, pero el dictador estaba determinado a epatar con su monstruoso aeroplano. Sus subordinados, muy preocupados con el asunto, habían cursado órdenes a la flota soviética en el Atlántico para que se mantuvieran en contacto constante por radio con el TU-114. Ellos mismos instruyeron también a los pilotos del avión para un eventual fallo del motor: deberían dirigirse hacia al barco ruso más próximo, aunque la verdad es que nadie estaba muy seguro de qué podía hacer un barco si un aeroplano se empotraba en el mar.

Mientras el aparato continuaba su vuelo en dirección oeste, los

técnicos permanecían sentados en la cabina escuchando el sonido de los motores con unos instrumentos parecidos a estetoscopios y con los ojos clavados en el panel de control, plagado de interruptores, y cada uno de estos monitorizado con una luz roja y otra verde. Si brillaba la luz verde, eso quería decir que el motor iba bien; las luces rojas eran señal de problemas.

«La presencia de toda esa gente y aquel extraño instrumental instalado en la zona de pasajeros causaba cierta intranquilidad», recordaría Sergei Kruschev posteriormente. «Allí estábamos, embobados, como atraídos como por un imán por aquellos artilugios, controlando que no se encendieran luces rojas. Y es que nadie se olvidaba de aquellas dichosas grietas.»

Aquellos intranquilos pasajeros parecían haberse olvidado de algo que la prensa soviética recordaba continuamente a quienes se habían quedado en casa, de un detalle que era suficiente como para despejar cualquier inseguridad: en realidad, aquel aeroplano volaba propulsado por un poder, una fuerza espiritual; el TU-114 «atravesaba el océano no solo llevado en volandas por sus poderosos motores…, sino también por el poder y la fuerza de millones de trabajadores soviéticos, por todas las naciones progresistas de la tierra, propulsado por un indomable y apasionado deseo de paz».

El traqueteo de los cuatro mastodónticos turbopropulsores causaba un ensordecedor ruido en la cabina, algo que evitó que muchos pudieran echar una cabezada. Pero Kruschev sí. Cuando finalmente despertó, el sol estaba en lo alto y su lugar de destino estaba cerca. «Mientras contemplaba el mar allá abajo me vinieron a la cabeza todo tipo de pensamientos», escribió en sus memorias. «Estaba a punto de encontrarme con el presidente del país que representaba la amenaza militar más poderosa del mundo… En unos pocos minutos me encontraría cara a cara con América, la América que había leído en Ilf y Petrov y en Gorki. Ahora iba a poder verla con mis propios ojos y tocarla con mis propias manos. Tanta emoción me hacía sentir tenso.»

Apenas pasado el mediodía del 15 de septiembre, ya a la altura de Maryland, el avión comenzó su maniobra de descenso, y Kruschev pudo echar una primera ojeada al comité de recepción que le

esperaba en la base aérea de Andrews. Allí abajo, en una pista de hormigón, una multitud de 3.000 personas lo aguardaban abrasados por el sol de septiembre. El presidente Eisenhower se encontraba entre ellos; bajo su sombrero Stetson color gris, su cara tenía un aire extrañamente taciturno. Muy cerca se situaba una banda militar compuesta por cincuenta y seis músicos, una guardia de honor formada por 120 soldados y los cuatro cañones de setenta y cinco milímetros dispuestos a lanzar las veintiuna salvas de bienvenida, ni una menos, que Menshikov había exigido tan insistentemente.

Una alfombra roja de casi cuarenta metros de largo se extendía por el firme gris claro. No faltaba Gus Bagatelos, un soldado raso al que su comandante siempre describía como «nuestra mejor aspiradora», allí presente con su escoba reglamentaria. El tal Bagatelos, un tipo teatrero donde los hubiese, desfilaba ceremoniosamente por la larga alfombra cargando con la escoba como si fuera un rifle. Cuando llegó al final se detuvo marcialmente. Comenzó a caminar hacia atrás, barriendo con enérgica y acompasada precisión militar hasta que llegó al otro extremo.

Cuando el avión se abalanzó sobre la pista de aterrizaje, todos volvieron la cabeza para mirarlo. Este fue el momento en que el genial soldado raso aprovechó para levantar una esquina de la alfombra y ocultar un montoncito de tierra debajo sin que nadie lo viera. Lo dicho, todo un artista el tal Bagatelos.

El TU-114 tocó tierra a alta velocidad, mientras las gomas de las ruedas soltaban soplos de humo azulado. El piloto frenó. Los motores rugían, el aparato chilló al pasar junto a los dignatarios que estaban aguardando hasta llegar al final de la pista. Una vez allí giró y desanduvo pesadamente el recorrido andado. Los americanos arrastraron la enorme escalerilla que habían tenido que construir expresamente dadas las dimensiones del TU-114. Kruschev descendió. Eisenhower le saludó cuando su colega apenas acababa de bajar el último peldaño.

«Bienvenido a los Estados Unidos, señor presidente», dijo Eisenhower con una sonrisa bastante floja. Según contaba uno de los reporteros allí presentes, Ike «lo miró como si lo hubiera venido a visitar ese suegro al que nunca has tragado ya desde antes de tu boda».

Mientras los dos hombres más poderosos del mundo caminaban por la alfombra roja, a una esposa de militar que estaba tan emocionada sentada cerca del espectáculo se le escapó: «¡Ay, qué hombrecillo más gracioso!»

Tenía razón. El dictador del país más grande del mundo era un tipo bajito, redondito y calvo, con un barrigón considerable. Para la ocasión lucía traje negro, camisa blanca a medida con puño doble, gemelos de oro y una corbata de seda blanca con una línea azul. En el lado derecho de la chaqueta, a la altura del pecho, relucían dos medallas también de oro: la Bandera Roja del Trabajo y la Medalla Lenin de la Paz.

Kruschev sonreía de oreja a oreja, sus ojos azules destellaban. Le presentó a Ike a su esposa, la camarada Nina Petrovna Kruscheva, una mujer también bajita y muy robusta, de sonrisa amable, con aspecto de abuelita bondadosa. Aquello era una orgía de manos, con todos y cada uno del equipo soviético estrechando las de cualquiera del entorno de Eisenhower que estuviera más o menos cerca. Un satisfecho Mike Menshikov, siempre empalagoso, fue a estrechar también la de su jefe con una euforia desmedida: «Camarada Nikita Sergeievich, aquí, en tierra americana, te doy la bienvenida.»

Los cañones se dispararon veintiuna veces y la banda de música del ejército interpretó el himno nacional ruso, seguido del americano. Al acabar de escucharlos, el presidente invitó a su huésped recién llegado a pasar revista a la guardia de honor. Mientras miraba aquellos, a fin de cuentas, soldados enemigos, Kruschev hizo un comentario en ruso y el intérprete lo tradujo: «¡Qué buena pinta tienen estos chicos!» Eisenhower asintió de buen grado. Después tomo del brazo al líder ruso y lo condujo a un estrado para pronunciar el obligatorio intercambio de «blablablás» de buenas intenciones que marcaba el protocolo. Fue el presidente americano quien habló en primer lugar, leyendo al pie de la letra un mensaje de bienvenida más bien seco y formal: «Nuestro propósito común ha de ser encontrar una paz justa, universal y duradera.»

Pero mientras Ike hablaba y hablaba, Kruschev comenzó a gesticular con descaro, retomando alguno de aquellos numeritos con los que en varias ocasiones había conseguido estropearle la

fiesta a Nixon en Moscú un par de meses antes. Se colocó su sombrero ante la cara a modo de quitasol. Se puso a saludar a la multitud y le guiñó el ojo a una niña. No se cortó un pelo para seguir con su cabeza el vuelo de una mariposa que merodeaba por allí. Y todo este show, como dijo Warren Rogers en el New York Herald Tribune, «lo hizo con la estudiada naturalidad de un ya curtido actor de vodevil».

Cuando Eisenhower terminó, Kruschev se dirigió con andar patoso al estrado. La cosa empezó con bastante diplomacia, con palabras de agradecimiento y esperanza de paz. Pero aquel poderoso hombrecillo no pudo evitar presumir de su reciente gesta en la Luna: «En la víspera de nuestro encuentro, señor presidente, ingenieros, técnicos y obreros soviéticos nos han dado la enorme alegría de enviar un cohete a la Luna», dijo. «Estamos seguros de que los magníficos científicos, ingenieros y trabajadores americanos conseguirán lo mismo y su bandera llegará a la Luna también. La bandera soviética, que por entonces será ya una antigua residente en aquel lugar, le dará la bienvenida a la suya y juntas vivirán allí en paz y amistad.»

Kruschev sonrió. Él era hombre que disfrutaba viendo cómo el público reconocía su poder y se sentía como pez en el agua entre toda aquella pompa y ceremonia de esplendor. «Todo allí era brillante y luminoso», recordaría aún maravillado en sus memorias. «Aquellos americanos sí que sabían bien cómo preparar una buena recepción.»

Eisenhower escoltó a los señores de Kruschev hasta un Lincoln descapotable que les estaba esperando para desplazarse hasta Washington. El plan decía que Nina Kruschev debería ir sentada en medio del asiento de atrás, con Ike y su marido a cada lado, pero la cosa acabó con Eisenhower en el medio estrujado incómodamente entre el rollizo matrimonio ruso. En las fotos que se publicaron al día siguiente el presidente tenía aspecto sombrío, «como si la CIA le hubiera aconsejado que tuviera el cuidado de mantener su famosa sonrisa escondida a buen recaudo, no fuera a suceder que el Viejo Bolchevique la declarara expropiada en nombre del pueblo nada más verla», escribió el periodista I. F. Stone.

El cochazo partió seguido de una cohorte rugiente de policías en

motocicleta. Se estima que durante los apenas veinticuatro kilómetros que duró el recorrido hasta Washington había más de 200.000 personas contemplando su paso; pero, curiosamente, esta gran multitud los vio pasar imperturbable. No había saludos ni vítores; tampoco abucheos. Allí estaban, sin más, mirando en silencio cómo los dos líderes pasaban. Kruschev se dio cuenta: «La gente nos miraba como si fuéramos una especie rara.»

A los reporteros americanos les costó trabajo entender y explicar ese extraño silencio de las masas. El columnista David Lawrence describió la escena como «la expresión más espontánea del miedo que la gente sentía de que el hombre que pasaba ante ellos le diera por apretar un buen día un botón y empezara la guerra». Murray Kempton, del New York Post, era más reflexivo y sostenía que en la era del teleprónter y de esos carteles donde se avisaba al público de cuándo debían o no reír y aplaudir, los americanos habían perdido la capacidad de actuar obedeciendo sus impulsos: «Hemos dejado de ser espontáneos y nadie ha levantado un cartel»; nadie había avisado de que había que aplaudir a aquel hombre. George Dixon, el jocoso columnista del Washington Post, reconocía no tener muy claro cuál era el mejor modo de dar la bienvenida a un dictador comunista que había prometido sepultarles bajo tierra: «No sabía si aclamarlo en plan salvaje, aplaudirlo secamente o solo quedarme allí soltando cuatro burradas que ni siquiera tienen traducción.»

La prensa soviética no tuvo ningún problema para explicar aquel silencio. Y tal vez no lo tuvo porque en sus crónicas aquel silencio sencillamente no había existido, así de sencillo. Según ellos, las masas gritaban enfervorizadas. «Los gritos se extendían como olas», dijo Pravda, el diario del Partido Comunista. «Washington jamás había visto algo así», decía Izvestia, el diario del gobierno, que aseguraba que las multitudes saludaban a Kruschev con «un continuo estruendo de aplausos». El Sovietskaya Rossia estaba desatado: «Había que estar allí para ver las caras felices de los americanos que custodiaban el trayecto, para oír sus entusiasmados vivas y aplausos, para comprobar con cuánta alegría, cariño y hospitalidad los habitantes de la capital de los Estados Unidos daban la bienvenida a Kruschev. Sin duda, todas las reservas sobre una bienvenida discreta, incluso fría, desaparecieron como por encanto.»

22. UN HELICÓPTERO SOBREVUELA THE BURNING TREE

La primera comida de Kruschev en América fue un opulento almuerzo en Blair House, la residencia oficial para invitados del presidente: filete trufado de ternera, patatas, judías verdes y carlota rusa con salsa de frambuesa. Acababa de terminar cuando recibió la primera visita, Henry Cabot Lodge, embajador americano ante las Naciones Unidas, el hombre que Eisenhower había elegido para guiar a Kruschev en su odisea por los Estados Unidos.

La verdad es que era difícil encontrar en todo el planeta a dos hombres que tuvieran menos cosas en común: Kruschev era un ruso ignorante bajito y gordo, que había llegado al poder gracias a su perseverancia y su crueldad (a partes iguales); Lodge era alto y flaco y lo que se conoce como un «brahmán de Boston» (lo mejor de lo mejor de la sociedad bostoniana), educado en Harvard, nacido en el seno de la más rancia aristocracia americana, tanto que el nombre de su familia figuraba en un característico dicho de Nueva Inglaterra:

Esto va por ti, mi buena y vieja Boston

Hogar de las judías y el bacalao

Donde los Lowells solo hablan con los Cabot Y y los Cabots solo hablan con Dios.

En la historia de los Cabot figuraban seis senadores, un secretario de estado, un general de la Guerra de Secesión y un gobernador de Massachussetts. Su abuelo, el senador del mismo nombre, Henry Cabot Lodge, fue un firme republicano famoso por liderar las corrientes políticas y de opinión que frustraron las ilusiones de Woodrow Wilson de que los Estados Unidos se integraran en la recién creada Sociedad de Naciones tras la I Guerra Mundial.

El joven Lodge robaba moras en el jardín de Henry James, montaba a caballo con George Patton y visitaba con asiduidad la casa de Edith Wharton en Francia, país donde vivió con su familia dos años y donde estudió francés. En 1936, tras un breve período en la asamblea legislativa de Massachusetts, fue elegido para ocupar el escaño de su abuelo en el senado. Ingenioso, amable y popular, Lodge fue un republicano del ala liberal que apoyó muchas de las medidas del New Deal de Franklin Delano Roosvelt. Al declararse la guerra renunció a su escaño para incorporarse al ejército y participar en la campaña de Europa. Tras el conflicto volvió a ser elegido para el Senado, pero en 1952 fue derrotado por un guapo, rico y joven héroe de guerra llamado John Fitzgerald Kennedy. En 1953, Eisenhower nombró a Lodge embajador en la ONU, institución que, paradójicamente, suponía la consolidación de aquello contra lo que su abuelo había luchado tan denodadamente.

Cuando Ike escogió a Lodge en vez de a Nixon como cicerone de Kruschev, los expertos pensaron que con ello el presidente estaba dando pistas sobre quién debería ser su sucesor. Pero, en realidad, el razonamiento de Eisenhower era mucho menos maquiavélico: sencillamente se trataba de que el diplomático Lodge tenía menos posibilidades que Nixon de dejarse atrapar por esa dialéctica del dedo en el ojo y el bocado en la oreja en la que con tanta facilidad Kruschev ya había hecho caer a su vicepresidente en Moscú.

Lodge llegó a Blair House y se presentó a sí mismo ante el invitado como su futuro compañero de viaje y le preguntó si podía hacer algo por él. Kruschev elevó su cabeza para llegar a la cara de Lodge, quien con su metro noventa le sacaba al ruso unos cuarenta centímetros, y sonrió. «Antes de llegar a su país he leído sus discursos», dijo, «y he de confesar que tras leerlos pensé que usted me daría miedo, pero ahora que estamos juntos, que hemos hablado, veo lo buen tipo que es, y ya no le temo en absoluto.»

Kruschev acababa de soltar una chorrada, por supuesto: un hombre que había sobrevivido a los caprichos homicidas de Stalin era difícil que se sintiera amenazado por lo que Lodge podía haber dicho o dejado de decir en la ONU, pero al menos fue una chorrada amable, amistosa.

«Señor Lodge, quiero que usted entienda algo», continuó Kruschev

aún con la sonrisa puesta. «Yo no he venido a los Estados Unidos a aprender nada de ustedes. De América ya sabemos todo lo que necesitamos saber, lo hemos aprendido gracias a nuestra formación marxista.»

Y entonces le tocó sonreír a Lodge: «Gracias por advertírmelo, señor presidente. Haremos todo lo posible para complacerle.» Lodge se había pasado toda su vida entre políticos y pronto caló a Kruschev como ejemplo de lo que debe ser un auténtico espécimen de la política. «Su magnetismo personal era algo que se percibía de inmediato», recordaría después. «Era un político de raza, un hombre que si entraba en una sala repleta de desconocidos, conseguiría tras unas pocas horas y sin mayor problema haber convencido a unos, haber divertido a otros y asustar a muchos más: al final del día se habría ganado la mitad más uno de cualquier parlamento.»

El premier comentó al embajador la casualidad de que ambos hubieran sido generales durante la guerra, pero, eso sí, añadió que él lo fue de un mayor rango: «Así que usted está a mis órdenes», le dijo entre risas, «y espero de usted todo lo que se espera de un joven oficial». Lodge le respondió también riendo: «A sus órdenes, señor.» A continuación se le cuadró y le hizo el saludo militar con estricta marcialidad: «¡Se presenta el general Lodge!, ¡a sus órdenes, señor!»

Vaya, apenas llevaban unos minutos de charla y el bajito y gordo dictador ruso y el largo y flaco brahmán de Boston ya habían formado una magnífica pareja de cómicos: el Gordo y el Flaco de la Guerra Fría. Lodge acompañó a Kruschev fuera del edificio; subieron a la limusina que les esperaba acompañados por Menshikov, por el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromiko, y el intérprete de Kruschev, Oleg Troyanovsky. Tras un recorrido de menos de un kilómetro el coche se detuvo. Ya habían llegado donde tenían que llegar: la Casa Blanca.

En su interior, les esperaban Eisenhower y Nixon. Siempre sonriendo, Kruschev se plantó frente a Ike con un regalo. Le hubiera gustado dárselo en el mismo aeropuerto, frente a las cámaras de televisión, que era lo suyo, pero sus ayudantes le dijeron que mejor no. El presidente americano abrió una elegantísima caja de madera que guardaba una reproducción de la cápsula espacial Lunik II, esa

cápsula que, precisamente, casualidades de la vida, acababa de aterrizar con éxito en la Luna.

Eisenhower se quedó de piedra: ¿Es que este tipejo me va a dar dos veces donde más me duele y además en la misma tarde?, ¿dos veces en cuatro horas con el dichoso cohete en la Luna? «En principio me pareció un regalo un tanto malicioso, pero entonces se me ocurrió que, por qué no, aquel hombre quizá me estuviera haciendo el regalo con toda su buena intención.»

Ike condujo a sus invitados a una sala amueblada con sofás y sillones donde podrían sentarse cómodamente. Ese día no había demasiado tiempo para discusiones importantes, les dijo, pero al menos podrían establecer cuáles serían los temas a tratar en Camp David una vez Kruschev volviera de su tour. Obviamente, Berlín sería uno de ellos, le dijo. El dictador ruso asintió y sugirió otro asunto: desarme. «Nosotros creemos firmemente que ustedes no desean la guerra», dijo, «y damos por sentado que ustedes piensan lo mismo de nosotros». Ike respondió rápido: «No veo ningún beneficio en suicidarnos mutuamente.» Y entonces Kruschev: «Lo fundamental es crear un clima de confianza entre nosotros. Quizá hoy yo crea lo que usted me diga y usted lo que le diga yo, pero lo realmente importante es propiciar esa confianza para el futuro. No hay otra solución posible.»

Las sugerencias sobre qué temas tratar se sucedían sin solución de continuidad. Por ejemplo, Kruschev mencionó el discurso que, tal y como estaba programado, debía pronunciar en la ONU al cabo de unos días, pero rechazó revelar ningún detalle concreto sobre su contenido: «Mi discurso lo llevo aquí, conmigo», dijo dando golpecitos al bolsillo de su chaqueta, «y nadie va a verlo».

Pero sí había un discurso sobre el que el presidente ruso quería hacer algún comentario, concretamente el discurso que Nixon había pronunciado el día anterior a su llegada. Había leído su traducción en el avión. Nixon, que estaba sentado en algún lugar de la sala, dijo que se sentía muy orgulloso de oír eso.

Su discurso había sido claramente calculado para despertar o revivir en los americanos la animadversión hacia los soviéticos. Kruschev comentó con muy mala uva: «Después de leer ese discurso, me

sorprende enormemente haber encontrado a la gente aquí en los Estados Unidos dándome su bienvenida del modo tan abierto y claramente amistoso en que lo han hecho. Si yo en la Unión Soviética un día antes de su llegada hubiera dicho esas cosas de ustedes, no habría habido bienvenida de ningún tipo.»

«Bueno», dijo Eisenhower, «esa es básicamente la diferencia entre nuestros dos sistemas políticos».

Ike replicó con mucho ingenio. Pero Nixon, siendo tan Nixon, no pudo resistirse a responder a su modo que los rusos también habían lanzado un manifiesto antiamericano antes de que él llegara a Moscú para lo de la feria. Kruschev contraatacó de inmediato matizando que ese discurso al que Nixon se refería no había sido tan ofensivo y provocador como el suyo. En fin, volvíamos a los viejos tiempos: Nixon y Kruschev de bronca otra vez. Eisenhower debió de sentirse como la seño de la guardería atrapada en medio de los dos peores camorristas de su clase enzarzados de nuevo.

«Usted, lea usted por favor los dos discursos», dijo Kruschev a Ike, «juzgue usted por sí mismo». Años después Eisenhower aún recordaba con guasa todo aquello. «Por si le faltaba algo a aquel ambiente, que parecía una guerra de tartas de cine mudo», escribió, «Kruschev se empeñó en que yo fuera el juez árbitro y decidiera cuál de los dos discursos era el más insultante».

Eisenhower acompañó a Kruschev fuera, al South Lawn de la Casa Blanca, donde dos helicópteros esperaban agachados como dos grandes libélulas. Ike adoraba los helicópteros y estaba ansioso por llevar a Kruschev a sobrevolar Washington en hora punta. Era el modo perfecto de exhibir el poder económico de América, dirigiendo su atención hacia el interminable desfile de trabajadores conduciendo los coches de su propiedad en dirección a las casas también de su propiedad en las zonas residenciales ajardinadas. Ike había hablado de sus ganas por realizar este vuelo en una rueda de prensa un mes antes y Murphy comunicó ese deseo a Menshikov sin perder un minuto. Pero Mike el Sonrisas dijo que no: Kruschev no tenía ninguna gana de perder el tiempo subido en helicóptero. Pero el presidente americano siguió en sus trece. De hecho, cuando se trasladaban a Washington desde el aeropuerto, Ike le dijo a Kruschev que esperaba que se uniera a él en una visita panorámica

en helicóptero sobre la capital.

Kruschev respondió enigmáticamente: «¡Ah, bueno! Si usted y yo vamos en el mismo helicóptero no hay problema, iré encantado.» De golpe Eisenhower se dio cuenta de lo que pasaba: el ruso temía que el viaje en helicóptero fuera una trampa, que el trasto ese sufriera algún tipo de «accidente», y que estaba claro que tal cosa no sucedería si Eisenhower iba con él a bordo. Eso trajo a la mente de Ike otra anécdota ocurrida en 1945, muy poco después de acabada la guerra. Él mismo había ofrecido a su colega el general Zhukov usar un avión americano para desplazarse. Zhukov no lo tenía claro, y preguntó como si nada: «¿Oiga, general, podría su hijo acompañarme como ayudante?» Ike estuvo de acuerdo, claro, y Zhukov sonrió tranquilo: «Con su avión y con su hijo a mi lado no hay duda de que estaré completamente a salvo.»

Kruschev y Zhukov tenían algo muy importante en común, y es que ambos habían trabajado para Stalin: ¿cómo no disculpar sus paranoias?

Una vez dentro de uno de los helicópteros, Eisenhower ofreció a Kruschev sentarse junto a una de las ventanas y desplegó un mapa de Washington sobre sus piernas. Los rotores se pusieron en acción y la libélula gigante comenzó a elevarse lentamente hacia el cielo. El líder soviético decía adiós a los informadores agitando su sombrero y con la sonrisa puesta.

Mientras vio al helicóptero alzarse, Charles Roberts, corresponsal del Washington Post, llamó a su esposa, Lois, a su domicilio, cuya terraza se asomaba al Potomac. Roberts imaginaba que el helicóptero volaría sobre el río para dirigirse luego a las zonas residenciales de Maryland, y tenía sus razones para estar mosqueado y avisar a su mujer. Y es que él sabía algo que quizá al mismo servicio secreto se le había escapado: con el fin de ampliar una piscifactoría, ya hacía varios días que un numeroso grupo de obreros que construían un sistema de escaleras para peces en el Potomac hacían saltar por los aires trozos de roca. El helicóptero pasaría por allí, así que, temiendo lo peor, le dijo a Lois: «Sal y a lo mejor te encuentras con todo un espectáculo.»

Ella se apresuró a salir a la terraza y, en efecto, vio cómo el

helicóptero que transportaba a los dos hombres más poderosos del planeta pasaba por el río en dirección norte. Instantes después, Lois Roberts contempló asustada cómo una explosión en la orilla hacía saltar con dinamita grandes cantidades de trozos de roca. Por suerte, ninguno alcanzó al helicóptero, que pasaba muy por encima y pudo seguir a salvo su camino hacia Maryland.

Por su parte, Ike iba señalando con orgullo la enorme procesión de automóviles que circulaba por las carreteras, todos aquellos miles de luces rojas de los frenos que se encendían y apagaban al compás de cada parada y cada nueva puesta en marcha. Poco después el aparato sobrevoló un enorme prado, uno de los lugares favoritos de Ike, el campo de golf de su Burning Tree Country Club.

El presidente preguntó a Kruschev si él también le daba al golf, y este respondió que no tenía la menor idea de qué era eso. Ike pidió entonces al piloto que volara más bajo, ansioso porque su colega viera lo más cerca posible cómo se jugaba a su deporte favorito. Descendieron sobre el hoyo dieciséis armando tanto ruido y montando tal ventolera que hicieron que un pobre golfista fallara increíblemente un fácil putt de apenas unos centímetros. Por una de esas coincidencias que tiene la vida, el golfista no era otro que el senador J. William Fullbright, quien precisamente había invitado a Kruschev a tomar el té al día siguiente en el Comité de Relaciones Internacionales del Senado.

Ike esperaba que el espectáculo que ofrecía toda aquella marabunta de coches destellantes impresionara al dictador, pero este no se inmutó lo más mínimo. Tampoco pareció sentir nada especial al ver a un tío ya mayorcito y grande como un armario dándole con un palo a una pequeña pelota blanca en medio de un mimadísimo césped. Eso sí, se enamoró del helicóptero. La cosa estaba muy clara: si un helicóptero era lo más a la hora de mostrar quién mandaba en este mundo, Kruschev quería uno. Es más, quería más de uno. De hecho, al volver a Rusia encargó tres, dejando muy claro que los quería igualitos a los de Ike.

23. DE PINGÜINO

Damas y caballeros, hay momentos en la vida de un hombre en los que no puede eludir las grandes decisiones, debe tomar partido. Pero en tal circunstancia, ¿será ese hombre capaz de mantener sus principios o acabará doblegándose mansamente a la voluntad del rebaño?

A Nikita Kruschev le llegó el turno de la metafísica en su primera noche en América. No vaciló. No flaqueó. No renegó de sus principios más fundamentales: se negó de plano a vestirse de etiqueta, tal y como exigían las buenas formas para la cena que se celebraba en su honor en la Casa Blanca. Optó por un traje de diario de color oscuro y una corbata gris.

Por suerte, él no fue el único de los caballeros presentes que rechazó el «uniforme». Una de las prebendas que tiene lo de ser dictador es que cuando se es fiel a unos principios puedes obligar a todos los que están a tu mando a que lo sean también. De aquí que el resto de hombres que componían la delegación soviética vistieran igual que su patrón, incluso Mike Menshikov, a quien sí le solía gustar ponerse su frac en eventos de este tipo, siempre y cuando el jefe no estuviera delante, claro.

Cierto que este disenso indumentario provocó que el resto de invitados, muy preocupados por cómo debe presentarse un dictador ruso en una cena de gala, elevaran sus cejas en signo de sorpresa y chasquearan ligeros sonidos paletales de desdén a su paso, pero los principios son los principios y Kruschev era hombre de una pieza. La cosa era muy sencilla: un auténtico comunista jamás lleva frac. Después de la Revolución Rusa, los bolcheviques proscribieron todo tipo de corbata en tanto símbolos del capitalismo decadente. Pasado el tiempo los revolucionarios se ablandaron un poco y empezaron a usarlas de nuevo, pero Kruschev debió de pensar que si el líder del Partido Comunista de la Unión Soviética se ponía una pajarita blanca y un traje de pingüino, la momia de Lenin se revolvería en su ataúd transparente de la Plaza Roja. Kruschev también tenía claro que los trajes de etiqueta eran signos de la decadencia burguesa. Tanto era así que sus hijas, Rada y Yulia, llegaron al banquete vestidas de modo informal y su esposa lució un traje azul de lo más normalito.

«¿Sabía alguien esto?, ¿es que nadie ha dicho a esta gente que no se puede presentar en una ceremonia de estado vestida de calle?», preguntó la primera dama, la señora Eisenhower, al jefe de protocolo de la Casa Blanca. «Mi esposo podría haber venido igual y además encantado de la vida, pero yo no se lo he permitido.»

Cuando la familia Kruschev llegó a la Casa Blanca, la primera dama les dio la bienvenida vestida con un elegantísimo Scaasi. Les acompañó por la escalera hasta los apartamentos privados, donde su marido, vestido como Dios manda, notó que la mujer e hijas del dictador se sentían un tanto avergonzadas al obedecer las leyes de vestimenta de su marido: «Aquellas mujeres, por muy comunistas que fueran, eran ante todo mujeres, y se notaba claramente que se sentían fuera de lugar.»

Tras un cóctel en los apartamentos privados, el grupo procedió a bajar las escaleras en dirección al comedor oficial. Allí las cortinas eran doradas, las flores eran doradas y las luces de las velas sacaban lo mejor del color oro viejo que predominaba en porcelanas y cubiertos. En medio de esta atmósfera esplendorosa, Kruschev compartió comida y palabras con lo mejor de la política y las finanzas de América: el presidente de la Cámara de Representantes, los secretarios de Estado, de Defensa y de Agricultura, los presidentes de la Bolsa de Nueva York y de la Cámara de Comercio de Estados Unidos y la archifamosa Perle Mesta, la anfitriona más chic y de más poderío del país, quien llegó del brazo de su «acompañante», el director del FBI, J. Edgar Hoover.

En un principio Kruschev y Hoover podrían parecer no tener nada en común, pero no era así: ambos eran los dos mayores patrocinadores del Partido Comunista de los Estados Unidos. En 1959 Kruschev había contribuido a la causa con una donación secreta de 250.000 dólares. Por su parte, Hoover contribuía pagando las cuotas de los agentes que el FBI tenía infiltrados en él. «Es él quien los mantenía vivos: sus informantes eran los únicos que pagaban religiosamente la cuota mensual del partido», recordaría William Hundley, un abogado del Departamento de Justicia destinado a la persecución de comunistas en los cincuenta. Cierto día, Hundley se encontraba examinando cuidadosamente un soso informe del FBI sobre una más sosa aún reunión de los comunistas

americanos cuando de repente algo le dejó con la boca abierta: «Llegué a un fragmento donde se contaba que un tipo se había levantado de un brinco y había gritado: “Vamos a dejarnos de tanta palabrería, ¿cuándo va a empezar la revolución?” Me puse muy nervioso y fui a toda prisa al despacho del supervisor del FBI. Los agentes allí presentes se reunieron a deliberar. Tras unos minutos, volvieron para decirme: “No haga caso, es uno de los nuestros.”»

Por desgracia, ni Kruschev ni Hoover mencionaron su común afición a dar de comer al comunismo americano. Cuando el jefe de los jefes de los comunistas rusos estrechó la mano del mayor cazador de comunistas de América, su breve conversación dio para poco:

Kruschev: «Tengo la sensación de que lo conozco.»

Hoover: «Yo también tengo la sensación de conocerle a usted.»

Llegó el momento en que Nixon presentó al primer ministro al senador Lyndon B. Johnson, quien era, tal y como Nixon dijo, el líder del partido de la oposición.

Kruschev soltó: «Nunca he conseguido saber cuál es la diferencia entre esos dos partidos de ustedes.»

También le presentaron a Allen Dulles, director de la CIA, y los dos se dedicaron a charlar aspectos propios del gremio del espionaje.

«Seguro que usted de vez en cuando lee alguno de nuestros informes, señor presidente», dijo Dulles con cierta sorna.

«Sí, de hecho creo que usted y yo tenemos los mismos», le replicó Kruschev, «y es muy probable que vengan de las mismas personas».

«Quizá deberíamos unir nuestros esfuerzos», dijo Dulles.

«Cierto», concedió Kruschev, «podríamos pagar a nuestros informadores a medias y así ahorrar dinero. Siempre es mejor pagar a la misma persona una sola vez».

Una vez los invitados estuvieron sentados, el presidente se levantó para brindar por el premier. A Eisenhower no le apetecía lo más

mínimo brindar a la salud del hombre que seguía amenazando con invadir Berlín Oeste. En una reunión celebrada una semana antes, Ike le había dicho al secretario Herter que quería eliminar lo del brindis y no había más que hablar, pero tras mucho discutir, Ike se resignó y aceptó cumplir con el protocolo; eso sí, brindaría con la mayor frialdad que le fuera posible.

«Dado nuestro poder, dada nuestra relevancia en el mundo, es de vital importancia que lleguemos a entendernos mejor», alzó la voz el presidente mientras levantaba su copa de champán. «Con la esperanza de que ese esfuerzo de comprensión mutua tenga éxito, le ruego, señor presidente Kruschev, levante su copa conmigo.»

A diferencia de Einsenhower, Kruschev sí que le echó brío a su brindis: «Nuestros países son muy poderosos y no podemos enfrentarnos», dijo. «Si fuéramos países débiles, todo sería distinto, porque cuando son los débiles quienes se enfrentan, lo único que pueden conseguir es un arañazo en la cara, y eso se soluciona simplemente con algo de maquillaje. Pero si somos nosotros quienes nos enfrentamos, entonces no serán solo nuestros dos países quienes puedan sufrir un daño irreparable, sino que el resto de países del mundo se verá envuelto en un desastre total.»

La cena había sido concebida como «típicamente americana» y el menú hizo los honores a tal propósito con unos platos y guarniciones propios del Día de Acción de Gracias: pavo asado con salsa de arándanos, relleno de maíz, y ensalada aderezada con abundante salsa Green Goddess (o sea, «Diosa verde», una salsa de anchoas, hierbas, ajo, vinagre…). El champán y tres distintas variedades de vino hicieron más fácil la ingesta.

Para amenizar la velada Eisenhower contrató a su grupo favorito, un grupo de jazz ligero llamado Fred Waring y sus Chicos de Pennsylvania. Conocido como «el hombre que había enseñado a cantar a América», Waring había sido durante tres décadas una auténtica estrella, sonando continuamente en la radio y apareciendo con regularidad en la televisión y en el cine. Entre sus grandes éxitos se encontraba I Scream, You Scream, We all Scream for Ice Cream. El título era gracioso, no precisamente por su significado, pues en inglés, ruso o lo que fuera carecía de fuste («¡Un helado para mí!, ¡un helado para ti!, ¡un helado para todos!»)*, sino porque

en inglés «scream» («gritar») e «ice cream» («helado») suenan casi igual. Pero este pedazo de tema no era el único logro de Waring: él era también el genio que se escondía tras la famosa licuadora Waring, de la cual no perdía la ocasión de hacer propaganda en cada actuación, y de la que llegó a vender más de un millón de unidades.

En ese instante, mientras Kruschev lo observaba fijamente, Waring se lanzó con toda su alma a interpretar una versión de lo más animada de cierta canción titulada Zip-A-Dee-Doo-Dah, una canción que encarnaba a la perfección ese dinamismo optimista propio de la América de la postguerra. Algunos de los invitados que se encontraban en cierto estado etílico positivo se contagiaron de ese «dinamismo optimista» y pronto se animaron a cantarla a voz en grito.

24. A FLOR DE PIEL

En esa olla hirviendo de emociones a flor de piel que ha sido siempre de por sí la sociedad americana, la llegada de Kruschev dio lugar a una serie de fenómenos que como mínimo podrían calificarse como de «extraños»:

En el cielo de Washington apareció una enorme cruz blanca idea dibujada por un acróbata aéreo pagado por un grupo anticomunista llamado Christianform.

En Nueva York, un inmigrante húngaro subió a lo más alto de la estatua de la Libertad y vendó sus ojos para que tan augusta dama no tuviera que ver a «ese asesino, ese Kruschev».

En Mississippi, una mujer dio a luz a su octavo hijo y por sugerencia del ginecólogo le puso al bebé por nombre Nikita.

Un restaurante de Filadelfia envió más de veinte kilos de helado con sabor a bortsch (la típica sopa rusa de remolacha) a Blair House para satisfacer el paladar del dictador, y el Instituto Nacional de

Limpieza en Seco anunció que tanto Kruschev como todo su cortejo de acompañantes tendrían limpieza de ropa gratuita durante su estancia en el país.

El Comité de Actividades Antiamericanas citó a Arnold S. Johnson, secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos, para que testificara sobre un supuesto dosier elaborado por él mismo donde se contenía información «desfavorable» sobre cada una de las ciudades que figuraban en la agenda de visitas del tour que su camarada supremo habría de realizar.

En un hotel de Washington donde se alojaban miembros del equipo de Kruschev, agentes del FBI pillaron in fraganti a un huésped que hablaba en voz alta por teléfono situado en la recepción: «¡Mando para arriba ahora mismo dos soldados de asalto y más munición!» Al pobre hombre se le pasó el susto cuando los agentes le permitieron explicar que estaba hablando en código con sus amigotes alojados en una planta superior. Según ese indescifrable código maligno, lo único que había dicho era: «Os mando para arriba dos rubias de escándalo y otra botella de alcohol.»

En el hall del hotel Statler-Hilton de Washington, varios americanos allí presentes se reunieron a jugar a algo que el Washington Star llamaba algo así como: «¿Dónde está el ruso?» Se trataba de identificar a todo ruso viviente que pasara por allí. Un tipo de Boston aseguraba que él podía detectar a simple vista a un ruso porque las patas de sus pantalones eran más anchas de lo normal. Otro de Wisconsin aseguraba que los rusos siempre sostenían el cigarrillo con el pulgar y el índice, a diferencia de los americanos, que lo hacían con el índice y el dedo corazón. Tres funcionarias del Departamento de Interior mantenían que estaba tirado saber cuándo una mujer era rusa por su talla, generosamente más amplia. «Hay que reconocer que por regla general los americanos estamos bastante gruesos, para qué engañarnos», apuntó otro, «pero después de ver algunas mujeres rusas, está claro que si fuéramos a su país podríamos ser las reinas del cotarro».

Por último, hablemos de la noticia aparecida en el New York Daily Mirror cuyo titular rezaba:

VE A K EN TELEVISIÓN Y MATA DOS PERSONAS

Nevada, Iowa, 16 de septiembre (agencia UPI).–Un brillante alumno universitario confesó hoy haberse visto dominado por un «incontenible deseo» de estrangular con sus propias manos a una madre y su hija adoptiva mientras veía a Nikita Kruschev en televisión.

Barry Neal McDaniel, destacado estudiante en matemáticas y física a decir de sus profesores de la Universidad Estatal de Iowa, fue acusado ayer de estrangular a Monice Irene Larson, de 25 años, y de matar por asfixia a su hermana adoptada de cuatro meses de edad, Kimery Anne.

McDaniel, de 20 años, fue arrestado en la ciudad universitaria de Ames, Iowa, lugar donde tuvieron lugar los crímenes, y encerrado en la cárcel del condado.

McDaniel confesó a su abogado, Frank Lounsberry, que sintió ese «incontenible deseo» al ver en televisión las imágenes de la llegada a Washington del líder soviético Kruschev.

25. LA CRÍA DE GANADO

A las 9:00 de la mañana del día siguiente, Henry Cabot Lodge ya estaba esperando en la puerta de Blair House liderando una larga caravana de coches, dispuesto a llevar a Kruschev al Centro Americano para la Investigación Agrícola en Beltsville, Maryland, donde el líder ruso podría demostrar su destreza y coraje en dos habilidades que todo político que se precie debe dominar: soportar con estoicismo el aburrimiento y acariciar todo animalillo que se le ofrezca.

Durante siglos y siglos, desde el jefe de una tribu a los príncipes y diferentes clases de potentados, todos ellos han intentado impresionar a sus invitados más distinguidos dándoselas de ser

poseedores de los mejores cultivos y el mejor ganado. En el siglo XX, al gobierno americano le gustaba llevar a esos preclaros visitantes a conocer Beltsville, una granja de propiedad estatal, de más de 4.000 hectáreas de extensión con miles de animales y un paisaje sinfín de «olas de trigo color ámbar», además de 950 edificios y ochenta y cinco kilómetros de caminos, y, por si todo ello fuera poco, un prototipo del supermercado del futuro y varios talleres de cocina, entre ellos uno dedicado exclusivamente al mejoramiento de la calidad de las patatas fritas. En Beltsville trabajaban 2.000 empleados del gobierno creando nuevas mezclas de semillas, cruzando los mejores ejemplares de ganado y desarrollando nuevos pesticidas, entre ellos el 2,4-D, cuya toxicidad fue adecuadamente comprobada por el doctor Ezra J. Kraus, un científico que se tragó voluntariamente una cápsula del veneno cada día durante tres semanas y aun así vivió para contarlo.

Para situarnos, digamos que Beltsville era una especie de La Meca en la que todos los periodistas en busca de material para noticias científicas conspiranoides de medio pelo siempre encontraban material sabroso: que si sembraban cultivos que resistían a la radiación nuclear, que si se habían creado colonias de megacucarachas para probar nuevos pesticidas, que si se estaba experimentando con una nueva variedad de césped a prueba de ese tipo de jugadores que asesinan la yerba de los campos de golf a base de fallar golpe tras golpe. Beltsville era también lugar de peregrinación para que los políticos se hicieran fotos en las que podía comprobarse su más sincera preocupación por los granjeros de América. En 1953, el propio Eisenhower peregrinó a Beltsville para echarse unas fotos en las que se le veía enormemente interesado por una ultramoderna máquina para calibrar huevos.

A las 9:39 horas del miércoles 16 de septiembre, Nikita Kurschev, un político a quien le encantaba presumir de su dominio de las faenas agrícolas, llegó allí también para el posado que por derecho le correspondía. Lo recibió el secretario de Agricultura Ezra Taft Benson, quien, a su vez, se veía obligado a disimular su odio hacia un hombre al que había llamado «asesino ateo». A sus sesenta años y además miembro del Consejo de los Doce Apóstoles, órgano supremo de los mormones, Benson era uno de los principales benefactores de la ultraconservadora John Birch Society, y hombre

dado a soltar de todo contra lo que en su opinión no era más que «taimado socialismo y comunismo ateo». Pero lo que sí que Benson compartía con Kruschev eran dos cosas: los dos habían trabajado en su juventud como pastores y ninguno de los dos dejaba pasar la más mínima oportunidad de hacer ostentación de ello.

Benson condujo a Kruschev hasta un pequeño auditórium donde le hizo escuchar un alegato a mayor gloria de la agricultura capitalista. «El capitalismo», dijo, «ha hecho posible que los campesinos desarrollen unos sistemas de cultivo sin parangón en el mundo entero, alcanzando con ello las mayores cotas de eficiencia, productividad y prosperidad».

La verdad es que aquel no era el sitio más adecuado para echar flores a la agricultura capitalista: una granja propiedad estatal con más de dos mil burócratas como empleados. Tal y como Benson entendía las cosas, la agricultura americana era una especie de híbrido de capitalismo y socialismo. La crisis agrícola desencadenada a partir de 1930 había propiciado innumerables programas agrícolas: un sistema mixto de subsidios, control gubernamental de los precios y compensaciones económicas por no plantar ciertos cultivos. Como consecuencia de todo ello, el granjero americano ya no era el típico propietario independiente de antaño. Cierto, todo agricultor odiaba que le recordaran que dependía de las ayudas del gobierno, pero, más cierto aún, odiaba oír a los políticos amenazando con recortar o suprimir esas ayudas. Benson aprendió esa lección en 1957, año en el que viajó al Concurso Nacional de Recogida de Maíz en Dakota del Sur, donde pronunció un discurso en el que se oponía enérgicamente al control estatal de precios: los granjeros, cabreados, lo cubrieron de huevos.

En esta ocasión, en Beltsville concluyó su larguísima oda al granjero americano («libre, eficiente, creativo y duro trabajador»), para después dar la palabra a tres científicos con sus respectivas batas blancas, que procedieron a dar cuenta de sus investigaciones más recientes. El primero habló de la «respuesta de las plantas a la luz». El segundo se quedó tan ancho disertando sobre el «control selectivo postsituación de emergencia de la maleza de hoja ancha». El tercero se centró en el «crecimiento de frutas y vegetales mediante estimulación química».

Todo aquello fue un pestiño ya en su versión original inglesa; no es de extrañar que lo fuera también en su traducción al ruso. Todo junto, resultó una dura prueba para cualquier ser vivo: ¿Acaso intentaba Benson acabar con el «asesino ateo» a base de conferencias?

Si ese era su propósito, cayó en saco roto. No había en el mundo mayor experto en discursos de cuatro horas que un dirigente comunista soviético. Kruschev sabía cómo sufrirlos en silencio. A pesar del jet lag, consiguió mantener durante todo el tiempo sus ojos abiertos y no soltar un solo bostezo.

Cuando acabaron las lecciones teóricas, Benson invitó a Kruschev a salir al aire libre y acercarse al ganado. El premier se espabiló. Las vacas tienen sus defectos, cierto, pero al menos no dan conferencias. Benson le preguntó entonces si su esposa e hijas preferirían visitar el taller de economía doméstica. «Ellas pueden elegir lo que quieran», replicó Kruschev con la idea de no dejar pasar la oportunidad de hacer propaganda. «En nuestro país hay libertad total.» En ese instante todos los ojos apuntaron a Nina Kruschev: «Nosotras queremos ver lo mismo que él vea», contestó sonriendo.

De modo que la comitiva se dirigió al exterior seguida de una frenética marea de fotógrafos que estaban locos por sacar fotos de gente estrechándose la mano y más ansiosos aún por disparar sus máquinas mientras Kruschev acariciaba animales. La primera parada fue un prado con valiosas vacas Holstein. Sonriendo y con su traje de verano blanco, Kruschev acarició el lomo de una de ellas: miles de «clics» estallaron.

Tras visitar las vacas, Benson condujo a la multitud a la pocilga, donde mostró una buena colección de cerdos enormes. Kruschev le dio una palmadita a uno en el trasero y comentó que estaba demasiado gordo. Benson le contestó que no, que su dieta era austera, aunque le prometió asegurarse de ello. De inmediato apareció un técnico con un instrumento que medía la grasa del puerco con ultrasonidos, pero el animal empezó a moverse de un lado a otro y el experto tuvo problemas para atar el aparato a su lomo. «Este quiere mantener su peso en secreto», dijo el no menos grueso dictador sonriendo su propia gracia, «a lo mejor es que le da vergüenza».

Tras visitar el redil de las ovejas Benson encaminó ahora a la comitiva a contemplar el orgullo de aquella granja, el pequeño pavo blanco de Beltsville, un diminuto pero jugoso ejemplar ideal para amas de casa con poca familia. A Kruschev no le impresionó lo más mínimo: «Claro, como ustedes son tan ricos y tienen tanto de comer pueden permitirse el lujo de criar pavos así de pequeños», comentó a carcajadas.

«Es lo que nuestra gente quiere», respondió Benson, «y nosotros se lo damos».

Pero Kruschev replicó: «En Rusia intentamos que nuestros pavos sean cada vez más grandes.»

Benson se metió en el corral, agarró un pavo y se lo pasó a Kruschev. Con aparente felicidad el dictador agarró al ave por las patas y lo puso del revés, acariciando su panza. Sin parar de retorcerse el pavo luchaba por liberarse de aquellas manos, pero Kruschev lo sujetaba con firmeza. Quién sabe si pensó que aquello era una perfecta metáfora de su política con los insurgentes húngaros. «Está claro que a este pavo no le gusta que le agarren así», rio Kruschev con sorna.

Las cámaras ardían como armas de guerra: «¡Una más!, ¡una más!, ¡una más!»

En medio de esta locura, un reportero puso su micrófono ante la cara de Nina Kruschev y le preguntó si tenía algo que decir al pueblo americano. «Gracias, muchas gracias por su extraordinaria bienvenida», contestó la señora Kruschev, otrora profesora de economía marxista que hablaba un inglés bastante bueno. «Gracias por invitarnos a los Estados Unidos.»

Al ver que la cosa funcionaba, una patrulla de periodistas salieron escopetados hacia la primera dama rusa, preguntándole a voces.

«¿Le gusta Washington?»

«Es preciosa y muy verde», dijo sin parar de sonreír.

«¿Qué le ha parecido la señora Eisenhower?»

«Sin duda es una estupenda anfitriona, muy educada y amable.»

«¿Tiene usted mucha influencia en el señor Kruschev?», se atrevió a preguntar uno de los más espabilados. «Ya sabe usted eso de que las mujeres mueven el mundo.»

Ella echó a reír: «Eso quizá sea cierto de las mujeres americanas, pero en mi caso les aseguro que no es así.»

Sin más tardar los agentes de seguridad soviéticos irrumpieron en escena para acabar con aquella improvisada rueda de prensa, llevándose a la primera dama hacia su coche. Los reporteros la siguieron, vociferando más y más preguntas. En medio de aquella confusión, la señora Kruschev se equivocó de limusina. Menos mal que un enorme sargento de policía de casco blanco y gafas de sol estaba alerta y acudió en su rescate. «Yo la llevaré a su coche, señora», dijo el sargento E. E. Skinner. Tomó su mano y juntos llegaron al coche, entre risas, como novietes en patio de colegio. Docenas de cámaras volvieron a disparar, tomando fotos que al día siguiente aparecerían en cientos de periódicos: retratos de una abuelita de cincuenta y nueve años sonriendo con su simpática cara redonda que, según aseguraba el columnista Ralph McGill, haría que miles y miles de americanos dijeran con regocijo: «Mírala, se parece mucho a mamá.»

«La policía americana es estupenda», dijo Nina, dando palmaditas en la mano al sargento Skinner mientras entraba en su limusina.

Su marido se subió en otro coche, sentándose junto a Lodge. Mientras volvían a Washington a la cita con el Club Nacional de Prensa, Kruschev no dejaba de mostrar su asombro ante el modo de actuar tan avasallador de los periodistas americanos. «Si yo me hubiera dejado», le dijo a Lodge, «seguro que sus fotógrafos me habrían hecho levantar en peso una vaca con tal de hacerme una foto».

26. LA PREGUNTA QUE SACÓ DE QUICIO A NIKI

Stalin fue un paranoico, un megalómano, un cobarde, había dicho Kruschev. Stalin fue un tirano, un ser brutal, un asesino de masas. Stalin fue un «personaje déspota», que exigía «la sumisión más absoluta a sus ideas». Stalin fue el artífice de un «culto a la personalidad» desmedido, alguien que de repente denunciaba a sus otrora camaradas más fieles como «enemigos del pueblo» y luego ordenaba que los torturaran hasta conseguir que firmaran confesiones de delitos que no habían cometido. «Stalin llamaba personalmente a los jueces y les daba instrucciones, les advertía sobre qué métodos debían seguir en sus investigaciones», había dicho Kruschev, «y esos métodos eran simplemente pegar, pegar y volver a pegar».

Kruschev no dijo estas cosas de Stalin en 1959 durante su estancia en Washington, lugar donde, por otra parte, esas declaraciones habrían suscitado un unánime aplauso. Kruschev denunció a Stalin en 1956, en Moscú, donde tales herejías podrían haberse interpretado como un crimen de estado.

Kruschev acababa de llegar al poder cuando se atrevió a soltar SU discurso ante el XX Congreso del Partido Comunista. El último día, mientras los delegados extranjeros ya empezaban a regresar a sus casas, los delegados del Soviet fueron convocados a una sesión secreta. Durante cuatro horas escucharon con sorpresa cómo Kruschev atacaba sin piedad al hombre al que él –y ellos– no se habían cansado de llamar «nuestro padre querido», «nuestro sabio maestro» y «el mayor genio de todos los tiempos».

Kruschev denunció la ejecución por orden directa de Stalin de «decenas de miles de trabajadores miembros del partido» (es curioso que Stalin nunca ordenara ejecutar a anticomunistas, algo que resultaría más «lógico»). Antes de la II Guerra Mundial, Stalin asesinó a muchos de los mejores jefes del ejército, continuó Kruschev. Durante la guerra Stalin no paró de dar órdenes absurdas que costaron la vida de «cientos de miles de nuestro soldados». Tras la guerra, el propio Stalin se encargó de dirigir otras nuevas purgas que acabaron con cientos de miles de muertos más. Y en los últimos años de su vida y mandato, aquel tirano tenía como única preocupación ejecutar a sus camaradas en los puestos más altos del Kremlin, con el fin de «ocultar a la opinión pública las horribles

actuaciones de las que acabo de hablar».

Se suponía que esta reunión habría de ser secreta, pero la CIA consiguió una copia y la filtró al New York Times, que publicó el presuntamente secreto discurso el 4 de junio de 1956. Las palabras de Kruschev fueron tan impactantes que el líder comunista polaco Boleslaw Bierut cayó muerto de un infarto mientras las leía.

El secretismo que rodeaba aquel discurso disparó rumores y leyendas, una de las cuales se convirtió en el tema de la primera pregunta que le hicieron a Kruschev tras su conferencia en el Club Nacional de Prensa de Washington, el 16 de septiembre de 1959.

Antes de la llegada de Kruschev, los directivos del club emitieron un «edicto» ciertamente revolucionario en la historia de la institución: se suspendía temporalmente la norma que prohibía a las mujeres acceder al club, permitiendo entrar a las mujeres periodistas, exclusivamente para este evento, en el salón reservado para la conferencia. No obstante, la prohibición seguía vigente en lo tocante al bar. De hecho, «una inocente reportera, inconsciente del carácter sacrosanto del lugar, penetró en el bar entre los comentarios alegres de los allí presentes», escribió una periodista del Washington Post, «pero apareció alguien para expulsarla de inmediato».

Mientras Kruschev volvía de Beltsville, 490 reporteros (solo treinta y cuatro eran mujeres) esperaban ya en la puerta del salón de baile del club. Cuando se abrieron las puertas, se desató la avalancha y había codazos por alcanzar los mejores asientos. En medio de aquella melé, precisamente una de ellas cayó desmayada.

«Pero bueno, ¿no hay nadie que haga algo para ayudar a esta mujer?», preguntó uno en voz alta.

«Sí», respondió otro, «¡voy a ver si me quedo con su credencial!».

Tras el lunch, Kruschev se situó frente a la hiriente luz de los focos de televisión y lanzó un discurso que resultó ser un alegato por la paz. En la era de la bomba atómica, dijo, la guerra era una locura inconcebible que acabaría dejando el mundo «cubierto de ceniza y tumbas». Tras sus palabras y la correspondiente traducción, William

Lawrence, presidente del Club de Prensa, se dirigió al micrófono llevando consigo un buen número de preguntas que los asistentes previamente habían formulado por escrito.

«Esto de las preguntas por escrito no es nada nuevo para el presidente Kruschev», dijo Lawrence. «Circula por ahí cierta historia que quizá sea apócrifa. Además de ser apócrifa ha sido publicada en Occidente, con lo cual esta sería la ocasión perfecta para que usted la desmintiera, si es que así lo cree conveniente. La historia cuenta que en la reunión secreta celebrada durante el congreso del Partido Comunista, mientras el señor Kruschev pronunciaba su largo discurso en el que denunciaba a Stalin y los crímenes que este había cometido dominado por su culto a la personalidad, alguno de los presentes le pasó una pregunta escrita, aunque sin firmar. Parece ser que el señor Kruschev se detuvo de repente y leyó esa pregunta a todos los que allí se encontraban: "¿Qué estabas tú haciendo mientras Stalin cometía esos crímenes? " El señor Kruschev comprobó que en efecto la pregunta no tenía firma e invitó a su autor a que se levantara y se identificara públicamente.»

Los reporteros presentes rieron con gana; Kruschev, no. Ni una sola mueca.

Lawrence continuó con la historia-leyenda: «Tras una breve pausa –o una larga pausa, si ustedes lo prefieren– nadie se levantó. Entonces el señor Kruschev dijo: "Muy bien, mis queridos camaradas, ahora sabéis bien lo que yo estaba haciendo mientras Stalin cometía todos esos crímenes."»

Los reporteros volvieron a reír. Por su parte, Kruschev puso atención a la traducción. Cuando acabó de escucharla, su cara enrojeció irritada.

«Quizá al señor presidente le gustaría hacer algún comentario sobre esta historia», sugirió Lawrence. «Si nos dice que no es cierta, la olvidaremos para siempre.»

Los asistentes aplaudieron y Kruschev dio una larga zancada para acercarse al atril. Su cara inflamada y el ceño fruncido hacían evidente que no planeaba ocultar su ira. Y habló:

«Probablemente a quienes se dedican a escribir mentiras, incluyendo a los autores de esta pregunta, les gustaría verme en una situación embarazosa», dijo. Su voz era amarga, su mano regordeta, ahora un puño cerrado, comenzó a moverse en el aire. «Veo que ustedes se ríen. Es más, ya se estaban riendo antes de que yo respondiera a esta pregunta. Pero me gustaría recordarles que quien ríe el último ríe mejor. Miren, es muy sencillo: no voy a contestar a una pregunta, que, sinceramente, me parece tan solo una provocación; pero me gustaría aprovechar esta ocasión para negar todos esos rumores y mentiras que no se corresponden en absoluto con la realidad.»

Aturdidos ante aquel arrebato de furia, los periodistas se quedaron callados como nunca en sus vidas. «Por un instante», escribía el columnista Ralph G. Spivack, «la Guerra Fría parecía empezar a calentarse». Asustados al haber sido testigos de primera mano del famoso mal carácter de Kruschev, apenas veinticuatro horas después de iniciarse su estancia en América, los reporteros teclearon como motos descripciones amarillistas de la cara roja del líder, de su ceño fruncido, de su enorme «susceptibilidad», de su «furia encendida», de su fuerte «temperamento ucraniano». La mañana siguiente, el titular del New York Daily Mirror rezaba así: «La pregunta que sacó de quicio a Niki.»

La pregunta lo sacó de quicio simplemente porque ese incidente al que aludía nunca había tenido lugar. Nadie le pasó ninguna nota durante la reunión secreta. Era una leyenda, una fábula, un chiste sin gracia que quizá tuvo éxito porque escondía una brillante metáfora, una verdad poética. Como el resto de sus lugartenientes, Kruschev sabía en su momento todo lo que Stalin hacía con sus purgas y no hizo absolutamente nada para detenerlas. Es más, durante el Gran Terror de los años treinta, el propio Kruschev firmó las órdenes de arresto de miles de personas que fueron encarceladas, torturadas y asesinadas. También él dedicó encendidos discursos alabando a su líder y pidió en público y en privado la muerte de sus enemigos. Y él hizo todo eso por exactamente la misma razón que la anécdota daba a entender: miedo, puro y duro miedo.

En su discurso secreto, Kruschev confesó que Stalin le acosaba con

amenazas terribles para que fuera su cómplice en todos sus terribles delitos. «Stalin era un hombre muy desconfiado, su suspicacia era enfermiza; lo sabemos todos los que trabajamos con él», les dijo a los delegados. «Era capaz de mirar a alguien y preguntarle sin más: "¿Por qué me miras hoy con rencor?", o "¿por qué evitas mirarme a los ojos?"… Dueño absoluto de un poder sin límites, Stalin se daba todos los caprichos y se excluía de toda culpa y estrangulaba a cualquiera sin miramientos, tanto moral como físicamente.»

Mientras Stalin estuvo con vida y en el poder Kruschev no tuvo otra que callar a causa del miedo. Pero aquel discurso secreto en el congreso del partido celebrado tras la muerte de Stalin fue todo un acto de valentía. «El discurso de Kruschev fue una denuncia de Stalin», escribió William Tubmann en su famosa biografía de Kruschev, merecedora del Pullitzer. «Fue lo más valiente y temerario que jamás había hecho.» Sus colegas del Kremlin se habían opuesto a la idea de revelar los crímenes del antiguo tirano, pero él insistió en leer su discurso. Él sentía el peso de la culpa de haber sido su cómplice, decía Taubmann, y aquellas palabras fueron «un acto público de arrepentimiento, un intento de recuperar su identidad de hombre íntegro al menos contando la verdad».

No es de extrañar que Kruschev agarrara un buen cabreo cuando una maliciosa pregunta sobre su acto de valentía provocara que aquel salón lleno de americanos se riera de él.

Pero la pregunta de marras que sacó de sus casillas a Kruschev fue solo la primera de otras más. La segunda hacía referencia al cohete ruso que había llevado un banderín metálico de la Unión Soviética a la luna días antes: «¿Que hayan enviado este emblema quiere decir que proclaman al mundo que la Luna les pertenece?»

Ahora Kruschev sonrió: «Mire, yo no pretendo ofender a nadie, pero ustedes y nosotros representamos a diferentes continentes e ideologías. Creo que su pregunta refleja perfectamente la mentalidad capitalista, gente que solo piensa en términos de propiedad privada.» Los reporteros respondieron con risas, pero el premier continuó: «Yo represento a un país socialista, donde la palabra "mío" ya es cosa del pasado y la palabra "nuestro" ha tomado su lugar. Por ello, cuando lanzamos este cohete y hemos conseguido este gran logro nosotros lo vemos como "nuestra"

victoria, y “nuestra” no significa solo que es de nuestro país, sino de todos, de la humanidad entera».

Su respuesta levantó ahora un gran aplauso y Kruschev sonrió satisfecho.

Lawrence pasó a la siguiente pregunta: «En sus palabras iniciales, señor Kruschev, usted ha hablado de evitar cualquier interferencia en los asuntos de otros países, ¿cómo justifica la intervención militar rusa en Hungría?

La sonrisa de Kruschev volvió a helarse y su ceño volvió a fruncirse, al tiempo que, como quien rompe a vomitar, soltó una parrafada en ruso que no sonaba nada bien. Fuera lo que fuera que dijo, se notaba cómo su pobre traductor se veía en el difícil compromiso de hacer lo posible por suavizarlo: «El presidente cree que la cuestión de Hungría ha quedado atravesada en la garganta de algunas personas como una rata muerta. Se da cuenta de que es desagradable, pero él no puede hablar del asunto así como así, sin más.» A continuación Kruschev se dirigió a los asistentes diciendo que ya había hablado sobre esa cuestión en muchas ocasiones, incluida la ocasión en la que él mismo visitó Hungría en 1958, dos años después de la invasión soviética: otra «visita» que aplastó sin piedad una revuelta anticomunista causando la muerte de 20.000 húngaros. «Y puedo asegurarles que el pueblo húngaro nos recibió con enorme entusiasmo y cariño», concluyó.

Después desafió a los presentes diciendo que él podría fácilmente hacer muchas preguntas «del mismo estilo» sobre ciertos comportamientos de los Estados Unidos en la Guerra Fría, quién sabe si aludiendo a los golpes de estado dirigidos por la CIA en Guatemala e Irán, pero que prefería mantener la boca cerrada: «Al fin y al cabo yo estoy aquí como su invitado.» Aquello fue un perfecto quiebro retórico: no respondo a una pregunta tan puñetera porque soy más educado que quien me la pregunta.

Lawrence procedió a leer otra pregunta, en esta ocasión sobre la famosa amenaza de Kruschev: Les vamos a enterrar. «Si es cierto que usted lo dijo, ¿podría explicarnos qué quiere decir exactamente?»

«Ante mí, en esta sala, tengo solo una pequeña parte del pueblo americano», dijo Kruschev, «pero incluso si mi propósito fuera aniquilar a este pequeño grupo, necesitaría más de una vida para hacerlo».

Él realmente había soltado aquella amenaza, lo admitió, pero estaba hablando metafóricamente, no en sentido literal: «Lo que eso significa no tiene nada que ver con enterrar físicamente a nadie.» Continuó: «Se trata de la lucha histórica que mueve el desarrollo de los pueblos.» A continuación dictó una especie de breve conferencia sobre la concepción marxista de la historia, quién sabe si fue la primera vez que los americanos oyeron esas cosas así en televisión (o en cualquier sitio). Así como el capitalismo había sustituido el feudalismo, del mismo modo el comunismo reemplazaría al capitalismo: «Si analizamos las cosas desde un punto de vista histórico, no hay duda de que el comunismo ocupará el lugar del capitalismo y este, por así decirlo, acabará bajo tierra.»

Con esta cuestión la rueda de prensa se dio por concluida. «Señor presidente, le expresamos nuestro agradecimiento por haber estado hoy aquí en el Club Nacional de Prensa», concluyó Lawrence, para después obsequiar al premier ruso con un diploma de reconocimiento, ideal para ser enmarcado.

Las tres grandes cadenas retransmitieron en directo el encuentro. Miles de americanos lo siguieron, incluyendo los que habían enchufado su aparato con la esperanza de ver otra entrega de la versión USA de Reina por un día o el culebrón de turno.

Muchos televidentes indignados bombardearon con sus quejas la centralita del club. Hubo alguien que exigió que le preguntaran a Kruschev cuándo su gobierno iba a devolver a los Estados Unidos los millones y millones de dólares que los americanos prestaron a los rusos durante la guerra. Hubo otro que quería saber qué había sido de los pilotos americanos desaparecidos mientras sobrevolaban territorio soviético. Una señora insistió una y otra vez presa de la histeria en que hicieran desaparecer a ese tipo de la pantalla de inmediato, que lo que ella realmente quería era ver Reina por un día y nada más.

El presidente Eisenhower no se encontraba entre esos americanos

que siguieron el show de Kruschev por la tele. Ike se había tomado la tarde libre. Le esperaban unos hoyos en el Burning Tree.

27. KRUSCHEV CONOCE A LINCOLN

Kruschev tenía un par de horas libres mientras llegaba la hora de tomar el té con el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, así que Lodge le propuso dar una vueltecita por Washington.

Se subieron a la limusina para dirigirse al Lincoln Memorial, siempre flanqueados por coches de policía y perseguidos por los reporteros. Lodge le invitó a subir las escaleras del monumento, el lugar desde donde Martin Luther King pronunciaría su famoso «I have a dream». Los dos hombres contemplaron el gigantesco Lincoln de piedra descansando en su magnífico trono.

«Lincoln fue el hombre que acabó con la esclavitud y nos situó en el camino hacia la igualdad», le dijo Lodge a su invitado. «Fue el hombre que salvó la Unión. Si no hubiera sido así, hoy tendríamos dos países en vez de uno.»

«Sí señor, esa es la razón por la que el pueblo ruso respeta tanto a Lincoln», respondió Kruschev. «Por esa razón lo honramos y le mostramos nuestro respeto con una reverencia.» Teatralmente, todo lo teatralmente que pudo, Kruschev se inclinó ante la estatua.

Y allí se quedó, aguantando, inclinado ante Lincoln el tiempo suficiente para que todos los fotógrafos pudieran echarle todas las fotos que quisieran. Después se acercó a los chicos de la prensa para hablarles de su gran amor por el Gran Libertador. «Nos inclinamos ante Lincoln y su obra», les dijo, «él fue en verdad un gran hombre, un hombre muy humano, pues dedicó su vida entera a la lucha por la libertad».

Por supuesto, aquello fue todo un auténtico spot publicitario destinado a impresionar a los americanos, como él mismo reconocería posteriormente en sus memorias: «Pensé que sería una

buena idea si conseguía que los periodistas escribieran que el primer ministro de la Unión Soviética, que en sus tiempos había sido minero, rendía homenaje a un antiguo presidente americano que en sus tiempos había sido leñador.»

De vuelta al coche, Kruschev divisó a una mamá con su niño. Sonriendo beatíficamente, aquel político sobradamente experto en masas se abrió paso hasta conseguir pellizcar el moflete del bebé acompañando el gesto con un «¡cuchicuchi!» (o como se diga «cuchicuchi» en ruso).

Ya en camino, la caravana adelantó a un autobús escolar, y los críos no tardaron en sacar su cara por las ventanas para lanzarle cariñosos mensajes al presidente del Consejo de Ministros de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y primer secretario general de su Sóviet Supremo: «¡Eh, tú, cacho albóndiga!», se les oyó gritar.

28. EL COMUNISMO ES MI VERRUGA

El Comité de Relaciones Internacionales del Senado había invitado a Kruschev a que se acercara por allí a tomar el té. Pero cuando llegó a la elegante sala que le habían reservado en el mismo Capitolio, dijo de entrada que él no tomaría ni una gota: «Es difícil hablar y beber al mismo tiempo», explicó. Después, con prisa por no perder el voto de todos los bebedores de té del mundo, añadió: «Pero debo decir que yo soy partidario del té.»

«Bueno, señor presidente, si lo desea podemos buscar algo de vodka por ahí», dijo el senador J. William Fullbright, presidente del comité. «O algo de bourbon, si lo prefiere.»

Aquel era un momento histórico. Quizá Kruschev no fuera el primer comunista llamado a declarar ante una comisión del Senado, cierto, pero sin duda sí era el primer comunista al que antes de un interrogatorio le ofrecían alcohol.

Declinó el honor: «Es un falso prejuicio eso de que todos los rusos se mueren por el vodka», dijo. Y a continuación soltó otra puya más: «Si se dedicaran solo a beber vodka no tendrían tiempo para mandar cohetes a la Luna. Un borracho jamás podría hacerlo.»

Esta afortunada respuesta no era casual y resultó especialmente hiriente. Esa misma mañana los americanos habían intentado realizar su primer lanzamiento tras el vuelo soviético a la Luna. Un cohete Júpiter con cuarenta ratas embarazadas en su interior (un test para comprobar el efecto del espacio en las crías animales) se alzó desde la rampa de lanzamiento de cabo Cañaveral. Subió poco más de trescientos metros y acabó explotando en una enorme bola de fuego.

Por supuesto, Kruschev tenía el suficiente tacto como para no mencionar este último vergonzoso fracaso aunque ya hubiera tenido noticia de él. En cambio, sí que ofreció a los senadores un pedazo de su famosa sabiduría de hombre de pueblo. «Cuando alguien se compra un par de zapatos nuevos», dijo, «lo normal es que no se sienta muy cómodo con ellos y los tire; luego coge los zapatos viejos y se los pone para andar cómodo otra vez. Esto podría también aplicarse a otras situaciones de la vida. Cuando algo nuevo nace, hace falta tiempo para que la gente se acostumbre».

¿Y eso?, ¿a dónde quería ir a parar con lo de los zapatos? No quiso explicarlo mejor. En vez de ello, propuso otra analogía: «¿Quién no se ha sentido alguna vez en su vida frustrado por tener una niña y no un hijo varón, o una nieta en vez de un nieto? Muchas veces la naturaleza responde de manera distinta a lo que esperábamos.» Añadió que lo mismo pasaba con los políticos: «Ahora un nuevo tipo de sociedad, la socialista, nace, primero en un país, luego nacerá en doce o trece más.»

No conforme con estos dos enigmáticos oráculos, Kruschev se lanzó con un tercero: el comunismo era como una verruga en la cara. «La verruga está ahí», señaló la protuberancia que había crecido cerca de su nariz, «y yo no puedo hacer nada para remediarlo».

«Usted está convencido de que su sistema político es mejor que el nuestro», dijo Fullbright.

«Totalmente convencido», respondió Kruscehev sin respirar.

«¿Pero qué sucedería si de repente se diera el caso de que el capitalismo fuera mejor y que cada vez más y más gente prefiriera el capitalismo al socialismo?, preguntó Fullbright. «¿Serían capaces de admitirlo o usarían la fuerza?»

«Si la historia nos mostrara que el capitalismo es más conveniente que el socialismo, yo sería el primero en levantar mi mano a favor del capitalismo», replicó Kruschev. «Nadie puede desear que la gente sea pobre. Pero pongamos por caso que fuera capitalista. Tendría que decidir si apoyo a los demócratas o a los republicanos. Sería una elección difícil, porque no creo que haya mucha diferencia entre los dos.»

Los presentes rieron, pero Fullbright apuntó: «Yo puedo decirle cuál de los dos partidos es mejor.»

«Cierto, usted me aconsejaría», dijo entonces Kruschev, «pero quizá no de la manera correcta».

Eso mereció más risas. Kruschev había demostrado muy pronto su pericia para escaquearse del tipo de preguntas que no deseaba responder. Cuando le preguntaron por la reciente invasión china del Tibet, dijo: «Vayan con sus quejas a Pekín. Yo represento a la URSS, no a China.» Cuando le preguntaron si permitiría la celebración de elecciones libres en Alemania Oriental, contestó: «Si tienen preguntas de ese tipo, diríjanlas al primer ministro de la República Democrática. Todo el mundo sabe su dirección de correo.»

Everett Dirksen, el líder de la minoría en el Senado, le preguntó con su característica voz ronca por la censura en la Unión Soviética.

«No tenemos ninguna censura. Se trata solo de controlar el uso abusivo de la libertad de prensa.»

«¿Está diciendo que la censura seguirá existiendo?», insistió Dirksen.

«Yo no la llamaría censura.»

«¿Qué es entonces?»

«Elija el nombre que usted quiera», sentenció Kruschev.

Los senadores estaban realmente impresionados. Eran todos gente ya muy curtida en las lides de la política, pero ninguno dejó de reconocer el talento de Kruschev para ese arte cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos, un arte que ellos también dominaban: confundir al rival, esquivar una pregunta, algunos chascarrillos y una increíble capacidad para mentir.

«Nuestro invitado sería un magnífico oponente en cualquier parlamento del mundo», reconoció el senador Richard Russell.

«No, senador, yo no sería un magnífico oponente: ¡sería un magnífico defensor!»

Russell preguntó a Kruschev sobre el programa espacial soviético: «Nosotros tenemos problemas con nuestros cohetes. ¿Y ustedes?»

«¿Por qué me lo pregunta a mí ?», replicó, «su vicepresidente ya respondió a esa pregunta. Está claro que Nixon sabe más del asunto que yo».

El premier estaba aún un poco mosca por el comentario de Nixon de que los soviéticos habían fracasado tres veces antes de conseguir finalmente poner su cohete en la Luna. «Les voy a contar un secreto», prosiguió Kruschev. «Nuestros ingenieros querían lanzar un cohete hace una semana. El cohete estaba listo y preparado en la rampa de lanzamiento. Pero cuando procedieron a realizar las últimas pruebas se dieron cuenta de que su funcionamiento no era del todo bueno. Entonces tomaron la decisión de deshacerse de ese cohete y poner otro nuevo en su lugar… No lanzaron el primero. Ahora está siendo sometido a nuevas pruebas, y quizá podamos lanzarlo más adelante.»

Sin negar en ningún momento la afirmación de Nixon, sí se vio en condiciones de lanzar un desafío: «Puedo jurar sobre la Biblia que lo que he dicho es cierto. Si el vicepresidente quiere, le invito a que jure él también sobre la Biblia que es cierto lo que dijo.»

Ese, y no otro, era el tipo de diplomacia que les ponía a los periodistas. Un combate de juramentos sobre la Biblia Nixon-

Kruschev resultaría sin duda mucho más divertido que el célebre debate de la cocina en Moscú.

Por desgracia, nunca se produciría. Cuando los reporteros pillaron a Nixon y le preguntaron qué le parecía el reto de Kruschev, se limitó a menear la cabeza y sonreír: «No comment.»

El New York Post informó de lo sucedido debajo de un titular que difícilmente le gustaría a un hombre que luchaba por ser presidente de un país de lo más religioso:

EL DESAFÍO DE K:

NIXON NO JURA

ANTE LA BIBLIA

29. CUTRE, USADO Y ARRUGADO

Desde el asiento de atrás de un Rolls-Royce con chófer y todo, la columnista Dorothy Kilgallen contaba a sus millones de lectores que el vestuario de la señora Kruschev era simple y llanamente infumable: «Lo horripilante de su vestuario mueve a nuestros corazones casi a la compasión», escribió la Kilgallen. «Siendo muy, pero que muy caritativos, su traje azul grisáceo podría ser descrito como cutre. Parecía usado, arrugado, y la falda era al menos diez centímetros más larga de lo que los límites del buen gusto aconsejan. No había por dónde cogerlo. No era un traje, era un trozo de tela, un “algo” que la cubría, como esas cubiertas hechas en casa con las que se cubre un sofá.»

El New York Journal-American colocó el libelo estético de Kilgallen en su primera página bajo un titular que decía: «Nuestra señora K dice que a la señora de K los vestidos le sientan como el forro de un sofá.»

A sus 46 años, Kilgallen estaba considerada como la mujer periodista más famosa de su época, además de ser una auténtica estrella de la radio y la televisión. Su carrera había comenzado en 1931, cuando abandonó la universidad para escribir en el New York Journal, propiedad de Hearst, especializándose en el color amarillo: asesinatos, juicios y ejecuciones. En 1936, echando mano de un recurso publicitario típico de la edad de oro de los tabloides, decidió competir en una carrera contra dos hombres compañeros de profesión usando medios públicos de transporte y escribiendo las crónicas de la peripecia a salto de mata. Perdió la carrera, pero sus aventuras y desventuras como «valiente y guapa viajera alrededor del mundo» fueron llevadas a la gran pantalla en la película Fly Away Baby, que hizo de Kilgallen un personaje lo suficientemente famoso como para aparecer en un anuncio de Camel, celebrando las bondades de estos cigarrillos como un eficaz laxante para esos viajeros apresurados que no encuentran el momento de hacer sus cosas: «Como lo que puedo y donde puedo, todo tipo de comidas, pero un Camel mantiene mi intestino a punto.»

En 1938 comenzó a escribir una columna de cotilleo llamada La voz de Broadway contando sus idas y venidas por los locales más de moda, como el Stork Club, el Club 21 y el Copacabana, sin más objetivo que meter las narices en todo lo que olía, compitiendo con otros grandes cotillas de la época, como Walter Winchell, Hedda Hopper y Louella Parsons. En 1940 se casó con el actor Richard Kollmar, y muy pronto la feliz pareja comenzó una exitosa carrera de dieciocho años como presentadores de un programa de radio llamado Desayuno con Dorothy y Dick, emitido en directo desde su estiloso piso de Park Avenue, un show donde se charlaba de política, del mundo del espectáculo y, por supuesto, de las maravillas de las marcas que lo patrocinaban. En 1950 Kilgallen comenzó su trigésima temporada en el popular concurso televisivo What's my line?

En la vida de la pareja no faltaban ni el dinero ni el éxito. Todo era pijo y glamuroso, a no ser por Dick, alcohólico y picaflor crónico en ambas virtudes; por su parte, Dorothy, quien era también alcohólica, no acababa de salir de un sonado rollo con el cantante Johnnie Ray, el cual, a su vez, le tiraba los tejos a todo guapo muchachito que se le ponía a tiro.

La visita de la reina Isabel II a Nueva York en 1957 sirvió para que el jefe de Kilgallen, William Randolph Hearst Jr., entronizara a su vez a su columnista en un Rolls con chófer y la colocara en la comitiva real, justo detrás del gobernador Averell Harriman. A ella le encantó moverse así por el mundo, de modo que Hearst le alquiló otro vehículo con conductor para que cubriera la llegada de Kruschev a Washington. Kilgallen, que sentía pasión por las joyas y los diamantes y nunca salía de casa sin sus pequeños guantes blancos, examinó el vestuario de la señora Kruschev y pronto la fusiló: «Ni en la sala de espera de una oficina de colocación para criadas sería fácil encontrar mujeres vestidas como ella.» Y continuaba: «En esta tan decadente república capitalista nuestra, quienes buscan trabajo en una lavandería, los que quieren ser simples mozos de hotel o pinches de cocina, por regla general visten mucho mejor que la primera dama rusa.»

Cuando Nina Kruschev se presentó en Beltsville con el mismo traje que lució en su llegada al aeropuerto, ese que Kilgallen había comparado con la funda de un sofá, la columnista cargó y disparó de nuevo: «Toda mujer capaz de viajar miles de kilómetros para acabar vistiendo el mismo vestido viejo y cutre dos días seguidos seguro que no tiene como propósito de su viaje enterarse de lo último en moda. Nina Kruschev está en los Estados Unidos únicamente para ir detrás de su hombre, para escucharlo embobada y reírle todas sus gracias. Él es quien importa, él siempre aparece con aire fresco y con su camisa limpia y planchada. Da la impresión de que a su esposa le da igual lavarse el pelo hoy que mañana o dentro de dos semanas.»

Pero quizá hubiera aún algún modo de sacarle partido a la pobre señora, apuntó Kilgallen. Quizá cuando la comitiva visitara Nueva York, la señora Kruschev sucumbiría a la tentación de entrar a los salones de belleza y grandes almacenes de Manhattan:

Hay que admitirlo: a día de hoy, la versión rusa de Mamá Eisenhower ha mostrado que no hay grietas en la disciplina del vestuario femenino comunista, un vestuario que por definición carece de gracia alguna. Pero bueno…, debemos confiar en que, después de todo, es una mujer.

Resulta difícil de creer que en algún lugar, ciertamente muy profundo, de su mente no exista ese instinto, esa ansia tan femenina que hace a una mujer incapaz de resistirse a pasar un par de horas en un elegante salón de belleza.

Y el mismo Dios sabe lo que darían los peluqueros y estilistas de la ciudad por que ella se pusiera en sus manos. De acuerdo, su imagen no da a día de hoy para hacerse muchas ilusiones, pero su cara es dulce y transmite afecto, con esa nariz respingona tan atractiva, por no decir aristocrática, que luce cuando se la ve de perfil.

Se pueden hacer auténticas maravillas cuando una intenta, aunque sea por primera y única vez en su vida, usar un lápiz de ojos, o un poquito de polvo, para disimular que acaba de estar dos horas cocinando, y qué decir de ese milagro de la modernidad conocido como lápiz de labios.

¡Ay, si pudiéramos convencerla simplemente de que se pusiera un par de sencillos guantes blancos!

Está claro que fueron muchos los lectores de la Kilgallen que se rieron con sus crónicas, pero otros tantos se sintieron ofendidos. A fin de cuentas, Kilgallen estaba insultando a la mujer de un dictador, un dictador que, a su vez, era muy fácil de insultar, sí, pero que al fin y al cabo tenía bombas de hidrógeno y, sobre todo, muy mala leche.

Quizá fue la primera vez en la historia en la que Hearst y su equipo reconocieron sin tapujos que habían publicado algo que sobrepasaba con mucho los límites del buen gusto. Como penitencia se autoimpusieron el castigo de publicar una generosa selección de las muchas cartas de protesta recibidas.

«Repugnante», decía una.

«Muy rastrero», decía otra.

«Sentimos vergüenza de la señora Kilgallen», decía una tercera.

Pero la ahora vituperada Kilgallen no se vino abajo. Indignada

porque sus jefes no salieran en su defensa, agarró un buen cabreo y canceló La voz de Broadway.

Pero no por mucho tiempo. Hearst y compañía la llamaron por teléfono, quedaron para una comida en plan conciliador en el Club 21 y empezaron a decirle lo maravillosa que era, lo insustituible…, una diosa, vamos. Visto lo visto la diva se tranquilizó, cedió y volvió al trabajo. En su siguiente columna dejó en paz a Nina Kruschev y optó por un enfoque distinto: sí que había algo de glamour en el espeso universo Kruschev; en efecto, hablaba de Henry Cabot Lodge.

«Nuestro embajador es alto, estiloso y guapo», escribió, «e impone sus buenas maneras y equilibrio en todo tipo de circunstancias. Es lo más opuesto a Kruschev, a sus gritos, sus dardos envenenados, su cara enrojecida por la ira y ese modo tan suyo de usar el cuchillo y el tenedor como si fueran artilugios recién descubiertos por el ser humano. Lodge tiene un tono de voz elegante, agradable, sosegado y unos modales exquisitos. A pesar de todo, parece que los dos hacen buena pareja».

30. SABEN ESE QUE DICE QUE ERAN DOS VENDEDORES JUDÍOS EN UN TREN…

Antes de marcharse a Nueva York, había una última cosa que Nikita Kruschev quería conocer de la capital americana: las taquillas de la Union Station.

Dos días antes, la embajada soviética había telefoneado a H. M. Lingenfelter, quien estaba al mando de la estación, para preguntarle si Kruschev podía ver cómo funcionaban las taquillas a base de monedas que servían a los viajeros como consigna. Minutos antes de las 8:00 del martes 17 de septiembre, el líder se presentó con un traje marrón y una corbata granate para ver cómo Lingenfelter abría una taquilla, metía dentro un maletín, cerraba la portezuela, insertaba una moneda y (¡magia potagia!) giraba la llave.

Kruschev se quedó impresionado ante el gran evento técnico que acababa de contemplar: «Una idea realmente perfecta», dijo.

«¿Tienen los soviéticos taquillas como estas?», le preguntaron.

La respuesta fue que no. En las estaciones rusas los pasajeros solían formar larguísimas colas para dejar y recuperar su equipaje: esta era la razón de que Kruschev quisiera ver de cerca este artilugio yanqui.

Tras inspeccionar con detalle las tan milagrosas taquillas, Kruschev subió a bordo del Tren-K, el plateado y reluciente tren de quince vagones y dos máquinas que le conduciría hasta Manhattan junto con Lodge, sus respectivos asesores y la tenaz horda de periodistas. Los trabajadores del ferrocarril se habían pasado todo el día anterior engalanando adecuadamente el «K-Train», mientras un ejército formado por mil agentes de la policía local, estatal y federal inspeccionaba los raíles del trayecto entre Washington y Nueva York, además de todos los puentes y túneles por los que el tren habría de pasar. A cada milla había dispuestos guardias con brazaletes blancos con la orden de vigilar posibles ataques a cargo de francotiradores, saboteadores, lanzadores de bombas y, en general, de cualquier loco descontrolado al que le diera por cometer algún disparate.

El tren salió de la estación a las 8:21. Delante de él marchaba otro pequeño convoy a una adecuada distancia de seguridad, sin duda para que si, a pesar de todas las precauciones, había alguna sorpresa desagradable, fuera este quien recibiera todo el daño.

Era una luminosa y cálida mañana de finales de verano y Kruschev se acomodó en el coche con techo solar, compartiendo mesa con Lodge, Gromyko y el intérprete de Lodge, Alex Akalovsky, quien, como siempre, no paraba de tomar notas. Al presidente le habían entregado un folleto traducido al ruso que explicaba qué cosas interesantes podía ver durante el trayecto: plantas de acero, fábricas de automóviles, industrias químicas y muchas granjas familiares. Pero Kruschev se aburría de tanto mirar aquí y allá por la ventana y comenzó a hablar de uno de sus temas favoritos: la guerra nuclear. Fíjense la cantidad de veces que Kruschev hablaría de la guerra nuclear, que el traductor, para simplificar su tarea y ahorrar energías, acabo inventándose una manera de acortar la expresión:

dibujaba un «algo» parecido a un champiñón. Su libreta estaba llena de champiñones.

En la cosa de la guerra nuclear, los misiles eran mejores que las bombas, le dijo Kruschev a Lodge. A los bombarderos era relativamente fácil derribarlos, pero los misiles volaban más alto y más rápido, con lo que era casi totalmente imposible alcanzarlos desde el suelo.

Mientras el tren ralentizó su paso al pasar por Delaware, Kruschev no dejaba de darle vueltas al mismo tema. Decía que ellos tenían misiles que podían transportar cabezas nucleares de una parte a otra del planeta y que los americanos no. Esa era razón suficiente, concluyó, para poder afirmar sin ambages que hoy por hoy la Unión Soviética era más poderosa que los Estados Unidos.

Lodge le replicó que todo era relativo: «A día de hoy, nosotros vamos por delante con la bomba atómica y ustedes con los cohetes. Estoy seguro de que usted no dudará de nuestra fuerte capacidad a la hora de tomar represalias. Es totalmente imposible que, si ustedes usan sus misiles, la cosa no acabe en un suicidio. Ustedes pueden arrasar nuestras ciudades, pero no las instalaciones listas para una respuesta rápida.»

Kruschev asintió.

«Nuestros bombarderos, nuestra armada y muchos otros recursos de los que disponemos devastarían de inmediato la Unión Soviética», dijo Lodge.

Kruschev asintió de nuevo y dijo que, efectivamente, la guerra nuclear era un suicidio mutuo.

Ahora el tren se acercaba con su «chacachá» a Filadelfia, la ciudad del Amor Fraterno (eso significaba su nombre en griego), y Lodge probó a cambiar de tema. Señaló por la ventana cómo junto a uno de los lados de las vías se extendían casas de madera casi en ruinas y en el otro un moderno proyecto urbanístico. «Mire, en primer lugar, nosotros tenemos más barrios pobres que ustedes», cortó Kruschev, «y, en segundo lugar, yo no he venido hasta aquí para ver cosas feas».

El presidente confesó entre risas que sus asesores ya le habían dicho que llevara cuidado con Lodge, que seguro que intentaría enseñarle solo lo bueno y le ocultaría lo malo. A continuación bromeó con la reputada fama de la que Lodge gozaba en la ONU a la hora de atacar a los diplomáticos rusos. «Dele duro a mi gente en la ONU», le dijo Kruschev a Lodge, «usted deles duro, que eso es bueno para ellos: es la mejor manera de que espabilen».

Pero Gromyko, uno de los diplomáticos rusos que con toda seguridad más sufrirían si Lodge se tomaba en serio el consejo de Kruschev, respondió: «Yo no estoy de acuerdo.»

«¿Lo ve?», apuntó rápidamente Kruschev entre risas: «Aquí hay uno que ya se está quejando.»

A Kruschev le encantaba eso de dejar en ridículo a sus subordinados. Era algo que le ponía de buen humor; y ahora, como la broma le había puesto contento, comentó que viajar en tren le traía a la cabeza un antiguo chiste. Eran dos vendedores judíos que viajaban en un tren, comenzó. Cada uno intentaba vender más que el otro, por lo que ambos intentaban averiguar sus respectivos destinos.

«¿A dónde vas?», preguntó el primero.

El segundo vendedor se dirigía a la ciudad de Cherkasky, pero no quería que su competidor lo supiera, de modo que pensó para sus adentros que lo mejor era decirle que iba a Byeletzekoff y el otro no sospecharía que en realidad iba a Cherkasky. Pero inmediatamente pensó que su colega supondría, a su vez, que él no le diría la verdad, de modo que si le decía que iba a Byeletzekoff se daría cuenta de que iba a Cherkasky: lo mejor era decirle directamente que iba a Cherkasky, a pesar de que realmente fuera hacia allí. Así que le dijo: «Voy a Cherkasky.»

El primer vendedor tampoco lo tenía muy claro. Pensó: a ver, él no quiere que yo sepa dónde va; si él me hubiera dicho que iba a Byeletzekoff, él creería que yo me había dado cuenta de que en realidad iba a Cherkasky; por eso me ha dicho que va a Cherkarsky, pensando que yo voy a creer que va a Byeletzekoff. De modo que el primero miró a la cara al segundo para preguntarle: «¿Cuánto

tiempo estarás en Cherkasky?»

Kruschev se partía de risa. Al fin y al cabo siempre había tenido en él mismo a su público más entregado. «Así es como los diplomáticos hablan entre ustedes», les dijo a Lodge y a Gromyko, «pero yo soy un hombre que siempre habla claro».

Hizo una pausa. Fingió ponerse serio, pero no lo consiguió: «Así que, ¿quién de ustedes dos va a Cherkasky?», les preguntó entre risas.

31. DE PASEO POR NUEVA YORK

Los medios habían conseguido con éxito despertar una especie de «kruschevmanía». Más de 100.000 neoyorquinos llenaban las aceras del centro de Manhattan con la esperanza de poder ver en persona al famoso visitante.

Los «locos por Kruschev» se amontonaban por doquier: los había a las puertas de la estación Pensilvania, donde estaba previsto que llegara el tren; los había a la entrada del Waldorf-Astoria, donde había una lujosísima suite reservada a su nombre; los había merodeando el Commodore, donde estaba previsto que presidiera un almuerzo con los políticos y hombres de negocios más poderosos de la Gran Manzana; los había cerca de la parada de metro de la calle 72, donde, según se rumoreaba, Kruschev subiría para hacer un trayecto. Según uno de los vecinos de la zona, aquella era la mayor marabunta de mirones vista por allí desde la legendaria noche de 1957, cuando el capo de la mafia Vincent «Chin» Gigante le pegó un tiro en la cabeza a Frank Costello, el «primer ministro de los bajos fondos». Al final Costello vivió para contarlo, pero se negó a denunciar a su rival por esas leyes propias de los «hombres de honor», con lo que Chin fue absuelto.

Pero volvamos a aquel día. «Caminen, caminen», no paraba de decir la policía a los mirones apiñados en la acera, pero allí nadie se movía.

A las 11 en punto de la mañana, la cantidad de personal aumentó de golpe cuando una sirena de las que se usan para los ataques aéreos estalló a dar gritos. Consecuencias: los empleados salieron pitando de sus oficinas y los borrachos llegaron a abandonar sus bebidas en la barra escapando de los bares a trompicones: ¿Se acercaba el fin del mundo?

Por su parte, una señora preguntaba a un policía en la Penn Station: «Agente, ¿sabe cuándo llega?» El poli le dijo que a mediodía. Entonces ella refunfuñó: «Bah, llegue cuando llegue ya está sobrando.» «Oiga, señora, ¿usted de que se queja?», le contestó el policía, «peor es lo mío, que me obligan a mantenerlo vivo».

Junto a él, un verdadero ejército de colegas suyos tenían la misma tarea: más de 3.000 hombres escogidos entre lo más granado de un cuerpo al que la prensa neoyorquina había bautizado hacía más de un siglo como «Lo mejor de Nueva York», formaban un ejército compuesto, entre otros, por un equipo de dieciséis guardaespaldas como dieciséis armarios a los que se les atribuía facultades tan espirituales como ser extraordinarios francotiradores o expertos yudocas. El día anterior los agentes habían sellado las alcantarillas, no fuera que alguien colocara alguna bomba en su interior, y habían limpiado Manhattan de bolsas de basura, no fuera que alguien le arrojara un regalo al dictador cuando pasara en el coche.

«¡Cuidado con Kruschev, que te manda a Siberia!», le gritaba un taxista a un camionero mientras lo adelantaba.

Cuando el chico de los recados de un supermercado con uniforme rojo pedaleaba con esfuerzo su triciclo de reparto atravesando la recién vaciada calle 34, la gente lo vitoreó. Cuando la policía le dijo que se largara de allí, la gente abucheó la escena.

No faltaban manifestantes, muchos de ellos refugiados húngaros, que portaban carteles y pancartas: «El Gran Hermano te está vigilando», «Que Kruschev no os engatuse»* y «Niki, vete a la Luna; deja Nueva York para nosotros». Una mujer vestida de india aborigen, con su cinta en la cabeza, sus mocasines y su chaqueta de ante con flecos, sostenía un cartel que decía: «¡No venderemos Manhattan otra vez!»

En la puerta del Waldorf un hombre de claro acento extranjero se decidió a soltar a voces la siguiente perorata: «Lo que hizo es de vergüenza. Es de vergüenza no permitir elecciones libres en Rusia. Vosotros, vosotros, americanos, ¿por qué le dejáis que venga?»

«¡Eh, tú, cállate ya!», le replicó otro.

En la calle 81, una rubia entre la multitud gritaba con intenciones bastante sospechosas (o muy claras) a un caballero que miraba distante desde la ventana de su casa rojiza: «Eh, chico, ¿quieres que suba contigo?»

«¡Por supuesto que no!», replicó, mientras a los presentes, que habían fingido no enterarse de nada, se les escapó una risita.

Los agentes situados en cada esquina pasaban el tiempo haciendo bromas sobre qué pasaría si alguien se atrevía a matar al ruso, y los reporteros andaban a la caza de ese tipo de perlas de sabiduría popular neoyorquina, de esos comentarios tan espontáneos como significativos del sentir del personal allí presente:

«Yo solo quiero ver qué pinta tiene.»

«He venido a ver cómo la gente se mete con él.»

«Si pasa algo, yo no me lo pierdo.»

«Yo he venido solo para ver el asesinato. Es una pena que haya tanta gente, no se va a poder ver muy claro.»

«Odio a Kruschev.»

«Creo que es buen tipo: este no es como Stalin.»

«Él no me gusta, pero ella sí. Ella me ha enseñado qué es ser una mujer.»

«No pienso saludarle. Yo no voy a ser amable con él; eso sí, cuando pase le sonreiré un poquito.»

Llegó el momento. Exteriores de Penn Station. 12:27. Alguien da la voz: «¡Ya viene!» Pasan unos instantes y la caravana de treinta y

cuatro coches comenzó a rugir rodando por la calle 34 escoltada por casi un centenar de policías en motocicleta. Casi imposible o imposible del todo. Era muy difícil que alguien de la multitud amontonada en las aceras pudiera ver si quiera un poco de su famoso visitante.

Cuando acabó de pasar la caravana a toda mecha, un neoyorquino cabreado habló en nombre de sus decepcionados conciudadanos: «¿Todo este tiempo aquí como tontos para “esto”?»

32. ESTA MUELA SE RESISTE

Una marea color rojo-sangre avanza imparable anegando el planeta: en los fotogramas de los años cincuenta ese era el recurso estético estándar con el que representar el terrible avance por doquier del comunismo. La lección comenzaba con un mapamundi de 1917: todos los países pintados de blanco. Cuando el narrador empezaba a contar la historia de la revolución bolchevique, Rusia empezaba a teñirse de rojo. Conforme avanzaba la nefasta historia del siglo, la marea roja se dilataba: Letonia, Estonia, Lituania, luego Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumanía, Bulgaria, Albania, Alemania Oriental, Mongolia, Corea del Norte, China, Vietnam del Norte, el Tíbet.

En menos de cincuenta años el rojo ya había tintado de sangre una gran parte del planeta. Los americanos se preguntaban: ¿Hasta dónde van a llegar?, ¿es que no hay nadie que les pueda parar los pies?, ¿es que nadie contraataca?, ¿es que no hay nadie que se resista al incansable avance del comunismo?

En septiembre de 1955, América y los americanos recibieron por fin la respuesta: la Asociación de Dentistas Americanos. Sí, señor: los dentistas iban a mantener su suelo limpio de rusos; más concretamente, se trataba solo del suelo del majestuoso salón de baile del Waldorf-Astoria, pero ya era algo.

Dentistas de todo el país se habían concentrado en el hotel para

celebrar el centenario de sus encuentros anuales. Eran sus cien años, y además iba a ser la reunión de dentistas más grande de la historia, más de 30.000, incluyendo delegaciones de eminentes profesionales de la sanidad dental provenientes de sesenta y cuatro países extranjeros. Cuatro años antes, la ADA había reservado el enorme salón precisamente para el día 17 de septiembre con el fin de celebrar en él una reunión de los delegados estatales de la asociación. Pero el día 10, siete días antes, el presidente de la asociación, Percy T. Phillips, recibió sendas cartas. Una provenía de Robert F. Wagner, alcalde de Nueva York; otra de Wiley T. Buchanan, jefe de protocolo del Departamento de Estado. Las dos contenían un mismo mensaje: los doctores deberían dejar el salón libre para que Wagner pudiera recibir en él por todo lo alto a Nikita Kruschev. Escribía Wagner:

La ciudad de Nueva York tiene la obligación y la responsabilidad de adoptar todas las medidas de seguridad relacionadas con la visita de este distinguido huésped. Por tal razón resulta imperativo que el lunch que ha de ofrecerse en honor del señor Kruschev tenga lugar en el gran salón de baile del mismo hotel donde se encontrará alojado.

Buchanan se justificaba todo rimbombante:

Lamentamos profundamente tener que interferir en los planes de una institución tan distinguida como la suya. No obstante, dado el interés nacional y la extraordinaria importancia que hemos de conceder a garantizar la total seguridad de esta visita, nos vemos obligados a insistir en el obligado cumplimiento de esta exigencia.

Para Wagner y Buchanan la cosa era pan comido: los dentistas se rendirían sin oponer batalla y abnegadamente trasladarían su reunión a otra sala más pequeña en el mismo Waldorf. Pero, ay

amigo, los dentistas estaban hechos de una pasta (de un empaste, mejor dicho) muy duro. Como en la película, los legendarios defensores de El Álamo, los directivos de la Asociación Dental Americana trazaron una raya en la arena: allí no salía ni entraba nadie. El 11 de septiembre, el doctor Phillips dio comienzo a las maniobras de contrataque con una carta que tenía todo el aire de esas declaraciones mezcla de desafío y resistencia al más puro estilo americano: «¡Al ataque mis valientes!» (aunque la carta no dijera eso y fuera más larga, ese era el sentido).

Copio literalmente a Phillips:

El gran salón de baile del Waldorf-Astoria fue contratado en su momento por nuestra asociación. Cualquier cambio en el programa de nuestras actividades sería muy perjudicial para los miembros e invitados de la asociación, y además acabaría dañando la reputación de las personas que han participado en la elaboración de los actos destinados a celebrar tan histórico evento para nuestra profesión.

Después de muchas líneas más, llenas todas ellas de una encendida retórica, Phillips se dirigía ahora a sus colegas, a quienes animaba a ir directamente a las barricadas: «Por otra parte, la asociación se ve en la obligación de informarle que rechazamos respetuosamente su petición, y que haremos uso de todos los medios a nuestro alcance para que nuestro contrato con el Waldorf- Astoria sea respetado.»

Tal y como Phillips advertía en su carta, uno de esos medios podría ser acudir a la prensa. Y efectivamente, la crónica de la épica batalla por el Gran Salón de Baile iba a llegar a todas partes: «Nadie echará de allí a unos dentistas tan testarudos», informaba el Chicago Sun-Times. En el New York Daily News, el párrafo inicial podría servir como una lección magistral sobre qué es el amarillismo: «Como si fuera una muela del juicio bien enraizada, la ADA se resistió ser extraída del gran salón de baile del Waldorf, donde habían programado su próximo encuentro del martes, así que el número uno de todos los camaradas del mundo, el señor Nikita

Kruschev, no podrá almorzar al más lujoso estilo capitalista.»

Toda esta historia hizo que todos esos conservadores que se habían opuesto a la visita se vinieran arriba y enviaran uno tras otro telegramas de solidaridad al doctor Phillips:

SEGUID FIRMES EN EL SALÓN DEL WALDORF

NO PERMITÁIS QUE OS PRESIONEN

NO DEJÉIS EL SALÓN A ESE ASESINO CON MANOS

MANCHADAS DE SANGRE

SACAD CON UNAS TENAZAS LOS COLMILLOS VENENOSOS DEL COMUNISMO

El 13 de septiembre, dos días antes de la llegada de Kruschev a Washington, los reporteros ya estaban parapetados en el Waldorf con la idea de cubrir la histórica batalla. Al llegar se encontraron con la cumbre odontológica presidida por hombres vestidos con resplandecientes uniformes azul oscuro adornados con entorchados rojos y dorados, y es que en una estudiada ceremonia 152 dentistas ataviados con sus respectivos birretes y togas fueron investidos solemnemente como miembros del Colegio Americano de Dentistas. Todo aquel fasto y ceremonia no era sino un modo de marcar el territorio de cara a la amenaza enemiga.

«La Asociación Dental va a ceder», dijo el portavoz del ayuntamiento; «no nos moveremos de aquí», prometió un portavoz de los dentistas, «tenemos un contrato».

La cosa estaba en punto muerto. Callejón sin salida. Empate técnico. Momento decisivo. Alta tensión. Allí estaban los EE.UU. y la ADA de los EE.UU., mirándose fijamente a los ojos, ¿quién parpadearía primero?

Fue el gobierno. El 14 de septiembre, el ayuntamiento anunció que la comida con Kruschev se celebraría en el cercano hotel Commodore. El vicepresidente Nixon, que tenía previsto pronunciar un discurso ante la convención de dentistas, fue quien les transmitió la buena nueva a los reunidos. «Los rusos han llegado a la Luna primero, cierto», dijo Nixon, «pero la ADA llegó primero al gran salón».

No hubo nada más que decir: los dentistas saltaron de sus asientos celebrando con gran alboroto su victoria. Y las noticias anunciando su triunfo empujaron a que los redactores de titulares cometieran más de un exceso en sus endodónticos juegos de palabras:

LOS DENTISTAS ENSEÑAN SUS COLMILLOS A LOS PLANES DE K

LOS DENTISTAS LE SACAN UNA MUELA A KRUSKI

DENTISTAS DE BUENA DENTADURA ACABAN CON LA FIESTA DE K

LOS QUE MUEVEN LOS HILOS NO PUEDEN CON EL HILO DENTAL

Por primera vez –y quizá la última– en la historia de los Estados Unidos los temidos dentistas americanos se convirtieron en los héroes de sus clientes. A la ADA no paraban de llegar cartas de admiradores.

«Durante toda mi vida, mis héroes preferidos habían sido George Washington, John Paul Jones, John Peter Zenger y Roosevelt (hablo de Theodore)», escribía Mildred Willand, de Nueva York, «pero ahora a esa lista debo añadir a los miembros de la Asociación Dental Americana».

«Bravo por vosotros, por no dejar que nadie nos mangonee»,

escribía una señora que firmaba como «una americana normal y corriente que ama a su país». Y concluyó: «A partir de ahora tendré mucho más respeto por los valientes dentistas de América.»

Muchas cartas insistían en que el valor de los dentistas americanos había inspirado valor también al resto de sus conciudadanos, especialmente ese tipo de valor tan necesario para superar el miedo que se muestra en forma de taquicardia y sudor frío cuando se está en la sala de espera de uno de ellos. «A mí los dentistas me daban terror», confesaba arrepentido y por escrito M. B. Barrett, de Nueva York, «pero la postura de la ADA negándose de plano a que Kruschev ocupara su sitio me ha redimido, ¡a partir de ahora iré al dentista contento y feliz!».

33. BRONCA O MUERTE

Nikita Kruschev llegó al Commodore blindado por un poderoso ejército de policías y guardaespaldas. Lo subieron inmediatamente hasta el entresuelo, y allí, de golpe, el dictador se escapó.

Kruschev se deshizo de su protección para correr a toda velocidad hasta la balconada que daba al hall. Miró hacia abajo, contemplando a la multitud que se apiñaba en el vestíbulo, y sonrió orgulloso. Como era de esperar, levantó sus brazos y los movió para saludar a los presentes, quienes respondieron a la gracieta con risas y vítores. Durante ese instante mágico pudo sentirse libre. Pero no duró mucho. La policía, que ya se había pasado toda la noche buscando por el hotel a cierto hombre con acento extranjero que anunció por teléfono haber colocado en él tres bombas, no estaba dispuesta a perder de vista al presidente ruso. «Los policías, con gesto adusto, atraparon al premier y lo condujeron al salón de baile», decía el Times, «pero al premier se le veía feliz. Disfrutó de esta astracanada suya al verse allí, solo en el escenario.»

En el salón de baile del Commodore, situado en el semisótano, habían tomado asiento 1.200 hombres de negocios, en mesas aderezadas con dalias rojas. Aquello era «solo para hombres», una

especie de despedida de solteros, pero con otros fines. No había mujeres, una prohibición, por otra parte, muy común en aquella época.

Cuando Kruschev llegó al salón la orquesta de Meyer Davis comenzó a interpretar el himno nacional de la URSS. Después, cuando empezó a tocar el himno americano, sucedió algo inesperado: un hombre empezó a cantar. Aquel hombre bajito, con voz suave, delicada, temblorosa, entonó, como si fuera un trino, las primeras frases del himno: «Oh, say, can you see?» («Dime tú si puedes ver…»). La gente clavó de inmediato sus ojos en él. Enseguida se le unieron más voces, después otras más. En el momento en que la orquesta llegaba al clímax de la melodía, allí donde dice «the land of the free and the home of the brave» («la tierra de los hombres libres y el hogar de los valientes»), ya toda la sala retumbaba.

«Aquello fue algo impresionante; el impacto emocional fue tremendo», recordaría más adelante Wiley Buchanan, jefe de protocolo. «A muchos las lágrimas les corrían por las mejillas. Todos cantaban. Los rusos se quedaron atónitos, casi con miedo: era como sufrir un ataque nuclear.»

Al terminarse el himno el público rompió en aplausos, para después sentarse a comer. Allí estaba Kruschev, comiendo, inclinándose una y otra vez sobre su plato para disfrutar con entusiasmo del condumio. Pero lo que Kruschev ignoraba es que estaba a punto de convertirse en el afortunado beneficiario –quién sabe si en víctima– de un proyecto educativo compuesto por un curso intensivo de clases magistrales ideado por Richard Nixon.

Cuando Nixon regresó de Moscú tras liarse a puñetazos verbales en varias ocasiones con Kruschev, pensó en un plan para manejar a su aire al futuro invitado en su visita a América. La cosa estaba clara: con él la cortesía diplomática y los buenos modos eran fruslerías, le vino a decir Nixon a Eisenhower; si uno se quedaba ahí sentadito y callado mientras Kruschev montaba el show y soltaba su perorata, te perdía el respeto. No había más remedio que cogerlo por la solapa y pelearse con él, sobre todo si había público delante. El Departamento de Estado recibió la idea de Nixon con frialdad, pero Ike sí se tomó en serio las advertencias de su segundo e instruyó a

Lodge para no cortarse en hablar y responder inmediatamente a cualquier tontería o falacia que Kruschev pudiera decir.

Nixon bautizó su plan como «bronca o muerte». Más adelante, después de que esta táctica se hiciera particular y clamorosamente evidente en Los Ángeles, los más cínicos acuñaron otras definiciones para ella. James Reston, del Times, la llamó «política de represalia verbal masiva»; John Lander, del New Yorker, le puso por nombre «plan eduque-usted-a-Kruschev-después-del postre».

Este programa educativo comenzó ya en el Commodore tras un helado de vainilla cubierto de salsa de frambuesa. El alcalde Wagner se dirigió al atril y comenzó con unas pequeñas lecciones de cómo hacer propaganda sin por ello dejar de ser civilizado. «Presidente Kruschev, esta es una gran ciudad», comenzó. «Para nosotros es la mejor del mundo. Sabemos, desde luego, que también hay grandes ciudades en su país, pero creemos que la nuestra es diferente.» Continuó hablando de Nueva York como ciudad de inmigrantes: «Irlandeses, alemanes, rusos, italianos, griegos y judíos.» Todos ellos habían llegado allí en busca de libertad y de una oportunidad, y allí la habían encontrado. «Somos conscientes de que en nuestra ciudad hay pobres, gentes sin hogar. Pero el número de gente que vive bien, con prosperidad y felicidad, es mayor aquí en la actualidad que en cualquier otro lugar del mundo, que en cualquier otra época de la historia de la humanidad.»

Cuando Wagner se sentó, los presentes se pusieron en pie para jalear su intervención. También Kruschev se levantó para aplaudir con alegría. Entonces fue Lodge quien se hizo con el micrófono: «Aquí, en Nueva York, 8.000.000 de personas, de todos los colores, razas, religiones, viven juntas», dijo, «y, en general, podemos decir que viven en paz».

Lodge sabía que Kruschev tenía programada una visita a Harlem el día siguiente; podía imaginarse fácilmente a Kruschev echando pestes de lo que el New York Times llamaba «the Negro problem». Lodge prosiguió: «Esta es una buena ocasión para decir algo sobre los negros americanos. Hemos hecho grandes progresos en tal sentido al establecer y consolidar nuestro sistema judicial, tal y como nuestra Constitución prescribe, una justicia igual para todos, sin tener en cuenta el color de la piel. Pero siempre que exista una

situación en la que un individuo se vea discriminado, desfavorecido, nosotros no lo consentiremos.»

No hace falta recordar que mientras Lodge hacía esta declaración de principios, en su país se toleraba y apoyaba la existencia de la segregación en los colegios, a pesar de que cinco años antes la Corte Suprema hubiera decretado la obligatoriedad de la integración; no hace falta recordar que en su país la gente de color no podía sentarse en un restaurante para blancos; no hace falta recordar que en su país a los «negratas» se les negaba por sistema el derecho a voto; no hace falta recordar que en su país un chico de color, Emmett Till, había sido vilmente asesinado por el mero hecho de silbar al paso de una mujer blanca, y sus asesinos habían sido puestos en libertad acabando por escribir un best-seller en el que presumían de su «hazaña». Pero Lodge parecía preferir la perspectiva de los siglos, de la historia y no la del día de hoy: «Trabajamos sin descanso para resolver el problema, y no hay ninguna duda de que, solventando las dificultades puntuales, la segregación desaparecerá por completo.»

Tras la lección sobre derechos civiles, Lodge optó por la asignatura de economía. «No se puede definir a los Estados Unidos de América solo haciendo referencia a un sistema económico.» Continuó: «Y ese sistema, caracterizado por su elevada competencia, por el amplio reparto de beneficios, por su carácter dinámico y su gigantesco programa gubernamental de ayuda al bienestar, tampoco se puede resumir de manera adecuada usando una sola palabra, 'capitalismo'.»

Cuando Lodge tomó asiento, el público lo aplaudió. Kruschev, también. Y entonces le llegó su turno. Empezó dando las gracias a Wagner por invitarlo a Nueva York y a Eisenhower por invitarlo a América y a Lodge más de lo mismo: «El señor Lodge me hace sufrir con este programa tan intenso que tenemos», dijo sonriente, «pero bueno, él también lo está sufriendo conmigo, lo cual hace mi sufrimiento más llevadero».

Los asistentes rieron.

«Soy consciente de que ustedes también han hecho todo lo que estaba en sus manos para que yo viniera, seguro que con el deseo de

saber qué clase de hombre es ese Kruschev, de ver qué pinta tiene.» Hizo una pausa. «Pues bien, ¡aquí estoy!», dijo abriendo sus brazos triunfalmente como un equilibrista al que la orquestina del show acompaña con un «¡tachán!».

El público reía ahora a carcajadas.

Kruschev remarcó ante su audiencia el respeto y la atención con que había escuchado la loa que Wagner y Lodge habían hecho del capitalismo, y que a ambos les había dedicado su aplauso, «así que ustedes podrían preguntarse quién soy yo, si soy acaso de esos que cuando está entre comunistas aplaude a los comunistas y cuando está entre capitalistas les aplaudo también. Con razón podrían pensar: "Este hombre no es un político, es un veleta." Pongamos las cosas claras: no tiene sentido que yo haga esfuerzo alguno por convertirles al comunismo. Sería perder el tiempo, malgastar mis fuerzas, y yo necesito ahorrar mis energías para asuntos más útiles. Y si alguno de ustedes tiene la esperanza de que yo vaya por ese camino, que quede claro que esa esperanza es inútil».

Reforzó su propósito con otro de sus famosos refranes: «Esta actitud de echarnos en cara los unos a los otros los defectos de nuestros respectivos sistemas podría resumirse perfectamente en este proverbio ruso: "Cada pato habla bien de su propio charco"», dijo. «Así que ustedes hablen bien de su charco capitalista, y nosotros…» Pausa. Parecía no saber seguir; quizá se había metido en su propio charco retórico. «Bien, la verdad es que no me gustaría decir que nosotros hablamos bien de nuestro charco socialista, sobre todo porque nunca diría que el socialismo es un charco, pero…»

34. ATRAPADOS

El Waldorf-Astoria, uno de los más famosos hoteles del mundo, era sin duda un icono reconocido internacionalmente por su opulencia y por la categoría de sus huéspedes. Cuando fue inaugurado en 1931, esta obra maestra del art-decó era el mayor hotel del mundo. En 1959 fue hogar del antiguo presidente Herbert Hoover, luego del

general Douglas MacArthur, de los duques de Windsor y del compositor Cole Porter, quien alabó su famosa ensalada en su canción You're the top*. También fue el lugar donde el capo de la mafia Frank Costello comenzó a vivir después de que su psiquiatra le aconsejara que debía «salir y relacionarse con buenas personas».

La suite presidencial del piso 33, donde se ubicaba la humilde choza de la familia Kruschev, costaba 150 dólares al día, una cantidad digna de un príncipe si tenemos en cuenta que en aquellos días una habitación de un motel se alquilaba por menos de diez. Tanto el alojamiento como la manutención y cualquier otro gasto corrían a cuenta del Departamento de Estado. La suite, decorada en estilo colonial, se componía de cuatro habitaciones, cuatro cuartos de baño y una gran sala de estar presidida por un retrato al óleo del mismísimo Thomas Jefferson colgado sobre la chimenea de mármol. Las ventanas ofrecían una espléndida vista del skyline de Manhattan.

A esta suntuosa segunda residencia en el extranjero de los Kruschev se accedía directamente desde un ascensor en el lobby. Cuando llegaba la comitiva los guardias retenían cuatro ascensores para el presidente y su entorno. Kruschev subía en uno, acompañado por Lodge y el intérprete Alex Alakovsky, además del director del hotel y el general Nikolai Zakharov, el encargado de seguridad soviético que – recordemos– había informado previamente a los americanos de que cualquier ataque a Kurschev acabaría en… ¡Boum!

La botones del ascensor, Mary Anna Anemone, cerró la puerta metálica y comenzaron a elevarse: pasó el piso diez, pasó el veinte, pasó el veinticinco y… entonces aquello se paró de golpe.

Esperaron un poco. Allí no se movía nada.

Anemone, que llevaba subiendo y bajando pisos en aquel aparato desde hacía once años, les dijo a los pasajeros que se había ido la luz. Akalovski se lo tradujo al presidente, quien asintió con la cabeza y sonrió.

Esperaron. Nada de nada. Estaban atrapados.

Alguien sugirió que lo primero que había que hacer era saber dónde

se encontraban exactamente. Anemone forzó la apertura de la puerta, algo que les proporcionó las sugerentes vistas de la polvorienta oscuridad propia del hueco vacío de un ascensor.

Esperaron unos minutos más y nada, aquello seguía sin moverse. Decidieron que había que salir de allí saltando hacia el piso más inmediato, el treinta.

Anemone movió su taburete tapizado en beis hacia la parte delantera de la cabina. Kruschev se subió encima y consiguió alcanzar el piso superior. Lodge tuvo que ayudarlo empujando hacia arriba el inmenso culo del presidente del Consejo de Ministros de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para que este alcanzara la feliz salvación. Lodge y los demás subieron después de él, sirviéndose de apoyo los unos a los otros, empujón va y viene, hasta la planta treinta.

Ante semejante espectáculo, Kruschev pudo decir con todo el cachondeo del que fue capaz: «¡Ah, la famosa tecnología punta americana!»

Antes de que el grupo comenzara a subir las escaleras hacia el piso treinta y cinco, Lodge se dirigió a Anemone con una sonrisa cargada de ironía: «Esto ha sido un acontecimiento histórico. Podrá contárselo a sus nietos».

Pocos minutos después la electricidad volvió, los ascensores se pusieron en marcha y un portavoz del hotel explicó que la causa había sido una sobrecarga en el circuito de interruptores.

La historia del rechoncho dictador comunista escapando «ágilmente» del ascensor de un lujoso hotel capitalista pronto se extendió por el mundo entero. Kruschev añadió otro de sus típicos comentarios, en esta ocasión demasiado escueto si tenemos en cuenta lo que le gustaba explayarse ante la prensa: «Solo ha sido una disfunción capitalista.»

Cuando la señora Renee S. Cushman, de Arizona, leyó la noticia, se enfadó tanto que escribió una irritada carta a la revista Time, que la publicó una semana después:

¡Conrad Hilton dimisión! ¿Deberíamos llamar ahora al presidente del Waldorf-Astoria «camarada» Hilton? La escena de Kruschev escapando heroicamente de un ascensor y luego subiendo a pie cinco pisos ha tenido más repercusión internacional que la media docena de satélites que los americanos hemos conseguido poner en órbita. ¡Menuda propaganda! Ya es muy triste que los americanos no hayamos conseguido llegar a la Luna, pero si no conseguimos llegar siquiera al piso treinta y cinco, eso es un terrible desastre.

Décadas más tarde, Akalovsky recordaba la sabia decisión de empujar los cuartos traseros de Kruschev para que este saliera del ascensor. Pero también advirtió que «fue una elección arriesgada, pues si alguien de repente hubiera solucionado la avería y el ascensor hubiera vuelto a moverse…, lo habría partido por la mitad». Akalovsky se partía de risa: «¡Vaya carnicería!»

35. LOS QUE PARTEN EL BACALAO

La experiencia dice que los recuerdos que se tienen de un cóctel se evaporan pronto, quizá al despertarse a la mañana siguiente, dejando como huella tan solo una especie de nebulosa con aroma etílico. Pero las imágenes de lo sucedido aquella tarde en que Nikita Kruschev se reunió con los mandamases de América permanecerían vivas mucho después de ese 17 de septiembre de 1959. «Muy pocas cosas recuerdo tan bien como aquella», escribió John Kenneth Galbraith once años después: «Aquella escena, con aquel hombre amorfo vestido con un traje más amorfo aún, con su enorme cabezón rosado y sus piernas cortas plantado bajo el cuadro de Picasso, aún la tengo muy presente ante mis ojos.»

No era ni la primera ni la segunda ni la tercera ni tampoco la quincuagésimo cuarta vez que Kruschev, en su ya larga trayectoria como político, asistía a un cóctel con gente importante de verdad.

Aunque, cuando años más tarde dictó a un magnetofón el material para elaborar sus memorias, sus palabras demostraban que sus recuerdos sobre la fiesta de Harriman estaban aún muy vivos: «El humo del tabaco formaba una nube en la sala; la gente no dejaba de acercarse a mí atravesando esa nube para intercambiar algunas palabras. Algunos tenían el aspecto típico de un capitalista, como los que aparecían en los carteles que pegábamos en nuestra guerra civil. La única diferencia era que estos no tenían el morro de cerdo que nuestros artistas sí les solían pintar. Había otros que venían vestidos de modo más sencillo, tanto que al verlos nadie habría pensado que se trataba de los mayores capitalistas de América.»

Explicación: W. Averell Harriman era uno de los pocos ciudadanos americanos que tenían la posibilidad de organizar una fiesta como esa. Hijo de E. H. Harriman, un potentado de la época dorada del ferrocarril, de quien el presidente Theodore Roosevelt dijo que era uno de los ciudadanos «más indeseables» de toda América, Harriman junior creció en una finca de casi 8.000 hectáreas en New Jersey. En los años treinta dirigió una de las agencias que implementaron el New Deal de su viejo amigacho Franklin D. Roosevelt. Durante la guerra fue embajador en la Unión Soviética. Posteriormente, Truman lo nombró embajador en Gran Bretaña. En 1954 fue elegido gobernador de Nueva York. En 1959 Harriman se había desplazado hasta Moscú para mantener una larga entrevista con el propio Kruschev. Ya entonces Harriman se dio cuenta, con enorme pesar, de que el hombre al mando del reducido círculo de militares y burócratas que controlaban el Kremlin creía firmemente en la legendaria tesis marxista de que los Estados Unidos estaban también bajo el control de un reducido círculo, pero en este caso de feroces capitalistas, gente a la que le interesaba que la Guerra Fría siguiera viva por los grandes beneficios que obtenían a costa de la imparable fabricación de armas.

En aquella entrevista en Moscú, Harriman desafió al líder: «¿Ah, sí?, ¡dígame quiénes son!»

Kruschev le dio una simpática palmadita en la espalda: «Usted es uno de ellos.»

Harriman, que se había quedado de piedra ante tal «acusación», escribió de inmediato un artículo para la revista Life en la que

animaba al presidente Eisenhower a invitar a Kruschev, con la idea de que ese señor tuviera una idea mucho más real de lo que era América. Cuando Ike lo hizo, Harrison se propuso intentar por todos sus medios demostrar a Kruschev que América no estaba en absoluto controlada por un pequeño grupo de grandes capitalistas que manejaban el cotarro. Pensó también que la mejor solución era ofrecer a Kruschev un cóctel con un pequeño grupo de grandes capitalistas que manejaban el cotarro. Una curiosa lógica la suya.

Kruschev llegó a la fiesta solo dos horas después del épico incidente del ascensor averiado, pero no le preocupaba mucho lo polvoriento que pudiera estar su traje. Harriman y señora recibieron al premier en la puerta y le acompañaron escaleras arriba hasta la biblioteca, una habitación de tonos blancos con bustos de Benjamin Franklin, Franklin Roosevelt y Dwight Eisenhower. Un enorme Picasso colgaba sobre la chimenea.

Harriman comenzó ofreciéndole un vodka.

«¿Vodka ruso?», preguntó el invitado.

«Me temo que no, señor presidente», contestó el anfitrión. Con toda cortesía ofreció entonces a Kruschev una copa de brandy destilado en el propio estado de Nueva York. Kruschev tuvo que echar mano de coraje, pero aceptó probarlo.

A continuación, Harriman presentó al premier soviético al resto de los invitados, un selecto grupo que incluía a David Sarnoff, director de la Radio Corporation, William Herod, presidente de General Electric, Dean Rusk, presidente de la Fundación Rockefeller y futuro secretario de estado y John D. Rockefeller III, de quien, con el apellido que tiene, creo que no hace falta que digamos nada más.

El menos rico y menos poderoso de todos era un amigo personal de Harriman, John Kenneth Galbraith, el economista de Harvard que se había hecho famoso en 1958 como autor de La sociedad opulenta, un libro que analizaba la economía americana de postguerra con una prosa de lo más cáustica:

La familia que hace una excursión en su coche color malva y cereza dotado de aire acondicionado, conducción asistida y servofreno, rueda por ciudades magníficamente pavimentadas, afeadas por los desperdicios, los edificios desconchados y los anuncios junto a los postes de una conducción eléctrica que debería ser subterránea desde hace tiempo. Contemplan un paisaje rural que es casi invisible por obra y gracia del arte comercial. (Las mercancías que son anunciadas gozan de una absoluta preminencia en nuestro sistema de valores. Estas consideraciones estéticas respecto del paisaje tienen, por tanto, un valor secundario. En estos aspectos no somos inconstantes.) Meriendan con unos alimentos exquisitamente empaquetados que sacan de una nevera portátil, a orillas de un arroyo contaminado, y pasan la noche en un parque que es una amenaza para la salud pública y para la moral. Y antes de adormecerse, acostados en un colchón neumático, cobijados por una tienda de nailon y rodeados por el hedor de la basura semicorrupta, pueden reflexionar vagamente sobre la curiosa desigualdad de las mercedes que se les han otorgado. Realmente, ¿es esto el genio americano?[1]

El libro pronto se convirtió en un superventas, demostrando con ello que una de las cosas que caracterizan a la sociedad opulenta es que un hombre puede acabar viviendo opulentamente a costa de vender a chorros a los opulentos un libro en el que ridiculiza su opulencia.

Tras las presentaciones de rigor, Harriman y su invitado de honor se sentaron a la sombra del Picasso. «Presidente Kruschev, aquí tiene una muestra muy representativa de esos círculos de poder de los que usted me habló cuando nos vimos en Moscú; esos que, según usted, están por encima del propio gobierno y desean que la Guerra Fría continúe», dijo Harriman en voz alta, una salida que consiguió arrancar las risas de los presentes.

«¿Pero ese grupo no era secreto?, preguntó Kruschev haciendo también él reír al personal.

Harriman le explicó después que algunos de los presentes eran demócratas y otros republicanos.

Kruschev aprovechó para soltar su tan repetida sentencia de que le resultaba difícil decidir cuál era uno y cuál el otro. «Ustedes son los que de verdad mandan en América», dijo al grupo. «Son el círculo que maneja el poder. Se ve muy claro. Son gente lista. Ustedes siempre están en la sombra y tienen sus portavoces, gente a sueldo, que son los que dan la cara.»

Este comentario encontró el tipo de respuesta que Harriman más tarde calificaría como «silencio espasmódico». Pero el silencio duró poco: inmediatamente varios de los allí presentes dieron sus pequeños discursos con la idea de convencer a Kruschev de que los jefazos del capitalismo americano no eran tan poderosos como podría parecerlo.

El primero en hablar fue McCloy, quien había trabajado como subsecretario de Defensa y como presidente del World Bank antes de dirigir el Chase Manhattan, el banco de los Rockefeller. Como Galbraith escribió años más tarde con tono irónicamente laudatorio, «McCoy presidía el establishment del establishment. Era hombre que daba muestras de una firme seguridad en sí mismo, una seguridad tan grande que podía hacer creer a los demás grandes verdades, grandes mentiras e incluso grandes tonterías».

McCloy le explicó a Kruschev que la malévola propaganda sobre el poder omnímodo de Wall Street no era más que un mito. Es más, era muy frecuente que las leyes respaldadas por Wall Street se encontraran con el firme rechazo del Congreso. La verdad es que dijo esto último sin poder evitar poner cara de fastidio.

Pero Kruschev no estaba convencido. Sí, escuchó atento el largo parlamento de McCloy, pero respondió: «Entonces debo pensar que quienes están sentados ahora frente a mí son los peores relaciones públicas de los Estados Unidos.»

Los capitalistas estallaron en carcajadas.

McCloy, sin embargo, no se inmutó y continuó todo parsimonioso explicándole a Kruschev que era absurdo pensar que eran los propios capitalistas americanos quienes más favorecían la Guerra Fría solo por la ambición de obtener más beneficios de la industria armamentística: «Eso es un enorme error», dijo, «no hay nadie en

esta nación que sea capaz de prolongar semejante tensión internacional solo por dinero».

Harriman coincidió con McCloy e invitó a tomar la palabra a Frank Pace, un antiguo secretario de Defensa que ahora presidía General Dynamics, la empresa convertida en la mayor contratista del ejército. Pace contó a Kruschev que su compañía estaría encantada de abandonar su negocio de las armas apenas se declarara la paz. Desafortunadamente sus argumentos no se veían confirmados por la realidad de los hechos: justo al día siguiente, Kruschev pronunció un discurso a favor del desarme, como consecuencia la bolsa perdió 1.700 millones de dólares, una tendencia a la baja que ya había comenzado el día en que Ike anunció la ilustre e incómoda visita. «El señor Kruschev ha propuesto un desarme mundial en el plazo de cuatro años, reforzando así el pánico que se había apoderado de Wall Street desde que se hizo oficial la noticia del viaje», decía la crónica del New York Times. «Wall Street quiere la paz», dijo el portavoz de una de las empresas más poderosas, «pero también admite que un plan como ese forzaría a un reajuste de alcance imprevisible en el sistema económico de nuestro país». Después de todo, quizá esa disparatada idea que Kruschev tenía sobre el verdadero poder de los capitalistas americanos resultara no ser tan disparatada…

Eisenhower no acudió a la fiesta de Harriman, por lo que no tuvo la posibilidad de aportar algo de su cosecha a la discusión sobre los vínculos entre Wall Street y la industria de la guerra que allí se mantuvo. Pero resulta sintomático que seis meses después, en su famoso discurso de despedida al abandonar la Casa Blanca, Ike advirtió al pueblo americano del peligro de lo que él mismo llamó el «complejo industrial-militar». «Esta conjunción de un inmenso establishment militar y una gigantesca industria armamentística es nueva en América», dijo el viejo general. «Su tremenda influencia, económica, política e incluso espiritual, se siente hoy en cualquiera de nuestras ciudades, en cada edificio oficial de cualquiera de los estados, en cualquier despacho del Gobierno federal… Cada vez que se reúna un consejo de gobierno, sea del nivel que sea, habremos de estar alerta frente a la tentación de caer bajo la influencia innecesaria, ya sea patente o indirecta, de ese complejo industrial-militar. La posibilidad y la capacidad de que se produzca una

desastrosa alteración en las jerarquías de poder existe hoy y existirá. No debemos permitir jamás que la fortaleza que acumula ese mundo ponga en peligro nuestras libertades.»

36. ¿Y MI INVITACIÓN?

Mientras su padre estaba encerrado en el ascensor del Waldorf-Astoria, Sergei Kruschev sobrevolaba el cielo casi violeta de Manhattan en un helicóptero del ejército americano.

A sus veinticinco años, Sergei era un hombre guapo y con buen tipo, a lo que daba perfecto complemento un pelo rubio bien peinado hacia atrás excepto un rizo picarón que le caía sobre la frente. Había dejado por unas semanas en Moscú su trabajo como ingeniero en el programa soviético de misiles y una esposa embarazada. Daba igual, estaba ansioso por conocer América. A unos trescientos metros de altura, el aparato sobrevoló el puente George Washington, la sede de la ONU, Coney Island y las enormes cimas y desfiladeros que formaban los rascacielos.

«Algunos de estos edificios se parecen a las espigas», dijo Sergei a la prensa nada más aterrizar, «no me gustaría vivir tan alto».

El tour en helicóptero fue entretenido, pero lo que Sergei Kruschev quería realmente ver en Nueva York era una tienda de insectos especializada en mariposas ubicada en Brooklyn. Sergei las coleccionaba con avidez y había leído en una revista especializada sobre el prestigio de la misma, así que preguntó si podría visitarla. En un primer momento el Departamento de Estado puso pegas, pues Brooklyn se encontraba fuera de los límites previstos de la visita, pero finalmente los diplomáticos cedieron. Así que Sergei viajó hasta East Flatbush, por supuesto siempre en compañía de una cuadrilla de guardaespaldas y una jauría de periodistas. «Fue muy sorprendente abandonar Manhattan y encontrarse de repente con que Nueva York es también una ciudad de calles pequeñas, sucias y oscuras», recordaría años después. «En aquellos tiempos, para la Unión Soviética, Nueva York eran solo Broadway y los rascacielos.»

Cuando llegaron a la tienda, la Butterfly Art Jewelry, Sergei se encontró con otra sorpresa: las mariposas estaban en venta. En su Rusia natal los coleccionistas compraban y vendían mariposas, pero no lo hacían como se compra y vende el pan o unos zapatos, así, en un negocio abierto al público. «Tal y como yo lo veo, las mariposas no pueden verse como mercancías, bienes de consumo. Yo pensaba que allí solo podría haber intercambio, ¿quién puede comprar una mariposa?»

A su disposición manadas de mariposas, bien expuestas y enmarcadas, que llenaban las paredes hasta el techo, cada una con su precio en una etiqueta. «Allí vi cómo una mariposa valía un dólar, y aquella otra dos», recordaba, «y como por instinto me puse a hacer las cuentas del dinero que llevaba».

Pero el propietario, Aminadov Glantz, rechazó su dinero. «En esta ocasión no se las voy a vender, se las voy a regalar; pero usted prométame que cuando llegue a su país me enviará mariposas de su tierra.» Y así fue: Sergei enviaría posteriormente a Glantz mariposas rusas, encargando al ministro de Asuntos Exteriores de papá que se ocupara personalmente de hacer llegar el envío.

En el interior del establecimiento –al igual que hacía allí donde le viniera en gana– Sergei sacó su cámara Austrian de ocho milímetros, con película en blanco y negro, la que venía usando para tomar vistas de aquel extraño país: los rascacielos desde una ventana del Waldorf, un trabajador descargando cajas de un camión, un anuncio de Coca-Cola, coches con alerones tan estilizados que parecían verdaderos cohetes, la primera cabina de peaje que había visto en su vida, con un cartel que decía «35 cts. por pasajero», un cartel anunciando leche: «Leche Borden: llena de sabor.»

En Times Square grabó marquesinas con publicidad de algunas películas; en una, Anatomía de un asesinato; en otra, se anunciaban dos al mismo tiempo: Tarzán, furia salvaje y La diabla. También se detuvo a filmar en unos recreativos donde un grupo de adolescentes con tupé se emocionaban disparando al blanco tiros a troche y moche obsesionados con ganar como premio una baratija. Por supuesto, también grabó los famosos anuncios de neón de Times Square brillando en la noche: en aquella cámara, grabando en una

película sin color, los alegres anuncios se convirtieron en cine negro.

«No había luces como esas en Moscú», recordaría años más tarde, «porque aquí nadie necesita anuncios».

Después de uno de sus paseos errabundos por Nueva York, en cuanto llegó a la habitación Sergei se percató de que el staff del Waldorf-Astoria, haciendo gala de su renombrada eficacia, le había lavado y planchado su traje negro. Se puso a registrar con desesperación y obsesivamente los bolsillos. ¿Qué buscaba? Sencillo, una invitación a una ceremonia secreta celebrada hacía unos meses en Moscú, pero la tarjeta ya no estaba en ellos. Se trató de una fiesta solemne donde el jefe de Sergei, Vladimir Chelomei, y once de sus ayudantes, incluido el propio Kruschev hijo, fueron condecorados con el Premio Lenin por la fabricación con éxito del primer misil de crucero soviético. La ceremonia era secreta, sobre todo porque el misil era también secreto, claro.

El día en que recibió el premio, Sergei guardó la invitación en un bolsillo del traje y se olvidó de ella. Cuando llegó a Washington y fue a ponerse ese mismo traje la descubrió allí donde la había dejado. «De entrada pensé que debía romperla en pedazos y quemarlos, pero cambié de opinión, pues por las historias de detectives yo sabía que hay especialistas que pueden descifrar cualquier documento a partir de los trozos de papel más minúsculos, incluso de sus cenizas.» Dándole vueltas y más vueltas al asunto con el papelito de marras en las manos, no sabía bien qué hacer. Pues bien, no se le ocurrió otra idea más inteligente que volver a meterlo en el bolsillo.

Ahora el traje estaba limpio y planchado, pero la invitación había desaparecido. A lo mejor el encargado la vio y la tiró, sin más, pensó. Pero a lo mejor no. ¿Y si ahora estaba siendo examinada por la CIA? Sergei decidió no decir nada a nadie y esperar a ver qué pasaba, y que, si pasaba algo, no fuera irremediable.

Algunos meses después, ya de vuelta en Moscú, un buen día su padre llegó del despacho oficial con cara de muy pocos amigos. Se llevó a Sergei a un aparte y le preguntó si, por casualidad, se había ido de la lengua durante el tiempo que habían estado en USA.

Sergei, por supuesto, respondió que no, e incluso mostró cierto malestar porque su padre siquiera lo hubiese imaginado. Le dijo que él no era ningún niño y que sabía perfectamente de la importancia de un secreto.

«Pues resulta que hemos capturado un espía americano aquí en Moscú», le explicó su padre. «Durante el interrogatorio, confesó que una de sus misiones era averiguar qué clase de proyecto merecía que a Cherlomei le hubieran concedido el Premio Lenin y qué papel desempeñaba Sergei, el hijo de Kruschev, es decir, tú, en ese equipo.»

¡Tate! Sergei se acordó de inmediato de la invitación perdida. Confesó a su padre toda la historia y conforme el niño se la iba relatando papá se iba poniendo más y más triste. «Me sentí como un traidor», recordaba Sergei.

Quizá fuera a causa de la vergüenza que sentía por la torpeza cometida, pero el caso es que jamás le formuló a su padre una pregunta que no dejaría de inquietarle durante toda su vida: ¿Oye, papa, qué clase de técnicas utilizó el KGB para que el espía lo confesara todo?

37. CUIDADO QUE NO SE ENFADE...

En su primera noche neoyorquina, Nina Kruschev y sus hijas acompañaron a la señora Cabot Lodge al Majestic Theater para asistir a una representación del musical The Music Man, un gran éxito de Broadway sobre un estafador que viaja hasta Iowa para sacarles los cuartos a la gente de una ciudad de provincias.

Nikita Kruschev, que ya tenía previsto en su agenda visitar Iowa, pero prefirió no asistir y optar por otro banquete más, ahora con otro grupo de hombres de negocios y soportar otra nueva lección de Lodge más. Lodge comenzó diciendo que los empresarios americanos no eran en absoluto un grupo de «magnates ladrones». «Si “magnates ladrones” es la definición de “capitalistas”, he de

decir que no, nosotros no somos capitalistas.» La moderna economía americana no debería ser descrita en su opinión como «el poder de los monopolios». Creía que el término más adecuado era «humanismo económico». Para apoyar su tesis, Lodge tiró de estadísticas: Tres de cada cuatro familias tenían coche…, tres quintas partes de los hogares eran propiedad de sus inquilinos…, catorce millones de americanos poseían acciones de la bolsa…, una de cada diez familias ganaba más de 10.000 dólares al año… Por otra parte, añadió Lodge, el Gobierno federal se hacía cargo de los más desfavorecidos, distribuyendo comida gratuita a cinco millones y ofreciendo una vivienda social a otros dos. «Vivimos en un estado de bienestar que se ha propuesto construir un suelo más abajo del cual nadie pueda hundirse y no poner ningún techo, para que todo aquel que quiera ascender pueda hacerlo.»

Cuando Lodge acabó, Kruschev se dirigió al atril y lanzó una mirada sobre todos los presentes en el salón de baile del Waldorf. El lugar estaba más que ocupado por 2.000 personas del Economic Club de Nueva York, un público al que el New York Herald Tribune calificó como «una de las más grandes concentraciones de dinero de la historia».

Tras una introducción irreprochable, Kruschev decidió referirse al tema del paro en América, y más concretamente al paro de su amigo Averell Harriman, quien ocupaba un asiento en la mesa principal. Harriman estaba sin trabajo desde que Nelson Rockefeller le derrotara en las elecciones a gobernador de 1958. Pero Kruschev se ofreció a echarle una mano (o algo por el estilo).

«Yo mismo podría ofrecerle trabajo como asesor presidencial, con un buen sueldo y una dacha cerca de Moscú», dijo. Risas a montón. Inmediatamente ofreció trabajo a todos los presentes en la sala: «Sin duda estarían bien pagados y gozarían de los mismos privilegios de los que gozan en cualquier empresa de este país», aseguró. «Nosotros valoramos como es debido a la gente que vale, y si hay entre ustedes alguien que quiera contribuir a construir el socialismo en mi país, será un placer atender su llamada en mi habitación del hotel y concretar los términos del acuerdo.»

Por supuesto, también esta declaración produjo risas; aunque, siendo fieles a la verdad, debemos dar cuenta del poco éxito que su

oferta de trabajo tuvo.

Al acabar este improvisado monólogo cómico, Kruschev se dispuso a pronunciar otro discurso, este otro muy bien preparado, en el que ensalzaba las glorias de la economía soviética intentando llegar a la altura a la que Lodge había ascendido con el capitalismo americano. «Si nos fijamos en 1913, la economía soviética ha subido hoy treinta y seis veces y la suya solo se ha multiplicado por cuatro (…) el año pasado, salieron de nuestras universidades 94.000 ingenieros y de las suyas 35.000 (…), nuestra producción se incrementó en un doce por ciento en los primeros ocho meses…»

Y así siguió y siguió hasta casi el infinito, torpedeando con infinitas estadísticas que humillaban al público tanto como lo aburrían, primero en ruso para luego volverlo a aburrir con la traducción inglesa. Pero se estaba haciendo tarde, y más de uno ya se escabullía por la puerta, así que Kruschev terminó su discurso con un alegato por la cooperación, la hermandad y la paz. Después se mostró dispuesto a responder a posibles preguntas. Y aquí es donde empezaron los problemas.

«Señor Kruschev, me gustaría preguntarle una cuestión muy sencilla», se lanzó Gardner Cowles, editor de la revista Look. «¿Por qué usted no permite a su gente que escuche programas americanos si así quieren hacerlo?, ¿y por qué razón no permite que la prensa americana sea distribuida libremente en toda la Unión Soviética?».

«Caballeros, les ruego que me escuchen con atención y comprendan bien», respondió Kruschev. «Yo he venido a su país invitado por su presidente y hemos invitado a su presidente a que nos visite él también. El general Eisenhower y yo acordamos que en nuestras conversaciones jamás abordaríamos cuestiones referentes a otras naciones y que no interferiríamos en los asuntos internos de nuestros respectivos países…»

«¡Vamos, responda a la pregunta!», gritó alguien.

«Caballeros…», quiso continuar Kruschev.

¿Qué era esto?, ¿un revienta-mítines en el Waldorf-Astoria?

«¡Usted está evitando la respuesta!», gritó otro.

En esos momentos, Kruschev estaba oyendo sonidos que los dictadores raramente oyen: la voz de un tipo cabreado, las protestas del gallinero, el abucheo del público. Stalin jamás toleró este tipo de tonterías, y a Kruschev tampoco parecían gustarle mucho. Sacó su peor arma: fruncir el ceño y ponerse rojo de ira. «Yo soy un gavilán ya viejo y no pueden hacerme callar con sus gritos», continuó, «admito que no quieran escucharme, pero no hay duda de que ustedes deberían tener al menos la educación de no interrumpirme. Si nadie quiere escuchar lo que tengo que decir, me voy de inmediato».

Pero no se fue. Muy al contrario, tomó aliento y siguió rugiendo, explotando por segunda vez en dos días: «¡Yo no he venido aquí a pedir favores!, ¡yo estoy aquí como el máximo representante de una gran pueblo que protagonizó la revolución de Octubre!, ¡no hay grito que pueda acallar nuestro gran triunfo, el triunfo de nuestro pueblo!» Todo esto a grito pelado.

Paró. Y advirtió: «Responderé a las preguntas mientras no haya interrupciones.»

El público calló. Se hizo el silencio. Fue un momento de terror. El hombre que había estado haciéndose el graciosillo unos minutos antes ahora mostraba la fiera que llevaba dentro. Siguió callado, esperando a que el silencio fuera absoluto.

«Y ahora mi respuesta es la siguiente», volvió donde lo había dejado: «La cuestión de lo que nuestra gente lee o escucha no puede ser algo que decida un gobierno extranjero o cualquier influencia externa, sino lo que decidan nuestro pueblo y sus gobernantes.»

Acabada la punzante advertencia, Kruschev pareció haberse recuperado lo suficiente como para añadir una puya adicional, en este caso con referencia al trato que había sufrido Paul Robeson, el cantante y actor afroamericano, sometido a acoso policial por sus ideas procomunistas. «Ustedes también hacen lo posible por callar las voces de sus propios compatriotas. Por ejemplo, hay gente que defiende nuestras ideas aquí y en muchos otros lugares de todo el mundo, como el gran cantante Paul Robeson. Hace ya más de cinco

años que el gobierno americano viene prohibiendo al señor Robeson salir del país para cantar. ¿Por qué callan esa voz?»

El contraataque, lo de Robeson, era inteligente, pero le faltó fuerza, sin duda porque su carisma de figura firme pero amable y serena se había visto ensombrecida al verlo lanzar bombas de hidrógeno verbales con una rabia desmedida solo por culpa de una pregunta moderadamente dura y algún tímido abucheo.

«Todos los que estuvimos allí tardaríamos mucho tiempo en olvidarlo», escribió Harry Schwartz para el New York Times. «Un Kruschev irritado hasta el extremo, con la cara ardiendo de ira, agitaba al aire su puño contra el público.»

38. «QUE DIOS TENGA PIEDAD DE TI», DIJO EL ATEO

Cuando Kruschev a la mañana siguiente, día 18 de septiembre, se acomodó en la limusina de Lodge para cubrir el trayecto de 150 kilómetros que le llevaría hasta la tumba de Franklin Delano Roosevelt en Hyde Park, al premier aún no se le había pasado el mosqueo por lo ocurrido la noche anterior en el Waldorf, sobre todo por la pregunta relativa al silenciamiento de la radio y televisión americanas en Rusia.

«Estoy seguro de que a ustedes no les gustaría que alguien de fuera se dedicara a animar a la gente de aquí para que diera un golpe de estado», le dijo a Lodge.

«Bueno… Es que si aquí la gente oyera ese tipo de cosas por la radio, la mayor parte sencillamente se echaría a reír», respondió Lodge.

Kruschev comenzó entonces a recordarle a Lodge cómo docenas de dirigentes del Partido Comunista Americano se encontraban en prisión por tal causa, acusados de violar el acta Smith, la cual declaraba fuera de la ley a cualquier asociación o grupo que pretendiera derrocar el gobierno de los Estados Unidos.

«Los comunistas americanos pretenden hacerlo por la fuerza», dijo Lodge, «y ningún gobierno, incluido el soviético, carece de leyes que lo protejan de esa amenaza».

«Pero, ¿qué hacen exactamente estos comunistas de aquí?», le preguntó entonces Kruschev.

Lodge le dijo que todo había comenzado nueve años atrás y que él no recordaba con exactitud lo sucedido. Pero Kruschev sí estaba al corriente de lo sucedido y de lo que estaba sucediendo con el partido, quizá por la sencilla razón de que él mismo en persona lo había venido financiando en secreto, de modo que habló con total conocimiento de causa: «Si examina detenidamente lo que han hecho durante estos nueve años, no encontrará ninguna prueba de que hayan hecho nada malo», aseguró.

Y entonces golpeó a Lodge directo al hígado: «Ustedes dicen y dicen que no les gusta la violencia», continuó, «¿pero cómo ganó George Washington la guerra de Independencia, con unas elecciones?».

Mientras ambos políticos se castigaban mutuamente sus costillas, la caravana de catorce coches dejó atrás Manhattan para atravesar el Bronx escoltada por un ejército de policía motorizada. Salieron con media hora de retraso e intentaban recuperar algo de tiempo, ya que estaba previsto que Kruschev se dirigiera a la Asamblea General de la ONU a media tarde. En el interior de la limusina de Lodge, Kruschev no dejaba de fanfarronear asegurando que en muy poco tiempo la Unión Soviética adelantaría a los Estados Unidos.

«Está claro que busca provocarme», escribió Lodge en el informe diario que debía pasar al Departamento de Estado. «Insiste en que piense en mis nietos. Asegura que pronto el capitalismo desaparecerá.»

Lodge puso todo lo que estaba de su parte para evitar mosquearse, pero tras minutos y minutos de soportar la chulería de su colega, no pudo más y estalló: «Usted me habla sobre el futuro que verán mis nietos aquí, en América», dijo, «pero quizá a usted le gustaría saber lo que yo creo que su nietos verán en Rusia. La Unión Soviética no seguirá siempre igual. Allí también cambiarán las cosas».

«Sí», admitió lacónicamente Kruschev, «habrá muchos cambios».

«Lo que yo creo que veremos en Rusia es la disminución del centralismo burocrático y un desarrollo de las libertades individuales. Creo que, en lo esencial, la generación de mis nietos y la de los suyos se parecerán mucho, y eso a pesar del tiempo que perdemos los políticos repitiendo las mismas frases de siempre», le espetó Lodge muy serio.

Aquella era una visión muy optimista de lo que podría ser una futura convergencia pacífica de dos potencias ahora en dura competencia. Cualquier hombre con instinto diplomático habría apoyado esa feliz perspectiva, aunque fuera proponiendo alguna deriva socialista en ciertos temas. Pero, ¡ay, amigo!, Kruschev carecía de tal instinto.

«¡Qué Dios se apiade de su alma!», le dijo a Lodge. A continuación, y haciendo toda clase de aspavientos, interpeló a su mujer: «¿No te da pena ver a un hombre hecho y derecho con la cabeza llena de tanta tontería?»

Cuando la comitiva llegó a Hyde Park, Eleanor Roosevelt les esperaba en la puerta del jardín vallado donde estaba la tumba de su marido. Llevaba un vestido azul y una chaqueta blanca; y además le colgaron un micrófono que haría posible que sus conversaciones con Kruschev fueran escuchadas por los televidentes que seguían la retransmisión de la visita en directo.

A sus setenta y cinco años la señora Roosevelt aún conservaba intacta toda esa energía que le había llevado a convertirse en toda una figura, en una primera dama firme y entregada, quizá la más respetada y admirada que había conocido la historia del país. Durante los doce años en que su marido fue esclavo de una silla de ruedas, ella fue «sus ojos y sus oídos», solía decir su ilustre marido, visitando colegios y barrios pobres, siendo la interlocutora de agricultores sin tierra, soldados y huelguistas, para luego contarle a Franklin todo lo que había visto y oído. Tras la muerte de este en 1945 siguió en activo ocupando el cargo de presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, apoyando la campaña de Adlai Stevenson y escribiendo una columna diaria para un periódico y otra mensual para una revista, además de varios libros.

Durante quince años seguidos los políticos la calificaban sin dudarlo como «la mujer más popular del mundo»; pero sus críticos, que los había y eran numerosos y bastante miserables, no dejaban de burlarse de ella metiéndose con sus enormes paletas de conejo.

Como la mayor parte de los liberales, ella también apoyó la decisión de Roosevelt de invitar a Kruschev: «Creo que aprenderá muchísimo viniendo aquí, es un hombre muy receptivo y despierto», escribió en una de sus columnas. Ahora, ante la puerta, sonreía y se adelantaba para estrechar las manos del premier y su esposa.

«Me siento en la obligación de venir hasta aquí para rendir mis respetos a su marido y su memoria», soltó tan pancho Kruschev, «no he venido aquí por gusto, sino por obligación».

La verdad es que el saludo fue un tanto ambiguo, de esos que admiten varias interpretaciones y no todas ellas amables, pero la señora Roosevelt, siempre tan positiva, decidió tomarlo como un cumplido. Cogió al matrimonio Kruschev del brazo y los condujo tras la alta valla de color gris a la rosaleda donde los restos de su esposo yacían bajo una pequeña lápida de mármol.

Ayudado por dos de sus asistentes, Kruschev colocó un enorme ramo de orquídeas y rosas sobre la tumba; después dio unos pasos hacia atrás e inclinó su cabeza durante unos momentos que deberían haber sido de silencio, pero que no lo fueron debido a los clics de las cámaras sin número allí presentes. Después Kruschev hizo una reverencia en señal de despedida, y a continuación Eleanor llevó a sus invitados por el camino que conducía a la Roosevelt Memorial Library.

Mientras andaban, Lodge recordó a Kruschev que al volver a Nueva York y justo antes de ir a la ONU tenían programada una visita a Harlem. Mike Menshikov, el Sonrisas, le advirtió de que no habría tiempo para ella porque el presidente quería cambiarse de ropa antes de pronunciar su discurso ante la asamblea.

«De acuerdo, en tal caso volvemos al hotel sin paradas», respondió Lodge.

«Vaya, ¿es que no quiere usted que el presidente Kruschev vea

cómo es Harlem?», preguntó Menshikov, quien a continuación se dirigió a su jefe: «¿Ve, camarada presidente, ve cómo los americanos intentan evitar a toda costa que usted vaya a Harlem. Sin duda, es porque tienen algo que esconder.»

Lodge perdió su habitual equilibrio para advertir muy seriamente a Menshikov de que no culpara a los americanos de la cancelación de la visita a Harlem. Ya estaba hecha: en décimas de segundo los dos distinguidos diplomáticos se enzarzaron en arañazos verbales mutuos. Kruschev contemplaba el espectáculo con cierta guasa.

En el interior del museo, la señora Roosevelt mostró al premier soviético un retrato de su marido obra del artista favorito de Stalin, el pintor Alexander Gerasimov, además de algunas cartas que el propio Stalin había dirigido al fallecido presidente. «Esto quizá puede interesarle», dijo Eleanor.

Pues no. Kruschev no mostró el más mínimo interés por nada excepto por largarse lo antes posible. «No disfrutó con nada», recordaría la ex primera dama posteriormente. «Detrás de él había un hombre que no paraba de advertirle en voz baja: “Siete minutos, señor, siete minutos.”»

La ilustre viuda también había preparado un pequeño tentempié para los ilustres visitantes, pero Kruschev, que normalmente se lanzaba a por cualquier cosa que oliera a comida, también lo ignoró. Eso sí, al dirigirse a la puerta cogió uno de los sándwiches, se lo mostró en alto a los fotógrafos y sonriendo dijo en inglés: «Esto es para el camino.»

La verdad es que todo aquello era un espectáculo de lo más grosero, pero Eleanor Roosevelt era totalmente consciente de qué y quién tenía delante. Entendió la amarga lección que pronto aprenden los políticos defenestrados y las viudas de los que otrora ostentaron el poder: quienes una vez los trataron con calor y cariño muy pronto se vuelven indiferentes a sus encantos. «A este hombre solo le interesa el poder», se resignó Eleanor, «y yo no tengo poder ninguno».

39. EL KIOSCO RUSO

En la puerta del edificio de las Naciones Unidas en el este de Manhattan esperaba a Kruschev la habitual panda de mirones, manifestantes, reporteros, fotógrafos y policías. A ella había que añadir en este caso un enorme oso negro flanqueado por un señor con sombrero de cowboy y chaqueta de cuero con flecos, que rasgaba una guitarra que él mismo había fabricado artesanalmente utilizando para ello trozos de una valla rota, trozos de un yugo para bueyes en desuso y otros trozos provenientes del cabezal de la cama de su abuela muerta.

El oso era auténtico, pero disecado. El tipo se hacía llamar Jimmy Driftwood («Jaimito Despojos») y se había presentado allí con la idea de entretener a la multitud cantando la versión que él mismo, inspirándose en Kruschev, había hecho de la vieja melodía folk titulada The Bear Went over the Mountain (El oso cruzó la montaña):

El oso cruzó el océano

El oso cruzó el océano

El oso cruzó el océano

Para ver qué había aquí.

Y vio un país amable

vio un país amable

vio un país amable

donde todos somos libres.*

Driftwood tocaba y cantaba; tenía toda la pinta de un cateto de las

montañas por Arkansas, por lo menos; de hecho, Driftwood era un cateto de las montañas de Arkansas, por lo menos, y además presumía de ello. Tiempo antes había sido profesor y director de un colegio y en su carrera como cantante había escrito más de 1.000 canciones, seis de las cuales se encontraban entre las primeras de todas las listas de éxitos de música country-folk. Entre ellas no se encontraba (aún) The Bear Went Over the Mountain, que acababa de grabar para su compañía de discos, la RCA Victor, que le había traído a Nueva York, pues allí, delante de la ONU, era sin duda el mejor sitio para hacer publicidad de su nueva creación, una canción dedicada a la visita del «oso ruso», con la compañía de otro oso…, disecado.

Driftwood no fue el único artista a quien la visita de Kruschev sirvió de inspiración. Irving Caesar, autor de Tea for Two y de un incontable número de famosas melodías, expresó sus sentimientos sobre el acontecimiento en una canción titulada Let's Pow-Wow, Not Kow-Tow*. Dickie Goodman y Mickey Shorr grabaron Russian Bandstand, una breve canción cuya letra se preguntaba algo muy crucial, pero que nadie se había preguntado hasta el momento: ¿Qué pasaría si Nikita Kruschev se decidiera a presentar una versión rusa del famosísimo American Bandstand (El escenario de América), el rompedor show de rock and roll de la TV americana que presentaba el alegre y jovial Dick Clark?

La canción comenzaba con una especie de maestro de ceremonias que con el acento ruso más falso del planeta saludaba así: «Bienvenidos al Russian Bandstand. Aquí está vuestro presentador, Nikita Clarkchev. En Rusia casi todos ven Russian Bandstand, ¿no?»

A continuación sonaba una ráfaga de ametralladora.

«¡Genial!», decía Clarchev, «ahora sí que todo el mundo en Rusia ve Russian Bandstand, ¡ja, ja, ja! Y a continuación escucharemos nuestro número uno».

Después se oía un breve riff de guitarra. Pero los adolescentes lo interrumpían: «¡No nos gusta!, ¡esa canción no nos gusta!»

«Pero es que esta canción os tiene que gustar. Es el número uno.»

«¡Pero que no nos gusta!»

Y entonces sonaba otra ráfaga de metralleta.

En fin, así era la canción, así era la cosa. No era especialmente sutil, que digamos, pero a la gente le resultó divertida y, siendo sinceros, su retrato de cuál era el modo en que las autoridades de la Unión Soviética solían resolver las discrepancias de pareceres no era ningún disparate.

Diez años después, en una de esas ironías que tiene la historia, Henry Schorr, el hijo de dieciséis años de Mickey, cabreado porque le expulsaran del instituto por llevar el pelo demasiado largo, secuestró con pistola en mano un avión y llegó a la Cuba comunista. Y allí murió un año después culminando una de las más rocambolescas casualidades que tanto abundaron en la Guerra Fría.

40. UN PLAN SENCILLO Y FÁCIL PARA UNA PAZ DURADERA

De vuelta de Hyde Park en la limusina con Lodge, Kruschev volvió a fanfarronear de lo listos que eran sus ingenieros aeronáuticos, del poder de sus armas atómicas y de la precisión de sus misiles. Al fin llegó a la ONU para, una vez allí, y con un modo muy peculiar de entender la coherencia, pronunciar un fervoroso discurso abogando por la destrucción de todas las armas y la desaparición de todos los ejércitos.

«Es muy difícil imaginar un arma más destructiva que la bomba de hidrógeno», dijo Kruschev, plantado en la tribuna de la Asamblea General leyendo el mismo discurso que se había negado a enseñar a Eisenhower tres días antes en la Casa Blanca. «Es muy difícil imaginar qué consecuencias tendría para la humanidad una guerra que hiciera uso de estos monstruosos instrumentos de destrucción y aniquilación. Si permitiéramos que esa guerra estallara, sus estragos arruinarían las vidas no de millones, sino de decenas e incluso cientos de millones de vidas humanas… Y también dejaría su huella en las generaciones venideras. Las huellas de su veneno, en forma

de contaminación radioactiva, seguirían perjudicando durante mucho tiempo al hombre y no dejarían de cobrarse muchas vidas más.»

Menos mal que Kruschev tenía un plan muy sencillo para asegurar una paz duradera: «En un período de cuatro años todos los países deberán proceder al desarme completo y dejarán de contar con los medios capaces de desencadenar una guerra.»

Eso significaba, continuó el premier ruso, que «los ejércitos de tierra, mar y aire dejarían de existir…, los ministerios de defensa desaparecerían…, los campos de entrenamiento militar se cerrarían…, millones y millones de hombres volverían para entregarse a tareas constructivas, pacíficas…, todas las bombas atómicas y de hidrógeno serían inutilizadas…, los cohetes de uso militar de toda clase se inutilizarían también».

Kruschev continuó diciendo que si se seguía este plan, las únicas fuerzas armadas que quedarían serían los cuerpos policiales, eso sí, «equipados tan solo con armas de poco calibre y dedicados únicamente a mantener el orden interno de cada país». Insistió en que si su plan se llevara a cabo, la humanidad viviría en una paz permanente y toda la riqueza malgastada en las guerras se destinaría ahora a paliar el hambre y construir colegios y hospitales. «Toda la energía del hombre», dijo, «se encauzaría hacia la creación de bienes materiales y espirituales que embellecerían y ennoblecerían la vida y el quehacer del hombre».

Por un instante parecía que Kruschev acabaría su discurso pidiendo a los miembros de la asamblea que unieran sus manos para entonar algo parecido al Imagine de John Lennon que cantamos hoy en signo de amor y paz.

Y es que la alocución de Kruschev había sido la más brillante y hermosa oración que jamás nadie había pronunciado en tan solemne escenario; bueno…, eso dijeron los enviados de la prensa soviética que cubrían el evento.

«El sentimiento inmediato que se apoderó del público, independientemente de sus simpatías por la Unión Soviética, por el socialismo o por la propia persona de nuestro camarada presidente,

era que posiblemente nunca habían escuchado algo tan emocionado y convincente», escribieron una docena de corresponsales rusos en Face to Face with America, un libro colectivo que elaboraron como crónica del viaje. «Si alguien preguntara cuál fue la causa, la razón de tal efecto en ellos, solo encontraría una respuesta cierta: porque todo lo que dijo es la verdad. La verdad completa, sin tapujos ni disfraces, una verdad tan simple e indiscutible como la vida misma.»

Kruschev (al que los periodistas soviéticos describieron como «el incansable luchador contra los poderes en las sombras») había pronunciado «un profundo análisis rigurosamente científico, y por tanto irrefutable, un análisis claramente imbuido de una preocupación profunda por el bienestar de la humanidad. De hecho, en la historia de las Naciones Unidas ningún hombre de estado excepto Kruschev había causado un impacto tan poderoso».

La prensa americana era «un pelín» menos encomiosa. La revista Time dijo del discurso que «era tan absurdo e inútil que parecía un insulto». El columnista Joseph Alsop calificó las propuestas de Kruschev como una «descarada farsa». El New York Times recordaba a sus lectores que los rusos ya habían propuesto un desarme global en 1927, pero que resultó ser únicamente «un instrumento de propaganda que los soviéticos supieron aprovechar muy bien». Y Reuben Mary, el fiero editorialista del New York Daily News, denunció aquello como «el obús del carnicero», añadiendo esta pregunta: «¿Qué dirá el gobierno chino sobre el desarme? Los chinos, que viven sometidos como esclavos por sus propios dirigentes bajo la amenaza de las armas, verían el camino abierto para rebelarse contra ellos en cuanto las armas desaparecieran.»

El establishment político americano fue en un principio algo más perezoso y tibio en su rechazo a la propuesta de Kruschev. El secretario Herter dijo que «el discurso deberá ser sometido a un análisis más minucioso», y la Casa Blanca anunció que el propio Ike estaba estudiándolo detenidamente mientras disfrutaba de unas vacaciones en su granja de Gettysburg.

Tres días después, Herter dijo en una rueda de prensa que las palabras de Kruschev merecían «una cuidadosa atención» y que su propuesta de desarme debía tomarse «muy en serio». El desarme

total sería algo «altamente deseable», añadió, «siempre que pueda realizarse de manera fiable».

Por un momento Herter parecía mostrarse muy firme contra el escepticismo generalizado que la propuesta del premier ruso había despertado en otros ambientes: «Señores, estamos hablando de asuntos que no deben ser tratados con escepticismo o a la ligera. Me causan cierto malestar aquellos que han descalificado de un plumazo las propuestas del señor Kruschev tildándolas de propaganda.» Sin embargo, pocos segundos más tarde, era el propio Herter quien descalificaba las propuestas de Kruschev tildándolas de propaganda: «Es solo propaganda. Si se las analiza adecuadamente, se trata de algo que solo puede despertar escepticismo.»

No hace falta decir que los escépticos tenían razón: ni el más ingenuo podría creer que el hombre que mandó sus tanques a aplastar la revuelta húngara tuviera ahora, de repente, la más mínima intención de desmantelar su ejército. Como el propio Herter le diría posteriormente a Arkady Shevchenko, un diplomático perteneciente a la delegación soviética en la ONU, las palabras de Kruschev no eran más que trucos de un vendedor.

Y así era. Como el propio Kruschev había dicho a Shevchenko con una de las sonrisas más cargadas de cinismo de la historia: «No olvides nunca, camarada, el gancho que eso del desarme tiene en el extranjero. Lo único que tienes que hacer es decir que eres partidario de la paz y verás cómo eso te proporcionará más beneficios que cualquier otra cosa que digas. Ten en cuenta que un eslogan atractivo es el instrumento político más poderoso. Los americanos no se han dado cuenta de ello. Al discutir la idea de un desarme completo y global, lo único que hacen es perjudicarse a ellos mismos. Lo suyo es tan inútil como la lucha de don Quijote contra los molinos de viento.»

Era el típico ejemplo de la diplomacia de gestos entre ambos países: Kruschev fingía proponer en serio el desarme, los americanos fingían tomarse la propuesta como si fuera seria, y la carrera armamentística seguía y seguía sin pausa.

41. VISTO UNO, VISTOS TODOS

Cuando tras su discurso Kruschev abandonó la sede central de la ONU, una multitud de anticomunistas que esperaba a las puertas pareció abalanzarse sobre él, pero la policía los mantuvo a raya y el premier entró sano y salvo en su coche.

La caravana recorrió la Quinta Avenida en dirección al Waldorf-Astoria. Los reporteros iban detrás. Llegados al hotel allí se quedaron matando el tiempo en el lobby, con la esperanza de asistir pronto a un nuevo numerito del dictador ruso. En esas estaban cuando vieron entrar por la puerta a un hombre de gran estatura y poderoso cabezón vestido con un arrugado traje marrón y una igualmente arrugada gabardina. Sonriendo de oreja a oreja, aquel tipo atravesó el lobby estrechando manos y dando palmadas en la espalda a diestro y siniestro, dirigiéndose a todo el mundo con un alegre saludo: «¡Eh!, ¿qué hay amigo?»

«¿Quién es ese?», preguntó de inmediato un periodista soviético.

«Ese es, ni más ni menos, que el gobernador Rockefeller», le respondió un colega americano.

Los rusos se quedaron a cuadros. Ciertamente, habían oído hablar del clan de los Rockefeller, principales iconos del demonio capitalista y víctimas de continuas invectivas propagandísticas en la Unión Soviética, donde un libro sobre la poderosa dinastía publicado en 1957 había sido castigado con un título quintaesencia de la repugnancia: Ever Knee-Deep in Blood, Ever Trampling Corpses (Siempre hasta el cuello de sangre, siempre aplastando cadáveres). Pero en cualquier caso creían que un Rockefeller de carne y hueso tendría un porte más regio que este zarrapastroso e histriónico estrechamanos.

Tras recorrer todo el recibidor como un pastor maneja su rebaño, Nelson Aldrich Rockefeller, el capitalista más famoso del mundo, tomó el ascensor y luego subió unos tramos de escalera para saludar al comunista más famoso del mundo. Ya se conocían. Fue en un encuentro en Ginebra en 1955, cuando Rockefeller formaba parte

del círculo más cercano a Eisenhower. Parece que entonces al premier ruso no le impresionó demasiado: «Iba vestido como la gente normal y me pareció de esa clase de personas que no llaman especialmente la atención ni en un sentido ni en otro», recordaría Kruschev en sus memorias. «Cuando lo conocí dije: "¡Por fin, el señor Rockefeller en persona!", y bromeando le di un ligero puñetazo en su costado. Él también lo entendió como una broma e hizo lo mismo conmigo.»

Ahora, cuatro años después de aquel primer simpático duelo entre titanes, Rockefeller se había convertido en una relevante figura de la política americana, pues era gobernador de Nueva York y rival de Nixon en la nominación de los republicanos para las presidenciales de 1960. Pero Rockefeller guardaba aquel día ciertas reservas ante su inmediato reencuentro con el ruso. No se sabe muy bien por qué, se le había metido en la cabeza que en el entorno del premier había psiquiatras soviéticos con la misión de escrutar las psiques de los potenciales futuros presidentes yanquis. De modo que Rockefeller encaró el encuentro tomando sus precauciones, determinado a proyectar en sus posibles analistas un aura de poder y energía.

Cuando el gobernador llegó a la suite, Kruschev le ofreció algo de beber diciéndole: «Quiero proponer un brindis por la coexistencia pacífica.»

«Yo no bebo por eso; yo no creo en eso», replicó Rockefeller.

«¿Qué quiere decir con que no cree en eso?», le preguntó Kruschev.

Rockefeller le dijo que él prefería brindar por la «cooperación». La verdad es que el matiz no tenía mucho fuste, pero quizá Rockfeller pensó que este «corte» inicial dejaría a los espías de su mente desconcertados.

A continuación, el gobernador dio al premier la bienvenida al estado de Nueva York, y al poco él solito se empantanó en algo parecido a un disertación cuyas principales tesis eran «la hermandad de todos los hombres bajo el amparo paternal de Dios», «el amor como la fuerza más poderosa del mundo» y «el carácter único de cada ser humano como hijo del Altísimo».

La verdad es que Kruschev le escuchó educadamente, y después musitó algo parecido a «a nosotros también nos preocupa el bienestar de la gente».

Rockefeller informó al premier ruso de que la población del estado alcanzaba ya más de dieciséis millones de personas, y de que la mitad de ellos habían llegado procedentes de otras tierras, buscando «libertad y oportunidades».

«No me venga con cuentos», contestó Kruschev. «Aquí la gente viene solo a ganar más dinero. Yo mismo estuve a punto de hacerlo también.»

«Si usted hubiera venido», le dijo Rockefeller, «estoy seguro de que ahora sería el líder de alguno de nuestros grandes sindicatos».

Ambos políticos estuvieron de cháchara durante unos quince minutos y después permitieron entrar a los fotógrafos para que dispararan un rato mientras ellos competían entre sí por robarse el protagonismo el uno al otro gastándose la misma broma, fingir que se daban golpes.

Tras la agresión fotográfica, Rockefeller se despidió y bajó de nuevo al lobby con el afán de contar a todo aquel que quisiera escucharlo qué impresiones había sacado de su encuentro con Kruschev: «Por momentos se mostraba serio y por momentos alegre, pero de sus ojos nace siempre un destello de aguda inteligencia.»

Mientras tanto, el premier y Cabot Lodge se dispusieron a dar una vuelta por Manhattan. Pasaron por el puente de Brooklyn, por algunos proyectos urbanísticos, por la Trinity Church y la bolsa de Nueva York. Por desgracia, poco podían ver a través de las ventanillas del coche: las rugientes y humeantes motos de la policía dejaban poca vista libre rodeando como un blindaje extra la limusina. «La impresión que me quedó», recogió Kruschev en sus memorias, «fue la de una gigantesca y ruidosa ciudad con enormes cantidades de señales de tráfico y coches, que producían unos chorros de humo que asfixiaban a la gente».

La limusina se detuvo en el exterior del Empire State Building. Lodge subió al líder ruso a la cima del rascacielos más grande del

mundo, un lugar desde donde contemplar unas magníficas vistas de la ciudad. Era la tarde de un delicioso día de verano y el atardecer les regaló una amable y brillante hora del cóctel sobre el skyline de Manhattan. Ya fuera la luz o la altura, el caso es que la escena desencadenó en los reporteros soviéticos que acompañaban a Kruschev unas ráfagas de prosa rebosantes de lirismo socialista:

«En la cumbre de ese precipicio de piedra, cemento, acero y aluminio, difícilmente se oía el ajetreo de la ciudad», escribieron en Face to Face with America. «Veíamos el brillo deslumbrante de los anuncios luminosos de hoteles, cines, bares, bebidas, cigarrillos, cosméticos… Todo eso está en venta por unos dólares, pero todo eso está hecho con las manos, con el trabajo esforzado de millones de personas. Un mundo de negocios, de dinero, de anuncios, de placeres, de sufrimientos, de esperanzas frustradas, de crímenes, de riqueza y pobreza queda firmemente grabado en el atardecer. El paisaje urbano es impresionante, hace pensar que la creatividad humana no tiene límites.»

La reacción de Kruschev fue, como cabía esperar, menos poética: «Si ves un rascacielos, ya los has visto todos», escribió. «Sí que diré algo interesante sobre aquella subida al rascacielos más alto de Nueva York: al menos allí el aire era fresco. En general el clima de Nueva York era húmedo, desagradable, y el aire, irrespirable.»

La mañana siguiente se levantó pronto, desayunó rápido y se marchó con Lodge a dar ese famoso paseo por Harlem que Menshikov se había encargado de exigir con la suficiente energía para que su jefe fuera testigo de su celo profesional. A las siete de la mañana de un sábado, las calles del barrio afroamericano más famoso de América estaban casi desiertas, y bajo la suave luz de la mañana a Kruschev Harlem no le pareció ese lúgubre nido de opresión racista del que su subordinado le había hablado.

«La verdad es que no está tan mal», le comentó a Lodge, «de hecho, nosotros tenemos también muchos barrios así en la Unión Soviética».

De Harlem, Kruschev salió hacia el aeropuerto de Idlewild, donde un jet oficial le esperaba a él y su equipo en la pista de despegue.

«Adiós, mis queridos amigos», dijo Kruschev al omnipresente e inevitable micrófono. Luego subió unos peldaños hasta la mitad de la escalerilla, volvió a dirigirse al público, ahora saludando a los fotógrafos.

Tras cuarenta y seis horas en Nueva York, ahora iba camino de Los Ángeles. Allí, las grandes estrellas de Hollywood se daban de tortas por conseguir una invitación para verle en persona y verle en acción.

42. MATÓ A MILTON BERLE Y LE PUEDE MATAR A USTED TAMBIÉN

La mañana del sábado 19 de septiembre, Nikita Kruschev subió en el avión que habría de conducirle hasta Los Ángeles. Este buen señor llevaba menos de cinco días en los Estados Unidos y, sin embargo, ya había alcanzado el verdadero sueño americano: ser estrella de televisión.

«¡Es Krush, es Krushy, es Kruschev! Estos días, en cualquier canal, a cualquier hora, ahí está nuestro amigo», escribía Ben Gross, el crítico de televisión del New York Daily News. «En la radio, en la televisión: es imposible escaparse de él. El rechoncho dictador soviético sonríe, se carcajea, frunce el ceño, amenaza con el índice o aprieta su puño de acero. Nunca antes nadie había sido el protagonista de una cobertura mediática tan espectacular.»

Efectivamente, durante tres días las tres principales cadenas de televisión cubrieron las idas y venidas de Kruschev. Por la noche solían repetir las «jugadas más interesantes» en un especial de media hora: Journey to Understanding, en la NBC; Mr. Kruschev Abroad, en la CBS; Eyewitness to History, en la CBS.

Pero, por supuesto, no solo estaban las cámaras de televisión. El viaje de Kruschev se recogía en las crónicas de más de trescientos medios escritos: la hasta ahora mayor marea periodística que había andado suelta por los Estados Unidos, una horda inquieta y

follonera que rodeaba al dictador y casi le impedía que viera el país que había venido a ver.

«Sin duda, aquel fue el primero de los grandes eventos mediáticos de la historia», afirmaba Daniel Schorr, enviado de la CBS. «Y lo fue en parte porque el propio Kruschev así lo deseaba y en parte porque radios y televisiones todavía no habían aprendido a cubrir ese tipo de acontecimientos.»

Tanto Schorr como Harrison, del New York Times, habían sido corresponsales en Moscú durante años. Pero la pandilla mediática incluía también a los primeros espadas del periodismo de Washington, como Charles Roberts, del Washington Post, y James Reston, de Times. En todo caso, creo que el reportero que con mayor acierto logró captar la esencia de la rara rareza de aquel viaje fue sin duda Murray Kempton, del New York Post. Kempton, antiguo sindicalista que había flirteado ligeramente con el comunismo en su juventud, siempre supo observar los acontecimientos desde el escepticismo, haciendo gala en sus escritos de un fino estilo cáustico.

«Este viaje se parece a una de esas reuniones para tomar el té de las novelas de Dostoievski. Todo se desarrolla en un ambiente de aparente cortesía; pero luego, en cuestión de pocos minutos, el otrora gentil Nikolai Nikolaievich le vuelca el samovar ardiendo en la cabeza a Alexander Alexandrovich sin razón aparente», decía Kempton antes de que la comitiva abandonara Nueva York. «Es como una de esas sosas tardes de té rusas, sobre la que se cierne la amenaza de que el invitado de honor se cabree. Es formidable y al mismo tiempo vergonzosa la facilidad con la que a este hombre se le puede ir la olla.»

Aquel viaje era el acontecimiento más importante del año, quién sabe si de la década, y casi todo el mundo que tenía una máquina de escribir a mano parecía ansioso por sentar a Kruschev en su sofá de papel y someterlo a psicoanálisis.

«El señor Kruschev sufre un grave complejo de inferioridad nacional», escribió Erwin Canham para Christian Science Monitor.

«El premier soviético es claramente un hombre con una enorme y

perentoria necesidad de afirmarse a sí mismo», apuntaba Andrew Tully en el New York World-Telegram. «Es como ese campesino tan ignorante como fanfarrón al que le toca la lotería y está tan ocupado en presumir de ello que no sabe realmente ni qué es la lotería, ni qué le ha tocado, ni tampoco sabría qué hacer con ello.»

«En mi opinión, estamos ente un tipo del montón, grosero, ignorante, que se engaña a sí mismo una y otra vez con sus fantasías; un tonto de pueblo que no se da cuenta de que lo único que hace es justificarse a sí mismo y a su sistema político», dijo Fulton Lewis Jr. para el New York Mirror.

La verdad es que los columnistas comparaban a Kruschev prácticamente con casi todo: que si un delincuente juvenil, que si un actor de método, un cómico, un simple cateto… David Lawrence llegó a escribir que el premier tenía «la misma personalidad que Adolf Hitler». Doris Fleeson dijo que tenía el atractivo físico de Fiorello La Guardia, el célebre alcalde de Nueva York (a ustedes los españoles les invito a que busquen su foto: una especie de Jesús Gil, salvando las distancias). Richard L. Stout dijo de él que era una «mezcla del histrionismo del alcalde La Guardia, de la mirada de acero de James Hoffa (mitad sindicalista-mitad mafioso), de W. C. Fields (un cómico especializado en papeles de gruñón), y de la elocuencia de Churchill, todos juntos en uno».

«El señor presidente, como le gusta que le llamen, se parece a ese simpático dueño de la tienda de tu barrio», escribía Charles McCabe en San Francisco Chronicle, «y el señor presidente se parece también al simpático dueño de la tienda de tu barrio que ha puesto cianuro en las salchichas, pero además sigue siendo igual de simpático».

«Es un actor extraordinario», concluía Dorothy Kilgallen, «si fueras el director de casting de una película de Hollywood, seguro que haría un magnífico esposo viejo y gordo a quien la mujer le pone los cuernos…, o clavaría a la perfección el papel de gánster, y además con gran éxito».

Durante los días anteriores a su viaje a Hollywood no hubo momento en que no te lo encontraras en los televisores de toda América, no hubo día en que su foto no fuera portada de los

principales periódicos, y no hubo ser vivo cuya persona, sus actos, sus palabras fueran citados o analizados en tantas crónicas como lo fue él. Pero este éxito de autopropaganda conllevaba el peligro de caer en una enfermedad típicamente moderna, una dolencia rara, que afectaba solo a los grandes del espectáculo, como Milton Berle. Berle fue un comediante de la edad de oro de la televisión, que en sus momentos de mayor gloria era tan popular que lo llamaban «Míster Televisión», hasta que llegó el día en que dejó de hacer gracia y nadie quiso volver a verlo nunca más.

El peligro estaba ahí, y John Cosby, el crítico de televisión del New York Herald Tribune, se atrevió a advertirle con afecto: «Cuidado con la sobreexposición, señor Kruschev. Ese mal acabó con Milton Berle y puede acabar con usted también.»

43. VOLANDO AL PAÍS DE NUNCA JAMÁS

Sobrevolando algún lugar del medio-este Kruschev le sirvió a Lodge algo de brandy y le propuso un brindis por la paz. Enderezaron sus asientos y levantaron sus vasos por encima de la cabeza (izar al máximo una copa era el rústico modo que Kruschev tenía de demostrar que estaba bebiendo de verdad y no solo por compromiso).

La verdad es que eso de brindar se estaba convirtiendo en un rito algo más que frecuente para los dos compañeros de viaje, era «signo de nuestra buena relación», decía Lodge, «y aunque no era algo que yo personalmente tuviera por costumbre, he de confesar que sobrellevé aquella práctica con cierto placer».

No hacían falta los efluvios del alcohol para hacer de aquel un día magnífico, con los rayos del sol iluminando con exagerada brillantez la tierra bajo sus pies. A una altitud de crucero de casi 10.000 metros su vista podía alcanzar un panorama de 200 e incluso 300 kilómetros cuadrados. Divisó los rascacielos de Manhattan y sus líneas de metro. Divisó las áreas industriales de Pennsylvania y Ohio, ambas sumergidas en una nube de humo.

Divisó el gigantesco tablero de ajedrez formado por las granjas del medio-oeste; el río Mississippi; el Gran Desierto; las cumbres de las Rocosas y también la conocida como «Montaña Atómica», Los Álamos, la que en su día viera nacer la famosa bomba. Entonces el avión voló lentamente en círculo, para ofrecerle mejores vistas sobre el Gran Cañón: sus viejas rocas ofrecían bajo la luz del atardecer una paleta de incontables tonos bermejos.

En un cierto instante del vuelo Kruschev se dirigió a la cabina para charlar con el piloto, el mayor Jim Lykans. «Me dio palmadas en la espalda diciendo lo bueno que era el avión», recordaría más tarde. «Dio un apretón de manos a cada miembro de la tripulación. Pensé que él sí que era todo un político: creía que nunca dejaría de hablar.»

De vuelta en su asiento, Kruschev le dijo a Lodge que le gustaba tanto ese Boeing 707 que él quería uno igual. Incluso llegó a ofrecer un intercambio de un ejemplar por otro de esa joya de la que tan orgulloso se sentía, su TU-114. Lodge le respondió que él, así, de entrada, no estaba autorizado para ese tipo de negocios. Kruschev cerró el asunto diciendo que vale, que ya se encargaría él de hablarlo directamente con Ike en Camp David.

Sobrevolando el desierto, a una hora al este de Los Ángeles, Lodge recordó a Kruschev que al llegar primero tendrían la comida con las estrellas de Hollywood en los estudios de la Fox, pero que luego dispondrían de algún tiempo libre. Así que habló por radio con William Parker, el jefe de la policía de Los Ángeles, para preguntarle si tenía alguna sugerencia sobre qué podían hacer por la tarde. Parker recitó como si hubiese venido ya preparado para la contingencia: un centro comercial, una zona residencial o… Disneylandia.

Cuando Lodge les repitió en voz alta las posibilidades, la mujer e hijos del premier respondieron de inmediato que Disneylandia, claro. Papá Nikita estuvo de acuerdo, aunque no sabía exactamente qué partido podía sacarse de lo que había allí, un lugar al que él mismo llamaba «ese parque de cuento de hadas».

No era la primera vez que se hablaba de Disneylandia como posible destino de los ilustres invitados rusos. La idea había sido ya

planteada durante las conversaciones preparatorias del viaje, aunque finalmente se la rechazó porque se llevaría mucho tiempo. Pero eso no impidió que la prensa de Los Ángeles especulara con esa posibilidad. Después de todo, otros líderes extranjeros, incluyendo a Sukarno, se encontraban entre los 15.000.000 de personas que habían visitado el parque desde el día de su inauguración en 1955, una ceremonia multitudinaria y multimedia que incluyó una retransmisión en directo presentada por un actor ya por entonces entrado en años que se llamaba casualmente Ronald Reagan.

Lodge llamó al jefe Parker para transmitirle la decisión de los Kruschev y añadir la lógica pregunta: «Y bien, jefe Parker, ¿están usted y sus hombres en condiciones de garantizarme la seguridad de la visita al parque? Tenga en cuenta que no iremos a ningún sitio donde no nos garanticen total seguridad.»

Y el jefe Parker le aseguró que sí, que la total seguridad estaba asegurada.

«De repente todos los rusos en el avión aplaudieron entusiasmados la noticia; incluso Andrei Gromiko», recordaría después el jefe de protocolo Wiley Buchanan. «La idea de ver a esos tipos con cara de palo deslizándose en el aire como Peter Pan hacia el país de Nunca Jamás era tan emocionante que casi me pareció demasiado buena para ser verdad.»

La llegada de Kruschev a Los Ángeles adoleció del fasto de su aterrizaje en Washington unos días antes: ni multitudes, ni banda militar, ni salvas de cañón. Tras tocar tierra el jet se dirigió a un rincón apartado del aeropuerto. La policía había separado al público del lugar y relegado a la prensa tras una fila de vallas. Elegante con su traje de verano gris y saludando con su sombrero, Kruschev bajó por la escalerilla del avión, al final de la cual le recibió un más bien reducido grupo compuesto en su mayor parte por agentes de policía.

En un micrófono situado en la misma pista se encontraba Norris Poulson, alcalde de la ciudad. Sus gafas de culo de vaso y su radiante sonrisa le daban a Poulson un aire al mítico cómico Harold Lloyd. Su logro más celebrado había sido traerse al gran equipo de

béisbol de los Dodgers desde Brooklyn a su ciudad en 1957. Pero también había conseguido muchos titulares burlándose públicamente de los planes que el gobierno había diseñado para evacuar Los Ángeles en caso de ataque nuclear. Básicamente, su peregrino consejo era que la gente cogiera el coche y saliera pitando lo más lejos posible: «Lo digo porque incluso si la bomba fallara y no llegara a producirse el caos», explicó al subcomité encargado, «tendríamos de todos modos un caos de tráfico que tardaríamos semanas en solucionar».

Ahora, allí, en el aeropuerto, esperando para darle la bienvenida a Kruschev, Poulson no estaba muy feliz con el trabajo que le habían confiado, ser amable con Kruschev, el líder del comunismo mundial, así que se propuso poner todo lo que estuviera de su parte en ofrecerle una bienvenida claramente antipática.

«Señor presidente», comenzó el alcalde, «le damos la bienvenida a la ciudad de Los Ángeles, la ciudad de los ángeles, donde todo, incluso lo más imposible, puede suceder».

La frase fue inmejorable, hay que reconocerlo. Desgraciadamente, solo hubo una frase, solo eso: una.

Como era de esperar, la brevedad del recibimiento molestó a Kruschev, quien en represalia se guardó el discurso que había preparado e improvisó unas palabras casi tan breves como las de su anfitrión: «Le agradezco su bienvenida. Estoy contento de poder aprovechar la oportunidad que me ofrecen de visitar su ciudad y también de conocer a sus representantes e intercambiar mis opiniones con ellos.»

Al acabar, Kruschev y sus acompañantes subieron sin más en las limusinas y tomaron rumbo a los estudios de la Twentieth Century Fox.

Esa noche estaba previsto que Poulson y Kruschev asistieran a un banquete con un grupo de ciudadanos, pero el alcalde tenía más sorpresas preparadas para demostrar de modo ostensivo su «buena disposición» ante la visita. «En este país todo el mundo ha sido amable con él, pero yo no voy a serlo», había confesado Poulson al reportero de la KTLA-TV, Pat Michaels, el día anterior. «Les

aconsejo que lean mi discurso. He hecho imprimir 200 copias. En la cena le voy a enseñar mis puños, que parecen puños de seda, pero debajo de la seda tengo preparado un cuchillo largo y muy bien afilado. Le voy a clavar una puñalada hasta el fondo a ese hijo de…»

No acabó la frase. Tampoco había necesidad.

«Si hay guerra, habrá guerra para los dos», le dijo Nixon a Kruschev mientras le golpeaba el pecho con su dedo índice en el famoso

«debate de la cocina» en Moscú. En la cocina podía verse un paquete de detergente SOS. Cuando visitó el avión de Nixon, Kruschev probó el bourbon: «Es un buen whisky, pero ustedes los americanos lo echan a perder, le ponen más hielo que whisky.»

Encajado entre los dos rechonchos Kruschevs de camino a la Casa Blanca, Eisenhower tenía un aspecto sombrío, algo no muy propio en él.

Al llegar a la Casa Blanca, Kruschev regaló a Eisenhower un modelo

del ingenio espacial ruso que acababa de aterrizar en la Luna: «Un regalo extraño», diría después Ike.

«Está claro que a este pavo no le gusta que le agarren así», bromeó Kruschev mientras montaba uno de sus shows ante los fotógrafos en una granja de Maryland.

Cuando un policía la rescató de entre la marabunta de periodistas, Nina Kruschev se lo agradeció con unas palmaditas en la mano: «La policía americana es magnífica.»

Grupos de manifestantes furiosos recibieron a Kruschev tanto en Nueva York como en cualquier otro lugar que visitó, levantando con ello el miedo a que el premier ruso pudiera sufrir un atentado.

CORBIS

Washington Post

En el banquete en Hollywood, Nina Kruschev se sentó entre Frank Sinatra y Bob Hope. Les enseñó fotos de sus nietos y les confesó la ilusión que le hacía visitar Disneylandia.

Tal y como le ordenaron los mandamases del estudio, Marilyn Monroe se presentó al banquete con su vestido más sexy. A ella Kruschev no le impresionó demasiado: «Era gordo y feo y tenía verrugas en la cara y hablaba a gritos», le dijo a su asistenta.

K cogió un enorme cabreo cuando le dijeron que no podía visitar

Disneylandia: «¿Qué pasa, es que hay una epidemia de cólera allí?», bramó ante el micrófono. «¿Es que los gánsteres se han hecho los amos de aquello?... ¿Y ahora qué, debería suicidarme?»

El premier ruso parecía feliz alternando con Shirley MacLaine tras verla bailar el cancán, pero luego habló de aquello como un espectáculo degradante: «La cara de un hombre siempre es más hermosa que su culo», sentenció.

AP Images

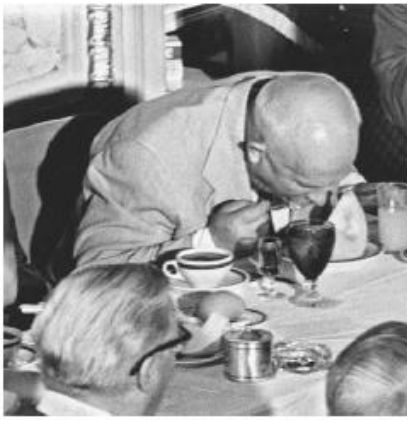
AP Images

«Esto sí es un americano de verdad», dijo Kruschev mientras

golpeaba el barrigón de Jack Christiansen, quien pronto se convertiría en el experto en colarse en lugares y eventos de difícil acceso más famoso de América.

Kruschev daba gritos de entusiasmo y se partía de risa al ver a Roswell Garst arrojando fardos de forraje a los periodistas intrusos. Luego le propinó una buena patada en la espinilla a un reportero del New York Times.

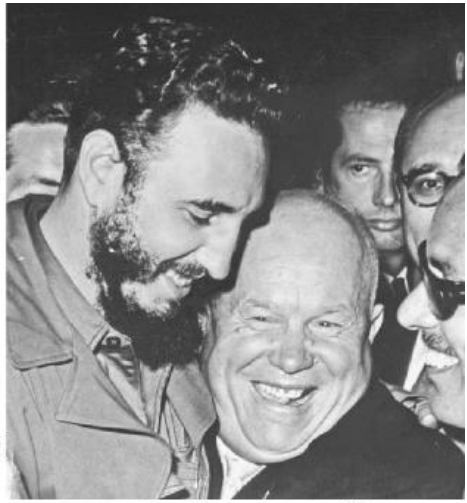
Washington Post



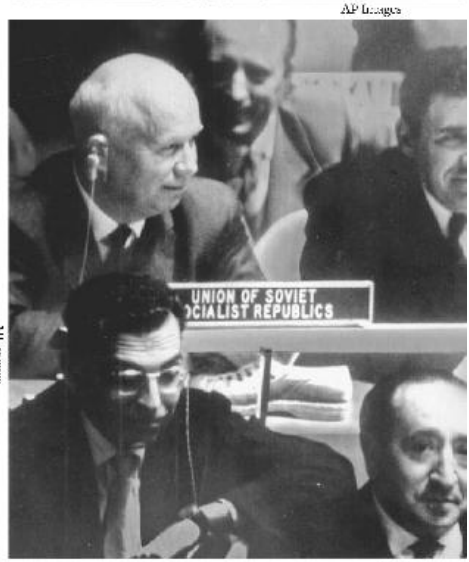
UPI

Kruschev, siempre ansioso por comer, se zampó de una un perrito caliente; en Washington se inclinó sobre el plato para tragarse la

sopa. Además también intentó robar un servilletero que le había gustado en Pittsburgh.



AP Images



UPI

Cuando volvía a los Estados Unidos, esta vez no ya como invitado, en 1960, se pasó el viaje en barco jugando al tejo con sus camaradas. En la ONU golpeó con su puño en la mesa para protestar contra lo que se decía sobre su país. También se puso a

dar golpes con su zapato, un acto que con el tiempo se convirtió en el episodio más destacado de su extravagante carrera política.

44. LA FIEBRE KRUSCHEV LLEGA A HOLLYWOOD

«¿Cómo coño te va la vida, Krush? ¡Está de puta madre verte por aquí!», dijo de sopetón Shirley MacLaine. «Bienvenido a América y bienvenido a la Twentieth Century Fox, chico. Espero que te lo pases muy bien viendo cómo hacemos un musical. Ahora vas a ver cómo hacemos el número del cancán, pero ¡sin nada debajo de la falda!»

Sí, era Shirley MacLaine quien hablaba, pero no a Kruschev en persona. Una pena. Ella solo charlaba con un reportero de la revista Time en el estudio donde se estaba rodando la película Can-can, bromeando sobre lo que le diría al ruso cuando viniera a visitarles. Vaya usted a saber cómo la Fox había convencido a Kruschev de que se dejara caer por allí y asistiera al rodaje de la película: aquello tenía toda la pinta de ser el típico montaje publicitario hollywoodiense.

Esto de los montajes publicitarios probablemente sea –con la posible excepción de algunas películas– lo que mejor sabe hacer Hollywood. Ejemplos: En 1947, un relaciones públicas llamado Jim Moran permaneció sentado sobre un huevo de avestruz durante noventa y nueve días para hacer publicidad de la película El huevo y yo (eso se llama ad hoc). En 1949, un actor en apuros de nombre Rock Hudson montó el espectáculo apareciendo en el Baile de los Fotógrafos de Hollywood vestido únicamente con unos apretados pantalones dorados y el torso pintado también de oro, de manera que parecía mismamente una estatuilla de los Óscar. De hecho la tradición de la entrega anual de los premios de la Academia había dado comienzo en 1929 con el único propósito de dar publicidad a las películas gastando poco dinero en ello, y solo con los años fue evolucionando hasta convertirse en lo que es hoy, o sea, lo mismo pero más caro.

Ahora la Fox había tentado a Kruschev con la posibilidad de asistir al rodaje de Can-can, un musical de Broadway de tono indudablemente picante, basado en las peripecias de las bailarinas de los cabarés parisinos de fin de siglo. No es necesario decir que, como era de esperar, al presidente ruso lo seguirían las habituales hordas de reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión, lo cual garantizaba una publicidad descomunal y también gratuita.

El estudio completó la propuesta preparando una comida en su elegante cafetería, el Café de París, donde el gran dictador podría compartir pan y mantel con las más rutilantes estrellas de la meca del cine. Pero había un problema: en aquel local solo había sitio para 400 personas y, estaba claro, casi todo el mundo en Hollywood quería estar allí. En cuanto supieron del plan, las estrellas optaron por dos recursos: o partirse la cara entre ellos por una invitación o pedirla como una limosnita por amor de Dios.

«Una de las más feroces batallas campales en la ya de por sí obscena y pintoresca historia de Hollywood fue la de decidir quién estaría y quién no en la comida», escribió Murray Schumach para el New York Times.

Schumach escribía de Hollywood siempre con una perspectiva digamos «antropológica» y una aguda ironía y, por supuesto, disfrutó de lo suyo describiendo con malicia cómo Hollywood estaba infestada por la que llamó «fiebre Kruschev». Los cuatrocientos afortunados que recibieron invitación alcanzaron, en sus palabras, «el más prestigioso galardón de la industria cinematográfica»; pero, claro, el resto quedó sumido en una profunda desesperación. «Quien poseía una lujosa mansión en Bel Air, quien tenía colgado en casa un cuadro impresionista, quien era dueño de un Rolls Royce o quien era miembro del club más selecto de la ciudad no sabía cómo consolar a ese desgraciado productor que no había recibido ningún telegrama invitándolo a sentarse en el café de la Fox junto al premier soviético para comer gambas, pichón asado y melón.»

La codicia por conseguir la invitación de marras fue tan desatada que removió la ya de por sí muy extendida atmósfera de miedo al comunismo que reinaba en Hollywood desde 1947, cuando el célebre Comité de Actividades Antiamericanas comenzó a investigar

la meca del cine, acabando por crear una no menos célebre lista negra que se vio aumentada en 1959. Los mismos productores que sentían auténtico terror a que les vieran comiendo con un guionista rojo andaban ahora locos por ser vistos comiendo con el más rojo de todos los rojos.

Aunque no todos mostraron su interés por acudir: Bing Crosby, Ward Bond, Adolphe Menjou y Ronald Reagan devolvieron sus tarjetas en señal de protesta. «Creo que cuando alguien se sienta a comer con alguien lo hace como signo de amistad», dijo Reagan, «y desde luego yo no tengo ningún sentimiento de amistad hacia el señor Kruschev».

Pero tampoco el buen puñado de celebridades que declinaron la asistencia dejó sitio libre suficiente para satisfacer a los que la ansiaban. Con la esperanza de liberarse de tanta presión, la Fox anunció que no invitaría ni a los agentes ni a los cónyuges de las estrellas. Semejante discriminación suscitó una queja de tamaño descomunal, y al cabo de unos días se levantó el veto a los agentes.

Se ve que los cónyuges tenían menos influencia, y sus reclamaciones no tuvieron éxito. Los únicos esposos-esposas a los que finalmente se invitó eran también estrellas ellos mismos: Tony Curtis y Janet Leigh; Dick Powell y June Allison; Elizaberh Taylor y Eddie Fisher. El marido de Marilyn Monroe, el prestigioso dramaturgo Arthur Miller, también podría haber sido considerado como estrella, pero daba la casualidad de que era un izquierdista investigado por el comité y, si ahora se presentaba a cenar con el dictador comunista en persona, aquello podría causar escándalo. Se le «animó» a quedarse en casa.

Con el marido en casa, el estudio estaba decidido a que la Monroe asistiera a la soirée con Kruschev, y que lo hiciera vestida de la manera más apropiada a su estatus: el sex symbol de América.

«En un principio, a Marilyn, que jamás leía los periódicos ni escuchaba las noticias, tuvieron que explicarle quién era el tal Kruschev», lo recordaba Lena Pepitone, su asistenta personal, en sus memorias. «Pero el estudio no se dio por vencido y le dijeron que para los rusos la palabra “América” significaba dos cosas, Coca-Cola y Marilyn Monroe. El piropo le encantó, así que estuvo de

acuerdo en asistir… Ella me dijo que el estudio quería que para complacer al premier se pusiera el vestido más ajustado y sugerente que tuviera en el armario.»

«Me da la impresión de que no hay mucho sexo en Rusia», dijo Monroe a Pepitone.

Marilyn llegó a Los Ángeles procedente de Nueva York un día antes de que lo hiciera el dictador ruso, trayendo como carabina a Frank Taylor, un amigo de su marido. Cuando bajaron del avión les esperaba una multitud de fotógrafos.

«Estaba sentada en primera fila, rodeada de cajas de cosméticos y dio comienzo a su habitual ceremonia de maquillaje», recordaría Taylor más adelante. «Le dije que iría delante de ella para no levantar sospechas sobre quién podría ser ese desconocido que la acompañaba… Al bajar vi la limusina esperando y luego miré atrás, hacia arriba: era Marilyn. La vi cómo bajaba por la escalerilla peldaño tras peldaño sin prisa, su pelvis hacia atrás y su pecho firme hacia delante, sus caderas de un lado a otro rítmicamente, izquierda, derecha, una y otra vez. Tardó tres minutos en llegar a poner sus pies en el suelo.»

Cierto periodista le preguntó si había venido a Los Ángeles solo para ver a Kruschev.

«Sí, por supuesto», dijo, «creo que es algo fantástico y soy muy feliz de estar aquí».

Esa respuesta provocó la inevitable contrarréplica: «¿Cree que el señor Kruschev también quiere verla a usted?»

«Así lo espero», concluyó.

A la mañana siguiente Marilyn se despertó temprano en su bungalow del Berverly Hills Hotel y comenzó su largo y complejo proceso de convertirse en Marilyn Monroe. Primero llegó su masajista, Ralph Roberts, para darle un buen masaje. Después llegó Sidney Guilaroff para arreglarle el pelo. A continuación se presentó el genio del maquillaje, Whitey Snyder, para colorear y sombrear su cara. Finalmente, tal y como le habían indicado, se vistió con un

traje muy escotado y estrecho de color negro.

Mientras tenía lugar aquel complejo programa de amejoramiento estético, se dejó caer por allí Spyros Skouras, presidente de la Twentieth Century Fox, para asegurarse de que Marilyn, famosa por llegar tarde siempre a cualquier lado, se presentaría en este caso a la hora prevista.

«Ella tiene que estar allí», dijo.

Y lo estuvo, llegó a tiempo. Su chófer, Rudi Kautzsky, la condujo al estudio antes de mediodía. El parking estaba aún casi vacío, algo que aterró a Marilyn.

«¡Seguro que hemos llegado tarde!», dijo muy nerviosa, «¡seguro que todo se ha acabado y no queda nadie!».

En absoluto. Se habían adelantado y aún no había llegado ningún invitado. Quizá por primera vez en su carrera acudía a algún sitio pronto.

45. EL FUNERAL DEL ALCALDE DE HOLLYWOOD

Edward G. Robinson se encontraba sentado en la mesa 18 con Judy Gardland y Shelley Winters esperando a que Kruschev llegara a los estudios. Robinson dio una buena calada a su puro al tiempo que echaba un vistazo a los reyes y reinas de la industria: los caballeros, traje oscuro; las damas, estilosos vestidos de firma y joyas destellantes.

«Deberían situar a todas las mujeres justo allí, enfrente mismo de Kruschev», dijo Robinson muy serio mientras señalaba con el puro a la mesa principal aún vacía. «Todos aquí esperando y ya veréis como al final seguro que en su puesto nos ponen a Homulka.»

Estaba bromeando, claro. Oscar Homulka era un actor austríaco de nacimiento cuyo aspecto (les invito a que busquen una imagen suya para corroborarlo) le hizo idóneo para interpretar papeles de

villanos o espías comunistas en buena cantidad de películas. La verdad es que su presencia hubiera constituido un gesto poco elegante, por no decir burlón, hacia los visitantes rusos. Pero Gary Cooper sí que estaba allí, y Kim Novak, y Dean Martin, y Ginger Rogers, y Kirk Douglas, y Jack Benny, y Tony Curtis, y Zsa Zsa Gabor, y…

«Esto es lo más parecido al funeral de un alcalde de Hollywood que he visto en años», dijo Mark Robson, director de Peyton Place.

Marilyn compartía mesa con el productor David Brown, el director Joshua Logan y el actor Henry Fonda, quien obturaba sus oídos con unos discretos auriculares que le permitían seguir por radio el partido de béisbol entre los Dodgers y los Giants, que se estaban jugando la temporada de la National League.

Debbie Reynolds estaba sentada en la 21, la cual estaba situada muy conscientemente a una respetable distancia de la 15, ocupada por su ex, Eddie Fisher, y la nueva esposa de este, Elizabeth Taylor. Como bien sabía cualquier lector de cotilleo del país, Taylor había sido amiga íntima de Reynolds hasta que aquella sedujo a Fisher con su belleza misteriosa y provocadora.

También estaba allí Sammy Davis Jr. Y Nat «King» Cole. Como apuntaba el veterano cronista hollywoodiense Joe Hams: «Quizá fue en honor del señor Kruschev por lo que invitaron a estrellas de color; pues aunque todas merecían sin duda estar allí, lo cierto es que aquella era la primera vez que se les podía ver en una fiesta entre los grandes.»

En la 18, Shelley Winters y Judy Garland daban sorbos de la botella de California Chardonnay que habían repartido, una (en principio) por mesa, y miraban golosas los licores de mayor calidad y octanaje que destacaban en la mesa principal.

«¡Esto es increíble!», dijo la Winters, «¡allí tienen vodka!».

La Garland le respondió: «Aquí lo que hay que hacer es coger un buen pedo, hacerle un corte de mangas al ruso ese y con las mismas largarnos.»

Las amigas se echaron a reír, siguieron sorbiendo y después se dedicaron a adivinar quién de los presentes podría ser del FBI.

«Apuesto a que más de un camarero es un agente secreto», decía Robinson. «O por lo menos así pasa en las películas.»

Y en efecto, el estudio derrochaba policías de paisano, tanto americanos como soviéticos. Lo inspeccionaban continua y minuciosamente todo: los cubos de basura de fuera, las flores de las mesas y los servicios de señoras y caballeros. En las cocinas, un químico forense llamado Ray Pinker pasaba una y otra vez un Geiger por ollas y sartenes. «Lo único que hacemos es tomar las lógicas precauciones contra un posible vertido de cualquier líquido radioactivo pensado para envenenar a Kruschev», dijo Pinker antes de salir para dirigirse a «limpiar» el lugar desde donde el presidente sería testigo de la grabación de Can-Can tras la comida.

Cuando la caravana llegaba al estudio, las estrellas pudieron ser testigos directos de ello en las pantallas de los múltiples televisores repartidos por el salón, unos televisores a los que, por cierto, se les había bloqueado el mando de manera que nadie pudiera cambiar de canal para ver otra cosa: Dodgers contra Giants, por ejemplo. Y sí, vieron a Kruschev salir de la limusina y estrechar la mano del presidente de la Fox, Spyros Skouras.

Muy poco después Skouras acompañó a Kruschev a la sala. Los invitados aplaudieron, como se podía leer en Los Angeles Times, «con afecto, pero sin excesos».

Kruschev tomó asiento en la mesa principal. En la mesa de al lado acomodaron a su esposa justo entre Bob Hope y Frank Sinatra. En décimas de segundo la Taylor se cambió a la 15 para ver mejor al dictador.

Henry Cabot Lodge tenía su sitio cerca de Mike el Sonrisas, también en la mesa presidencial y de cara al público. Era muy difícil divisar el panorama, cegado por el blanco e hiriente brillo de las luces de la televisión (la comida estaba siendo retransmitida en directo), pero Cabot pudo entrever a la Monroe, David Niven y Maurice Chevalier.

Charlton Heston, el actor que en su día encarnara a Moisés, intentó

entablar una conversación amistosa con Mikhail Sholokhov, el novelista ruso que más tarde recibiría el Nobel. «He leído extractos de sus obras», le dijo Heston.

«Muchas gracias», le respondió Sholokhov, «el día que encuentre alguna de sus películas procuraré ver algún extracto de ella».

Muy cerca de ellos Nina Kruschev confesaba a Bob Hope lo entusiasmada que estaba con la visita a Disneylandia. Enseñó a Sinatra y Niven unas fotografías de sus nietos y charló con el cowboy por excelencia, Gary Cooper, uno de los pocos actores americanos cuyas películas había visto.

«¿Por qué no se vienen a vivir aquí?», sugirió Cooper con inocencia o maldad, «les gustaría mucho el clima y la gente».

«Oh, no, Moscú es el lugar perfecto para mí», le respondió la señora K.

Mientras Lodge atacaba su chuleta, apareció de la nada, a sus espaldas, el jefe de policía, William Parker, que venía claramente alterado. Durante el viaje desde el aeropuerto al estudio alguien había arrojado un tomate grande y pocho a la limusina de Kruschev. Hubo un fallo y el tomate fue a esclafarse, menos mal, en el coche del propio jefe. «Aquello me hizo ver que no todos los indios vienen en son de paz», recordaría después Parker.

Parker se inclinó aún más hasta pegarse al oído de Lodge y susurrarle: «Me gustaría que usted, como representante directo del presidente Eisenhower, supiera que si deciden finalmente que Kruschev visite Disneylandia, yo no estoy en condiciones de garantizar su seguridad.»

Esa frase tan tajante apartó la atención de Lodge de la chuleta: «De acuerdo, jefe», le dijo, «si usted no se responsabiliza de la seguridad, la visita no se realizará, y ya buscaremos una alternativa».

Menshikov, al tanto de todo, no pudo, ni quiso, evitar escuchar la conversación y le faltó tiempo para chivárselo todo a su jefe. Este respondió a su embajador con una escueta nota: «Si me estás

diciendo que han cancelado el viaje a Disneylandia, me voy cabrear.»

Cuando los camareros retiraron los últimos platos Skouras se puso en pie para decir unas palabras. Bajo, robusto y calvo, a sus sesenta y seis años Skouras se traía un aire a Kruschev. Como salida de ultratumba y con su ligero acento griego, la voz de Skouras también se parecía a la de Kruschev. «Tenía ese horrible acento griego que le hacía parecer el protagonista de un sketch cómico», recordaba Chalmers Roberts del Washington Post. «La gente rompía a reír con solo oírlo.»

Kruschev percibió ese mismo efecto. Escuchó a Skouras durante unos instantes y luego desconectó para dirigirse a su intérprete y decirle al oído: «¿Por qué pierdes el tiempo traduciéndome a mí? Este tío necesita de un intérprete mil veces más que yo.»

Cierto que oír hablar a Skouras podía resultar cómico, pero se trataba de un importante hombre de negocios cuya vida era un claro ejemplo de esa gente para quien América significaba oportunidades, trabajo y éxito. Hijo de un pastor griego, había emigrado a los Estados Unidos a los diecisiete años para establecerse en San Luis, donde comenzó vendiendo periódicos y limpiando mesas de los bares. Ahorraba lo poco que ganaba. Junto con dos de sus hermanos invirtió lo ahorrado en un cine, luego compró otro y luego vinieron más. En 1932 ya dirigía una cadena de 500 salas. Una década más tarde estaba al frente de la Twentieth Century Fox. «Con toda modestia le ruego señor Kruschev que se fije en mí. Soy uno de esos inmigrantes que llegó a este país buscando una vida mejor, porque en América existe la igualdad de oportunidades, y ahora tengo el honor de ser el presidente de estos estudios.»

No era ni sería el primero de la larga serie de oradores que en este viaje habían intentado o intentarían adornar el postre de una comida o cena con una lección a Kruschev sobre las bondades del capitalismo. Skouras continuó diciendo que hacía poco había recorrido la Unión Soviética y había comprobado cómo «rusos de buen corazón decían sentir gran compasión por los millones de parados que había en América». Entonces se dirigió directamente a Kruschev: «Le ruego señor presidente que diga a toda esa buena

gente de Rusia que en América no hay paro y que no hay razón para preocuparse por ello.»

Al oír esas palabras Kruschev no pudo resistirse a interrumpir: «Bueno, pues dígale usted a la gente de su Departamento de Estado que no publiquen esas estadísticas sobre el paro en su país», dijo alzando dramáticamente las palmas de sus manos al cielo como pidiendo a Dios que le explicara aquel sinsentido. «Yo no tengo la culpa. Yo soy el que lee, no el que escribe.»

Ni que decir tiene que su ocurrencia levantó las risas del público.

«Le recomiendo que no se crea todo lo que lee», devolvió el golpe Skouras, quien también fue premiado con risas por ello.

Tras la intervención de Skouras, Lodge se levantó para presentar a Kruschev. Mientras él pregonaba una supuesta admiración de los americanos por la cultura rusa, el dictador le interrumpió para hacer publicidad de una película soviética: «¿Ha visto usted Ellos lucharon por su patria ? Está basada en una novela de Mikhail Shokholov.»

«No», respondió Lodge, a quien Kruschev había pillado por sorpresa.

«Pues cómprela. Haría bien en verla.»

A continuación Kruschev se dirigió al estrado y comenzó invitando a todas las estrellas allí presentes a visitar la Unión Soviética: «Vengan, vengan. Allí podrán probar nuestras típicas empanadas.»

Después quiso dirigirse a Skouras, llamándolo «mi querido hermano griego» y diciéndole lo impresionado que había quedado con su epopeya capitalista desde la miseria al triunfo. Pero después quiso aportar su propia versión de este tipo de hazañas, una epopeya comunista: «En cuanto aprendí a andar ya estaba trabajando. Cuidaba las vacas de los capitalistas. Eso fue antes de cumplir los quince. Después trabajé en una fábrica para un empresario alemán. Después fui picador en una mina de la que eran propietarios los franceses.» Se detuvo y sonrió. Prosiguió: «Hoy soy el primer ministro de la poderosa Unión Soviética.»

Pero entonces fue Skouras quien no se resistió a interrumpir: «¿Cuántos primeros ministros tienen ustedes?»

«Será un placer responderle», replicó Kruschev. Le dijo que él era el premier de todo el país y que cada una de las cincuenta repúblicas tenía también su propio presidente. «¿Y ustedes, tienen tantos?»

«Nosotros tenemos dos millones de presidentes americanos de sus propias empresas.» ¡Gol de Skouras!

Pero Kruschev no estaba dispuesto a conceder a nadie la más mínima oportunidad de mojarle la oreja. «Señor Tikhonov, levántese, por favor», ordenó el premier. Y sí, Tikhonov, quien se sentaba en una de las mesas, se puso en pie.

«¿Quién es este hombre?», preguntó retóricamente Kruschev. «Es un trabajador. Ha llegado a ser ingeniero industrial, está a cargo de un gran número de empresas químicas. Un tercio de la producción minera soviética sale de su región. Dígame, mi querido camarada griego, ¿tiene bastante con esto?»

«No», saltó como un resorte Skouras, «usted me está hablando de un monopolio».

«¡Es un monopolio del pueblo!, ¡él solo posee la ropa que lleva puesta!, ¡todo es del pueblo!», le contestó Kruschev.

«¡Chúpate esa!» pareció pensar Kruschev, pues sonrió satisfecho de sí mismo. Después pasó a otro asunto. Anteriormente Skouras había dicho que los americanos ayudaron a los soviéticos a paliar la hambruna rusa de 1922. Ahora Kruschev recordó a Skouras que antes de que llegara esa ayuda estadounidense los americanos también habían enviado armas para combatir la revolución bolchevique. «Y no solo los americanos», añadió, «todos los países capitalistas de Europa y América se unieron para acabar con nuestra revolución. Nuestros soldados jamás han pisado suelo americano, pero los suyos sí pisaron el nuestro. Esta es la realidad.»

Aquello había sido toda una lección humillante sobre un capítulo de la historia de América al que no se podía calificar exactamente como glorioso. Pero Kruschev aclaró que no quería que vieran en

sus palabras mala fe o rencor: «A pesar de cualquier otra circunstancia, siempre estaremos agradecidos a los americanos por su ayuda.»

Kruschev había luchado con el Ejército Rojo durante la guerra civil rusa: «Yo me encontraba en Kubán, al sur de Rusia, cuando acorralamos al Ejército Blanco y los arrojamos al Mar Negro. Allí me alojaba en casa de una familia de intelectuales burgueses muy interesante.»

Siguió contando que por aquel entonces él no era más que un minero sin cultura que aún tenía restos de carbón en sus manos, y que tanto él como los otros soldados bolcheviques, muchos de ellos analfabetos, compartían también casa con profesores y músicos. «Recuerdo a la señora de la casa preguntándome: 'Dime, ¿qué sabes sobre ballet? Tú no eres más que un pobre minero, ¿verdad?' Y era cierto, no sabía nada sobre ballet. Nunca había visto un ballet (por cierto, tampoco a una bailarina)».

La gente rio con la apostilla.

«Creía que aquello era una comida, pero no sabía cuál, ni tampoco con qué salsa se acompañaba.»

Más risas aún.

«Y entonces dije: 'Tranquila, señora, todo a su tiempo. Nosotros lo tendremos todo, y ballet también.'»

La historia caló profundo. Les costó, pero incluso los incansables matarrojos de la prensa Hearst admitieron que aquel «fue un momento de cierta ternura».

Pero Kruschev no se detuvo ahí. No podía pararse ahí. «Y ahora tengo una pregunta para ustedes, ¿qué país tiene los mejores ballets?, ¿el suyo? Ustedes ni siquiera tienen un teatro permanente de ópera y ballet. Sus teatros viven de lo que les da la gente rica. En nuestro país es el Estado el que pone el dinero. Y el mejor ballet del mundo es el ruso. Es nuestro gran orgullo.»

Dijo después con cierto cachondeo que en Rusia se trataba tan bien

a los artistas que todos estaban gordos. Finalmente pidió disculpas a Skouras («mi gran amigo griego») por discutir con él.

«Es todo un honor», replicó Skouras, «que el presidente de una gran nación discuta conmigo, un simple hombre de a pie».

«Yo no discuto», respondió a su vez Kruschev. «Solo he intentado hablar del asunto con usted. Nunca discutiría con mis anfitriones.»

O sea que él solo había estado «charlando» y ahora pedía perdón por «charlar». Tras cuarenta y cinco minutos de discurso daba la impresión de que Kruschev iba a cerrar su intervención de manera amable y conciliadora. Pero entonces sacó lo de Disneylandia.

Entonces fue cuando se soltó: «Ahora mismo acaban de decirme que no puedo visitar Disneylandia. Y yo pregunto, "¿por qué no?, ¿qué pasa aquí?, ¿es que es allí donde ocultan las rampas de lanzamiento para sus cohetes?"».

Los allí presentes rieron la chanza, claro.

«Escuchen esto», continuó, «escuchen la única razón que me han dado: "Nosotros –es decir las autoridades americanas– no podemos garantizar su seguridad."»

Levantó las manos clamando al cielo, otra vez como un cómico de la vieja escuela. Más risas.

«Sí, ¿qué pasa?, ¿es que hay una epidemia de cólera allí?, ¿es que los gánsteres se han hecho dueños de aquello? Sus policías son tan fuertes que seguro que pueden atrapar a un búfalo por los cuernos. Seguro que si hubiera algún problema con los gánsteres ellos podrían controlar la situación. Yo dije: "Me gustaría mucho visitar Disneylandia", y ahora me dicen: "No podemos garantizar su seguridad." ¿Qué hago entonces, quieren que me suicide?»

Pasó lo que tenía que pasar: Kruschev empezó a sustituir la cara amable por la de pocos amigos, mientras su puño cerrado ya andaba recorriendo el aire por encima de su calva ahora totalmente enrojecida. «Quiero que se den cuenta de la situación en que me encuentro. Es algo que no puedo entender. ¿Con qué palabras

explico esto yo a mi gente?»

Los asistentes estaban confundidos: ¿Era cierto lo que estaban viendo?, ¿de verdad el dictador de sesenta y cinco años que gobernaba el país más grande del mundo estaba echando pestes porque no le permitían ir a Disneylandia?

Sentada junto a David Niven, Nina Kruschev le dijo a este que se sentía muy decepcionada con eso de no poder ver el famoso parque. Al escucharlo, Frank Sinatra, que estaba sentado también con ellos, se acercó al oído de Niven: «¡Soborna a la policía! Dile a la mujer del oso que esta misma tarde tú y yo los llevamos p'allá.»

No pasó mucho tiempo hasta que a Kruschev se le pasó el pequeño mosqueo (si cabe llamarlo así). Luego se quejó de que lo habían traído del aeropuerto metido con calzador en una asfixiante limusina; dijo que no entendía cómo en un día tan caluroso como aquel no le habían traído en un descapotable de esos tan chulos. Pero después dejó de quejarse por todo y pidió perdón…, o algo por el estilo.

«Quizá ustedes estarán pensando: "¡Vaya un huésped tan poco agradecido!", pero yo sigo el refrán ruso: "Cómete el pan y la sal, pero si eres un buen invitado dime siempre la verdad"*. Les ruego que me perdonen si me he alterado un poco, pero este calor que hace aquí ayuda. Aunque también es cierto –entonces miró a Skouras– que las palabras de mi amigo griego me han hecho entrar en calor.»

Los asistentes aplaudieron agradecidos por el cambio de humor. Skouras estrechó con energía la mano de Kruschev y ambos se intercambiaron palmadas en la espalda: aquellos dos tipos gordos y calvos derrochaban sonrisas. Nadie como una estrella de cine para reconocer una buena escena, así que los presentes premiaron a los dos actores ovacionándolos puestos en pie.

El banquete había terminado. Skouras condujo entonces a su nuevo viejo-amigo al estudio 8, donde se estaba filmando Can- Can. Por el camino tuvieron la oportunidad de pararse a saludar a las celebridades con las que se iban encontrando. Cuando Skouras vio acercarse a Marilyn Monroe, se la presentó al ruso. Kruschev ya

había visto un primer plano de su cara en un corte de Con faldas y a lo loco que aparecía en una película publicitaria presentada en la exposición de Moscú a la que ya hicimos alusión anteriormente.

«Es usted una jovencita muy pero que muy encantadora», le dijo sonriendo.

Más tarde Marilyn confesaría que se sintió como si aquel señor le hubiera pegado un buen repaso: «Me miró como un hombre mira a un mujer.» Bueno, que cada uno piense lo que quiera, pero el caso es que ella reaccionó como por instinto recordándole que era una mujer casada.

«Mi marido, Arthur Miller, le envía sus saludos», dijo. «Deberíamos hacer más cosas como esta. Seguro que nuestros dos países se entenderían mucho mejor.»

46. LA MONROE LE CUENTA A SU ASISTENTA LO QUE REALMENTE PIENSA DE KRUSCHEV

Cuando el presidente abandonó el salón los reporteros se abalanzaron sobre las estrellas, intentando cazar las mejores frases sobre el evento y el ilustre invitado.

«No me lo habría perdido por nada del mundo», dijo Elizabeth Taylor. «Es un hombre extraordinario. Espero que esto contribuya a un mayor entendimiento entre los dos países.»

«Da la impresión de tener una mente muy despierta», dijo Eddie Fisher, «es capaz de improvisar igual o mejor que cualquiera de nosotros».

Le tocó el turno a Kirk Douglas: «Su discurso ha sido muy interesante. Yo conozco bien el boxeo, sé que hay que ser hábil para evitar los golpes bajos. Con Míster K eso es imposible: nunca baja la guardia.»

«Este Kruschev es más listo que el hambre», dijo el director George

Stevens. «Intenta disimular su gran inteligencia, pero es incapaz de conseguirlo.»

«Este tío sabe cuidar de sí mismo», dijo Charlton Heston. «Intentar competir con él es como querer ser más gracioso que el mismísimo Milton Berle.»

Shelley Winters dijo que a ella el debate Kruschev-Skouras no le había impresionado mucho: «Son dos niños discutiendo sobre cuál de sus padres es el más fuerte.»

Bob Hope dijo haber disfrutado comiendo junto a Nina Kruschev: «Una mujer encantadora, muy sincera y muy dulce. Parecía interesarse por todos y cada uno de los presentes, aunque no conociera a casi nadie.»

«Se las apaña muy bien con el inglés», añadió Frank Sinatra. «De verdad, es una mujer encantadora, un cielo.»

«Este va a ser el día más importante en la historia de la industria del cine», afirmó Marilyn.

Más tarde, cuando volvió a casa, Marilyn dijo a su asistenta personal lo que realmente pensaba de Kruschev: «Es gordo y feo, tiene verrugas en la cara y además en vez de hablar ladra. Dime a quién le gustaría ser comunista con un presidente como ese…»

Pero lo que Marilyn pareció notar es que a aquel hombre le había gustado mucho conocerla. «La verdad es que podría decir que le gusto. No lo vi tan contento de conocer a ninguno de los presentes como cuando me conoció a mí. Y eso que allí estaban todos. Apretó mi mano durante tanto tiempo y con tanta fuerza que llegué a pensar que quería rompérmela. Pero bueno, peor hubiera sido tener que besarle.»

47. CAN-CAN

Mientras los reporteros seguían con las celebridades, Skouras

acompañó a Kruschev y familia al estudio, donde subieron por una escalera a un box situado encima del escenario. Allí tomaron asiento en compañía de Lodge, Gromyko y el traductor Alex Akalovsky. Sergei sacó su cámara para poder grabar la filmación.

En escena apareció Sinatra con un traje París-fin-de-siglo, su vestuario para la película. Frank sería el maestro de ceremonias. En el film él interpretaba a un abogado que se enamoraba de una bailarina, Shirley MacLaine, a quien la policía arrestaba por bailar un baile alegre y frívolo llamado cancán.

«Esta es una película que trata de chicas guapas y de tipos a los que les gustan las chicas guapas», anunció a los asistentes Sinatra.

Al escuchar la traducción Kruschev rio y aplaudió tan feliz.

«La siguiente escena se desarrolla en un salón», continuó Sinatra. «Un salón es un sitio donde se va a beber.»

Kruschev volvió a reír. La verdad es que parecía que aquello le iba a gustar.

El mismo Frank Sinatra presentó a Louis Jourdan y a Maurice Chevalier, quienes llegaron para cantar la primera canción. «Se llama Vive y deja vivir», dijo, «una idea que a mí me parece fantástica».

Cuando Jourdan y Chevalier acabaron, Sinatra cantó la célebre C'est magnifique. En ese instante hizo entrar a las bailarinas, a las que llamó «mis sobrinitas». Dieciséis chicas, entre ellas MacLaine y Juliet Prowse, daban saltos por el plató ataviadas con largos vestidos ondulados y mucho escote. Desde el box situado encima, el panorama, preservado para la posteridad por la cámara de Sergei, estaba repleto de canalillos pectorales. Cierto, también había hombres bailando, pero iban vestidos desde el cuello al tobillo, con lo que no les hicieron mucho caso.

MacLaine recitó unas palabras de bienvenida en ruso que había memorizado fonéticamente la noche anterior; después alguien salió a escena con un megáfono en forma de gran cucurucho y gritó: «¡Muy bien, a rodar!»

Subió el volumen de la música y las bailarinas comenzaron un baile en el que subían al compás de la misma sus pies hasta lo más alto, luego hacían toda clase de piruetas por el escenario luciendo bien sus largas y atractivas piernas así como sus ligueros y la ropa íntima propia de la época. Los bailarines las cogían por la cintura y las levantaban por encima de sus cabezas, una y otra vez, arriba y abajo, y también daban patadas al aire. Dando un salto, las chicas se daban la vuelta, se inclinaban hacia delante y levantaban sus vestidos hasta la espalda, con lo que enseñaban al público lo mismo que habían enseñado por delante, pero ahora por detrás, o sea, el pompi. Luego los hombres las volvían a coger en alto y entonces ellas enrollaban por un instante las piernas alrededor del cuello de ellos, después volvían al suelo y seguían con el baile. Como final, a modo de pièce de résistance, los hombres se deslizaban por debajo de los vestidos de las danzarinas, saliendo de aquel túnel lanzando lascivos gritos de satisfacción y con los pantis rojos de ellas en la mano en signo de triunfo.

A estas alturas del espectáculo ninguno de los presentes tenía dudas de por qué en su tiempo el cancán estuvo prohibido. Pero muchos, rusos y americanos, se preguntaban: ¿Por qué llevar allí a Kruschev?

«No se podía haber elegido algo peor», recordaría después Wiley Buchanan. «Cuando los hombres se metieron bajo las faldas y salieron con lo que parecían ser los pantis rojos de las chicas, a los americanos allí presentes se les escapó una muy audible contención del aliento en señal de alarma; los rusos llenaron la sala de un igualmente audible silencio reprobatorio.»

«Desde el punto de vista de un ruso, aquello era burgués, sucio, decadente», diría Sergei unas décadas más tarde mientras volvía a contemplar las escenas que él mismo había grabado. «No podíamos entender por qué le hacían ver algo así al mismísimo Kruschev. Quizá querían sorprendernos o quizá impresionarnos.»

Más tarde el propio Nikita Kruschev calificaría el espectáculo de comercio pornográfico. Dicho sea de paso, quizá sería conveniente apuntar que también el propio Nikita Kruschev dio muestras evidentes con su boca abierta de estar la mar de contento con lo que había visto.

«Yo lo estaba observando, y parecía estar disfrutando con lo que veía», dijo Richard Townsend, del Departamento de Estado.

«Creo que se lo pasó muy bien», recordaba Chalmers Roberts.

«Disfrutó muchísimo», corroboró Akalovsky.

Sergei Kruschev nunca lo tuvo tan claro: «Quizá a mi padre le interesara, pero creo que no dejaba de pensar "¿Qué significa esto?". Skouras había sido muy amable, con lo que no podía pensar que se tratara de una provocación política. Pero en realidad no había nada que explicar: eso era exactamente el modo de vida americano.» Sergei dijo estas últimas palabras con desdén, y luego añadió: «Quizá a mi padre le gustase, pero hay algo de lo que estoy seguro: a mi madre, no.»

El columnista Murray Kempton se quedó impresionado con el estoico aplomo con que Nina Kruschev soportó aquello: «Nunca miró a Nikita, como una esposa americana haría, quizá porque esperaba que su virtuoso marido se levantara y se largara de allí.»

Cuando acabó el espectáculo, Skouras condujo a sus invitados escaleras abajo hasta el escenario. Kruschev estrechó la mano de Sinatra, que le presentó a Chevalier y MacLaine. Acalorada, sudando por el calor de las luces, Shirley comenzó a abanicarse con teatralidad, con fuerza pero también con coquetería, y se dirigió a Kruschev lentamente y a gritos, como hacemos todos cuando intentamos hablarle en nuestra lengua a alguien que no la entiende en absoluto: «¡Mu-chas, mu-chas cá-ma-ras!, ¡mu-cho ca-lor a-quí!»

Un periodista preguntó a Kruschev si le había gustado el baile y el traductor transmitió la respuesta: «Debería preguntarme por mi opinión sobre la película en su conjunto y no solo por esta escena. Nunca he estado en un cabaret, así que no tengo elementos de juicio.»

Kruschev estrechó muchas manos más antes de encaminarse a la puerta del plató blindado por sus fornidos guardaespaldas. Una vez fuera se encontró con Gary Cooper, el cowboy por antonomasia, y Clete Roberts, un reportero de la KTLA-TV, que estaba retransmitiendo en directo el trascendental evento.

«Desde su posición privilegiada frente a sus televisores ustedes juzgarán si puede estar sucediendo ahora mismo en América algo más importante que esto: Nikita Kruschev charlando con Gary Cooper.»

Cuando la cumbre al más alto nivel entre Kruschev y Cooper hubo terminado, el premier se dirigió por fin a su limusina pasando justo por delante de Roberts.

«¿Puedo estrechar su mano, señor?», preguntó el presentador.

Y sí, Kruschev le dio la mano.

«En estos momentos estoy estrechando la mano del líder de la Unión Soviética», proclamó Roberts ante sus televidentes.

El camarada presidente entró en el coche, una larga limusina negra con enormes alerones. Lodge quedó a su lado. El cochazo echó a andar mientras Roberts corría detrás de ellos, sin dejar de hablar, de jadear a su micrófono: «¡Ya lo saben, aquí, Clete Roberts, en su emisora favorita, siempre al pie de la noticia!»

48. SCHINE CONOCE POR FIN A UN COMUNISTA

Tras abandonar los estudios de la Twentieth Century Fox, la caravana de Kruschev vagabundeó por las enormes áreas residenciales que rodean Los Ángeles durante un par de horas, un plan que aburrió al sufrido Lodge y a Kruschev lo sacó de quicio.

Una vez en la ruina lo de Disneylandia, guías y asesores no sabían qué hacer para compensarlo. Quizá recordando el interés que Eisenhower tenía en que su invitado visitara Levittown, decidieron llevar al premier por las nuevas zonas de adosados. Mientras la caravana torcía una y otra las calles del extrarradio, Sergei Kruschev grababa con su cámara todo lo que atraía su atención: palmeras, parkings atestados de coches y carteles publicitarios.

Los reporteros soviéticos que cubrían la visita de Kruschev se

divertían tanto con las grandes vallas anunciando las virtudes de la Coca-Cola como en su momento los reporteros americanos que cubrieron la visita de Nixon se divirtieron con las grandes vallas anunciando las virtudes del comunismo. «Las casas de planta baja cubiertas por completo con anuncios son sin duda lo más característico de Los Ángeles», escribieron los reporteros rusos en su Face to Face with America. «Los gigantescos letreros te animan a comprar, correr más rápido, comer, beber, fumar, vestir, ver y leer lo que los propietarios de las empresas deciden qué es lo mejor para la gente.»

Por miedo a una agresión, la policía de Los Ángeles no divulgó el recorrido de la caravana del primer ministro. Pero los helicópteros de las emisoras locales la sobrevolaban una y otra vez ofreciendo imágenes en directo, algo que provocó que los vecinos se echaran a las calles para ver si el ruso pasaba por allí y podían verlo. La mayor parte iba con muy buena disposición, pero hubo una buena señora, toda vestida de negro, que enarbolaba una bandera negra en la que se leía: «Muerte a Kruschev, el carnicero de Hungría.»

Al divisar a la señora por la ventanilla del coche, el presidente preguntó a Lodge qué hacía esa mujer ahí.

«Bueno, señor presidente», dijo Lodge con toda la ironía que pudo, «es solo una mujer que no está de acuerdo con ciertos aspectos de su política exterior».

«¿Para esto me ha invitado Eisenhower a su país, para que me insulten?», replicó enfadado Kruschev.

Lodge se quedó de piedra. «¿Debo entender –preguntó– que usted cree que el presidente Eisenhower le ha invitado a venir a los Estados Unidos y que luego ha ordenado que coloquen a esa señora en concreto precisamente en esa esquina de un barrio de Los Ángeles para insultarle?»

«Mire, yo lo único que digo es que en la Unión Soviética solo hay una mujer con una bandera en una calle si yo lo mando.»

Sin viaje a Disneylandia y dando vueltas sin rumbo por esas calles de Dios, el humor de Kruschev no admitía la más mínima. Aquellos

americanos seguían enseñándole sus magníficas urbanizaciones y presumiendo de prosperidad, de modo que él decidió presumir también por su cuenta, y lo hizo de algo de lo que, en su opinión, tenía razones para presumir, de la efectividad del espionaje soviético. Como quien no quiere la cosa comenzó a hacerle a Lodge comentarios cargados de sorna: «Sus agentes en Europa y Oriente Medio nos entregaron sus libros de claves», le dijo, «así que nosotros les hemos estado mandando información falsa».

En concreto, Kruschev no pudo ni quiso evitar vanagloriarse de un par de documentos que acaban de robar. Uno era una carta confidencial de Eisenhower al primer ministro de la India, Nehru, en relación con sus disputas fronterizas con China. El otro era una carta del sha de Irán a Eisenhower en la que aquel le pedía a este que presionara a Kruschev para que relajara la tensión entre ambos países. Efectivamente, aquellos documentos existían, pero Lodge confesó no saber nada sobre ellos.

«Si usted quiere», dijo Kruschev con tono juguetón, «le puedo proporcionar unas bonitas copias…».

La comitiva llegó finalmente al hotel Ambassador, donde el premier pasaría la noche. Al llegar lo recibió G. David Schine, director del establecimiento. Se daba la casualidad (o no) de que Schine era uno de los cazadores de rojos más fieros de América, un hombre aún joven que había trabajado como ayudante del célebre senador McCarthy. Según cierto historiador escribiera, todo hace pensar que precisamente esta circunstancia acabó convirtiéndose, paradójicamente, «en la causa de su caída».

Hijo de un magnate hotelero, Schine había estudiado en Harvard, donde alcanzó cierto renombre por su costumbre de alquilar una secretaria para que tomara por él apuntes en clase. También escribió un artículo sobre el comunismo, en el que se contenían tantas verdades como ligeros errores sin importancia: confundía a Marx con Lenin y a Stalin con Trotsky. Pero Schine siempre estuvo muy orgulloso de su logro intelectual. Tras licenciarse en 1949, lo publicó en forma de un librito de seis páginas titulado Definición del comunismo y su padre se encargó de que hubiera una copia del mismo en cada una de las habitaciones de los hoteles de su cadena; eso sí, junto a un ejemplar de la Biblia, por supuesto.

Este panfleto hizo que Schine resultara simpático a Roy Cohn, un brillante y joven abogado que trabajaba como consejero del subcomité del Senado que presidía McCarthy. Cohn vivía su homosexualidad en secreto y Schine era un chico joven y guapo. Cuando ambos se conocieron, a Cohn se le pusieron los ojos golositos y le ofreció un puesto en dicho comité. Schine, ansioso por combatir a muerte el comunismo, aceptó.

«Para resumir», escribió posteriormente el historiador Ted Morgan, «Schine no era más que la típica secretaria tonta y rubia de Cohn».

En la primavera de 1953 Cohn y Schine viajaron a Europa con la misión ampliamente publicitada de ir buscando por doquier libros subversivos en las estanterías de las bibliotecas a cargo de embajadas o asociaciones culturales americanas. Cuando volvieron a Washington, McCarthy ordenó investigar a los autores sediciosos y, como consecuencia, el Departamento de Estado envió a las bibliotecas americanas en el extranjero una lista de rojos cuyos libros deberían desaparecer, entre ellos Langston Hughes, Howard Fast y Jean-Paul Sartre.

Ese mismo verano Cohn y Schine se hicieron inseparables, viviendo en la capital en habitaciones contiguas y haciendo frecuentes escapadas de fin de semana juntos a Manhattan. Pero en otoño todo acabó como por encanto, precisamente cuando Schine recibió la orden de incorporarse a filas. Cohn se tomó a mal la noticia y presionó a los altos cargos del ejército americano para que concedieran a Schine privilegios que estaban fuera de lugar, incluido el ruego encarecido de que el coronel de turno le pusiera al chico una limusina con chófer para que pudiera reunirse en Manhattan con «su» Cohn cuando se le antojara.

Muy pronto empezaron a circular historias sobre este o aquel privilegio del que Cohn gozaba, y los periódicos no tardaron en hacerse eco. McCarthy salió en defensa de sus hombres acusando al ejército americano de intentar, mediante la actitud «hostil» hacia Schine, «chantajearle» a él mismo. Obviamente se ordenó una investigación y McCarthy, lejos de alterarse, vio en ella una magnífica oportunidad de que el país entero pudiera comprobar el comportamiento intachable de sus subordinados.

Pero la cosa acabó mal. La legendaria causa del ejército USA versus McCarthy comenzó el 22 de abril de 1954 y sus sesiones se prolongaron durante treinta y seis días siendo puntualmente retransmitidas en directo por televisión. Y allí estaban los telespectadores frente al temido McCarthy, con su cara sombreada por su perpetua barba, un vello facial que necesitaba al menos dos rasurados al día. McCarthy no paraba de acosar a los testigos e interrumpirlo todo gritando: «¡Por alusiones!» Pero los telespectadores también conocieron a Joseph Welch, prestigioso abogado militar, entrando a matar a McCarthy una y otra vez con una pregunta que había empezado a hacerse famosa: «¿Es que no tiene usted sentido de la decencia, señor? Respóndame, ¿es que no tiene sentido de la decencia, senador McCarthy?»

A finales de 1954 el Senado aprobó la moción de censura y el senador McCarthy fue reprobado. Consecuencia: McCarthy no dejó de estar borracho hasta el mismo día de su muerte en 1957.

Mientras tanto, Schile acabó su servicio militar, pasó a encargarse de los negocios de su padre y se casó con una antigua miss universo. Tuvieron cinco hijos y se mantuvieron alejados de la política. Cuando Kruschev llegó al Ambassador tras su turné por no se sabe dónde, en la puerta le esperaba Schile para estrecharle la mano y darle la bienvenida con una sonrisa. Finalmente el famoso cazarrojos se había topado con un rojo de verdad, aunque lo único que pudo hacerle fue conducirlo a la lujosa suite royal.

Schine no entró al trapo cuando le quisieron preguntar por estas ironías del destino, pero a falta de pan Murray Kempton consiguió una entrevista con la madre de Schine, quien le contó que previamente había hablado sobre la familia Kruschev con la mujer de Spiros Skouras.

«Llamé a la señora Skouras –usted sabe que somos grandes amigas– y le pregunté qué le habían parecido los Kruschev», dijo la señora Schine a Kempton, «y ella me respondió que, de verdad de verdad, le habían gustado mucho. “Ya sabes –continuó diciéndome– que esta familia es gente muy natural y espontánea. El presidente siempre dice lo primero que le viene a la mente.”»

Kempton citó esas palabras literalmente en su siguiente columna,

permitiéndose la única libertad de añadir una pequeña apostilla: «Hay veces en las que uno pierde su capacidad de juicio; es como si se oyera y se viera solo a sí mismo, mecánicamente, sin hacer nada más.»

49. EL DEDO EN EL OJO

Cuando Lodge leyó una copia del discurso que habría de pronunciar el alcalde Poulson, le pidió a este que por favor bajara un poco el tono.

Los dos se encontraron en el aperitivo que precedía al banquete en honor de Kruschev en el Ambassador esa noche. Lodge no sabía que el alcalde le había anticipado a un reportero de una televisión local que tenía pensado «asesinar» a Kruschev escogiendo con cuidado las palabras que causaran el mismo efecto que un «cuchillo largo y muy bien afilado». Pero el embajador se había asustado un poco con la bienvenida de Poulson en el aeropuerto, tan breve y gélida, con lo que Lodge vio claro que tenía que pedirle una copia del discurso que pensaba pronunciar en el banquete, no fuera a ser que… Y es que Lodge estaba seriamente preocupado con que Poulson estuviera planeando meterse con Kruschev a costa de su famoso «les vamos a enterrar».

Kruschev ya había explicado lo que exactamente quiso decir con esa amenaza en el National Press Club, le dijo Lodge a Poulson, y le advirtió que, si insistían en aquello, era muy probable que el premier ruso montara otro de sus pollos memorables. Le rogó que suprimiera esa parte del discurso. Poulson dijo que no, con la excusa de que ya había repartido el texto entre los periodistas.

«Lodge intentó explicárselo y consiguió que el alcalde borrara algunas palabras de tono grueso, que más que otra cosa eran claros insultos», recordaría Chalmers Roberts, del Washington Post, buen amigo y conocedor de Lodge. «Pero Poulson se proponía meterle el dedo en el ojo a Kruschev sin importarle un bledo lo que dijera Eisenhower, porque él sí que era un republicano de los de verdad.»

Acabó el cóctel y un millar de asistentes de sentaron a comer. Poulson se levantó para hablar. Primero alabó las maravillas de su ciudad, para luego dirigir su atención al invitado de honor. «No estamos de acuerdo con esa frase suya que tan famosa se ha hecho, "Les vamos a enterrar"», comenzó. «Usted no nos enterrará ni tampoco nosotros a ustedes. Estamos contentos con nuestro modo de vida. Reconocemos nuestras limitaciones, pero no dejamos de luchar por mejorar. Ahora bien, si se nos desafía, lucharemos hasta la muerte por defendernos.»

El público rompió en aplausos. Kruschev, quieto. Ya estaba molesto con la bienvenida del alcalde en el aeropuerto, y daba por sentado (erróneamente) que también era Poulsen el responsable de la cancelación de la visita a Disneylandia y su sustitución por el larguísimo e insustancial recorrido por Los Ángeles. Ahora este tipejo venía, por si fuera poco, con lo del «enterramiento». Otra más. Kruschev lo fulminó con la mirada, apretó firmemente sus labios. Se encaminó al estrado y fue soltando lentamente su discurso, preparado de antemano, plagado de alabanzas a la ciudad, a la paz y a la colaboración amistosa entre los países del mundo.

«Aquí termina el discurso que traía preparado, pero la persona que me ha precedido ha hecho una serie de observaciones que no puedo evitar responder», dijo entonces. «Me dirijo a usted, señor alcalde, mi querido anfitrión. En su discurso ha dicho que nosotros queremos enterrarlos. Usted ha dado muestras de una extraordinaria hospitalidad hacia mí y quienes me acompañan, y se lo agradezco. Yo quiero hablar con total sinceridad, pero, ¿puedo hablar con total sinceridad aquí, ante ustedes? Me gustaría preguntarle: ¿Por qué ha aludido a esa frase? Desde que llegué a los Estados Unidos ya he tenido la oportunidad de dejar claro lo que quería decir con ella. Estoy seguro de que incluso los alcaldes leen los periódicos. Al menos en nuestro país es así, los presidentes de los consejos ciudadanos leen la prensa; y no solo la leen, sino que de no hacerlo…, se arriesgan a no ser elegidos para un nuevo mandato.»

Los presentes rieron con el chiste. Parecía suficiente. De hecho otros políticos lo habrían dejado aquí, pero ya sabemos que Kruschev era incapaz de hacerlo.

«Si lo que usted quiere es competir en una carrera armamentística, me parece bien», dijo ya alzando la voz. «Aceptamos el desafío. Si hablamos de cohetes, allí los tenemos, en la cadena de ensamblaje.» Por aquel entonces, la ya familiar cara de cabreo del premier había dejado su rojez y comenzaba a adoptar un tono claramente púrpura. «Miren. Esta es una cuestión muy seria. Hablamos de vida o muerte, damas y caballeros, hablamos de guerra y paz, y si ustedes no pueden entenderlo…»

«¡Lo entendemos!», gritó alguien en ruso.

Todos los presentes, que hace un instante reían despreocupadamente, ahora estaban aturdidos. «El público se quedó sin aliento», decía Relman Morin de Associated Press. «No eran solo las palabras, sino el modo en que las dijo. Dos enormes venas de repente hinchadas sobresalieron en la frente del primer ministro cuando dijo aquello, bramando contra el alcalde Poulson».

Y eso que Kruschev aún no había terminado. «Hay una idea muy desagradable que a veces me pasa por la cabeza», continuó, «es la idea de que a mí, a Nikita Kruschev, se me ha invitado aquí para hacerme creer que somos amigos, pero en el fondo lo que quieren es mostrarme su poder y su fuerza militar y económica, para que me vuelva a Rusia con las piernas temblando. Si es así, les digo que he llegado aquí en no más de diez o doce horas y que no tardaría más de otras diez o doce en volver a estar en mi casa».

Allí delante estaba Alexei Tupolev, el hijo del ingeniero que había diseñado su mastodóntico avión. Le pidió que se levantara y le preguntó retóricamente: «¿Es o no cierto lo que digo?»

«De hecho, tardaríamos menos tiempo aún, camarada presidente», respondió solícito Tupolev junior.

«Yo soy el primer jefe de Estado o de Gobierno ruso o soviético que visita los Estados Unidos», recordó. «Puedo marcharme sin ningún problema. Pero, créanme, si lo hago, no sé cuánto tiempo tardará otro líder soviético en volver a este país.»

De piedra, los comensales comenzaron a preguntarse si estaban siendo testigos del final de la visita… o del comienzo de una guerra.

«Fueron instantes terribles», escribió Murray Kempton.

«Su ira parecía casi locura», recordaría Wiley Buchanan.

«Era como ver ahí delante de nosotros a los cohetes en ignición», escribió Harrison Salisbury.

«No hace falta decir que Kruschev sembró el terror entre los dignatarios allí reunidos», diría después Richard Townsed Davies, del Departamento de Estado, «era una auténtica amenaza».

Lodge lo admitió para sus adentros: «Ya no hay duda de que esta visita ha sido un terrible error.»

50. TEATRO, LO TUYO ES PURO TEATRO

Después del banquete, Kruschev subió en el ascensor hasta la suite royal bien arropado por su séquito. Eran una piña en todos los sentidos.

«Todos estaban confundidos y tristes por lo que había sucedido; todos menos papá», recordaba Sergei.

El premier se despojó de su traje y se sentó a descansar en una banqueta, a diferencia de su equipo, que prefirió sofás y sillones. «Representamos a una gran potencia», les gritó a los suyos, «y no podemos permitir que nadie nos trate como si fuéramos una de sus colonias».

Con esas palabras dio comienzo a una larga y vociferante predica. Sin parar de dar alaridos llenos de ira, Kruschev empezó a soltar tremebundas maldiciones sobre Poulson, luego siguió con lo del boicot a Disneylandia, luego con el recorrido sin fuste por la ciudad, y acabó acusando al Departamento de Estado de impedir que pudiera mezclarse con los americanos de a pie. Amenazó con acabar con aquel puñetero viaje en ese mismo instante y volver a casa. Acabó el desquiciado monólogo volviendo a descuartizar al alcalde.

«¡Cómo se atreve este tío a meterse así conmigo, con el invitado de su presidente!»

El cabreo del premier estaba adoptando un cariz tal que la esposa de Andrei Gromiko, Lidia, sugirió que a lo mejor habría que darle alguna pastillita. Pero, a estas alturas, Kruschev ya no engañaba a nadie: aquello era puro teatro. Kruschev acababa de estrenar una obra de teatro, un auténtico dramón griego, que, en realidad, tenía como único fin conmover, o más bien atemorizar, a los agentes americanos que le estaban escuchando a través de los «bichos» escondidos en el techo de la habitación.

«A veces su voz era más bien un alarido. Su odio parecía no tener límites. Solo sus ojos, que guiñaba continuamente en señal de estar fingiendo, le delataban», continuaba Sergei. «Papá no hacía más que levantar su dedo señalando al techo, como si dijera: "Esto va por vosotros, los que me estáis escuchando."»

Y sí, en efecto, el premier lo tenía todo bajo control, como lo explicó en sus memorias: «Lo único que estaba haciendo era fingir mi indignación a los oídos de esos agentes americanos con los que "compartíamos" la suite. No había duda de que la habitación estaba infestada de todo tipo de artilugios de espionaje y de que Lodge, que se alojaba en el mismo hotel, estaba sentado junto a un intérprete escuchando todo lo que hablábamos. De modo que para no defraudarlos me puse a despotricar diciendo que ya no podía tolerar más la manera en que nos estaban tratando.»

Cuando acabó de interpretar su papel de cabreado al límite de romper la baraja, Kruschev, agotado por una actuación tan intensa, se secó el sudor de la calva y le dijo a su ministro de Exteriores, Andrei Gromiko: «Camarada Gromiko, ve a ver a Lodge y cuéntale palabra por palabra todo lo que acabo de decir.»

Con su cara de palo, la cara que tenía, Gromiko se levantó como un resorte de la silla. Su esposa, que todavía no se había dado cuenta de que todo era una charada, le suplicó en voz baja: «Andresito, amor mío, procura ser amable con los americanos.»

Sergei miró entonces a su padre. El viejo ahora sonreía. Si su actuación había convencido a la mujer de Gromiko, estaba claro

que los americanos se lo habrían tragado también.

Minutos más tarde en la habitación de Lodge sonó el teléfono. Eran las dos de la mañana, las cinco en Nueva York, lugar donde él y Kruschev habían comenzado aquel rocambolesco día veinticuatro horas antes. El diplomático americano estaba aún despierto. Curiosamente no estaba espiando a Kruschev, sino dictando el informe que debía remitir a Washington con lo sucedido. Respondió a la llamada: Gromiko solicitaba reunirse con él de inmediato.

Casi al instante el ministro ruso llegó acompañado de su intérprete. Cuando vio a Gromiko sentado frente a él y cruzó las piernas pudo darse cuenta de cómo el ministro de Exteriores de uno de los países más fríos del mundo llevaba calzoncillos hasta los tobillos incluso en un día como aquel, con un calor inusual hasta para un septiembre en Los Ángeles; pero, aun así, todo indicaba que se los había embutido para combatir el frío.

Fue Lodge quien habló primero sugiriendo que quizá el presidente Kruschev podría estar cansado.

Gromiko ignoró la sugerencia y se dispuso a lanzar su más firme protesta diplomática: «He venido a verle por deseo expreso del señor Kruschev con el fin de comunicarle lo siguiente: Cada vez resulta más evidente que en casi todos los lugares donde el presidente acude se le plantean cuestiones que, estamos convencidos de ello, no están guiadas por buenas intenciones. Estas cuestiones no son casuales, sino que parecen dirigidas a desestabilizar al presidente y además pueden acabar siendo negativas para el objetivo final de la visita. Hoy en la cena hemos podido ver un ejemplo, pero está claro que no ha sido el único.»

Continuando con este tono formal, Gromiko pasó a quejarse de que la policía estaba impidiendo que Kruschev pudiera encontrarse con ciudadanos americanos normales y corrientes. Y luego se atrevió a plantear un dilema algo más peliagudo: «Nos gustaría saber si quieren que suspendamos esta gira ahora mismo y de manera irreversible y si el primer ministro tiene libertad para volver directamente a Washington para hablar con su presidente.»

Cuando Gromiko acabó con sus quejas Lodge no tuvo más remedio

que tomar algo de aliento antes de responder: «Por supuesto yo no tomo decisión alguna sobre qué preguntas deben hacerse y cuándo. Pero además estoy completamente seguro de que ni usted ni el señor Kruschev dudan de que lo último que pretende el gobierno de los Estados Unidos es que este viaje acabe en fracaso. No puedo siquiera imaginar que usted o Kruschev puedan concebir tal idea. Usted, señor Gromiko, conoce los Estados Unidos muy bien, tanto que sabe que es imposible que las cosas sean tal y como dice. El presidente Eisenhower no es tan hipócrita ni tan estúpido como para permitirlo.»

El problema, tal y como Lodge le explicó, no era que él o Ike controlaran a los políticos locales: «Me he pasado todo el día de hoy intentando convencer al alcalde Poulson de que no debía pronunciar un discurso tan inadecuado», le dijo, «si usted hubiera visto como yo he visto lo que Poulson tenía realmente pensado decir, se daría cuenta de que he conseguido una dura victoria».

Lodge aseguró a Gromiko que Eisenhower no estaba detrás de estos ataques. Ike deseaba con todas sus fuerzas que el viaje fuera un éxito completo. Y por lo que se refería al asunto de la policía, le contestó que lo único que los agentes intentaban era proteger a Kruschev, sin más ni más. A pesar de todo, Lodge prometió a Gromiko relajar las medidas de seguridad y facilitar así que el premier ruso pudiera bajar de su coche y estrechar la mano de las buenas gentes de América.

Una vez Lodge hubo terminado, Gromiko tuvo a bien «aflojar» su formalismo diplomático y plantear las cosas en un tono más coloquial. En efecto, nadie dudaba de las buenas intenciones de Eisenhower, y el líder soviético estaba convencido de que Ike tenía buenos propósitos. «Pero hay una diferencia muy clara entre lo que su presidente dice y lo que está sucediendo.»

Nuevamente Lodge aseguró a Gromiko que la mala uva de Poulson no tenía su origen en la Casa Blanca. «El único motivo que hay detrás son las ganas de cierto político local de tener su momento de gloria. Este tipo de políticos ven en la llegada a su ciudad de alguien tan relevante como su presidente la oportunidad de lucirse, pensando solo en sus intereses personales. Esto no lo ha planeado Washington. Confío en que usted, señor Gromiko, explique esto al

señor Kruschev. Quizá no me crea porque piense que, al fin y al cabo, soy un político americano. También puede que piense que nuestras costumbres no son del todo adecuadas; pero tenga en cuenta que, si lo comparamos con el suyo, nuestro país no está tan organizado. Aquí no hay un organismo central que pueda dirigir o regular con rigor nuestras vidas.»

«Quizá me permita una sugerencia personal», respondió Gromiko. «Quizá usted pudiera decir algo en su próximo discurso; usted podría recordar que Kruschev es un huésped de estado y que, si se tiene esto en cuenta, habría que pensar mejor qué tipo de conducta ha de ser el apropiado.»

Lodge estuvo de acuerdo en sugerir a los políticos locales que fueran más amables con Kruschev. En fin, Gromiko volvió a la suite de su premier para informar de que Lodge había pedido disculpas por el discurso de Poulson y había prometido que nada por el estilo volvería a suceder.

Ahora, felicísimo porque su numerito del falso cabreo había surtido efecto, el magnífico actor se merecía un descanso. Se fue a la cama feliz.

51. DÉMOSLE UN RESPIRO

Marilyn Monroe, Frank Sinatra, Hollywood, Disnelylandia, un baile de lo más cochino, dos cabreos, una pelea con el alcalde, la amenaza de volverse a casa, una amenaza de Armagedon nuclear…, hay que reconocerlo: las veinticuatro horas que Nikita Kruschev llevaba en Los Ángeles habían proporcionado a la prensa nacional e internacional bastante tela que cortar. De sobra.

Como era predecible, los reporteros soviéticos expresaron su amarga extrañeza ante la ostentosa violación a cargo de las autoridades americanas del inalienable derecho de Kruschev a visitar Disneylandia. En Izvestia, el yerno de Kruschev, Alexei Adzhubei, desenmascaraba la, según él, «auténtica» razón de la

exclusión: formaba parte de una conspiración del Departamento de Estado para mantenerlo lejos de la gente de la calle, quienes veían en Kruschev un verdadero amante de la paz: «América entera está deseando escuchar al camarada Kruschev, deseando verlo, conocerlo en persona, ¡toda América! Y esto no es solo una impresión mía.»

Adzhubei también reveló que Kruschev estaba respondiendo a toda esta provocación con «noble dignidad», una virtud que, si a mí, Peter Carlson, me permiten opinar, no era precisamente la que más le caracterizaba.

Por su parte, cuatro intrépidos reporteros rusos tardaron relativamente poco en acercarse a Disneylandia para ver exactamente qué se había perdido o qué se había dejado de perder su jefe. Pues bien, se subieron en el barco a vapor Mark Twain, luego en el tren minero Rainbow Caverns y por fin, irónicamente, en el cohete a la Luna para acabar concluyendo que «no hay nada igual a esto en la Unión Soviética» y que Disneylandia les había parecido un lugar muy seguro.

A su vez, la prensa británica atacaba a los anfitriones de Kruschev por ser tan duros con su invitado. El Daily Mirror se reía de esos «estúpidos americanos» que se empeñaban en discutir con él, y el Daily Herald dijo que los yanquis se estaban comportando «como una panda de niños viendo una película de Frankestein».

El Daily Mail decía que se hacía necesario «darle un respiro». Continuaba: «Sería una auténtica tragedia que Kruschev volviera a casa indignado, pues el mundo entero sufriría las consecuencias.»

En los Estados Unidos los medios respondieron a la sugerencia con la habitual confusión de voces confrontadas.

«El espectáculo de ver al gran jefe moscovita, uno de los dos seres más poderosos del planeta, a voces en un banquete en Los Ángeles solo porque no le dejaban ir a Disneylandia dejó a los periodistas frotándose los ojos.» Escribió Richard Stout en Christian Science Monitor. «Aquello solo había sido un problema tonto, un imprevisto en el sistema de seguridad, pero él lo convirtió en la rabieta de un niño al que no le dejan ir al cine.»

«No hay que olvidar que además de Kruschev hay otros diez millones de niños quejándose cada día por no poder ir a Disneylandia», apuntaba con agudeza Des Moines Register. «Hay quien vive en el sur de California y no ha ido aún. Nuestros hijos podrían quejarse exactamente igual.»

Los diplomáticos y periodistas que viajaban con Kruschev no dejaban de plantearse y discutir la misma pregunta: Cuando Kruschev coge estos cabreos, ¿está realmente cabreado o solo está actuando?

Daniel Schorr, de la CBS, estaba convencido de que aquellos mosqueos eran una fantasmada: «Otra de sus hábiles tácticas para intimidar a un público incómodo y así no perder nunca la iniciativa».

Wiley Buchanan, el jefe de protocolo, estaba de acuerdo: «Lo único que busca es darnos miedo. Y si hablamos de su amenaza de acabar con la visita y volver a casa echando pestes, nunca se me ha pasado por la cabeza que fuera en serio. Kruschev puede ser muchas cosas, pero nunca tonto, y no desaprovecharía una oportunidad de hacerse propaganda como esta, algo que no aparecía ni en sus mejores sueños.»

Chalmer Roberts, del Washington Post, creía que el enfado de Kruschev era auténtico, sincero, pero también tenía claro que estaba aprovechando para montar el show a mayor disfrute de sus amigachos del Kremlin. «Se trataba de un tipo que claramente estaba pendiente de todos esos personajes que le observaban en su país con los colmillos afilados. En realidad no tenía nada claro si a su vuelta seguiría siendo presidente del Consejo de Ministros de la URSS o si le colgarían de una soga; por eso pienso que todas esas salidas de tono solo tenían como objetivo fortalecer su posición política en la propia Rusia.»

Cuando algunas décadas más tarde le preguntaron a Sergei Kruschev si aquel cabreo de su padre en Los Ángeles fue auténtico, respondió: «Estaba enfadado…, y también actuó.» El premier estaba realmente enfurecido con Poulson, pero su modo de expresarlo era fruto de un plan calculado. «Le gustaba hacer alarde de esa imagen de persona impredecible, vehemente», recordaba. «Sabía

perfectamente lo que estaba haciendo y el efecto que iba a causar.»

En este caso el efecto fue justo el que buscaba: asustar a sus anfitriones para con ello cambiar su actitud y conducta hacia él. La mañana siguiente del gran mosqueo, Lodge habló con Tommy Thompson, el embajador americano en la Unión Soviética, y con el propio Eisenhower. Entre los tres decidieron dar por terminada la táctica de «bronca o muerte», el plan ideado por Nixon que consistía en enfrentarse a Kruschev a la menor oportunidad. Ahora todo cambiaba: el Departamento de Estado dio instrucciones a Lodge de que hiciera todo lo posible para mantener al premier contento hasta que por fin llegara a Camp David para reunirse con Ike.

Lodge llamó de inmediato a George Christopher, alcalde de San Francisco, próxima parada de la turné, para rogarle encarecidamente que se abstuviera de provocar o discutir con el ilustre invitado. James Hagerty, secretario de prensa de Ike, animó por su parte a los americanos a que fueran amables con él: «Cualquier falta de cortesía de la que el presidente Kruschev pueda ser objeto durante su visita a nuestro país será perjudicial para algo que nos afecta a todos, que las conversaciones de Camp David tengan el resultado que deseamos.»

La mañana después del cabreo que conmovió al mundo, Lodge informó a Kruschev de los nuevos planes: «Hemos decidido organizar el viaje como si usted fuera un candidato a la presidencia», le dijo mientras se preparaban para subir al tren que los conduciría a San Francisco. «Haremos alguna parada programada.»

Lodge le explicó que por «parada programada» debía entender que el tren se detendría en algunas estaciones para que él pudiera bajarse del tren, estrechar manos y besar niños. A Kruschev le encantó el plan.

«Por supuesto, señor presidente, como usted comprenderá», añadió Lodge irónicamente, «no sería de extrañar que algún entusiasta de su persona pudiera arrojarle un ramo de flores y le causara algún ligero rasguño».

«No se preocupe, estoy acostumbrado, a mí me suelen arrojar

muchas flores cuando viajo por mi país.»

52. LA CARA DE UN HOMBRE ES MÁS HERMOSA QUE SU CULO

Kruschev se marchó de Los Ángeles sin decir ni adiós, sin pararse ante los micrófonos que habían preparado para su despedida y subiendo al tren de San Francisco con cara de pocos amigos.

Cuando el convoy llegó a Santa Bárbara, la primera parada programada, Lodge bajó con Kruschev al andén, que estaba a reventar de gente. Era una deliciosa y soleada mañana de domingo, en la que todos iban vestidos de modo informal y parecían sentirse allí a gusto. Lodge presentó al visitante, el público aplaudió contento y Kruschev, rebosante de felicidad, se sumergió entre la multitud. Estrechó manos. Dio palmadas en la espalda. Acarició las cabezas de los niños. Se inclinó con elegancia ante las señoras. Besó a un pequeño.

Por primera vez en el viaje Kruschev pudo darse un baño de masas. Estaba la mar de contento. Como buen populista entregado al placer sensual que se alimenta de los chutes de adrenalina que le proporciona la multitud entregada, lo suyo era la política de contacto directo, oír de cerca los «vivas», sentir el amor del pueblo. Cuando volvió al tren no había nadie tan feliz en la superficie del planeta.

Excitado por lo que él había percibido como muestras de amor del pueblo americano, Kruschev decidió dejar su asiento con el fin de dirigirse a los vagones traseros y poder charlar un poco con los reporteros que llevaban tras él desde que llegara a suelo americano. Por el tímido altavoz de los vagones una voz anunció que el presidente se aproximaba, «aconsejando» a los casi trescientos periodistas a bordo a que hicieran lo posible por hablar con él sin someterlo al acostumbrado brutal acoso. Parece que nadie se daba cuenta de que eso era como pedirle a un pájaro que no volara o a un pez que no nadase.

«Entró al coche de la prensa precedido por un guardia de seguridad de la Southern Pacific Railroad tan bruto y poco social que parecía uno de esos delincuentes que incluso en la silla eléctrica mueren blasfemando», escribió Murray Kempton. «Después entró alguien del Departamento de Estado y Kruschev con su traductor; por último, Cabot Lodge.»

Se trataba de un vagón restaurante reconvertido en oficina de prensa, lleno hasta los topes de reporteros como piojos en costura aporreando sus máquinas de escribir, rodeados de ceniceros rebosantes, tazas de café a medio beber y periódicos por los suelos en los que podían leerse claramente los titulares del día anterior: «Kruschev enfadado interrumpe a Skouras.»

Y sucedió que mientras el dictador se abría paso como podía a través del vagón, el tren se balanceó bruscamente y él dio un buen tropiezo. Tardó poco en hacer el chiste: «Ahora los periodistas americanos dirán que Kruschev iba cayéndose como un borracho.»

Alguien le ofreció un trago de vodka.

«No, gracias, hace demasiado calor para un vodka.»

«¿Coñac, escocés, bourbon?»

«No, hace mucho calor», repitió Kruschev.

La verdad es que no necesitaba recobrar fuerzas. Iba sobrado. «Hoy he ganado mi libertad», anunció. «He conseguido conocer a americanos de verdad, gente normal y corriente, y les he mirado a los ojos. Me siento feliz de que por fin hayan abierto la jaula en la que me habían encerrado.»

«Hoy parece usted de mejor humor que en la cena», le dijo Daniel Schorr.

«Como usted sabe bien, señor Schorr, cuando a uno no dejan de atacarle tiene que defenderse», respondió Kruschev, quien a continuación ejemplificó su situación lanzando un rápido golpe al estómago del periodista, lo que hizo que el hombre de la CBS se encogiera y diera un paso atrás.

Repuesto del susto, Schorr precisó un poco más: «¿Significa eso que ha decidido no volverse a casa?»

«¿Por qué iba a hacerlo?» contestó Kruschev. «¿No ha visto usted a la multitud en la estación?, ¿no ha visto cómo me saludaba esa niña?, ¿eh? Había una chiquilla de tres o cuatro años sostenida en los brazos por su madre. Es probable que su madre le advirtiera que yo era un comunista. Pero ella me saludó, la niña saludaba al comunismo.» Hizo la señal con la mano para imitar el gesto.

Cuando Kruschev llegó al asiento de Kempton, el columnista sintió que el presidente «estaba tan en forma como un equipo de fútbol justo antes de empezar un partido». Kempton señaló a la caterva de exhaustos y desaliñados reporteros que le rodeaban, y le preguntó: «Señor presidente, ¿cuando usted estaba ahí abajo en la mina de carbón, se sentía tan cansado y sucio como nosotros?»

Kruschev respondió con una alegre y apasionada parrafada en ruso que debió durar algo así como dos minutos. Se detuvo para tomar aire, instante que el traductor aprovechó para desvelar la sabiduría que encerraban aquellas incomprensibles palabras en solo una frase: «Incluso en el fondo de aquella mina, allí también yo siempre cantaba.»

Kruschev soltó otra larga parrafada, que el traductor se vio obligado a traducir de nuevo de la manera más simple en otra auténtica perla de sabiduría: «El secreto de mi salud es que nunca permito que me miren por encima del hombro.»

«¿Disfrutó ayer viendo el cancán?», preguntó otro.

«Un hombre que tenga principios morales no puede disfrutar viendo ese espectáculo», contestó Kruschev. «No es más que una forma disimulada de pornografía. El baile fue mejor que verle a las chicas sus culos, de hecho la cara del ser humano es más hermosa que su culo.»

Dejó bien claro que nunca permitiría que la película se estrenara en la Unión Soviética: «Es algo inmoral. No queremos ese tipo de cosas para nuestra gente.»

No hace falta decir que la reprobación de Can-Can por Kruschev puso a los publicistas del film más contentos que unas castañuelas. El cronista de Hollywood Joe Hyams se lo pasó él solito en grande imaginando los posibles carteles: «Vea Can-Can, la película que escandalizó a Kruschev», «Vea Can-Can, Kruschev dijo: 'Es inmoral'».

El presidente se lo estaba pasando muy bien allí de cháchara con los periodistas, pero tenía otro motivo más para haber ido de una punta a otra del tren: quería evitar ver lo que el Departamento de Estado intentaba desesperadamente que viera, dos misiles Atlas apuntando a Rusia, ni más ni menos. Richard Townsend Davies lo tenía muy claro: «La razón de que se dedicara a pasear por el tren no era otra que se suponía que le iban a enseñar la base aérea de Vandenberg, donde se encontraba preparada una nueva generación de misiles. Los misiles se podían ver claramente desde la ventanilla del tren, así que los del gobierno pensaron que al pasar los de la base colocasen los misiles en posición. Él los vería y de inmediato pensaría: 'Anda tú, esta gente tiene poder, lo mejor sería tenerlo en cuenta.' Y claro, como no podía ser menos, cuando se acercaban a Vandenbreg Kruschev decidió que había llegado la hora de conceder una entrevista informal a los corresponsales. Una entrevista durante la cual, por supuesto, siempre le dio la espalda a la ventanilla.»

Esta falta de interés por los cohetes de Kruschev tenía, asimismo, otra razón, la política de la reciprocidad, que rezaba así: si yo miro los misiles americanos entonces tendré que hacer que Eisenhower vea mis misiles cuando venga a la URSS, y Kruschev sabía muy bien que habría quedado en ridículo ante Ike tanto por la escasa cantidad como por la baja calidad de su pobre arsenal.

De hecho, cuando uno de los periodistas le indicó que si miraba justo a su espalda podría ver perfectamente dos misiles Atlas ICBM listos para su lanzamiento, Kruschev ni siquiera los miró de reojo: «No me interesan sus misiles, los nuestros son mejores.»

Kruschev no solo se perdió los misiles, sino que tampoco vio un cartel muy resultón que anunciaba la presencia del Comando Aéreo Estratégico. En él podía verse el emblema oficial del mando aéreo, un puño sujetando unos rayos y una rama de laurel, acompañado de un eslogan de lo más estudiado: «Nuestro oficio es la paz.»

Al parar el tren en la estación de San Luis Obispo, Kruschev bajó al andén encantado de conocerse, un andén que estaba también repleto de gente. Sonriendo de oreja a oreja se mezcló entre ellos, estrechando cualquier mano que los amables anfitriones le ofrecían.

«¡Miradlo, miradlo!», gritó alguien.

La muchedumbre se abalanzaba sobre el presidente. Se desencadenó una auténtica competición por tocarlo. La verdad es que aquello resultaba extraño. Después de todo, San Luis Obispo no era precisamente un hervidero de comunistas, así que quizá fuera cosa del sex appeal de la fama. Asustados por la repentina avalancha, los miembros de la seguridad soviética intentaron contener al gentío, dando codazos en los estómagos de quienes no acababan de retirarse y dejándole aire libre al jefe. Uno de los rusos le dio un empujón al mismo Lodge, quien de inmediato se lo devolvió diciendo: «¡No se le ocurra volver a ponerme la mano encima!»

A pesar de la que estaba cayendo, Kruschev no dejaba de sonreír y estrechar manos. Cuando la multitud arroyó a un niño y lo tiró al suelo, él mismo se encargó de rescatarlo y acariciarlo hasta que dejó de llorar. Un fotógrafo captó la imagen, y la prensa soviética la publicó con un comentario: «Este chico fue el más afortunado de todos. Acabó en los brazos del ya famoso 'Yayo' Kruschev.»

El tren silbó. Entre Lodge y Menshikov se las apañaron para hacer sitio de manera que Kruschev pudiera volver al tren. Una vez todos a bordo, el premier se volvió para estrechar más manos todavía a pesar de que el tren ya había echado a andar.

Kruschev se mostró algo más que alarmado cuando supo del forcejeo entre Lodge y su agente; sin embargo, lo comentó con él divertido: «Me han dicho que se ha liado usted a golpes con uno de mis chicos.»

«Estaba encantado», recordaría Lodge, «y su actitud hacia mí se volvió mucho más amistosa».

Todo aquel alocado espectáculo le hizo ver a Kruschev que Pravda tenía razón: los americanos le querían. «Bueno, Lodge», dijo entonces, «espero que usted se haya dado cuenta de algo, de que la

gente corriente de este país me quiere. Son solo esos bastardos que rodean a Eisenhower los que me odian».

53. LA CIUDAD DE LA FLOR EN EL OJAL

«No importa donde vayas, Rojazo, jamás encontrarás otra ciudad como la nuestra», escribía el legendario columnista del San Francisco Chronicle, Herb Caen, en un artículo de bienvenida a Kruschev. «De nosotros dicen que somos al mismo tiempo cosmopolitas y provincianos, dialogantes y estrechos de miras, buenos anfitriones y antipáticos, estirados y vulgares…, la ciudad con una flor en su ojal, la ciudad pagada de sí misma, la ciudad con la mente más sucia.»

Desde 1938 Caen había venido escribiendo unas deliciosas columnas cargadas de lirismo sobre la ciudad conocida como la «Bagdad de la Bahía». En ellas hablaba de San Francisco como un paraíso multirracial para excéntricos, bohemios y bon vivants, todos ellos gente con mucho mundo y sobrada inteligencia. El San Francisco de Caen quizá pecaba de idealizado o mítico, pero sin duda era reconocible. Su rival del sur, Los Ángeles, era conservadora, republicana, entregada a los negocios y, a pesar de Hollywood, más bien de carácter serio. San Francisco era liberal, demócrata, prounionista y poco convencional. Nacida al amparo de la fiebre del oro, la ciudad conservaba todavía una actitud tolerante con el vicio y gustaba de la excentricidad. De ahí que atrajera una colorida variedad de artistas y pseudoartistas, borrachines, cabezas-locas, homosexuales, bohemios y escritores, desde Mark Twain a William Saroyan o Allen Ginsberg.

En los cincuenta los bohemios se reunían en City Lights, una librería cuyo propietario, Lawrence Ferlinghetti, también había sido el editor del libro de Ginsberg que contenía un poema legendario que también le daba título al volumen: «Howl» («Aullido», en Aullido y otros poemas). Estos nuevos bohemios se llamaban a sí mismos «beats», pero en 1957 el propio Caen los bautizó definitivamente como «beatniks», nombre que perdura aún hoy.

Al acercarse la visita de Kruschev, Caen informó de que algunos beatniks de la ciudad se estaban preparando para recibirlo al más puro estilo surrealista de San Francisco, elaborando un gran cartel en el que podía leerse: «¡Bienvenido, Noel Coward*!»

Caen confesaba no entender el mensaje: «La verdad es que yo no lo pillo», y añadía, «y supongo que el señor K tampoco lo pillará».

Su compañero del Chronicle, Arthur Hoppe, que poseía un malévolo sentido del humor, se dio una vuelta por la suite royal del hotel Mark Hopkins, en la cual Kruschev habría de alojarse. Y mire usted por dónde se dio cuenta de un detalle en absoluto nimio: Kruschev había pedido que las dos camas individuales fuera sustituidas por una de matrimonio. Todo hacía pensar que Niky y Nina querían darse cariño el uno al otro. Era San Francisco, después de todo.

Cuando Hoppe se encontró con la camarera Natalia Heyman, una inmigrante de Letonia con la que los invitados podrían entenderse en ruso y a quien le habían asignado la tarea de cuidar del dictador, le preguntó de coña si acaso estaba planeando ponerle una bomba.

«Por supuesto que no», le respondió Heyman más en serio de lo que cabía esperar. «Si le pusiera una bomba, saltarían por los aires otros cien más y eso me podría traer de verdad algún problema.»

De camino a la «ciudad del clavel en la solapa» Kruschev se dio una buena comida y después se acomodó como pudo en uno de los vagones del tren para echarse una siesta. La verdad es que durmió como un cadáver durante dos horas bien cumplidas, así que no escuchó el silbato que anunciaba la parada de San José, de modo que Menshikov no tuvo otra que sustituir a su jefe ante la multitud concentrada en la estación. Aquí le esperaba el alcalde con sendos obsequios: uno era una llave de madera de la ciudad; el otro, una caja de ciruelas.

Cuando el tren llegó a San Francisco, Kruschev estaba como una rosa. Bajó al andén y allí recibió el saludo del alcalde George Christopher.

«¿Dónde está su jefe»?, preguntó Cristopher.

Kruschev se quedó parado y le miró fijamente.

Era una broma. Cristopher soltó unas risas: «Amigo, usted y yo solo somos los jefes en apariencia.» Lo explicó: «Le presento a mi jefe que se encuentra aquí conmigo, esperando a conocer a su jefe.» Efectivamente, le presentó a su esposa, quien esperaba a Nina con unas flores en señal de cortesía.

¡Ah tú, que era una broma! Pues menos mal; pero en fin, cuando lo entendió todo, Kruschev sonrió y presentó también su esposa al alcalde. La señora Cristopher dio un abrazo a la esposa del premier y le entregó el ramito de rosas. Después subieron juntos en una limusina para recorrer un trayecto de veinte minutos hasta el hotel. Por el camino a Kruschev le dio por criticar el firme de la calzada, de no tan buena calidad como el ruso, y bajó la ventanilla para saludar al personal.

En cierto momento Kruschev vio la cara de Cristopher en un cartel de propaganda electoral: «¡Hombre! Así que está usted en plena campaña…» Dijo, y añadió: «Será un placer hacer campaña a su favor.»

La respuesta de Christopher fue de «profundo agradecimiento». Sonrió y dijo: «Preferiría que limitase sus actividades a los asuntos que le conciernen.»

A las puertas del Mark Hopkins Hotel se apelotonaban unas 10.000 personas ansiosas por ver al invitado. Arthur Hoppe, del Chronicle, se jugó la vida mezclándose entre el gentío para preguntar a los presentes si tenían pensado aplaudir a Kruschev. Nadie dijo que sí. «Oh, no, no creo que debamos aplaudir a un hombre como este. No sé si me explico…», respondió una buena señora.

Llegó la caravana, y entonces algunos empezaron a aplaudir. Al instante casi todos aplaudían o saludaban con la mano. Kruschev salió del coche todo entusiasmado. Alzó al aire sus manos y después las juntó, apretándolas como si fuera un púgil que acabara de ganar el título del Consejo Mundial de Boxeo. Se mezcló entre la gente, estrechó manos y abrazó a una mujer.

Pero junto a la multitud sonriente pudo distinguir claramente a un

hombre que sostenía un cartel: «Los húngaros te vamos a enterrar.» Kruschev sonrió: «Hay que ver cuánta gente lista y solo un tonto. Supongo que lo hacen para divertirnos.»

Cuando el premier finalmente entró en el hotel, Hoppe empezó a preguntar a la gente por qué habían aplaudido.

«¿De qué sirve ser un maleducado?», dijo un viejecito que chupaba un puro. «Quiero decir que a dónde lleva eso. Nosotros le hemos dado a él una buena lección de buenos modales, ¿o no?»

«¿Una lección de qué?», preguntó Hoppe.

«Tú ya me entiendes», respondió el viejo, «a este le hemos dado una lección».

54. CANCÁN PARA LOS LACAYOS DEL CAPITALISMO

Cuando Kruschev cruzó la puerta del Golden Empire Room, hotel donde habría de cenar esa noche con una delegación de los líderes sindicales americanos, Victor Reuther le dio la mano y lo saludó en un perfecto ruso.

«¿Es que habla usted ruso?», le preguntó Kruschev.

«Señor presidente, usted olvida que pasé algún tiempo en su país.»

«¿Cuándo?»

«En 1933 y 1934.»

«¿Dónde?»

«En la fábrica de automóviles Gorki, que por entonces se llamaba Molotov, en honor al gran bolchevique», respondió Reuther todavía en ruso. «Dígame, señor presidente, ¿la fábrica aún tiene el mismo nombre?»

La flecha iba bien envenenada. Viacheslav Molotov, que había sido ministro de Asuntos Exteriores con Stalin, formaba parte de la línea dura del Kremlin que había intentado acabar con la carrera política de Kruschev en 1957. Fracasaron, por supuesto. Si hubiera sido Stalin el perseguido, los hubiera mandado ejecutar de inmediato, pero Kruschev se conformó con desterrar a los conjurados a desempeñar puestos de lo más oscuro en lugares muy oscuros también. Molotov acabó de embajador en Mongolia, algo claramente humillante para alguien que, entre otras cosas, había negociado los pactos entre Hitler y Stalin (también es cierto que los pactos entre esos dos eminentes políticos llenos de bondad no acabaron demasiado bien).

«Nyet», respondió Kruschev lanzando una mirada criminal a Reuther. «Hoy se llama solo "Gorki".» Después lo dejó plantado y se dirigió a saludar a los otros líderes sindicalistas, incluido Walter, hermano de Reuther, que presidía el Sindicato de Trabajadores de Automóviles.

Walter Reuther era uno de los sindicalistas más inteligentes y preparados de América. Nacido en una familia socialista originaria de Wheeling, en West Virginia, Reuther se trasladó a Detroit en 1927 con solo veinte años para trabajar fabricando piezas en una planta de la Ford, al tiempo que estudiaba en la universidad por la noche. Partidario ferviente de la lucha sindical, decidió en 1932 viajar por el mundo en compañía de su hermano Víctor. Visitaron a sus parientes en Alemania, donde fueron testigos del ascenso de Hitler. Siguieron hasta la Unión Soviética, donde trabajaron en la fábrica de automóviles Gorki, una industria levantada gracias a la maquinaria vendida por la propia Ford. Allí pasaron dieciocho meses, un período que coincidió con los años más brutales de la represión estalinista. Todo aquel terror les hizo regresar a casa cargados de un profundo amor por Rusia y una profunda animadversión por el comunismo. En 1935 los hermanos estaban de nuevo en Detroit. Allí Walter fue uno de los que propiciaron el aumento de influencia en el sector del apenas recién nacido sindicato americano del automóvil y promovió a su hermano Víctor al cargo de adjunto a la dirección. Juntos consiguieron levantar un sindicato poderoso, reivindicativo y también honrado, pensando siempre en mejorar las condiciones de sus afiliados. Esto enfadó a

George Romney, presidente de American Motors Corporation y futuro gobernador de Michigan, quien no dudaba en calificar a Walter como «el hombre más peligroso de Detroit».

Después de que Ike anunciara la venida de Kruschev, el Departamento de Estado pidió a los principales líderes de la AFL-CIO (el mayor sindicato obrero de América) que acudieran a un encuentro con el premier ruso en San Francisco. Su presidente, el conservador George Meany, rechazó la invitación con el argumento de que ni muerto se metería en una misma habitación con un dictador comunista. Pero Reuther sí aceptó y además convenció a otros seis presidentes de otros sindicatos para que desoyeran a Meany y compartieran mesa y mantel con el líder ruso. Se trataba de una cena privada: Kruschev con algunos de sus ayudantes y los dirigentes sindicales. No habría prensa; no estaría Lodge.

Cuando se sentaron, Kruschev se encontró con que estaba sentado en una silla que tenía en medio una de las patas de la mesa; Reuther se dio cuenta y se ofreció a cambiarle el sitio.

«Aunque le haya movido hacia la derecha, señor presidente, le aseguro que lo he hecho sin ninguna motivación política», bromeó Reuther.

Kruschev rio con la ocurrencia: «No importa cuánto o dónde me mueva; en lo esencial, siempre estaré en el comunismo. Las cosas cambian, y tengo la impresión de que todo va de camino al comunismo.»

Las copas llenas. Los primeros brindis liquidados. Esas copas se vaciaron y volvieron a rellenarse varias veces. Pero Kruschev se dio cuenta de que Walter Reuther, abstemio convencido, disimulaba rozando apenas con sus labios el cristal. «Pero bueno, ¿qué es esto?», le reconvino Kruschev, «¿será posible que usted no esté brindando como debe ser?».

«Señor presidente, quiero que sepa que cuando la revolución comunista llegue a América al menos habrá un sindicalista sobrio que la estará esperando», fue la ingeniosa réplica de Reuther.

La abundancia en la ingesta de vinos y espirituosos diversos podía

hacer pensar que aquel ambiente tan distendido podría durar para siempre; pero no. Cuando Walter Reuther sugirió que los Estados Unidos y la Unión Soviética colaboraran en la ayuda exterior a los países más pobres, Kruschev se burló de él y de su idea: «Los americanos no hacen más que explotar las riquezas de otros países, de los países subdesarrollados, para su beneficio propio», dijo. «Francia e Inglaterra hacen lo mismo. Explotan los recursos de los países que necesitan ayuda. Nosotros no explotamos a nadie. Nosotros comerciamos con ellos.»

«Ustedes explotan a los trabajadores de Alemania Oriental», atacó entonces Reuther.

«¿De dónde saca semejante tontería?»

«Si ustedes no los están explotando, ¿por qué 3.000.000 de ellos ya han cruzado la frontera?»

«Usted está enfermo de capitalismo y no tiene remedio», le respondió Kruschev.

Reuther: «¿Qué derecho tiene usted a hablar en nombre de los trabajadores de todo el mundo?»

Kruschev: «¿Qué derecho tiene usted a meter las narices en Alemania Oriental?»

La discusión estaba empezando a convertirse en algo parecido a una bronca de taberna y los presentes comenzaron a alzar sus puños al aire para dar más fuerza a sus argumentos. Las cosas solo podían empeorar si se trataba el tema de la situación de los sindicatos en la URSS. Y sí, eso fue lo siguiente.

Atacó Reuther: «¿Podría darnos un solo ejemplo en que algunos de sus sindicatos haya estado en desacuerdo con las políticas de su gobierno?»

«¿Y ahora por qué mete sus narices en nuestros asuntos?», replicó Kruschev.

«La libertad es asunto de todos. Usted habla de su preocupación por los trabajadores de Asia.»

«¿Y qué nombre tiene lo que usted representa?» El premier se detuvo antes de contestarse a sí mismo: «Ustedes son solo unos lacayos del capitalismo.»

A Reuther, un hombre a quien habían hecho la vida imposible, a quien habían golpeado, disparado incluso, por defender los derechos de los trabajadores, no pudo menos que entrarle la risa floja ante tal acusación. «En Wall Street dicen que soy un agente de Moscú y veo que Moscú dice que soy un agente de Wall Street.»

Paul Phillips, que trabajaba para la prensa de los sindicatos, se atrevió a preguntar a Kruschev por qué en Rusia se silenciaban las retransmisiones de Radio Europa Libre. El dictador ya había respondido a esa pregunta en Nueva York y no tenía ninguna gana de hacerlo de nuevo.

«¿A usted que le gusta cenar?», preguntó a Phillips.

«No sé, quizá roast beef.»

«Pues yo borscht. Así que siga usted con su roast beef que yo seguiré con mi borscht.»

«Pero usted insiste en que solo haya borchst para todo el mundo», replicó Phillips.

Ya de muy mala sombra, Kruschev se levantó y se quedó de pie, quieto por unas décimas de segundo. De pronto dio la espalda a los comensales. Parecía estar a punto de salir de aquel comedor empujado por un terrible enfado. Pero no. Era un truco para cambiar de tercio. Aún de pie y siempre de espaldas, se agachó, se levantó la chaqueta, enseñó sus cuartos traseros y los comenzó a menear en burda parodia del cancán que había visto en Hollywood.

Se explicó: «En ese absurdo baile las chicas se levantan la falda. Esto es lo que ustedes llaman libertad, la libertad que tienen las chicas para mostrar su culo. Para nosotros no es más que pornografía. Es el capitalismo lo que hace que se comporten así.»

«¿Cree el señor presidente que debería haber una ley que impidiera a las bailarinas enseñar su trasero?», le preguntó Phillips.

«Sí, debería haber una ley que prohibiera a las chicas enseñar así su trasero; una ley moral», dijo Kruschev.

«Pero si yo no quiero ir a verlo, no voy y ya está», dijo James Carey, presidente del sindicato de trabajadores de la electricidad, «yo soy libre para no ir a verlo».

«Sí, pero sus hijos seguro que irán a verlo», sentenció Kruschev maldiciendo la corrupción de la pretendidamente inocente juventud americana.

En su favor, hay que decir que Kruschev no era el único político que había intentado desviar la atención del público para disimular sus defectos recurriendo a la versión babilónica de Hollywood, pero en su contra también cabe decir que él era probablemente el único que había adornado esa distracción haciendo una pantomima de la misma «basura» que estaba denunciando. Menos mal que no había cámaras de televisión de por medio y nadie grabó imágenes del dictador comunista meneando el culo ante los lacayos del capitalismo.

Al día siguiente, un funcionario del Departamento de Estado entrevistó a los sindicalistas con el fin de poder redactar un informe oficial para Washington, informe que incluía la siguiente foto fija de Kruschev en su momento álgido de cabreo:

«Cuando K pierde los nervios se le comienza a enrojecer la nuca. El rojo avanza luego hacia el resto de la cabeza y por fin le baja por la cara.»

55. DE CÓMO A J. EDGAR HOOVER LE PILLARON EN BRAGAS

Al día siguiente Kruschev se escapó.

La mañana del martes 21 de septiembre, tras la noche con la cúpula sindicalista, el dictador madrugó y se escaqueó para darse un garbeo por su cuenta fuera de programa. Salió del ascensor al hall principal del Mark Hopkins a las 7:35 con la idea de pasear por la

calle. Esto cogió a los guardaespaldas completamente por sorpresa: de hecho uno de ellos salió detrás de él por la puerta con los faldones de la camisa aún por fuera.

Era un día magnífico para pasear, con el sol ya destellando en un cielo azul esplendoroso. Kruschev se dio una buena bocanada del aire de otoño y se dispuso a recorrer California Street. Los guardaespaldas y reporteros finalmente consiguieron alcanzarlo. Se paró a mirar a dos basureros que hacían su trabajo y les pregunto algunas cosas sobre los modernos camiones de basura americanos. Cuando pasó un tranvía sonrió y saludó a los pasajeros, y estos le devolvieron complacidos la cortesía. Una amable viejecita con un elegantísimo sombrero sacó una cámara de su bolso y el premier se ofreció todo amable para posar, utilizando para ello el equivalente ruso de «¡Patata!». Se detuvo a contemplar con admiración el templo masón, para luego desandar lo andado y volver al hotel, excitado hasta más no poder por haber conseguido la hazaña de robar unos momentos no previstos.

«He conseguido librarme de las garras del señor Lodge», les dijo a los reporteros. «Mientras él aún dormía, yo me he dado un paseo.»

Los breves minutos de libertad le debieron de estimular el apetito, pues al volver a la suite se zampó un desayuno pantagruélico: zumo de naranja, té, yogur, patatas fritas, guisantes, aceitunas negras y un filete mignon bien hecho.

Tras la ligera colación, Lodge lo recogió para realizar una visita turística a San Francisco a bordo de una lancha guardacostas. De camino al muelle, dentro de la limusina, al premier le dio por la filosofía y empezó a explicarle a su compañero que los fundamentos de la Biblia y los del comunismo eran básicamente los mismos. La única diferencia era, matizó, que los cristianos creen que la sociedad perfecta vendrá de la mano de Dios, mientras los comunistas creían que debía ser obra del hombre.

Ya en el agua, algunos minutos después, Kruschev volvió a asuntos menos metafísicos. Cuando divisó a un carguero de la US Navy dijo que sentía pena por los marineros, pues si estallaba una guerra, los grandes barcos serían como patos dormidos, «un buen blanco para los cohetes». Añadió que la marina soviética estaba desmantelando

su flota y sustituyéndola por submarinos.

«¿Cuántos submarinos tienen ustedes?», quiso saber un periodista.

«Si le contara cuál es el auténtico poder de nuestra flota submarina, pensaría que estoy fanfarroneando», respondió fanfarroneando igualmente el presidente. Luego sonrió. «No se preocupe, nosotros de momento usamos nuestros submarinos solo para pescar arenques.»

«¿Podría ser cierto que su flota de caza-arenques estuviera concentrada en la base de Vladivostock?», dejó caer Lodge, a ver qué pasaba.

«Un arenque no es como un cerdo», replicó Kruschev, «no se les puede cazar allí donde uno quiera. Hay que cazarlos donde están». Enigmático.

Conforme el barco seguía su ruta, el capitán hacía de guía turístico: el Golden Gate, Alcatraz, etc. Kruschev se empapó del cálido sol y del olor a sal. Como hacen los millones de turistas que pasan por la ciudad, también él dijo que le gustaría volver tras jubilarse.

Mientras su esposo recorría la bahía, la señora Kruschev salió de compras acompañada de la señora Lodge y de Buchanan. La llevaron a Sears, donde compró juguetes, ropa infantil y doce pares de medias de seda. «Se puso más feliz que unas castañuelas cuando se enteró de que por comprar doce pares se llevaba uno gratis», les contó después el encargado a los reporteros. Tras las compras, las señoras comieron en Trader Vic, donde Nina pidió algo llamado «Chopped Nueva York a la Hawaiana», ni más ni menos, que finalmente resultó ser una hamburguesa con rodajas de plátano y de piña fritas encima.

Mientras ella se daba a este extrañamente típico plato americano, el barco con su marido a bordo regresó al muelle. Kruschev, que ahora estaba en plan suave, condenó a Lodge a compartir sus últimas reflexiones sobre el dichoso discurso del alcalde Poulsen en Los Ángeles: «Él intentó soltarse un pedo disimuladamente, y acabó cagándose en los pantalones.»

Ya en tierra firme Kruschev visitó a Harry Bridges, presidente de ILWU, un sindicato heterogéneo que contaban en sus filas con trabajadores del puerto y de los almacenes de carga, empleados de hotel, conserveras, etc. Bridges era un radical al que habían llamado «comunista» tantas veces casi como al propio Kruschev.

Cuando llegó al local del sindicato, cerca del Muelle de los Pescadores, seguido por el habitual montonazo de reporteros y fotógrafos, la esposa de Bridge, Noriko, le recibió con un ramo de rosas. Al mismo tiempo que le daban la bienvenida, Bridges informó todo contento a Kruschev de que estaban esperando un niño. Y Kruschev soltó ni más ni menos que un lapidario: «Espero que crezca en paz.»

En el interior Kruschev y Bridges subieron a un estrado para decir unas palabras. Bridges era alto y delgado, y los fotógrafos le pidieron que se situara ligeramente detrás del ruso, al que sacaba una cabeza, para hacerles una foto juntos. «Claro que sí, me pondré detrás de él. Es un buen hombre. Estaría encantado de ofrecerle un trabajo.»

¿Dijo «buen hombre»? Sin duda Bridges era el único líder sindical de importancia que se atrevería en los Estados Unidos a hablar bien del comunismo y de un comunista. Quizá precisamente por esa razón el Gobierno americano llevaba casi veinte años intentando por todos los medios expulsarlo del país.

Originario de Australia, Bridges se embarcó a los quince años. Se unió al sindicato de marineros, participó en una huelga y se instaló en San Francisco, donde se hizo estibador. Era un trabajo duro, peligroso y muy mal pagado. En 1933 Bridges, junto a un comité de activistas del Partido Comunista Americano, organizó el sindicato de trabajadores de los muelles. En 1934 organizaron una huelga, y en uno de los muchos incidentes entre la policía y los piquetes resultaron muertos dos hombres. Este suceso dio pie a que la central sindical de San Francisco declarara una huelga general que paralizó la ciudad.

Los estibadores acabaron ganando, y Bridges se erigió en uno de los más reconocidos líderes radicales de los sindicatos americanos. Pero pronto experimentó el sabor agridulce de esa fama: en 1937 fue

portada de la revista Time, pero en 1938 el Gobierno federal comenzó una larga campaña destinada a expulsarlo del país acusándolo de ser miembro del Partido Comunista. Él negó la acusación; admitió que lo apoyaba, pero nunca reconoció su pertenencia al mismo. De 1939 a 1955 el gobierno no cejó en su empeño de privarle de la ciudadanía, pero todos los intentos fracasaron ante los tribunales.

Esta larga persecución de aire kafkiano acabó haciendo de Bridges todo un experto en detectar, eludir y cabrear a todos los agentes del FBI que tenían como misión seguirlo donde y cuandoquiera que fuese. En 1941 se encontraba en Nueva York cuando descubrió que habían pinchado el teléfono de su habitación en el Edison Hotel. También descubrió a dos agentes que le espiaban desde el cuarto contiguo. Así lo resumía en una entrevista: «Casi podría decirse que le cogí el gusto a eso de burlarme del FBI.»

En cierta ocasión llegó a escaparse sigilosamente del hotel esquivando a su séquito de federales y alquiló una habitación en el hotel Piccadilly, en la misma calle. Entonces compró unos prismáticos e invitó a los periodistas a su residencia clandestina. La juerga consistió en espiar a los espías. Bridges y uno de sus amigos volvieron al Edison y empezaron a hablar a grito pelado en su cuarto sobre supuestas y surrealistas conspiraciones. Mientras tanto, los periodistas en el Piccadilly podían ver a los agentes del FBI cómo grababan la absurda conversación. Para mayor castigo y chufla a los pobres federales, antes de abandonar el Edison se puso a destruir muy ostentosamente un montón de sobres vacíos o con contenidos absurdos, cartas y papel-carbón, dejando los restos en la papelera. La juerga acabó volviendo al Piccadilly para reírse de cómo los agentes rebuscaban en la basura y sufrían intentando recomponer lo destrozado.

Cuando los periodistas del New Yorker y del PM hicieron pública la historia de todo este esperpento, el fiscal general, Francis Biddle, convocó al director de la agencia J. Edgar Hoover a la Casa Blanca para que explicara cómo era posible que hubieran hecho el ridículo de esa manera ante el mismo presidente Roosevelt.

Al oír todo lo sucedido, Roosevelt lo encontró de una comicidad tal que sonriendo cogió a Hoover por el hombro y sonriendo le dijo:

«¡Por Dios, Edgar, es la primera vez que te pillan en bragas!»

A Hoover, que tenía menos sentido del humor que el mínimamente imprescindible, aquello no le hizo ninguna gracia. Decidió hundir para siempre a aquella panda de rojos que lo habían humillado. Ordenó que continuara el acoso a Bridges. El día en que Kruschev llegó a San Francisco, el archivo que el FBI tenía del líder de los trabajadores del puerto ya sobrepasaba las 37.000 páginas.

Allí en el estrado situado en el hall del sindicato, Kruschev tenía ante él a 300 estibadores: «Nosotros en Rusia nos llamamos camaradas; ¿puedo llamar a todos los que están aquí camaradas?»

Los estibadores estaban entusiasmados.

«El deseo principal que os traigo, camaradas, es la paz», continuó Kruschev. «Pero la paz no es suficiente. Hace falta trabajo, un trabajo digno…, y un buen salario.»

No cesó el entusiasmo. Iba en aumento. El premier comenzó a estrechar manos. Uno de los trabajadores se quitó su gorra blanca y se la colocó al propio Kruschev en su oronda cabeza. Rebosante de alegría, este le ofreció a su nuevo camarada su sombrero de fieltro gris: «Quédate con el mío. Es un intercambio en nombre de la paz.»

Kruschev no se quitó la gorra blanca en todo el día. Ese adorno le daba el salero de un pensionista camino del hogar del jubilado del barrio con la idea de sacarse un cafelito gratis jugando al dominó. Lo único que le faltaba para completar el look era ir masticando un mondadientes.

Treinta años más tarde, en 1992, a un historiador americano llamado Harvey Klehr le fue concedido un permiso para acceder a los antiguos archivos de la Internacional Comunista, en la propia Moscú. Bien. Klehr encontró pruebas claras y suficientes de que Bridges había pertenecido al Partido Comunista de los Estados Unidos e incluso de que formó parte de su comité central en los años treinta. Pero, cosas de la vida, en 1992 Bridges ya estaba muerto, como también lo estaba la propia Unión Soviética, y a nadie le importó este revelador dato.

56. SALVE, SANTA IBM

Desde su cargo de la International Business Machine Corporation, Thomas J. Watson Jr. había hecho lo posible y lo imposible para conseguir que durante su tour por América Kruschev visitara la nueva planta de la empresa, ubicada en San José. Estaba ansioso por mostrar su computadora RAMAC al premier ruso y, ya de paso, a la horda de periodistas que el premier ruso arrastraba tras de sí. Pero, siendo sinceros, Watson ya había comenzado a preguntarse si aquella idea era una locura. Y es que por donde Kruschev pasaba la cosa terminaba en bronca, así que el presidente de IBM estaba preocupado por la posibilidad de que el ruso acabara dañando la imagen de la empresa convirtiendo la visita en una excusa para atacar al país. ¿Qué hacer si se pone a decir cosas incómodas?, ¿qué responderle?, ¿qué pasará con los 2.000 empleados? Muchos de ellos eran inmigrantes huidos de la Europa del Este. ¿Y si a uno le daba por insultarlo?, ¿y si otro hacía algo aún peor?

Watson llegó a San José unos días antes de la visita y tomó una habitación en un hotel con la idea de preparar a conciencia el evento. Se encargó de colocar en todos los tablones de anuncios de la fábrica un escrito donde quedaba bien claro que la invitación a Kruschev no significaba en absoluto un apoyo a su figura y a lo que representaba; también permitía a cualquier trabajador que no estuviera de acuerdo con la visita faltar al trabajo dos días sin descontar nada de su sueldo. «Pensé que solo un día de vacaciones pagadas no sería suficiente para convencer a los posibles saboteadores para que no estuvieran presentes», explicaría más tarde. «Aceptaron la oferta unos veinte.»

Su afinidad era un tanto alambicada, pero ciertamente Kruschev y Watson tenían muchas cosas en común. Los dos eran los sucesores de dos líderes legendarios manifiestamente autócratas y egomaníacos, y los dos se habían atrevido a denunciar a sus predecesores por promover un culto a la personalidad. Kruschev había sucedido a Stalin. Watson Jr. había sucedido a su padre, Thomas J. Watson, quien había convertido a IBM en un gigante

industrial, cierto, pero que mientras se mantuvo al frente de la empresa exigía a sus empleados que le cantaran sus glorias, así, literalmente, tal y como se explica a continuación.

El antiguo vendedor ambulante de máquinas de coser y de registradoras Thomas Watson padre se hizo con la Computing-Tabulating-Recording Corporation en 1914, cambiándole el nombre por IBM y creando una extravagante cultura corporativa que podría definirse en parte como una dictadura de tono paternal y en parte como un numerito de animadoras de instituto. De entrada, Watson tenía establecidas unas estrictas reglas de vestuario, como el traje oscuro, la camisa blanca y nada de bigotes o barbas. En cualquier fiesta de empresa la bebida y el tabaco estaban prohibidos. Toda oficina o sucursal de IBM debía estar presidida por su retrato enmarcado, y junto a él unos letreros con los eslóganes «Piensa», «Un vendedor es un hombre que vende» y «No hay nada como quedarse quieto». La foto de Watson inauguraba cada número de Business Machines, el periódico interno de IBM, y sus aforismos y pensamientos llenaban Think, la revista de la compañía. Creó la orquesta IBM, el grupo musical IBM, el orfeón masculino IBM y el coro mixto IBM. También publicó un libro de canciones de IBM, titulado así, Canciones de IBM, y cada mañana sus vendedores se unían en comunión física y mística para entonar alguna de las composiciones en él recogidas.

Una era En marcha con IBM («Con T. J. Watson como guía/ recorreremos el mundo entero»). Otra era Salve, IBM («Nuestras voces se llenan de fuerza y orgullo/al cantarle a T. J. Watson»). Y otra ya anunciaba en su título cuál era el tema, por si acaso alguien lo dudaba: En honor de Thomas J. Watson:

Olvida tus problemas, ¡llega T. J. Watson!

Y ríe, ríe, ríe.

Es el genio de IBM,

El que vale de verdad.

El que siempre nos motiva

Y sabe hacer de todo.

Es una pena traducirla porque sin rima la cosa pierde mucho, pero bueno… Lo que está claro es que si T. J. Watson hubiera seguido aún con vida cuando Kruschev llegó a la planta de IBM en San José el 21 de septiembre de 1959, el dictador se habría encontrado con el espectáculo de 2.000 empleados cantando Salve, IBM a tres voces y orquesta. Por desgracia, ese impagable momento nunca ocurrió. El viejo patrón había muerto en 1956, y su hijo pudo finalmente mostrar abiertamente la vergüenza que sentía de todas esas estúpidas canciones y de toda esa parafernalia que su padre hacía desplegar a mayor gloria de sí mismo movido por lo que Watson hijo llamaría, copiando el discurso secreto de Kruschev, «culto a la personalidad».

La caravana que traía a Kruschev llegó a IBM justo antes de la comida. A primera vista, Watson confesó haber visto a un «hombrecito regordete y alegre vestido con un traje arrugado color marrón». Recordaría que «llevaba una gorra blanca de estibador que había cambiado por su sombrero habitual en el sindicato».

Watson tenía un porte alto y elegante, aristocrático, que coronaba con una espléndida cabellera cana. Estrechó la mano del presidente y le condujo a la cafetería de la empresa. Ese gesto fue sin duda una buena jugada, ya que Kruschev estaba, como era habitual, muerto de hambre. Sí que había desayunado a lo bestia, pero de eso habían pasado ya cuatro horas y sus «camaradas» del puerto no le habían ofrecido ni un miserable canapé. Sí que estaba hambriento, y así, con el estómago vacío, no había quien tuviera ganas de ver ordenadores.

En la cafetería, Kruschev tuvo su primer rendez-vous con el concepto de «autoservicio». Se quedó prendado de inmediato, sin duda porque le permitía coger la cantidad de comida que quisiera, una cantidad que, por cierto, resultó ser copiosa.

La cafetería de la planta de IBM, como cualquier otra de su género,

requería el esfuerzo de cargar con la bandeja a lo largo de un mostrador que llegaba a la cintura mientras se iba recorriendo uno por uno los recipientes dispuestos en un magnífico buffet. Para Kruschev esto no fue ningún problema, pero no sucedió lo mismo con alguno de los de su equipo. «Papá iba sujetando con fuerza la bandeja, pasando ante cada recipiente con los ojos entusiasmados», recordaría Sergei Kruschev años después. «Gromyko siguió sus pasos, y también el resto de la delegación, pero estos lo hicieron con pocas ganas. En el fondo creían que aquello era una broma de mal gusto, pues casi todos llevaban ya muchos años acostumbrados a no tener que servirse a sí mismos la comida: para eso estaban los camareros, las criadas o, en el peor de los casos, las secretarias del partido. Por eso se limitaron a ir dejando de mala gana que la bandeja se deslizara casi automáticamente por el mostrador.»

Al final Kruschev y Gromiko consiguieron con mayor o menor entusiasmo llegar al final del autoservicio; pero, vaya usted a saber cómo, a Vyacheslav Yeludin, ministro de Universidades se le acabó cayendo la bandeja, que aterrizó en el suelo con un sonoro ruido. Mientras la gente se daba la vuelta para mirar el triste desaguisado, Kruschev empezó a reírse de su ministro diciendo que debería haber hecho pesas antes de venir, que cómo se notaba que sus brazos no estaban hechos al trabajo. Yeludin aguantó con resignación la burla, mientras luchaba por deshacerse de los trozos de repollo que adornaban de arriba a abajo sus pantalones.

Kruschev se sentó junto a Watson y atacó con ganas el condumio, compuesto finalmente de pollo frito, patatas, ensalada de fruta, sopa de cebolla, zumo de naranja y té frío. Cuanto más comía, más cómodo y feliz se iba sintiendo. «Es usted todo un experto en las leyes de la psicología», le dijo a Watson. «Ha elegido bien comenzando la visita trayéndome al comedor.»

Una vez el premier se encontró totalmente recompuesto, Watson le llevó a recorrer la fábrica, sin disimular su orgullo y satisfacción por la joya de la corona, el ordenador RAMAC. Dos meses antes Watson había llevado la máquina a Moscú, a la exposición de la que hace ya muchas páginas hemos hablado aquí. Allí pudo verse a RAMAC respondiendo a cuestiones de diversa índole sobre la vida americana. Al volver a San José después de la feria, los informáticos

reprogramaron aquella máquina milagrosa como si fuera un libro de historia. Todo lo que el visitante tenía que hacer era escoger un año concreto a partir del siglo IV a.C., y RAMAC le haría saber los acontecimientos fundamentales ocurridos en esos doce meses en diez lenguas, entre ellas el ruso.

«Aquella demostración me emocionó especialmente, pues había sido idea mía», recordaría después Watson.

Por desgracia, a Kruschev aquel aparato tan listo no le emocionó en absoluto. A ver: sus científicos trabajaban ya con cientos de aquellos ordenadores, ¿cómo si no habían conseguido colocar un cohete en la Luna? Por otra parte, para cosas admirables de verdad ya estaba el autoservicio…

«A mi padre le fascinó muchísimo más la cafetería de IBM que sus ordenadores», diría después Sergei Kruschev. La verdad es que el premier cayó enamorado de la idea del self-service y ya le rondaba por la cabeza la idea de aplicarlo al volver a casa. Los miles de burócratas del Kremlin tendrían que cargar ellos mismos con su comida y no haría falta perder el tiempo esperando a que se la trajeran las camareras. En particular le entusiasmaron las mesas, cubiertas de esa formica tan fácil de limpiar: se ahorraría mucho dinero al no tener que mandar a lavar los manteles sucios.

Kruschev no paraba de repetírselo a su hijo con la admiración propia de quien hubiera sido testigo del mayor descubrimiento científico de todos los tiempos: «Chico, vas, quitas las migajas, luego pasas un trapo, ¡y ya está todo limpio!»

57. UN INFIEL EN LA CATEDRAL DEL CAPITALISMO

Al reportero de la revista Time Burt Meyers le dieron el soplo de que estaba prevista una visita de Kruschev al Quality Foods, un gigantesco supermercado en las afueras de San Francisco, así que se escaqueó del resto de sus colegas, escondió su acreditación en el bolsillo y se fue hasta el local con la idea de hacerse pasar por un

cliente más.

Meyers intentaba pasar desapercibido en la sección de los congelados fingiendo estudiar con profundidad la diversidad de platos precocinados, cuando se dio cuenta de la presencia de ciertos hombres con gafas de sol que merodeaban por la tienda. Estaba claro: el FBI. «¡Acerté!», debió de pensar entonces el reportero: efectivamente, Kruschev estaba a punto de llegar. Ya no había duda.

Ciertamente la cosa tenía sentido. Tenían que llevarlo allí. Aquel supermercado era el símbolo máximo de la opulencia americana, una catedral del capitalismo, una cornucopia de las delicias terrenales. Mientras el bloque soviético sufría escaseces y racionamientos, América no paraba de construir supermercados cada vez más grandes, atiborrados de cantidades ingentes de comida empaquetada en cajas y recipientes a cual más alegre y atractivo. No era extraño que los rusos que acudieron a la feria americana en Moscú aprovecharan para robar todo lo que les cabía en los bolsos y bolsillos en aquel súper de mentirijillas; sí, aquel súper que estaba junto a la casa de mentirijillas y la célebre cocina donde tuvo lugar aquella bronca tan de veras.

Los supermercados americanos trasmitían tal sensación apabullante que llegaban incluso a dar miedo. «Las amas de casa suelen caer en un trance hipnótico apenas divisan el establecimiento», escribía Vance Packard en Las formas ocultas de la propaganda, un libro superventas de 1957. «La principal causa de ese trance es que un supermercado está repleto de productos que años antes eran bienes que solo los mismísimos reyes podían permitirse, y que ahora, en este auténtico país de cuento de hadas estaban a disposición de todos.» Al mismo tiempo, añadía Packard, los maléficos brujos de Madison Avenue, los grandes empresarios, habían aprendido y perfeccionado la ciencia de vender sus productos a aquellas mujeres-zombies empaquetando la mercancía en cajas rojas o amarillas que «las hipnotizan como un flash que se encendiera de pronto ante sus ojos».

Cierto que aunque un millón de americanos compraron el alarmante libro-denuncia de Packard, por cierto, un libro encuadernado en un brillante rojo y amarillo, pocos, muy pocos, dejaron de comprar ni

en aquel supermercado de San Francisco ni en ningún otro.

Cuando esperaba la llegada de Kruschev al Quality Food, Meyer se dio cuenta de que el local, por grande que fuera, estaba ya hasta los topes. ¿Qué hacían allí?, ¿llenar el carrito con la oferta del día?, ¿o es que sabían algo del «cliente» tan especial que estaba a punto de llegar?

Se oyeron las sirenas. Las puertas del supermercado se abrieron por arte de magia y allí apareció Kruschev escoltado por Lodge y el equipo de gorilas de siempre. El premier se dirigió primero a la sección de fruta y verdura. Examinó con cuidado las patatas y estrujó un grano de uva. Agarró un melón, olisqueó su aroma, le dio unos golpecitos y preguntó por su precio.

«¡Sí, sí!, ¡es el ruso!», gritó una ancianita. «¡Es ese gordito tan gracioso!»

Los clientes iban a por él. Los niños lloraban a gritos. Las amas de casa levantaban a sus bebés para que vieran al famosísimo dictador. Las quinceañeras enloquecían como si el tío aquel del melón fuera el mismísimo Elvis Presley. Una de ellas consiguió estrechar su mano y luego salió gritando como loca: «¡Me ha tocado, me ha tocado!»

Con la preocupación de proteger a su jefe, los armarios de la seguridad soviética lo rodearon formando una cadena con sus brazos. Consiguieron contener a la marabunta de clientes y también resguardar a Kruschev de las máquinas de los reporteros, que se habían propuesto cazar a cualquier precio al ruso manoseando la fruta. Los cámaras de televisión se cabrearon: no tenían otra elección que filmar la escena desde arriba. Hubo un fotógrafo que se encaramó en las estanterías refrigeradas que conservaban fresca la mantequilla, pero acabó resbalándose haciendo «chof-chof» sobre las barras grasientas. Hubo otro que se encaramó a un estante lleno de tarros de café molido y pudo hacer todos los «clics» que quiso; eso, sí, su operación de estrategia costó la pérdida de decenas de los tarros, que acabaron en una mezcla de trocitos de cristal y polvos de café tapizando el suelo.

Y hubo otro que se subió en el mostrador de una de las cajas. Aquel

hombre no tuvo en cuenta que estaba justo encima de la cinta, la cual empezó a moverse bajo sus pies: «¡Que alguien pare esto!», gritaba, «¡vaya mierda de foto!».

E incluso Burton Glim, de la prestigiosa agencia Magnum, no tuvo más remedio que auparse encima del mostrador de la carne fresca. El carnicero montó en cólera: «¡Eh, tú, quita tus pies de mis pollos!» Glim ignoró los gritos y siguió disparando. El carnicero, ya fuera de sí, lo agarró con el propósito de tirarlo al suelo.

Carl Mydans, de la revista Life, uno de los mejores fotoperiodistas del siglo, pensó que su categoría social, profesional y ética le impedía ponerse a pelear con un vulgar carnicero. Fue más «elegante»: pagó cinco dólares a un adolescente para que le dejara subirse sobre sus hombros; a continuación, y a caballito, le ordenó dirigirse hacia Kruschev. El chico avanzaba por el pasillo a duras penas con el elegante jinete a hombros. «¡Más rápido, más rápido!», le gritaba Mydans mientras golpeaba con sus rodillas los lomos del caballo, hasta que se toparon con un policía. A este no le gustó el espectáculo. Agarró de un brazo al jinete y tiró de él hasta que lo hizo caer de su grupa aplastando bolsas de pan de molde.

Richard Strout, un reportero con muy buenas maneras que trabajaba para el Christian Science Monitor, violó sus reglas de la decencia para escalar hasta lo alto de otra de las cajas de pago. «¡Baje usted de ahí ahora mismo!», le ordenó con firmeza un cajero de bata blanca. Strout no hizo ni caso: a fin de cuentas estaba en el lugar perfecto para dar testimonio de la primera erupción de un fenómeno de dimensiones volcánicas que estaba destinado a convertirse en un ingrediente esencial y cotidiano de la vida moderna. Me refiero, por supuesto, a lo que los semiólogos llaman «aquí-el-que-no-corre-vuela mediático ».

Kruschev se alejó de la sección de fruta y verdura y pasó de largo por la de galletas, para llegar a la de cárnicos. La muchedumbre de señoras y reporteros no dejaba de seguirlo causando embotellamientos en los pasillos y derribando pilas de latas de conservas, que acabaron rodando por el suelo y haciendo tropezar a más de uno y a más de una docena. Los jóvenes que por allí estaban se subieron encima de los carritos de la compra esperando con ello conseguir una mejor vista, cosa que les fue bien hasta que a los

carritos les dio por rodar, que era lo suyo, por otra parte, y los chicos salieron disparados en todas direcciones. Dientes rotos. Una buena señora cayó como quien no sabe nadar en una piscina de bolsas de patatas fritas, causando un estruendoso chapoteo crujiente.

Lodge no se lo podía creer. Ante él un fotógrafo se dirigía a toda velocidad hacia los fiambres, se abría paso entre tripas de salami y trozos de queso, y todo por coger una foto del pobre Kruschev, que a esas alturas del maremágnum sorteaba como podía todo el caos de comida que corría por los suelos.

Un ama de casa estaba perpleja ante la conducta del personal: «Nunca había visto a unos caballeros comportándose de este modo», dijo.

Pero sí que había en todo aquel gigantesco supermercado un hombre que no había perdido su compostura. Todo un caballero. Ante aquella locura desatada, Kruschev sonreía calmado, estrechaba manos con los empleados y los clientes, se detenía a examinar las mercancías y llegó incluso a charlar amigablemente con un ama de casa sobre las bondades del pescado congelado. El premier habría sido el cliente perfecto de no ser por una cosa: no compró nada. Quién sabe si todo aquel aquí-el-que-no-corre-vuela periodístico evitó que sucumbiera a la fascinación, a ese «trance hipnótico», del que hablaba Packard.

Una vez fuera, Kruschev dio la mano al manager y le dio las gracias por su hospitalidad: «Tiene usted un magnífico establecimiento», le dijo. Después entró en la limusina. Una vez se hubo ido, el manager, que hasta ahora había llevado la procesión por dentro, cogió fuerzas para entrar en el súper e intentar arreglar todo el desaguisado.

Todavía aturdidos y asombrados, los reporteros exprimieron sus máquinas de escribir para poder entender y explicar ese auténtico esperpento que fue la visita al supermercado. Seth Peth, de la Associated Press, estuvo entre los mejores: «Parecía que hubieran abierto las puertas de un manicomio; parecía la plaga de la langosta; parecía un elefante en una cacharrería; a la noche aquella en que se rompió la presa: fue la locura, tío.»

58. A MITAD DEL VIAJE INTERESTELAR

De vuelta al hotel tras la visita al supermercado, Kruschev se dio cuenta de que tenía un par de horas libres antes de otro banquete-condena ya entrada la tarde. Comoquiera que notó cierto agujero en el estómago, decidió llamar al servicio de habitaciones.

A las 6 en punto ya tenía en la suite un ligero tentempié: sopa de almejas, orejas de mar, roast beef, patatas asadas, verdura, tarta de fruta con crema, café, té y leche. El camarada presidente pensó que con este suave aperitivillo quizá tendría suficiente como para entretener el hambre hasta la cena oficial, programada para las 7:45.

Mientras tanto, Henry Cabot Lodge hacía su valoración de lo ocurrido en el día, para concluir que no había duda de que las cosas habían ido bien. Pero la perspectiva inmediata de otro banquete amenazaba con oscurecer su optimismo. Era de tontos no darse cuenta de que estos banquetes eran el escenario propicio para que a Kruschev se le volviera a ir la olla: el del National Press Club, donde se cabreó por aquella pregunta sobre su discurso secreto en el Comité Central tras la muerte de Stalin; el del Waldorf, en Nueva York, donde reaccionó de manera tan agresiva cuando alguien intentó sabotear su discurso; el de Hollywood, cuando montó el número al enterarse de que no le dejaban ir a Disneylandia; el de la cena con el alcalde Poulson, cuando amenazó con volverse de inmediato a casa. Bastaba que alguien pronunciara la palabra «banquete» para que al sufrido Lodge le diera taquicardia. No tuvo la menor duda en rogar encarecidamente a los organizadores del evento de aquella velada que evitaran al máximo provocar al ruso.

Tal y como resultaron las cosas, la verdad es que Lodge no tenía por qué haberse preocupado. El alcalde Cristopher y el resto de oradores fueron exageradamente amables con el invitado, y este respondió con, más que un discurso, toda una declaración de amor a San Francisco.

«Damas y caballeros, su país es un lugar maravilloso», dijo el premier ante los casi 3.000 comensales, «y su ciudad, San Francisco, es extraordinaria».

Continuó explicando que había pasado «un día estupendo». Lanzó un mensaje de agradecimiento al trabajador del puerto que le regaló la gorra blanca, habló de Tom Watson como un «hombre encantador», y se hizo eco de las «alegres sonrisas» que le dedicaron quienes encontró por las calles. Alabó «vuestra hermosa bahía», «vuestras estupendas avenidas», dijo maravillas de la visita al supermercado y, por supuesto, más maravillas aún del autoservicio de IBM y su comida. Después se dirigió al alcalde Cristopher: «Me da cierto miedo decirle tantos piropos, querido alcalde, pues al fin y al cabo usted se encuentra en plena campaña electoral, y no quisiera que alguien pensara que estoy intentando influir en ella.»

Con el alma empapada por la leche de la humana bondad, que diría lady Macbeth, el premier proclamó ante Christopher y el mundo que definitivamente se había olvidado de su colega de Los Ángeles, de Poulson: «El cristianismo nos enseña a perdonar las ofensas de los demás», dijo Kruschev, el ateo ahora devenido párroco. «Aquello fue solo un desafortunado accidente y debemos considerarlo definitivamente cerrado.»

Durante una hora y cuatro minutos, Kruschev divagó despreocupadamente como lo hace quien tiene una y solo una copita de más. Contó cómo en la II Guerra Mundial los soldados rusos volvían de Bulgaria cantando algo parecido a «Bulgaria es un país muy bonito, pero Rusia es el mejor», y que ahora él quería cambiarle la letra a la animada melodía: «Todas las ciudades americanas que he visto son bonitas, ¡pero San Francisco es la mejor!»

Tras el banquete regresó al hotel y se metió en la cama. A esas alturas Kruschev ya había completado –quizá el participio más adecuado fuera «sobrevivido»– una semana en los Estados Unidos de América. En apenas siete días, las extravagantes aventuras de Kruschev en suelo yanqui parecían haber agotado la capacidad de estupefacción de los sufridos reporteros que lo acompañaban en el viaje. Era el momento de acuñar una metáfora que resumiese aquel desfile sin final de despropósitos.

«Es un viaje interestelar», escribió Murray Kempton.

«Un espectáculo ambulante que sobrepasa lo creíble», escribió Richard Strout.

«En esta macabra farsa interpretada por actores bajo protección policial», escribió Mary McGrory, «lo ridículo, lo absurdo se ha convertido en lo cotidiano».

«Aquí uno anda pellizcándose continuamente la cara: lo de este viaje no puede ser real», escribió Arthur Edson, de Associated Press. «Es como un sueño, una pesadilla. Imagina que salieras de todo esto solo por un momento y luego volvieras dentro. Seguro que habría un colega que con los ojos fuera de sus órbitas te dirá: "Chico, lo que te acabas de perder. Tendrías que haber estado aquí. No te lo habrías creído."»

Y la cosa aún no había acabado. A Kruschev le esperaban ahora Iowa y su gran amigo Roswell Garst, el excéntrico millonario del maíz; después volaría a Pittsburgh para visitar una planta siderúrgica propiedad de la anfitriona más famosa de América; después vendría Camp David, con los jefes de las dos tribus más poderosas sentados junto al fuego.

Esa madrugada, a las 2:00, mientras Kruschev dormía a placer, Lodge enviaba un cable a sus jefes de Washington poniéndoles al día sobre el estado actual del voluble premier: «Ha estado dos días de muy buen humor e incluso ha hecho bromas con los incidentes de Los Ángeles que tanto le enfurecieron. Mi relación personal con él es hasta este momento excelente. No tengo la menor duda de que por ahora puede decirse que los beneficios de este viaje superan con creces a los inconvenientes, una afirmación que asumo personalmente y de la que podría dar suficientes pruebas.»

Eso sí, Lodge concluía como quien suplica al mismo cielo: «Ojalá las cosas sigan así.»

59. A LA PAZ POR EL MAÍZ

En la feria estatal de Iowa sonaba la música, había carreras de avestruces, las esposas de los granjeros competían a ver quién hacía la mejor empanada, y 250.000 personas se mezclaban con más de 5.000 cerdos gruñendo y sesteando: sin duda esta era la mayor acumulación de cerdos reunida hasta entonces en América. Al mismo tiempo un tipo disfrazado de indio al más puro estilo Hollywood intentaba vender botellas de cierto líquido de origen vagamente vegetal como cura para los nervios a un nutrido grupo de granjeros que parecían de todo menos nerviosos, y otro vendedor anunciaba su maravilloso cuchillo pelapatatas del siguiente modo: «¡Damas y caballeros, he aquí el invento más grande que este planeta ha conocido, y se lo digo yo, sin miedo alguno a equivocarme; pues, aquí donde me tienen, he recorrido el mundo entero!»

Austin C. Wehrwein tomó buena nota del alegato de aquel charlatán para reproducirlo fielmente en el New York Times. Por regla general tan digno periódico no solía cubrir la feria de Iowa, pero en 1959 los editores enviaron a Wehrwein a la ciudad de Des Moines para escribir la crónica de aquel evento, el cual, desgraciadamente, Kruschev se perdería, ya que llegaría a Iowa dos semanas después del cierre de la muestra:

Se va a perder la mayor feria del mundo de agricultura y ganadería…

Se va a perder los ricos manjares servidos en las carpas de cada iglesia…

Se va a perder los campeonatos de lanzamiento de herraduras…

Se va a perder la esencia de Iowa, esa esencia que solo vive en esta feria…

Pero Kruschev también se perdería a todos esos «iowanos» que

visitaban la feria, aborígenes a los que Wehrwein retrataba de este modo: «Son hombres en su mayor parte de piel oscura y barbilampiños, que por lo general llevan sombreros de ala ancha pero no al estilo cowboy. Las mujeres son dignas y resignadas incluso cuando les duelen los pies; en su mayor parte son de porte más bien recio, aunque algunas de las pertenecientes a los grupos más selectos traen un aire a Miss América.»

Semanas antes de que Kruschev llegara a Des Moines, los periodistas americanos se deshacían en elogios hacia Iowa, estado al que consideraban símbolo de la «auténtica» América, corazón del país, granero del planeta, tierra de vallas de madera pintadas de blanco y gigantescas olas ámbar de trigo. Tras una semana en esas Sodoma y Gomorra que eran Washington, Nueva York, Los Ángeles y San Francisco, por fin Kruschev llegaba a una pequeña ciudad americana, hogar de los verdaderos trabajadores. Granjas de hombres buenos y temerosos de Dios, tierras donde el aire era limpio, el maíz crecía, tal y como cantaba la célebre canción de Oklahoma, el musical que tanto amaba Kruschev, «tan alto como lo está el ojo de un elefante», y todos dejaban abiertas las puertas de sus casas.

En los días que precedieron a la llegada del premier ruso, Iowa se fue llenando de periodistas que iban por las praderas con la única intención de encontrar a algún campesino y recoger muestras de su sencilla sabiduría popular en forma de opiniones sobre la visita del jefe comunista:

«Yo veo bien que Kruschev venga aquí. Aquí nunca verá usted a nadie pelearse con nadie.»

«Creo que está bien, pero aquí no vemos con buenos ojos a la gente que no cree en Dios.»

«Ya me estoy cansando de tanto como habla, y además en ruso. Lo mejor sería que hablara inglés como nosotros.»

«Hay que tratar a ese viejo medio tonto con respeto. Los rusos son unos niños demasiado grandes como para ponerlos sobre las rodillas con el culo en pompa, darles un azote y decirles: “Ahora haz lo que yo te mando.”»

La mayor parte de los habitantes de Iowa apoyaban la visita, según concluía el Des Moines Register, aunque, añadía inmediatamente, «esto no significa que la gente de Iowa vaya a tirar la casa por la ventana dándole la bienvenida. Seguro que nadie le elegiría ni para el peor de los trabajos».

«Iowa le ofrecerá una bienvenida digna, contenida», pronosticaba el secretario de la Cámara de Comercio de Des Moines, quien ostentaba el mismo patriótico nombre que el segundo presidente americano, John Adams. Habían tomado nota de las quejas de Kruschev sobre el calor que había pasado en sus desplazamientos en coche por Los Ángeles, así que Adams anunció que pondría un enorme Cadillac descapotable color celeste a disposición del presidente durante su estancia.

Otros iowanos tuvieron gestos de hospitalidad semejantes. Una farmacia de Grinnell se ofreció al presidente por si este quería visitarla. Lo mismo hizo la meca del rock-and-roll conocida como Val-Air Emporium. Y la Compañía Americana de Camas Elásticas, en Jefferson, invitó a Kruschev con unos saltos gratis. Para facilitar las cosas, el propietario dijo que bastaba con solo diez minutos. Por desgracia, no pudo ser. Pero la verdad es que en Iowa había solo un lugar, solo uno, al que el señor K deseaba incondicionalmente ir: la granja de su amigo Roswell Garst, en Coon Rapids.

Roswell «Bob» Garst era un tipo grandullón de anchas espaldas, barriga pantagruélica y las manazas propias de quien había pasado casi toda su vida ordeñando vacas, cuya cabeza se asemejaba más a un moái que a otra cosa. Mientras removía la leche con energía, fumaba un pitillo tras otro y tragaba litros de café, era totalmente capaz de seguir una conversación (fundamentalmente sobre maíz) sin perder el hilo. No era extraño que sin pudor alguno de pronto se lanzara a cantar a voz en grito Old Man River.

Hijo de un comerciante de éxito y sobrino de un gobernador de Iowa, Garst creció en una vaquería de Coon Rapids. Le gustaba el campo y el ganado, y además se le daba bien, pero su auténtica vocación era la de vendedor. Todavía joven, en los años veinte, había vendido casas y fincas en Des Moines. Por aquellos años se hizo amigo de Henry Wallace, el brillante ingeniero agrónomo y futuro secretario de Agricultura y vicepresidente con Roosevelt. Este

Wallace había desarrollado un híbrido de maíz que producía unas plantas más resistentes y mayores cosechas. Garst quiso probarlo en sus propias tierras, le gustó y se ofreció para vender la semilla por todo el país. Un buen día cargó de plantas la parte de atrás de su coche y se lanzó a recorrer los estados que componían el conocido como «Cinturón del Maíz». Showman por naturaleza, sabía cómo hacerse con el personal. A veces se tumbaba en el suelo del hall de un frecuentado hotel y, cuando la gente se acercaba para ver si le pasaba algo, él les repetía impertérrito el refrán favorito de su padre: «Nunca te levantes cuando puedas estar sentado; nunca te sientes cuando puedas estar acostado.» A continuación Garst daba un brinco y ya de pie comenzaba a hablar sin parar sobre su semilla híbrida, amenizando la perorata con divertidos proverbios, citas famosas y algún que otro fragmento de una famosa canción.

Estas técnicas dieron sus frutos y Garst se hizo rico. Pero él no lo hacía por dinero. Era un idealista que creía firmemente en las bondades del maíz. Tuvo una visión: alimentar a todo un planeta hambriento con su semilla híbrida y sus modernos fertilizantes. Sí señor: si cada habitante de la tierra tuviera la barriga llena, no habría más guerras. Esa era su idea. A este sueño suyo lo llamó «a la paz por el maíz».

En los cincuenta, mientras Geirst vendía, desarrollaba y experimentaba con el maíz, Nikita Kruschev, quien también creía en el milagroso poder del maíz, se hizo cargo de su país. Stalin y su brutal política de colectivización forzosa habían acabado por devastar la agricultura soviética; Kruschev también creía que la solución pasaba por plantar más maíz. De hecho, estableció un centro de investigación del maíz en Ucrania, levantó una facultad especializada en Moscú y ordenó su cultivo en las miles de hectáreas de Kazajistán otrora consideradas como malditas, las llamadas «tierras vírgenes».

En 1955 el propio Kruschev envió una delegación a Iowa, la meca del grano, para estudiar el sistema de cultivos americano. La granja de Garst, que ya era famosa entre los entendidos en la materia, no se encontraba en el itinerario de la embajada. Ansiosos por potenciar la fama del mítico granjero americano de toda la vida, los funcionarios del gobierno preferían mostrar a los rusos pequeñas

granjas familiares, y claro, lo de Garst era demasiado grande, demasiado moderno, demasiado innovador.

Pero hete aquí que en una recepción Garst conoció a Vladimir Matskevich, quien encabezaba la delegación soviética, y le comió la oreja en el más puro estilo de ventas garstiano. Su enérgico poder de persuasión sobrevivió a la traducción al ruso, tanto que Matskevich pidió a sus anfitriones que le permitieran visitar la granja de Garst. Pero dijeron que no, que el itinerario estaba ya cerrado. La mañana siguiente Matskevitch rogó a los americanos que pararan el automóvil en que viajaban. Se bajó y allí mismo se plantó diciendo que no volvía al coche si no lo llevaban a la puñetera granja. Y así fue: pasó todo el día recorriendo el lugar y escuchando las interminables teorías de Garst sobre el maíz y sus milagros.

Engatusado por aquel fenómeno, el propio Matskevitch invitó a Garst a la Unión Soviética, donde llegó en septiembre de 1955. Visitó un buen número de granjas colectivas, dio charlas sobre la producción de maíz y no se hartó de brindar allí donde pudo en honor de su «a la paz por el maíz». Tuvo un encuentro con Kruschev en la dacha que este poseía en el Mar Negro y los dos conectaron de inmediato. A los dos les gustaba con locura hablar, y más sobre las cosas del campo. Estuvieron charlando toda la tarde y lo siguieron haciendo durante una larga y copiosa cena e incluso hasta bien entrada la madrugada.

«Era el tipo de hombre cuyas palabras merecía la pena no solo escuchar, sino guardar bien en la memoria», escribió Kruschev en sus memorias. «A decir verdad, fue él quien habló todo el tiempo, y yo solo escuchaba.»

Mientras los dos amigos bebían y hablaban, Garst preguntó a Kruschev por qué los rusos sabían tan poco sobre la agricultura americana. Al fin y al cabo, había infinidad de revistas donde aparecían reportajes sobre esas técnicas que él tanto pregonaba. ¿Por qué no las leían? Preguntó directamente, para luego añadir que, después de todo, los rusos se habían hecho con los planos secretos de la bomba atómica en tres semanas.

De entrada Kruschev soltó una sonora carcajada: «No fueron tres

semanas, nos bastó con dos», dijo levantando dos dedos. «Ustedes guardaban bien en secreto la bomba atómica, así que no tuvimos otro remedio que robarla; pero como ofrecen toda esa información sobre sus progresos en agricultura a cambio de nada, nosotros siempre hemos pensado que quizá no tenían utilidad.»

Al día siguiente Garst vendió a Kruschev 5.000 toneladas de semillas de maíz. Después viajó a Rumanía y Hungría, países donde también consiguió colocar su mercancía.

En 1959 Garst volvió a Rusia y pasó otro día visitando a Kruschev. Hablaron de maíz, por supuesto, pero también discutieron sobre geopolítica.

«¿Por qué coño no paran de una vez la carrera armamentística?», le preguntó Garst.

«¿Cómo se sentiría usted si estuviera rodeado de bases americanas?», replicó Kruschev recitando una por una las más cercanas a la Unión Soviética.

«Debería tomarse a broma lo de esas bases», contestó a su vez Garst, quien aseguró a su amigo ruso que América nunca les atacaría.

La verdad es que Kruschev disfrutaba en el ring con Garst. También puede ser que Garst fuera una de las pocas personas en el mundo a quien no le daba pánico discutir con él. Meses más tarde, cuando Ike invitó (o lo que fuera) al premier ruso a América, una de las primeras cosas que K hizo fue comunicárselo a su amigo el granjero y hacer público su deseo de visitar la granja en Iowa. Docenas y docenas de reporteros tardaron lo justo en acudir en manada a Coon Rapids.

«¿Y en qué habitación lo pongo si le apetece quedarse a pasar la noche?», se quejaba Garst planteándose unos dilemas que él juzgaba esenciales: «Tampoco tengo ni idea del color de las toallas que le gustan; pero es él quien viene ahora a mi casa. Lo que sí les aseguro es que le voy a dar de comer de puta madre.»

Se mostró menos hamletiano y más decidido cuando los periodistas pasaron a preguntarle por esas otras cosas que más controlaba.

«Kruschev viene aquí a aprender cosas sobre el maíz y el ganado», sentenció. «Él quiere que su gente coma menos patatas, pan y borscht; y más ternera, huevos y ensalada. Y yo estoy aquí para solucionarle su problema. Yo estoy en condiciones de demostrar que nuestras técnicas… No hay razón alguna por la cual la gente no puede desayunar chuletas de cordero todos los días, por la que la gente no pueda comer roast beef en el almuerzo cuando se le antoje, por la que la gente pueda zamparse un buen filete para cenar.»

En su opinión, lo de vender maíz a los rusos tenía también su aquel estratégico: «Imagínense una Rusia a la vez hambrienta y con la bomba atómica. Sería muy peligroso para la humanidad. Estoy seguro de que un hombre feliz y bien alimentado nunca será un peligro para nadie.»

Siempre con ganas de broma y demostrando sus incansables dotes para el histrionismo, Garst acabó haciéndose con el gremio de los periodistas, quienes no dejaban de hacerle una entrevista tras otra; una fotografía tras otra. En una de estas se le podía ver con una zamarra de piel de borrego hasta los tobillos que el propio Kruschev le había regalado. Pero su mujer era más prudente: «Mi marido, es mi marido el que me mete en todos estos jaleos», le dijo a un reportero en medio de ridículos suspiros que fingían desesperación. «Imagínense que Kruschev viniera aquí a cenar.»

Con la ayuda de las esposas de los granjeros del vecindario, Elizabeth Garst se había esforzado en decorar la casa con un auténtico despliegue de calabazas, girasoles y, por supuesto, cientos de tallos de maíz. Recurrió a su hermana, Bertha Keister, para que le echara una mano con el arreglo del cuarto de baño de arriba, colocando un faldón que ocultaba convenientemente bajo el lavabo las pastillas de jabón, los afeites de maquillaje y las cremas limpiadoras. Pero la señora Garst le dijo a la prensa que de ninguna manera iba a exagerar en eso de engalanar su cómoda casa de seis habitaciones.

«Creo que ni siquiera voy a darle cera al suelo», fue su declaración de principios.

Mientras Elizabeth Garst se preparaba para recibir a sus invitados,

el estado de Iowa se encargó de desperdigar a las multitudes a lo largo de las carreteras que la comitiva debía atravesar en su trayecto hasta la granja. Por ejemplo, se dispuso a un ejército de campesinos que cortaban la maleza situada junto al firme subidos en enormes cortacésped adornados con una bandera roja. «Las banderas rojas no son para aplaudir ni a Kruschev ni al comunismo», aseguraba el Des Moines Register no sabemos con cuánta convicción: «Son para prevenir a los motoristas de que reduzcan su velocidad por la presencia de vehículos lentos.»

En Coon Rapids la muchedumbre empezó a concentrarse en su calle principal. Las pías damas encargadas de las cosas de la parroquia colocaron mesas en un solar vacío cercano a la biblioteca y se pusieron a vender sándwiches consistentes en dos rodajas de pan marca Wonder con una pírrica loncha de mortadela en medio. Cada una de estas delicatesen se vendía al precio de un dólar, tres veces más que su precio habitual; y las Coca-Colas, que por lo general costaban cinco centavos, por milagro divino pasaron a costar veinticinco. Al mismo tiempo, Vida y Vicki Peterson idearon vender mazorcas del país, que apenas valían un centavo, decoradas con lemas que las identificaban como «panochas souvenir» de la histórica vista, atreviéndose a cobrarlas a cincuenta centavos la obra de arte. Acabaron haciendo casi cien dólares de caja.

Está claro que el espíritu capitalista de Coon Rapids no era propiedad exclusiva de Roswell Garts.

60. PERRITO CALIENTE

El aterrizaje fue movido. Atrapados por una corriente de aire que se cernía sobre el aeropuerto municipal de Des Moines, el avión de Kruschev dio un golpe en la pista, rebotó dando un salto de casi un metro, tocó la pista de nuevo, volvió a rebotar y finalmente se deslizó hasta detenerse.

Tras los saludos y parabienes del alcalde y del gobernador, Kruschev subió al Cadillac descapotable color celeste ofrecido por la

cámara de comercio local y se dirigió a la ciudad. A su paso se apostaban unas 2.000 personas, casi una décima parte de la población total de Des Moines. El personal fue, en su mayor parte, cordial, pero hubo un tipo que sostenía un cartel que decía: «Nosotros matamos cerdos y no personas.» En la puerta del Fort Des Moines Hotel, donde se detuvo el auto, ya había un periodista de la radio local con micrófono en ristre: «¿Está usted cansado?»

«Yo no tengo derecho a estar cansado», respondió Kruschev. «La vida es corta. Dormimos ocho horas al día, así que si vivimos sesenta años acabamos durmiendo veinte. No hay más remedio que hacer todo lo que podamos en esos dos tercios que nos sobran y ser útiles a la humanidad tanto como nos sea posible.»

Ciertamente sus sentimientos eran muy nobles, pero la realidad es que Kruschev estaba cansado, exhausto, al igual que lo estaban todos quienes le acompañaban en la turné. Una semana de siete muy largos días, de poco dormir y una enorme presión estaba poniendo sus nervios a prueba. «Todos estábamos destrozados», recordaría Buchanan, «y yo mismo notaba cómo el umbral de mi capacidad de aguante bajaba por segundos».

Los periodistas se sentían tan desquiciados o más que Buchanan. La mayoría de ellos se habían ido a dormir pasada la medianoche entregados como estaban a la tarea de contar lo sucedido en el banquete de San Francisco, y a las 4:00 ya estaban en pie: no había más remedio, si querían coger un autobús habilitado para la prensa que les llevaría al aeropuerto para así poder, a su vez, coger el avión también habilitado para la prensa que les llevaría ahora a Des Moines. Para colmo de males, a su llegada a la ciudad comprobaron con estupor que los hoteles estaban a tope y que las reservas que habían realizado con antelación no les servían para nada. Muy indignados, los periodistas se quejaron ante Joe Reap, el encargado del Departamento de Estado para la prensa durante el viaje, pero Reap, hábilmente, se había encerrado a cal y canto en su habitación del hotel desconectando el teléfono. Otro funcionario del Departamento de Estado, el cabeza de grupo de la expedición, se vino abajo vencido por la presión.

«El pobre muchacho tuvo algo parecido a un ataque de nervios justo delante de mí», recordaba el ayudante de Reap, Richard Townsend

Davies. «Tuve que decirle que se marchara y mandé que le dieran un sedante.» Davies hizo todo lo que pudo, buscando alojamiento para todos los periodistas en casas particulares de la ciudad.

Menos mal que entre tanta irritación Murray Kempton, del New York Post, se mantuvo a la distancia emocional suficiente para luego poder contar lo sucedido de modo tan vivo como ácido. Había volado en el avión con sus compañeros de prensa, y sin solución de continuidad se vio entre la manada que era dirigida al autobús de la prensa. Este lucía un cartelón donde se podía leer bien claro que el viaje hasta la ciudad costaba un dólar; pero el conductor dijo que no cogía el dinero y, por tanto, que no se movía hasta que el vehículo estuviera repleto. «Después pasó por los asientos recogiendo los dólares, luego se sentó e hizo las cuentas moviendo vertiginosamente los labios durante cinco minutos», decía la columna de Kempton. «A continuación esperó hasta que llegara uno de nuestros colegas, que andaba a la velocidad de un hermano gemelo de Matusalén; volvió a contar el dinero y cumplimentó la factura.»

Claro, cuando el conductor pensó que ya se cumplían las condiciones para la marcha, Kruschev ya hacía tiempo que se había ido. Al llegar Kempton a la ciudad fue tan afortunado como para pillar una habitación de hotel, pero la fortuna no le dio tanto como para encontrar quien le diera comida en condiciones. «Había un cartel que decía “restaurante”; pensé en cuándo me había sentado a cenar como Dios manda por última vez, y me pareció que había sido hacía casi un siglo por lo menos», escribía. «La camarera me dijo que no había carne: o sopa y salmón o nada de nada. Me senté resignado, y eso fue lo que pedí. Pasaron días, e incluso semanas, hasta que la buena mujer apareció presentándome una grasienta sopa de tomate reforzada por la presencia de ciertos macarrones. Pero de pronto sentí a mis espaldas las ondas energéticas que emanaban de un pedazo de carne grueso y calvo que pasaba cerca de mí: Kruschev había dejado el hotel para darse una vuelta por su cuenta. Me levanté, lógicamente. La camarera, una auténtica Medusa de cabellos como serpientes rojas se puso seria: “Oiga, si no se sienta y sigue con la sopa, me la llevo.” Su propósito era casi con total seguridad envenenar esa noche al gato. Y ustedes me preguntan por qué amo Iowa: porque sus camareras me recuerdan a

mi mujer, aunque sea en versión ángel vengador.»

Kempton logró evadirse del restaurante y de la Medusa, y se subió a un coche a tope de compañeros. Se lanzaron a perseguir a Kruschev y finalmente divisaron su limusina en la puerta de la Des Moines Packing Company. Aquel sitio tenía aroma a matadero, quién sabe si porque, efectivamente, era un matadero. Para recorrer la planta le dieron al premier un mono térmico azul para protegerle en medio de las gigantescas cámaras frigoríficas repletas de carne. El presidente se dispuso a entrar, acompañado por Lodge y seguido de un reducido grupo de reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión. Los encargados de seguridad echaron al resto y la verdad es que lo hicieron con sumo placer.

«Subí los peldaños de una escalera, pero los agentes del Departamento de Estado me hicieron rodar hacia abajo», relató un Murray Kempton, que, para qué engañarnos, no llevaba lo que se dice un buen día. «Y para colmo de males, al aterrizar de nuevo al comienzo de la escalera, me remató un policía de Iowa.»

Kempton optó por la retirada digna, refugiándose en un camión donde los de la CBS vigilaban la grabación que sus cámaras estaban realizando de lo que ocurría dentro de la factoría. Un show. Kruschev arrastraba sus pies por una alfombra roja, la cual, vista de cerca, dejaba a las claras que había sido fabricada a base de trozos de cubierta aislante para tejados. Pudo ver a vacas vivas y luego pudo ver también la gran nave donde las sacrificaban. Iba por aquí y por allá, paseando por cámaras frigoríficas del tamaño de un hangar donde de unos ganchos colgaban trozos descomunales de terneras. Los fotógrafos se las veían y se las deseaban para poder disparar con sus focos empañados de polvo helado. Se detuvo ante una máquina que lanzaba churros de salchicha largos como mangueras de jardín; la misma máquina los cortaba después en infinitos perritos calientes.

Finalmente el premier obtuvo su recompensa: un perrito caliente salido de una máquina expendedora decorada con el logotipo de la empresa, un sonriente niño cowboy con un gran sombrero llamado Bob-Bee.

«¿Con o sin mostaza?», preguntó alguien.

«¡Con mostaza, por supuesto!», contestó Kruschev.

Su acompañante atiborró bien atiborrada de mostaza la salchicha. Luego el suculento manjar fue sometido a la prueba del contador Geiger. Pasó el test. Kruschev le dio un bocado. Pura gloria. Le encantó y en un «plisplás» se la había zampado.

«¡Excelente!», dijo con una sonrisa tan grande que conseguía empequeñecer sus ojos. Luego miró a Lodge. «Y tú qué, capitalista, ¿has acabado tu hotdog ?»

«Sí», respondió Lodge, un político bien entrenado en el noble arte de comer perritos calientes para complacer al público. «Los capitalistas también tenemos hambre…»

Kruschev, quien había terminado de comer apenas una hora antes, consiguió llegar hasta la mitad del segundo perrito, para entonces preguntar: «¿Y la cerveza para tragar esto?»

Es trágico confesarlo, pero no había cerveza. Se habían acordado de tener preparado el detector de radiaciones Geiger, pero no la cerveza.

Mientras abandonaba la planta, a Kruschev se le pasó por la cabeza que a lo mejor esta visita había sido solo un montaje publicitario de la empresa para aumentar sus ventas.

«Señor Lodge, creo que esto no ha sido más que publicidad y solo publicidad, ¿me equivoco?», preguntó.

Lodge se limitó a sonreír.

«Bueno», dijo Kruschev, «espero que al menos a usted le den una buena comisión por haberme traído hasta aquí».

61. ¡QUE VIENEN LOS COSACOS!

En el banquete celebrado en su honor en Des Moines aquella noche,

Kruschev pudo entrever a Garst entre el gentío que llenaba la sala.

«Aquel ruso gordinflón divisó a su amigo y se dirigió hacia él como una especie de luchador de sumo y con una espléndida sonrisa», recordaría Wiley Buchanan. «Garst se levantó y se le acercó haciendo el mismo movimiento hasta que por fin se fundieron en un enorme abrazo que me hizo recordar a un par de osos bailarines más que a otra cosa.»

Garst le ofreció a su amigo un plan secreto: en vez de dejar el hotel a las 9:00, tal como estaba previsto, debería hacerlo a las 6:30, acompañado únicamente por su intérprete. Garst lo recogería con su coche y saldrían pitando hacia Coon Rapids sin dar tiempo a que nadie se diera cuenta de la fuga. A Kruschev le encantó la idea, pero finamente creyó que era mejor no aceptar el ofrecimiento: «Si yo intentaba escaparme con Garst en secreto», escribiría más tarde, «podrían pensar que me habían secuestrado, como se hace con las novias en el Cáucaso.»

Pero lo que sí hizo el premier fue consultar a Lodge si cabía la posibilidad de un ligero cambio en la agenda de modo que pudiera salir del hotel a las 6:30. Lodge dijo que no, pero al fin aceptó salir a las 8:30. El cambio no era en sí gran cosa, pero pilló a más de uno desprevenido. Los reporteros, con los ojos aún a medio abrir, se apresuraron a subir a los autobuses de la prensa, que eran siete. Lo curioso fue que en aquel descontrolado ajetreo Richard Townsend Davies, enlace de logística entre el Departamento de Estado y la prensa, acabó perdiendo el último autobús. Eso significaba dejar a cientos de reporteros sueltos por los campos de Iowa sin la supervisión de ningún «adulto». Menos mal que un policía estatal accedió a llevarlo en su coche hasta Coon Rapids: «Íbamos a 200 por hora por aquellas carreteras de Iowa», contó Davies más tarde.

Mientras tanto, Jack Christensen, de treinta y nueve años y encargado de mantenimiento de una piscina, natural de Mason City, Iowa, también se dirigía a la granja de Garst. Nadie lo había invitado, por supuesto, algo que sin duda tuvo un papel fundamental en que tomara la decisión de invitarse él mismo, por su cuenta, así de fácil: «Desde siempre me ha vuelto loco eso de burlarme de todo el mundo», explicó luego.

Cuando se dijo en los periódicos que nunca en la historia del estado había habido un invitado tan celosamente custodiado como Kruschev, uno de los amigachos de Christensen empezó a gastarle bromas tipo «amigo, con eso no vas a poder». Y, como era de esperar, un liante como Christensen no pudo resistirse al desafío. También era cierto que colarse en la fiesta de Garst no iba a ser fácil. Al premier lo custodiaban los escoltas soviéticos y americanos de costumbre, más un elevado número de la policía de Iowa, 700, y además nueve relevantes miembros del Green Country Pleasure Riders Club, un grupo de amigos de Garst que patrullaban a caballo sin cesar de un extremo a otro de la finca. En el selecto mundo de esos tipos que tienen la caradura y la habilidad de colarse donde no les llaman, eludir la vigilancia de semejante ejército sería el equivalente a subir la cima del Everest. Pero Christensen era mucho Christensen y decidió intentarlo. Efectivamente, al amanecer del 23 de septiembre, miércoles para más señas, el indomable Christensen cogió su coche camino de Coon Rapids.

Volando a velocidades de locura, el coche de policía con Davies dentro llegó a la granja de Garst muy poco después de que llegaran los periodistas. Por entonces ya era tarde y los medios habían hecho del lugar su casa, su manicomio: los fotógrafos estaban colgados de los árboles; las enormes antenas de televisión con cámaras de amplio alcance se repartían por doquier; la Associated Press se había apoderado de un establo y la Union Press International de otro; los cables serpenteaban enmarañados por el suelo del patio central; los reporteros iban de aquí para allá echando un ojo al interior de los edificios y garabateando sin parar en sus libretas.

«Menos lo cerdos, lo demás todo eran micrófonos», fue el chiste que hizo al día siguiente James Reston para el Times. Y a los cerdos perfectamente les podían haber colocado micrófonos también, si no fuera porque la Guardia Nacional se propuso rifle en mano que nadie entrara en las pocilgas.

Garst estaba fuera de sí. «Nadie me había dicho que ibas a traerme a toda esta caterva de periodistas», se quejó a Davies.

«Joder, señor Garst», replicó Davies buscando defensa para los suyos, «Kruschev se ha hecho muy famoso y…».

«Sí, pero no pueden entrar así como así en mi propiedad», insistió Garst.

«Bueno, dígaselo usted, señor, no soy yo el que ha de decírselo. Usted, dígaselo usted», despejó balones Davies.

«Voy a echar a esos perros de aquí», dijo en serio Garst.

«De acuerdo, hágalo ya, señor Garst, échelos», le dijo Davies, aunque en décimas de segundo comenzó a darle nombres de periodistas allí presentes muy famosos, gente a la que no era fácil dar una patada en el culo sin quedar mal: «Ese de ahí es Scotty Reston, ese otro es Bob Considine. A partir de ahora nadie le llamará Garst, su nombre será "El Cabrón".»

«Pero no los quiero aquí», gruñó Garst, «van a destrozar mi maíz».

Era demasiado tarde. Lo reporteros ya habían pisoteado el maíz y no solo el maíz. Garst siguió refunfuñando, aunque finalmente decidió no hacer caso a aquella plaga humana y dar un garbeo con Kruschev. Primero le enseñó una máquina cosechadora trabajando un campo de sorgo. Kruschev observó con detenimiento la escena y le preguntó a Garst cuál era su marca de cosechadoras favorita, si la McCormick o la John Deere. Garst le respondió que usaba la primera y Kruschev dijo por su parte que los soviéticos también.

Kruschev se fijó en un corpulento joven de pelo rapado a cero y generosa barriga que rondaba por allí. Impresionado por este espécimen genuinamente americano de 120 kilos alimentado a base de maíz y filetones de carne, el premier se acercó a estrecharle la mano. Sí, lo han adivinado: era el mismísimo Jack Christensen, originario de Mason y campeón del estado en colarse de rondón en todo evento al que no era invitado.

«Este es un americano de verdad», dijo Kruschev mientras le daba golpecitos en la panza al «invitado».

«Usted y yo nos parecemos bastante», respondió Christensen con los ojos puestos en la barriga de su nuevo amigo.

El premier rio y siguió golpeando varias veces más la barriga del

intruso, las suficientes para asegurarse de que todos los fotógrafos habían podido captar la tan simpática escena. Al día siguiente, esa fotografía, que demostraba el particular tributo del premier ruso a aquella panza-icono de la abundancia americana apareció en los periódicos de todo el país, por regla general acompañada del siguiente pie: «Este es un americano de verdad.» Eso estaba muy bien, pero no olviden ustedes algo tan relevante o más: ¡Christensen lo había conseguido! Y Christensen no se detuvo ahí…

Cuando Garst acompañó a Kruschev para que trabara cualquier tipo de relación con cerdos y borregos, Christensen les siguió tan contento, determinado a culminar su desafío hasta donde el destino le permitiera. Y allí acabó, todo estupendo, de pie en medio en un corral y a la vera del mismísimo premier, de Garst, Lodge y Segei Kruschev: total, uno más de la familia. «Tengo que reconocer que fue muy peligroso», recordaría después, «pero hasta que no me pillaron, jamás me había sentido tan orgulloso de mí mismo.»

Christensen le echó el ojo a una niña de cinco años, Martha Jane Thomas, nieta de un socio de Garst, la cogió de la mano y la llevó a conocer a Kruschev. «Aquí, aquí, señor Kruschev, los fotógrafos quieren tomar unas fotos.» La caradura de aquel tipo era increíble.

Siempre tan ansioso por hacer un favor, y más si este podía redundar en beneficio de su imagen, el ruso abrazó a la pequeña mientras sonaban los «clics». Una semana después la revista Time acabaría publicando dicha foto en un reportaje de dos páginas donde Christensen daba detallada cuenta de su hazaña.

Garst quería ahora que Kruschev contemplara las tareas de ensilado, donde las mazorcas se machacaban y acaban convertidas en alimento para el ganado. Los periodistas, ya en número cercano a los 300, eran una lapa. En cierto momento, un reportero le preguntó a la señora Kruschev si se lo estaba pasando bien.

«Todavía no he podido ver nada; ustedes no me dejan», replicó.

Nikita Kruschev recordaría aquello con estas palabras: «Había hordas de gentes siguiéndonos, un ejército completo de periodistas, había periodistas allá donde mirara. Aquello me recordaba a Prokop, el guardabosques de nuestra reserva de caza en Ucrania,

quien, cuando le preguntaba que si ese día habría mucha caza, solía responderme en ucraniano: “Patos por todos lados, camarada Kruschev, tantos patos como desee, hay más patos que mierda.” Pues bien, así me sentía al ver a tanto periodista en la granja de Garst.»

Garst no lo estaba pasando bien. Cuando vio a los fotógrafos trotando por sus campos, se le fue la olla. Arrancó un tallo de maíz del suelo y comenzó a lanzarlo como si fuera una jabalina contra el personal. «¡Fuera de ahí, fuera de ahí!», gritaba poseso.

Los fotógrafos se asustaron un poco, pero determinaron defender bien sus posiciones. Al fin y al cabo no se trataba de reclutas, sino que eran unos auténticos veteranos ya curtidos en otras batallas, como la tan memorable del asedio al supermercado de San Francisco. A aquellos hombres pocas cosas ya les daban miedo.

Siguiente maniobra. «¡A ver, vosotros, traed esos caballos aquí!», voceó Garst a los jinetes del Green Country Pleasure Riders Club. «¡A por ellos!, ¡echadlos de aquí!»

Algunos de los jinetes le obedecieron y, con no demasiado entusiasmo, lanzaron una carga penetrando entre las tropas mediáticas. Mientras los reporteros se apartaban, uno de ellos gritó con sorna: «¡Que vienen los cosacos!»

Es posible que a aquellos miserables gacetilleros todo aquel número les pareciera poco más que una diversión, pero Garst iba muy en serio.

«Eh, vosotros, si no os largáis de aquí, seré yo quien os eche», voceó.

Acto seguido salió violentamente del silo, dando patadas como un salvaje, una de las cuales fue a acertar en la espinilla de Harrison Salisbury, del The New York Times, decano de los corresponsales americanos en el extranjero. Después empezó a levantar fardos de forraje mojados y arrojarlos enérgicamente contra los fotógrafos, quienes se mantuvieron en su puesto lo suficiente como para tomar fotos del iracundo Garst en acción, unas fotos que aparecieron en los periódicos del mundo entero.

Kruschev contemplaba todo aquello dando alaridos de entusiasmo y soltando carcajadas.

Garst consiguió hacer retroceder al cuerpo expedicionario de fotógrafos unos cuantos pasos, pero solo por pocos minutos. Tal y como decía el columnista James Reston, en la mañana del 23 de septiembre de 1959, en las tierras de Roswell Garst se hizo visible un profundo pero enormemente infravalorado cambio cultural: Los mass media se habían convertido en algo tan importante, o quizá en algo más importante que los propios personajes y eventos de los que informaban. «Hay una cantidad tan grande de periodistas cubriendo este viaje que han conseguido cambiar el curso de los acontecimientos», escribió Reston en su columna. «No son el oscuro y oculto testigo de esta historia, sino los personajes principales del drama; su presencia es tan ubicua que la mayor parte del tiempo Kruschev se está dirigiendo a ellos. Quizá se dirija a otros, pero siempre con los hombres de la prensa en la mente».

El mundo se estaba convirtiendo en un estudio de televisión y quienes aspiraban a dirigir ese mundo tendrían que convertirse a su vez en actores. Kruschev, un comicastro del tres al cuarto, pero con mucho instinto y tablas, entendió rápidamente esta nueva situación. Se dio cuenta de que su viaje no era solo una misión diplomática: era una oportunidad inmejorable de participar en un show de televisión con él mismo de protagonista, el líder simplón y populista de un mundo comunista decidido a abandonar su estancamiento.

Quizá sea esto lo que explique por qué el premier no se sumó a su aliado Garst en su ataque a los fotógrafos. Para Garst eran unos intrusos repulsivos; para Kruschev unos valiosísimos colaboradores.

62. DIOS, HOMBRE, MAÍZ

Cuando Garst se llevó a Kruschev a comer en compañía de cien invitados procedentes de la zona, la mayor parte de los reporteros se retiraron a Coon Rapids, donde recopilaron lo sucedido y se mosquearon bastante con las santas señoras de la parroquia por

tener que pagar un dólar por un miserable sándwich de mortadela.

Lejos de sentirse realizado por completo, Christensen pensó que también podía colarse en la comida de Garst. Intentando parecer uno más de los invitados, Christensen se dirigió con andar despreocupado y tranquilo hacia la gran carpa marrón donde se iba a servir una barbacoa campesina a base de pollo frito y costillas. Un policía lo paró y le pidió que se identificara.

«¡Eh, oiga!», Christensen llamó a gritos a uno de los guardias de seguridad con los que había coincidido cuando lo de la granja, «parece que hay problemas para que me dejen entrar».

«Déjalo entrar, no hay problema», le dijo el guardia al policía, «es uno de la familia».

Ya dentro de la carpa, Christensen reconoció a Adlai Stevenson, antiguo gobernador de Illinois y candidato demócrata a la presidencia. Stevenson había perdido en dos ocasiones contra Eisenhower, pero siempre asumió su derrota con inteligencia y dignidad, por lo que muchos demócratas se consolaron llegando a la dudosa conclusión de que era demasiado bueno para que los votantes americanos lo valoraran.

«Hola, Adlai», lo saludó Christensen.

«Hola, ¿cómo estás?», correspondió Stevenson.

Se estrecharon la mano y Christensen acompañó a Stevenson en la cola del condumio como si fueran grandes amigos. Después el intruso por antonomasia se sentó a comer con los guardaespaldas rusos, imaginando que no tendrían ni idea de inglés y no le harían ninguna pregunta que lo dejara en evidencia. Pero Garst le echó el ojo: «¡Eh, tú!, ¿quién coño eres tú?», le inquirió. Nuestro superhéroe se puso a murmurar no se sabe qué cosa al tiempo que muy despacito hacía mutis por el foro. Se resignó: aquello era el fin de su aventura.

Stevenson se sentó junto a Garst, Kruschev y Lodge. Comieron pollo, parlotearon sobre cómo estaban las cosas en el mundo y posaron para fotos sin fin. Kruschev comió con placer, pero también

se dedicó a estudiar al personal. Le impresionó su tamaño, era gente robusta en su mayor parte. El premier compartía ese antiguo dicho popular según el cual la barriga y el culo gordo eran signos de bonanza económica, salud y felicidad. Le impresionaron en particular dos señoras rubias de apreciable volumen, algo que confirmaba su teoría.

«Me gustaría conocer a esas dos esclavas del capitalismo», dijo sonriendo. «Son una buena publicidad para ustedes, ¡ojalá todo fuera así en el mundo!»

Tras acabar con todo el pollo que les apeteció, Kruschev y Stevenson salieron a dar una vuelta fuera de la carpa, aunque pronto se encontraron con la inevitable cámara de televisión. Un reportero les preguntó sobre qué habían hablado durante la comida.

Garst había eclipsado el protagonismo de Kruschev por la mañana. Kruschev no iba a permitir que Stevenson le causara el mismo perjuicio por la tarde. «Hablamos de nuestra esperanza de poder hacer desaparecer ese enorme arsenal de armas peligrosas que tiene sometido al mundo», respondió, para después dirigirse a Stevenson: «¿Es así?»

«Exacto», respondió de inmediato Stevenson.

«Hemos coincidido en que los hombres quieren vivir como amigos, que ser comunista o capitalista no es algo que importe tanto», añadió el premier y de nuevo se volvió a Stevenson: «¿Es así?»

«Exacto», repitió Stevenson, quien, en aquellos momentos veía su papel reducido el de simple muñeco de ventrílocuo.

Un reportero peguntó a Kruschev si Stevenson, de quien se andaba diciendo que quizá optara a una tercera carrera presidencial, le había contado algo sobre sus planes en ese sentido.

«¿Puedo decirles lo que hemos hablado?», le preguntó el ruso al americano delante de todos. «Espero que no hayamos violado ningún secreto. ¿Se imagina Stevenson que el Comité de Actividades Anti-Americanas acabara por investigarle a usted?, ¿qué me dice a eso?».

Stevenson rompió a reír.

«Por supuesto que a mí nadie me va a acusar de nada», continuó Kruschev, «al fin y al cabo, yo tengo pasaporte diplomático…».

«Tiene usted mi permiso para revelar hasta el más profundo de mis secretos», aseguró sonriendo el político americano.

«El señor Stevenson me ha dicho que es un político retirado; pero en política pasa con frecuencia que uno se jubila hoy y mañana puede estar en la cima. Al fin y al cabo es el pueblo quien decide», sentenció Kruschev.

«Bueno, también hay que tener en cuenta cuántas veces te has retirado ya…», dijo Stevenson, quien lo había hecho en un par de ocasiones.

«Nunca hay que desanimarse», le respondió Kruschev sonriendo.

«Lo cierto es que nunca había sabido lo que era ser feliz hasta ahora, hasta que me he retirado», dijo Stevenson. «Aunque no es eso lo que deseo para el señor presidente; aunque, en caso de que decidiera hacerlo, espero que me lo diga: véngase a América, vivirá conmigo en mi granja de Illinois.»

«¿Tiene usted un lago donde pescar?»

«No, pero haré construir uno para usted, si es necesario.»

«Bueno, bueno, no hay prisa», respondió Kruschev. «Todavía no me ha llegado la hora de retirarme. Todavía no estoy preparado para pasarme todo el día pescando.»

A continuación los dos políticos discutieron sobre cuál era el tipo de pez más adecuado para poblar un estanque.

Pero pronto Kruschev cambió de tema: «Me han dicho que los americanos quieren comerse a los rusos.»

«A nosotros nos gustan los rusos», le aseguró Stevenson, «pero no tanto como para comérnoslos».

Antes de que se marchara, Garst condujo a Kruschev hasta una zona de la granja donde ambos podrían disfrutar de una magnífica vista de las olas de maíz color ámbar. En esa época las plantas habían crecido lo suficiente como para ocultar del público a los dos amigos. Siempre que dos hombres fijan la mirada en una hermosa plantación de maíz, se acaba, no sé por qué, hablando de Dios.

«Tengo que reconocer que hay mucha gente inteligente y valiosa en esta parte del mundo», reflexionó Kruschev, «pero también es cierto que Dios les ha bendecido».

«Dios está con nosotros», dijo Garst, ahora reverendo de parroquia góspel.

«¿Piensa que Dios está solo con ustedes? Dios también nos ayuda a nosotros. Dios está con nosotros.»

«Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos», concluyó Garst su sermón.

«Estamos haciendo tantos esfuerzos y tan duros que seguro que Dios está también con nosotros», concluyó Kruschev, quien, como sabemos, jamás podía dejarse vencer, incluso en el ámbito de la teología: «Dios ayuda a los que son inteligentes.»

63. UN DICTADOR COMUNISTA VA A CLASE DE ECONOMÍA DOMÉSTICA

De camino al aeropuerto de Des Moines, Kruschev se detuvo en la Universidad Estatal de Iowa, donde el premier ruso se vio de pronto en medio de una clase de economía doméstica junto a una docena de chicas. Una de esas casualidades que tiene la vida.

Respiró aquel aire: olía a tortitas, a tortitas quemadas, para ser más exactos, de modo que lo primero que hizo fue sugerir que a alguna de las presentes deberían darle clases de cocina.

Y eso es exactamente lo que estaban haciendo, le explicó la doctora

Helen R. LeBaron, decana de la facultad. Aquellas chicas estaban aprendiendo a cocinar, coser y planchar, preparándose así de manera óptima para el matrimonio.

«Nosotros no tenemos este tipo de escuelas», dijo Kruschev. «Nuestras madres son quienes nos enseñan.» Y le preguntó a la decana LeBaron: «Pensemos en el hombre que se casará con una de estas jovencitas. ¿Cómo podrá comprobar sus conocimientos y su eficiencia?»

«Si se trata de una chica graduada en nuestra universidad, ella siempre tendrá su correspondiente título. Los conocimientos y la eficiencia de todas las alumnas graduadas en la Universidad Estatal de Iowa están garantizados», dijo orgullosa LeBaron.

«Pero los títulos son solo palabras. No se puede creer solo en meras palabras. ¿Cómo se sabe si de verdad saben cocinar o planchar? Imaginemos que tienen su título, pero no saben hacer tortitas», Kruschev se puso puntilloso.

Las chicas rompieron en risas y aplausos.

Kruschev, hombre que disfrutaba al ver entregado a su público, se dirigió entonces a ellas: «Me parece que cuando ustedes se casen será con su marido y no con la señora decana con la que tendrán que aclarar estas cuestiones.»

Las alumnas rieron y Kruschev se animó a darles un consejo: «Les deseo éxito en sus estudios, pero lo más importante es encontrar un buen marido.» Todas le vitorearon. El líder recorrió el aula estrechando sus manos.

«Yo no sé qué les dan de comer aquí, pero son unas señoritas encantadoras.»

Fuera de la clase los estudiantes varones se aupaban a las ventanas intentando entrar en el aula: también ellos querían saludar al dictador. En un principio los guardaespaldas rusos los contuvieron con su acostumbrado método de hacer cadena con los brazos, pero Kruschev les hizo señas para que levantaran el cerco y les dejaran acercarse.

Su siguiente destino dentro de la universidad fue un pabellón donde los estudiantes de agrónomos aprendían todo sobre el crecimiento del cerdo. El premier se dio cuenta de que los cerdos estaban de pie. «Vaya, veo que también estos cerdos saben que tienen que ponerse en pie para saludarme», comentó.

Uno de los profesores dio una breve conferencia sobre los estudios relacionados con la cría porcina que se impartían en la institución. Aludió al hecho de que la anatomía de un cerdo es bastante parecida a la del hombre. Al oír esto Kruschev dijo señalando a Lodge: «Me parece que el señor Lodge está de acuerdo con esa afirmación solo si se habla de rusos, no de americanos».

El presidente se divertía bromeando con el origen y entorno aristocráticos de Lodge. Pronto se dispusieron a recorrer las pocilgas, en las que Kruschev pudo respirar ese desagradable olor que ya Nixon le había dicho en Moscú que era peor que la caca del caballo. El premier respiró profundamente y dijo: «Me parece que hasta hoy Lodge no había olido algo parecido en toda su vida.»

Lo cierto es que Lodge no discutió tal aseveración sobre su persona.

Puede ser que Kruschev se hubiera dedicado en Iowa básicamente a hacer el payaso, pero no por ello había dejado de prestar atención a lo que veía. Los estudios de agricultura le impresionaron particularmente y pensó que era una buena idea situar uno de estos centros en pleno campo y no en la ciudad; además le sorprendió positivamente que los estudiantes americanos trabajaran en el campo al tiempo que estudiaban: que sembraran la cosecha, que cuidaran de los cerdos, que recogieran el estiércol. En la Unión Soviética la facultad más importante de agrónomos estaba en la propia Moscú y sus alumnos no tenían que realizar todos esos trabajos pesados y sucios, sino que reservaban esas tareas a un equipo de personal subalterno. Pensó que quizá los rusos deberían trasladar sus facultades a las granjas colectivas.

«Cuando volví a Rusia puse mi empeño en desarrollar aquí lo que había visto. Pero, por desgracia, mi idea no contó con el entusiasmo ni de profesores ni de estudiantes, algo que, por otra parte, resulta fácil de entender: en Moscú se vive muy bien», recordaría Kruschev. Por supuesto, cuando escucharon su propuesta ni los docentes ni los

alumnos osaron discutir al dictador. No hubo nadie que le dijera que eso de llevarse la facultad de Moscú al campo era una mala propuesta: «Todos agacharon la cabeza y lo aceptaron», añadió en sus memorias. No obstante, nadie se decidió o nadie tuvo tiempo para llevar al cabo los planes del jefe, que acabaron en nada.

Con el fracaso de su proyecto Kruschev descubrió el método secreto que «el pueblo» había usado durante incontables siglos para cargarse a reyes, presidentes, dictadores y dirigentes cualesquiera: «La más peligrosa forma de oposición es que te digan siempre que sí a todo y sin rechistar.»

64. LA ANFITRIONA CON MÁS PODERÍO DE AMÉRICA

Era casi medianoche cuando el vuelo procedente de Des Moines aterrizó en Pittsburgh, pero el alcalde Thomas J. Gallagher ya estaba allí a pie de pista hacía tiempo para ofrecer a Kruschev las llaves de la ciudad. El dictador sostuvo en alto la gruesa llave de bronce y le dio golpes con su índice: «Esto está muy bien. Si esta noche roban en casa de alguien, espero que no me echen la culpa.»

Kruschev y sus compañeros de viaje se habían marchado de Des Moines sudorosos, agotados, ansiosos por volver ya a Washington y preparar el encuentro en Camp David. Pero Pittsbrugh también estaba contaminada de la fiebre Kruschev y la muchedumbre abarrotaba las calles desde la medianoche esperando poder verlo. «Un ambiente de final de la World Series se apoderó de la ciudad», según decía el Pittsburgh Post Gazette, que no pudo resistirse en llevar la alegoría con el béisbol tan lejos como le fuera posible: «Los Rojos (Reds) de Moscú llegan a la ciudad… El cleanup man* Nikita Kruschev, el que mejor batea, el que más grita y lleva un bate enorme, lidera al resto de su equipo hacia la ciudad.»

El alcalde Gallagher había dispuesto para su distinguido invitado un recibimiento de lo más efectista. En el aeropuerto escoltó al premier hasta una limusina en la que comenzaron a subir por las colinas que llevaban hasta la cumbre del monte Washington.

«¡Aquí tiene mi ciudad!», dijo orgulloso el alcalde señalando hacia abajo, hacia el centro de Pittsburgh, donde las luces de todos los rascacielos habían sido encendidas al mismo tiempo para que Kruschev pudiera verla bien. La ciudad iluminada centelleaba con el cielo nocturno como fondo.

«¡Maravilloso!», exclamó el premier, «¡maravilloso!».

Por regla general, el cielo de las noches de Pittsburgh mostraba una iluminación muy diferente: luces rojas y anaranjadas como signo de vida de sus magníficas fundiciones de acero. Era la misma ciudad de la que el ilustre escritor, James Parton, ya en el siglo XIX decía que «era como si le hubieran levantado la tapadera al infierno». Pero Kruschev no vio infierno alguno, fundamentalmente porque por aquellos días una huelga tenía paralizados los altos hornos de la Ciudad del Acero.

Dos meses antes, el 15 de julio, más de 500.000 trabajadores, casi el uno por ciento del total de obreros del país, se habían declarado en huelga. El día 24, cuando Kruschev llegó a la ciudad, la huelga duraba todavía. Y así seguiría hasta el 6 de noviembre, cuando un decreto de la Presidencia dictó la vuelta forzosa al trabajo. Fue una larga huelga, que además tuvo lugar en un año caracterizado por otras protestas en las que las grandes empresas y poderosos sindicatos midieron sus fuerzas. A diferencia de otras anteriores, aquella huelga de los trabajadores del acero no fue violenta. No hubo enfrentamientos entre piquetes y esquiroles por la sencilla razón de que no hubo policía y los esquiroles prácticamente no existieron. Las grandes empresas siderúrgicas no se atrevieron a reventarla contratando sustitutos, así que los sindicatos solo tuvieron que situar en las fundiciones unos piquetes más simbólicos que otra cosa, y la mayor parte de los huelguistas dedicaron aquellos días a pescar o a encerrarse en el garaje para poner a punto sus coches. Kruschev nunca hizo alusión a la difícil situación de aquellos días: ¿sería porque en su tierra, paraíso por antonomasia de los trabajadores, ese tipo de protesta estaba simple y llanamente prohibida?

Kruschev ansiaba ver una planta siderúrgica en pleno funcionamiento, así que sus anfitriones concertaron una visita a la Mesta Machine Company, donde 4.000 trabajadores, ninguno de

ellos afiliado a los sindicatos, se mantenían en sus puestos sin mayor problema. La planta de Mesta resultaba ser el inagotable origen de la pasta que inundaba la cuenta bancaria de la muy distinguida señora Perle Mesta, quien tenía la fama de saber organizar en su residencia las mejores fiestas de América: en su país la llamaban por su apodo, «The Hostess with the Mostes», la anfitriona que organizaba las fiestas más chic y con mayor exhibición de poderío de América. Su nombre de pila era Pearl Skirvin y había nacido en 1890, hija de un voraz petrolero que hizo fortuna en la Texas Company. Pearl confiaba en convertirse en diva de la ópera, y no le faltaban ni el instinto teatral ni el volumen corporal que suele acompañar a las grandes cantantes; pero le faltaba el requisito esencial, voz. A cambio, se casó en 1917 con George Mesta, un gigante del acero guapetón y con los años suficientes como para ser su padre, tantos que murió en 1925, dejándola con los riñones bien, pero que muy bien cubiertos. Fue entonces cuando ella decidió reinventarse como societé al más puro estilo USA: cambió su nombre por el de Perle; se largó de Pittsburgh; construyó una magnífica mansión en la milla de oro de Newport, lugar de recreo de la alta sociedad americana; gastó una fortuna en coches de alta gama, cuanto más rápidos mejor, y se hizo con un armario firmado por los mejores modistos. Pero a partir de 1930 también decidió meterse en política, uniéndose al National Women's Party y agrupándose con los luchadores por la conocida como Equal Rights Amendment, que buscaba la equiparación total de derechos entre hombres y mujeres.

La política la llevó a Washington, donde compró otra gran mansión y se hizo famosa por organizar en ella fiestas donde políticos, poderosos e influyentes comían, bebían y, por consiguiente, a veces se animaban a cantar. El propio Harry Truman tocó el piano en uno de esos saraos; en otro, Ike Eisenhower entonó un clásico estándar, Drink to Me Only with Thine Eyes (Bebe por mí solo con tus ojos).

En 1948 recaudó fondos para la campaña presidencial de Truman, por lo que fue recompensada con su nombramiento como embajadora en Luxemburgo, un país tan pequeño que, figúrense, nunca había tenido embajador americano. La carrera política de Perle fue la inspiración que llevó a Irving Berlin a crear en 1950 su exitoso musical de Broadway Call Me Madam, con la gran actriz

Ethel Merman en el papel de la Mesta. En la primera escena Merman recibe con entusiasmo su nombramiento como embajadora en un diminuto país llamado Lichtenburg, para al mismo tiempo preguntar: «¿Y dónde diablos está Lichtenburg?» Poco después comienza a cantar la melodía que le dio a Perle Mesta su sobrenombre: The Hostess with the Mostest.

En 1953 se estrenó la versión cinematográfica de Call Me Madam (Llámeme señora). Por su parte Perle Mesta volvió a instalarse en Washington, donde se hizo tan famosa que en las páginas de sociedad se la llamaba solo con su nombre de pila: «Perle da una fiesta», «Perle niega su romance», Perle esto, Perle lo otro.

Ella había conocido a Kruschev en la cena oficial de bienvenida ofrecida por Eisenhower, cena a la que acudió en calidad de acompañante de J. Edgar Hoover. Perle les dijo a los periodistas que ella sabía perfectamente la razón por la que los rusos tenían tanto interés en visitar su siderúrgica, el espionaje industrial: «Nosotros tenemos las mayores fábricas de acero del mundo, y ya sabemos que no hay unos copiones mayores que ellos.» La señora Mesta no se creyó obligada a desplazarse hasta Pittsburgh para acompañar a Kruschev en su visita a las instalaciones; en vez de ello se quedó en Washington, donde ofreció una fiesta para los diplomáticos sudamericanos acreditados en la capital y aprovechó la circunstancia para negar tajantemente que hubiera tenido aventura alguna con el antiguo embajador de la Argentina.

Ausente la hostess with the mostes, Kruschev fue acompañado en su visita por el vicepresidente de Mesta, M. K. Powell. La planta se extendía más de un kilómetro a las orillas del río Monongahela. Allí hacía un calor del diablo y la mugre campaba a sus anchas, pero Kruschev quedó impresionado: «Esta fábrica es realmente buena», dijo.

«Estoy seguro de que en su país las hay mejores, señor presidente», quiso ser cortés Powell.

«No esté tan seguro», respondió el premier. «Las hay mejores. Las hay parecidas. Las hay también peores. Yo no voy por ahí diciendo que todo lo suyo es malo y todo lo nuestro es bueno. Seguro que podemos aprender de ustedes.»

Durante el recorrido por la fábrica, un empleado del almacén de nombre Kenneth Jackey se dirigió hacia él y le ofreció un cigarrillo. Kruschev no fumaba, pero el gesto le llegó al corazón: «Que Dios le bendiga, amigo», dijo. A continuación se quitó su reloj de pulsera y se lo regaló al bueno de Jackey.

Lo del reloj de Kruschev convirtió a Jackey en una celebridad. Aceptó entrevistas y posó para los fotógrafos, pero no olvidó acercarse al día siguiente a un joyero para interesarse por el valor del artilugio, pues tenía la idea de contratar un seguro para caso de pérdida o robo. El relojero le vino a decir que tranquilo, que la cosa no era para tanto: el reloj del mandamás del país más grande de la tierra no valía más de cuarenta dólares.

Kruschev no se entretuvo en Pittsburgh mucho tiempo. Esa misma tarde voló de vuelta a Washington para oficiar como anfitrión de una fiesta que debía celebrarse en la embajada soviética. Entre los invitados se encontraba Perle Mesta, cuya presencia era requisito indispensable para que una fiesta en la capital del país pudiera llamarse tal.

Llegó al evento en un Cadillac conducido por su chófer personal. Su look se parecía bastante al de Margaret Dumont, la actriz de aire aristocrático tras la que andaba en un constante sí- pero-no Groucho Marx en Sopa de ganso. Mesta se mezcló con el resto de invitados, entre los que se encontraban el pianista Van Cliburn y Richard Nixon. Utilizando ese tipo de estratagemas que solo se aprenden yendo de sarao en sarao durante décadas, Perle se las arregló para acercarse a Kruschev y acorralarlo de tal modo que este no pudo escaparse de una breve conversación con tan distinguida dama.

Una vez satisfecha por su logro mandó llamar al chófer y salió a la puerta para esperar que la recogiera. Sabía perfectamente que los reporteros estarían allí, ansiosos por recoger las opiniones de los invitados. Un equipo de televisión recogió sus comentarios sobre la visita del líder soviético.

«No tengo la menor duda de que los ciudadanos de América han estado gloriosos», dijo. Su chófer llegó con el Cadillac, pero ella le hizo señas de que esperara. Perle tenía claro que, al fin y al cabo, todos aquellos chicos de la prensa estaban deseando que ella y solo

ella les concediera el privilegio de contarles su tête-à-tête con Kruschev. Y así lo hizo. Confesó que su propósito no había sido otro que enmendar las ideas erróneas que el premier tenía sobre el poder de los grandes capitalistas en América.

«Quería que Kruschev supiera que mi marido tuvo que ahorrar dinero para poder abrir la fábrica que él ha visitado hoy en Pittsburgh.»

«¿Y qué le respondió él, señora Mesta?»

«Solo sonrió», respondió. Dicho esto, se concedió a sí misma el placer de deslizarse elegantemente en el interior del Cadillac para largarse de allí.

65. RAÍCES PROFUNDAS

Pasados diez interminables días de la llegada de Kruschev a América, los derrotados compañeros de viaje del presidente habían llegado a Washington casi arrastrándose: ejército de moribundos supervivientes de aquella tan larga como absurda odisea.

«El premier soviético podrá pensar lo que quiera, pero las cerca de 300 personas que fueron tras él en aquella carrera estaban muy felices de que hubiera terminado», escribía Warren Rogers para el The New York Herald Tribune. «Tanto diplomáticos como miembros de la seguridad de ambos países, reporteros y fotógrafos procedentes del mundo entero, todos llegaron arrastrando sus maltrechos y magullados cuerpos de la que sin lugar a dudas fue una de las más grandes epopeyas del periodismo moderno.»

Pero el descanso duró solo una noche. Al día siguiente, viernes 25 de septiembre, Kruschev y Eisenhower tenían previsto viajar a Camp David para poder cumplir lo que, al menos en teoría, era el gran objetivo del presidente ruso, un fin de semana de conversaciones entre los dos hombres más poderosos del planeta.

Henry Cabot Lodge se levantó la mañana del viernes dirigiéndose

de inmediato a la Casa Blanca para dar cuenta a su presidente de lo ocurrido durante el viaje. Las cosas empezaron mal, le dijo a Ike, pero tras el baño de masas de Kruschev en la estación de Santa Bárbara y su atracón de estrechar manos a miles de americanos con caras amables, todo había ido como la seda. Tras esta breve crónica oral de la turné, Lodge guardó su bloc de notas y planteó la pregunta que todos se hacían: «¿Y este tipo, de qué va?»

Kruschev era un hombre extraordinario, aunque muy difícil de tratar. Creía fervientemente en el comunismo, pero por otro lado parecía un hombre tolerante y dispuesto a escuchar. Durante todo el viaje nunca había dado muestras de quedar impresionado por nada de lo que había visto, pero sin duda esa actitud suya era simple fanfarroneo. La verdad es que sí se había quedado muy impresionado: las fábricas, los coches, las carreteras, la gente. De hecho era muy probable que a esas alturas ya hubiera dejado de pensar que los soviéticos podrían alguna vez adelantar a los americanos, si es que alguna vez había llegado a imaginarlo, al menos a corto plazo. Así vino a hablar Lodge.

Cuando acabó su informe, Lodge se dedicó a planear con Eisenhower, el secretario Herter y Tommy Thompson, embajador en Moscú, cuál sería la estrategia a seguir en Camp David.

Ike tenía en mente un propósito muy sencillo: convencer a Kruschev de que retirara su ultimátum sobre Berlín. Ya hemos contado que el premier había lanzado esa amenaza el 27 de noviembre de 1958: Berlín Oeste no era más que un «tumor maligno» crecido dentro de la República Democrática, con lo que se hacía necesario aplicar «algo de cirugía». Exigió a americanos, británicos y franceses, las potencias que ocupaban esa zona de la ciudad desde el mismo Día de la Victoria, que retiraran sus tropas y convirtieran la ciudad en zona desmilitarizada antes del 27 de mayo de 1959. En definitiva, aquel ultimátum era el más serio desafío a la Europa Occidental desde el bloqueo que instaurara Stalin en 1948.

A Ike le habían dado la noticia del ultimátum en la oficina situada sobre la tienda del Augusta National Golf Course, donde se encontraba de vacaciones. De cara al público sostuvo la necesidad de defender Berlín y envió más soldados a Europa; en privado no dejaba de pensar y pensar qué es lo que Kruschev se proponía

conseguir con todo aquello.

La realidad es que el líder soviético no tenía la menor intención de ir a la guerra por el asunto de Berlín, o al menos así se lo confió en privado a su hijo Sergei. Él solo creía que de esa forma, metiendo presión, forzaría a Occidente a negociar.

«¿Y si no se llega a ningún acuerdo?», le preguntó Sergei.

«Entonces ya buscaremos otra salida», le respondió su padre.

«¿Y entonces, después del 27 de mayo, qué?»

«El 28 de mayo», respondió Kruschev muerto de risa.

Y así fue. El 27 de mayo se cumplió el plazo, y allí no pasó nada. Pero él jamás retiró su amenaza y de tanto en tanto cabreaba a Occidente con sus exabruptos amenazadores sobre la vieja capital de Alemania: «¿De qué les sirve tener 11.000 soldados en Berlín? Si hay guerra nos los comeremos de un solo bocado.»

Ike esperaba que la cumbre de Camp David pudiera concluir en alguna clase de acuerdo. ¿Pero cuál era la mejor manera de conseguirlo? Eisenhower preguntó a sus consejeros si creían conveniente que sacara el tema solo cuando estuviera a solas con Kruschev. A Herter le pareció buena idea. Lodge dijo que Gromyko era un hombre razonable y que quizá su presencia podría ser una buena influencia para su jefe. Por otro lado, Menshikov era, tal y como lo veía Thompson, el peor aliado, pues lo había observado susurrando siempre al oído de Kruschev maldades sobre América y los americanos. Lodge coincidió en el juicio; también Ike, quien dijo del embajador soviético que era «malvado y estúpido».

El presidente les vino a decir a sus consejeros que era necesario que Kruschev hiciera saber al mundo que la amenaza de guerra en Berlín ya no existía. Einsehower pensó que se trataba de una petición sencilla y lógica y se le ocurrió que, si quería convencerlo lo antes posible de que la aceptara, lo mejor era llevarlo al recién estrenado estadio de fútbol de la Academia Naval de Annapolis el sábado por la tarde para ver al equipo de la marina jugar contra el de una universidad pública de Virginia, la William and Mary.

Kruschev llegó a las cinco, y Dwight D. Eisenhower lo acompañó al césped de la Casa Blanca, donde les esperaban dos helicópteros. Lodge, Gromyko, Herter, Thompson y el «malvado» Menshikov subieron a uno. Ike y Kruschev, acompañados de sus respectivos intérpretes y guardaespaldas, subieron al otro. Los aparatos se alzaron despacio hacia el cielo y tomaron rumbo norte, hacia las montañas Catoctin. Media hora después aterrizaron en Camp David. Nada más bajar del helicóptero subieron a un Cadillac que los dejó justo en la puerta del edificio más grande del complejo, una casona más bien rústica de madera conocida como Aspen Lodge, donde les aguardaban un grupo de setenta y dos reporteros y fotógrafos.

«Es una suerte que el señor Garst no esté aquí, con tanto fotógrafo delante», dijo Kruschev.

Todos rieron ante la ocurrencia. Ambos líderes posaron durante un par de minutos para las cámaras. Después se indicó a los periodistas que podrían instalarse en un centro de prensa improvisado en el gimnasio de un colegio próximo.

Cuando se marcharon, Eisenhower condujo a sus invitados a Aspen Lodge para indicarles sus respectivas habitaciones: una para Kruschev, una para Gromyko, una para Herter y una para Ike. El insidioso Menshikov había sido relegado a otro edificio, junto a Lodge y Thompson.

Kruschev dio un garbeo por los alrededores y aquello le gustó. «Por fuera parecían auténticos barracones», recordaría en sus memorias, «pero el interior estaba decorado con mucho lujo, aunque al mismo tiempo resultaba muy funcional, típicamente americano. La construcción era sólida. Reinaba la limpieza y la comodidad.»

Cuando Ike vio que el premier se empezaba a sentir cómodo le preguntó si le apetecería ver alguna película.

«Por supuesto, siempre que sean buenas», respondió.

«¿De qué género le apetece?», quiso saber Eisenhower haciendo brillar su famosa sonrisa. «Personalmente, yo prefiero el western. Ya sé que no tiene mucha enjundia y no es muy de intelectuales, pero estas películas siempre tienen muchas escenas emocionantes.

Además, me encanta ver los caballos.»

«Mire», dijo Kruschev, «en vida de Stalin siempre estábamos viendo películas del Oeste. Cuando acababan, Stalin comenzaba a criticarlas por su alto contenido ideológico. Pero justo al día siguiente volvíamos a la sala de proyecciones para ver otra. La verdad es que siento debilidad por ese género».

«Estupendo», se alegró Ike. «Aquí tenemos varios westerns, además de otras cosas.»

Eisenhower y sus invitados se dispusieron a cenar, concretamente roast beef y pargo rojo, un pescado típico de California. El personal de servicio se encargó después de llevar un proyector y una pantalla portátil a la sala de estar. Primero, Ike puso una película de dieciséis milímetros sobre el Polo Norte que había tomado el submarino nuclear Nautilus, quizá como modo poco sutil de presumir del poderío naval USA. Después llegó la hora del western: Raíces profundas.

El caso es que era una elección bastante perspicua. No en vano, el argumento de la película, filmada en 1953 y con Alan Ladd, Jean Arthur y Van Heflin como protagonistas, permitía una interpretación en términos alegóricos de la crisis berlinesa. A saber:

En un hermoso valle de Wyoming, un poderoso y despreciable ganadero de nombre Ryker acosa a una tranquila familia de granjeros y les anuncia que tienen que abandonar sus tierras porque las necesita para sus reses. Ryker les da un ultimátum: «Tenéis que marcharos antes de que lleguen las primeras nieves.»

«Suponga que no nos marchamos…», respondió el granjero Joe Starret.

«Sabes que podría perfectamente pegarte un tiro ahora, aquí mismo», dijo Ryker.

«Es cierto, pero ahora escúcheme usted a mí bien: los tiempos en que se echaba a la gente de su casa a tiros ya han pasado», dijo

Starret.

Ryker dio media vuelta y se marchó al galope, no sin antes dejar una terrible advertencia: «De acuerdo, Starret, nunca podrá decir que no se lo advertí.» Entonces sus sicarios comenzaron a arrasar la granja, matando a los cerdos, destrozando la cosecha.

En otra de las ocasiones en que discuten, Ryker afirma solemnemente que él tiene derecho sobre todo el valle, no en vano él era uno de los que habían expulsado a los indios de aquellas tierras.

«Usted habla de derechos», le replica Starret, «cree que tiene todo el derecho a decidir que solo usted lo tiene».

Starret y su misterioso ayudante, un pistolero arrepentido llamado Shane, intentan resolver las cosas pacíficamente, pero Ryker lleva las cosas al terreno de las armas. Cuando llega el momento de sacar las pistolas Shane mata a Ryker. El antiguo pistolero huye hacia las montañas gravemente herido, mientras el más pequeño de los hijos de Starret sale gritando y llorando tras él: «¡Shane, Shane, no te vayas, vuelve!»

El asunto estaba muy claro: se empieza con un duro ultimátum y se acaba en un tiroteo a muerte. La alegoría era tan perfecta que nadie pensó en aquello como una mera coincidencia. Pero en las memorias de Ike no aparece por ningún lado que él o su camarilla eligieran Shane para lanzar un mensaje a cierto espectador allí presente. Por otra parte, si Kruschev se dio por aludido, estamos igual: no consta por escrito en ningún lado.

Cuando Stalin obligaba a Kruschev y al resto de sus corifeos del Kremlin a ver westerns en su dacha, por regla general continuaba la fiesta con una cena que acababa en borrachera ya muy avanzada la noche. Aquel tremendo paranoico esperaba a que sus compinches probaran la comida primero, con el claro fin de asegurarse que no iban a envenenarlo. A veces se divertía cachondeándose de Kruschev, a quien ordenaba bailar el jopak, partiéndose de risa al ver a su rechoncho compadre en cuclillas y soltando patadas al aire

al compás de la música.

En la dacha de Eisensower, la experiencia por la que tuvo que pasar Kruschev fue mucho menos aterradora. Al acabar la película, los dos agotados líderes se soplaron sendas copas de licor y no sin dificultad cayeron rendidos cada uno en su cama.

66. IMPASE

La mañana del día siguiente una gruesa niebla bañaba Camp David. Kruschev madrugó. Quería dar un paseo por el bosque con Gromyko, pues esa era la única manera de evitar que les escucharan a través de los bichos que infestaban sus habitaciones, ¿o es que alguien iba a ponerlo en duda?

Al volver a Aspen Lodge, se fijó en Lodge y Herter, quienes se encontraban desayunando: «Chicos, estáis intentando coméroslo todo antes de que yo llegue», bromeó. Se sentó e inauguró el día zampándose como si nada cuatro huevos, ocho salchichas y seis lonchas de beicon.

Cuando Lodge le hizo bromas sobre la sobreabundancia de su ingesta, Kruschev respondió con el mismo razonamiento que durante siglos han reiterado todos esos viajeros muertos de hambre con los que uno se encuentra: «Normalmente en mi casa mi mujer no me deja comer tanto, así que cuando estoy lejos me doy un gustazo.»

Muy poco después se sentó también Eisenhower, y el premier ruso se dispuso a amenizarle la colación con historietas de la guerra. Durante la Segunda Guerra Mundial, Kruschev había servido como comisario político en el ejército ruso, y ahora, allí sentado con su bulbosa cabeza calva sobresaliendo de una camisa blanca con bordados, encontró que lo más adecuado era pasar revista a los terroríficos años de la guerra en tiempos de Stalin.

Durante la batalla de Kharkov en 1943, Stalin, quien se encontraba

bien a salvo en Moscú, ordenó al ejército atacar a los invasores alemanes. Pero tanto Kruschev como el general al mando, que sí estaban en primera línea, se dieron cuenta de que un ataque semejante costaría la vida de al menos 300.000 rusos. El comisario telefoneó al presidente para rogarle que cambiara de opinión. El mariscal Zhukov, mando supremo del ejército, fue quien recibió la llamada. Zhukov le reiteró que esa maniobra era una orden inapelable de Stalin. Kruschev suplicó hablar directamente con él para explicarle claramente cuál era la situación, pero el gran tirano rechazó ponerse al teléfono. No hubo otra que obedecer y los rusos lanzaron su ataque. En efecto, murieron 300.000 soldados, cantidad que era, según los cálculos que rápidamente hizo Eisenhower, superior en 100.000 hombres al total de norteamericanos que murieron durante toda la contienda.

Pero la historia no acababa ahí, continuó Kruschev. Cinco años después Stalin se encontraba bebiendo en compañía de sus camaradas subordinados, y Mikoyan, buen amigo de Kruschev, que andaba medio borracho, se fue de la lengua y empezó a bromear con Stalin a costa de su metedura de pata en Khakov, recordándole que Kruschev estaba en lo cierto. Mikoyan estaba demasiado ciego para darse cuenta de que Stalin se estaba cabreando, así que tuvo que ser Kruschev quien mediara para intentar rebajar la tensión. «No te preocupes, camarada Stalin», atinó a decir, «habríamos perdido esos 300.000 hombres tanto si hubiéramos atacado como si hubiéramos defendido.» Dada la facilidad con la que Stalin mandaba hacer desaparecer a sus subordinados, es muy posible que las palabras tranquilizadoras de Kruschev le salvaran la vida a Mikoyan, y quién sabe si de paso hubieran salvado la suya propia.

Ike disfrutaba con estas historietas, pero no dejaba de preguntarse por qué Kruschev se las estaba contando. «No estaba del todo seguro de si Kruschev intentaba hacerme ver los defectos de Stalin o, quién sabe, su gran habilidad para manejarlo.»

Al acabar el desayuno, los dos líderes y sus ayudantes e intérpretes salieron a la terraza para dar comienzo a las conversaciones oficiales. Eisenhower fue el primero que habló, para manifestar que la situación de Berlín era su mayor preocupación. «Si conseguimos rebajar la tensión que existe respecto a este problema, seguro que

podremos hacer grandes progresos en otras cuestiones más.» Ike continuó diciendo que el ultimátum de Kruschev había causado una gran alarma en su gobierno; los Estados Unidos no tenían la intención de ocupar Alemania para siempre, pero jamás admitirían ser expulsados de Berlín por la fuerza.

Kruschev replicó diciendo que hacía ya tiempo desde que la guerra había acabado, pero que la Unión Soviética todavía no había firmado la paz con Alemania. Había llegado el momento de decidir cuál sería el futuro del país.

Ike dijo que a él no le importaba que los soviéticos firmaran un tratado de paz con Alemania en tanto este no afectara a Berlín Oeste.

Kruschev respondió que esa condición era totalmente imposible; pero quiso añadir que Berlín no era el único problema entre las dos grandes potencias. Para él el problema de verdad era el desarme. Si Occidente estaba de acuerdo con el plan de desarme total que él mismo había presentado ante la Asamblea General de la ONU días atrás, sin duda la cuestión de Berlín se resolvería de inmediato.

Ike volvió a insistir en que Berlín era lo más urgente, y que sin ello no había posibilidad de hablar de desarme.

Durante casi dos horas de tira y afloja no llegaron a ninguna parte. Al final decidieron tomarse un descanso, e Ike llevó a Kruschev y los intérpretes a dar un paseo por el bosque. Acabaron en la bolera del complejo. En ella pudieron contemplar cómo John Halferty, un miembro del personal civil de la marina, conseguía cinco plenos y subía el marcador hasta los 218 puntos. Kruschev, quien nunca había visto jugar a los bolos, contempló el espectáculo con curiosidad, aunque la verdad es que estaba menos interesado en la habilidad del jugador que en el modo cuasi mágico en que la máquina colocaba automáticamente los bolos de nuevo en pie.

Halferty pidió a los dos líderes que le firmaran su tarjeta, cosa que ambos hicieron. Después volvieron a la terraza de Aspen, donde se sentaron a solas, solo acompañados de los intérpretes, en la mesa de juego. Los demás habían empezado a comer, pero ellos seguían enzarzados con lo de Berlín. De nuevo fracasaron en el intento de

llegar a un acuerdo. Kruschev no se estaba dando cuenta, pero hubo alguien que dijo que lo peor de todo era que el premier ruso iba a arruinar con su intransigencia la única posibilidad que tendría en su vida de ver un partido entre la marina y los de la William and Mary.

Al ver que no había progreso alguno, Ike sugirió a Kruschev que se sentaran a almorzar. Hubo perritos calientes y judías. Cuando Kruschev se dio cuenta de que también Nixon estaba en la mesa, comenzó a lanzarle puyas, quejándose con un tono de voz muy desagradable de la feria americana en Moscú y burlándose de aquella estúpida «cocina milagro» con la que Nixon pensaba arrastrar a los rusos como borregos por la senda hacia el capitalismo.

Eisenhower intentó calmar la tirantez de la escena cambiando de tema. Dijo entonces que estaba deseando tomarse unas vacaciones, pero que le era imposible escapar de los «ring-ring» de los incontables teléfonos que no dejaban de sonar constantemente en su despacho. Kruschev entendió aquello como si Ike estuviera insinuando que en la Unión Soviética carecieran de las suficientes redes de comunicación.

«Quizá nosotros no tengamos ahora tantos teléfonos como ustedes tienen», dijo con enfado, «pero muy pronto tendremos más».

Visto lo visto, estaba claro que no había forma de hablar en paz. Ike se excusó diciendo que iba a echarse una siestecilla. La comida había terminado.

«Todos estábamos muy desanimados», escribió en su diario George Kistiakowsky, uno de los ayudantes de la Casa Blanca. «Había un sentimiento generalizado de que aquel encuentro acabaría en un completo fracaso.»

67. EL QUITAMANCHAS Y EL CAZAMARIPOSAS

Mientras el premier y el presidente jugaban con el destino de la humanidad, Nina Kruschev observaba a un experto en el arte de quitar manchas que demostraba el mejor modo de eliminar restos de no-se-sabe-qué de un vestido de novia.

Lo de Camp David no era para las esposas, de modo que la señora Kruschev tuvo que conformarse con un plan ligeramente menos atractivo, una visita al Instituto Nacional de Lavado en Seco. La idea de este peculiar entretenimiento nació de la aguda visión de John Jay Daly, un joven relaciones públicas del instituto, una agrupación de empresas del lavado en seco. El trabajo de Daly era dar publicidad a este método de limpieza, un cometido de no mucha densidad intelectual, cierto, pero que el muchacho decidió implementar con un celo prometeico promoviendo una campaña en la cual las lavanderías de América se comprometían a lavar gratis cualquier bandera con las barras y estrellas que la gente les llevara. Esta promoción fue bautizada con el divinamente patriótico nombre de «Nueva gloria para la Vieja Gloria*».

Cuando Daly se enteró de que Kruschev iba a venir a América, su cerebro entró en modo velocidad supersónica, barajando modos con los que vincular semejante histórico acontecimiento con la bondad del lavado en seco a mayor provecho del negocio. Hizo algunas indagaciones y comprobó que en la Unión Soviética tal método de lavado no existía. Esta dramática situación tenía, entre otros graves efectos secundarios, que los diplomáticos americanos destacados en Moscú tenían de cuando en cuando que enviar sus trajes sucios por valija diplomática para hacerlos llegar a Europa Occidental para su limpieza. Daly decidió darle publicidad a su industria anunciando que Kruschev y su familia tendrían lavado en seco gratis de su ropa mientras permanecieran en los Estados Unidos de América.

Eso le reportó cierta publicidad, pero Daly era ambicioso y quería más. Cuando se enteró de que Kruschev se alojaría en Camp David, se le apareció un ángel: seguro que la señora Kruschev se quedaría en Blair House sin nada que hacer, de modo que la invitaría a visitar el Instituto Nacional del Lavado en Seco. Inmediatamente se sentó frente a un par de teléfonos y empezó a hacer gestiones con el Departamento de Estado, el FBI y Henry Cabot Lodge. Cuál fue su asombro cuando supo que Nina aceptaba encantada su tan

imaginativa como tonta invitación.

«Recuerdo al FBI diciéndome: “De acuerdo, ella irá, pero no le hables a nadie de esto”», contaría Daly años más tarde. «Nosotros dijimos que de acuerdo, que estuvieran tranquilos, pero no se sabe cómo la Associated Press y el New York Times tuvieron noticia del acontecimiento.» Daly no era capaz de contarlo sin que se le pusiera cara de cachondeo: «No sé cómo fue posible, pero el caso es que se enteraron.»

La señora Kruschev llegó al instituto el sábado por la mañana acompañada por la señora Lodge y seguida por un enjambre de reporteros y fotógrafos.

Daly lo recordaría después así: «Fue nuestro director ejecutivo, George Fulton, quien hace no mucho tiempo y por desgracia se marchó a la planta de lavado en seco que tenemos en el cielo, quien las saludó apenas descendieron del coche, para después acompañarlas a recorrer nuestras instalaciones.»

Nina Kruschev pudo ver de cerca los laboratorios donde los expertos analizaban los fallos más frecuentes en el lavado en seco de ropa. También le enseñaron dónde se guardaban las polillas, a las que usaban como cobayas para experimentar con productos que las mantuvieran lejos. Y pudo comprobar cómo el experto quitador de manchas George Purdy ejercía su mágica virtud sobre un vestido de novias lleno de cagarrutas de pájaro. Antes de que se marchara, Fulton le regaló un ejemplar firmado de Focus on Fabric, un grueso tocho que contenía cientos de muestras de los diferentes tipos de telas junto con instrucciones para limpiar cada una en particular.

El programa Today emitió una grabación de la visita al instituto, y el New York Times dio cuenta de lo sucedido en primera página junto con una fotografía de la primera dama soviética sonriendo enigmáticamente al ver cómo los vestidos de boda habían quedado nuevos tras el proceso.

«Fue el éxtasis», recordaría Daly.

Pero no todo el mundo estaba contento. Cuando Daly y sus colegas llegaron a trabajar el lunes siguiente por la mañana, se encontraron

con que alguien, se supone que algún contrario a la visita de Kruschev, había destrozado todas las ventanas del edificio con piedras sacadas de las vías del tren Baltimore-Ohio, que pasaba por al lado. Daly pensó pronto que aquel era un precio ínfimo por lo que habían conseguido, una publicidad que no tenía precio.

A Sergei Kruschev no le atraían mucho los milagros del lavado en seco, así que se las arregló para embarcarse en otro tipo de aventuras ese fin de semana.

«Me he traído mi cazamariposas», hizo saber a la gente del Departamento de Estado. «Quizá sería posible ir a algún sitio donde pudiera coger algunas.»

Le respondieron que harían lo posible por satisfacerlo, pero no les interesaba lo más mínimo el espectáculo de ver a la prensa corriendo tras Sergei y sus lepidópteros. «Por alguna razón no querían que me dejara ver ante la prensa con mi cazamariposas», recordaría Sergei cuarenta y siete años más tarde. «Al final uno de ellos llamó y dijo que de acuerdo, pero que procurara llevar la red escondida. Así que la metí dentro de una bolsa y fuimos hasta la Casa Blanca. Allí había una pequeña puerta por la que se accedía a un túnel que servía como salida de emergencia; tras recorrerlo acabamos en un sótano, donde había un coche aparcado y también una puerta. Subí en el coche, la puerta se abrió y por allí me sacaron hasta un lugar a las afueras de Washington.»

El coche se detuvo en un prado. Sergei saltaba de aquí para allá y observaba a su alrededor, aunque siempre seguido por tres o cuatro hombres del Departamento de Estado. Finalmente pudo ver cómo las últimas mariposas del verano mariposeaban por el campo. Estaba deseando atrapar alguna, pero le dio algo de corte hacerlo con los de seguridad allí delante.

«Les pregunté qué les parecía, y me dijeron: “No nos importa. Hemos vigilado a mucha gente, cada uno con sus cosas. Le aseguramos que usted no es de los peores.”»

Ahora ya con las cosas claras, Sergei le pasó la cámara a uno de los agentes, quien filmó una escena que parecía sacada de un delicioso sueño, o quizá de una película de Buster Keaton: un bello joven

vestido de traje y corbata y gafas de pasta apresurándose a través de un campo poblado por media docena de malas hierbas sosteniendo en lo alto un cazamariposas, capturando el brillo huidizo de los lepidópteros made in USA.

68. ¿A QUIÉN FUSILARÁ PRIMERO?

Eisenhower se levantó de la siesta y a continuación invitó a Kruschev a visitar su granja en las afueras de Gettysburg, Pennsylvania.

«Será un verdadero placer», aceptó el premier ruso.

Antes de subir al helicóptero que les llevaría tras un breve vuelo a la propiedad de Ike, Eisenhower llamó a su hijo John, quien vivía en una casa adyacente a la granja. La mujer de John, Bárbara, fue quien cogió el teléfono y supo por su ilustre suegro que él y Kruschev se iban a dejar caer por allí en unos minutos. «Procura que los chicos estén limpios y preparados», vino a ordenar a su nuera. Bárbara reunió a los niños (David, de once; Bárbara Ann, de diez; Susan, de ocho; Mary Jean, de tres) y pronto los dejó razonablemente listos para revista.

«Nos avisaron de la noticia una media hora antes de que llegaran los helicópteros», contaba Susan Eisenhower algunas décadas después. «Estaban en Camp David y buscaban conseguir una especie de impase, así que mi abuelo pensó que lo mejor era obsequiar a Kruschev con algo de trato familiar. Mi abuelo había vivido en Europa, además de Asia y Latinoamérica, antes de ser presidente, y conocía muy bien las costumbres culturales extranjeras. Sabía que llevar a alguien a tu propia casa tenía siempre un algo especial. Se trataba de ver las cosas desde un punto de vista totalmente distinto. Creo que eso es lo que él andaba buscando.»

Tras bajar de los aparatos, Eisenhower llevó a su huésped a dar un garbeo por la finca. Cuando Kruschev expresó su admiración por las terneras Black Angus del presidente, Ike sonrió orgulloso y le

ofreció que se llevara una a Rusia como regalo. Kruschev se lo agradeció y prometió a su vez enviar abedules para que los plantaran allí «en señal de gratitud».

Ike lo llevó al interior de la casa. Era cómoda pero muy lejos de cualquier lujo, por supuesto mucho menos opulenta que las dachas de los jerarcas rusos y que la del propio Kruschev. A este le impresionó la sencillez de su anfitrión. «Eisenhower era un hombre razonable y sencillo», concluiría en sus memorias. Ike condujo rápidamente al presidente a través del comedor hasta llegar al porche, una acogedora habitación con una preciosa vista sobre el mismo escenario que noventa y seis años antes había sido testigo de la monumental batalla entre federales y confederados. Mientras los dos sorbían un té, llegaron John y Bárbara con los nietos de Ike. La cara de Kruschev se iluminó nada más verlos. Saludó a los niños uno por uno, preguntándoles sus nombres y diciéndoles cuál sería la correspondiente traducción en ruso. Pobre Susan: no encontró traducción rusa para su nombre. Después buscó en sus bolsillos y sacó un puñado de insignias con la estrella roja, para luego colocárselas a cada nieto en sus solapas.

«Le traía un aire a Santa Claus, pero sin el traje rojo», recordaría Susan. «Era gordo y tenía ese tipo de sonrisa que nunca se olvida. Me acuerdo de que tenía un hueco entre sus dientes delanteros. Eso me dejó intrigada.»

Kruschev se dirigió al presidente: «Cuando usted venga a Moscú espero que traiga también a sus nietos.»

Este «trato familiar» de Ike dio sus frutos. Cuando los dos líderes volvieron al helicóptero, Kruschev ya tenía un humor más relajado y amable del que había dejado ver durante la comida unas pocas horas antes.

Volvamos al porche. Los nietos empezaron de inmediato a preguntar si ellos podrían ir a Rusia. «Estábamos muy ilusionados con la idea», diría Susan, «y empezamos a acosar a nuestros padres como locos». Los padres de Susan claramente no mostraban tanto entusiasmo. Querían que sus hijos supieran que el hombre que acababan de conocer quizá no fuera tan encantador como parecía serlo. Susan siempre recordaría de cómo al llegar a casa sus padres

les impartieron un breve «tutorial» sobre la Guerra Fría y los males del comunismo. Aquel hombre, les dijeron sus padres, no era su amigo, no era amigo de América.

«Y entonces me puse a pensar: "Si no es un amigo de América, ¿entonces por qué ha venido a nuestra casa?"», Susan seguía evocando aquel instante. «Sí, era cierto que llevábamos mucho tiempo en el colegio practicando el agáchate-y-cúbrete; sí, era cierto que en cualquier parte se oía hablar de la Guerra Fría, que era algo que estaba en el ambiente, pero nunca lo había asociado a nadie en concreto hasta que apareció Kruschev.»

En cuanto el helicóptero presidencial comenzó a elevarse para volver a Camp David, Bárbara Eisenhower confiscó de inmediato las estrellas rojas que Kruschev les había colocado a sus hijos y las tiró por ahí. Pero un error lo tiene cualquiera; se le debió de pasar una. Un par de días después John Eisenhower pilló a su hijo David dispuesto a ir al colegio con la estrella roja puesta.

«Si Kruschev conquistara América», le dijo al chico, «adivina a qué familia fusilaría primero».

69. ¿QUÉ HACER CON TANTOS EISONHOWER?

Ese mismo día, en Wheaton, Illinois, el celebérrimo pastor evangelista Billy Graham convocó a la prensa para aportar públicamente su grano de arena en los tira y afloja entre el presidente americano y Kruschev. «Espero que Eisenhower lo traiga a la iglesia mañana», dijo Graham. «Kruschev es su invitado y, si lo rechaza, quedará en evidencia.»

La mañana siguiente, domingo, efectivamente Ike invitó a Kruschev a acudir en su compañía a la iglesia presbiteriana de Gettisburgh, pero el premier lo rechazó explicándole que su presencia en recinto sagrado causaría un desagradable impacto entre su gente allí en Rusia.

Así que, mientras Ike asistía al servicio religioso de las 8:30, Kruschev se quedó en Camp David discutiendo cuestiones relativas al comercio entre ambos países con el subsecretario Douglas Dillon. La conversación no fue bien. Cuando Dillon apuntó que a lo mejor a los rusos les gustaría comprar zapatos americanos, Kruschev estalló: «¿Ha dicho zapatos? ¡Mire, mire usted mis zapatos!, ¡nosotros fabricamos los mejores zapatos del mundo!, ¡no necesitamos zapatos!»

Un año después, en el que se convertiría en el show más famoso que montó en vida, Kruschev demostraría a las Naciones Unidas y al mundo que la calidad de los zapatos soviéticos eran tal que incluso podían usarse como martillo para acallar cualquier reproche que un diplomatucho del tres al cuarto pudiera hacerle al comunismo.

Cuando volvió de la iglesia, Eisenhower sugirió a Kruschev dar un paseo por el bosque. Ellos dos solos y un intérprete. Ike se había dado ya cuenta de que su colega se mostraba más amigable y dispuesto cuando Gromyko y Menshikov estaban lejos, así que pensó que el único modo de desbloquear la cuestión de Berlín era manteniendo un tú a tú y a solas.

Mientras paseaban, los dos líderes comenzaron a quejarse de las constantes presiones que recibían de sus generales, siempre solicitando un aumento de los gastos de defensa. Según lo recuerda Kruschev, la conversación discurrió más o menos como sigue:

Eisenhower: «Mis mandos vienen y me dicen: “Señor presidente, necesitamos tantos y cuantos millones para tal o cual programa. Si no nos da los fondos, los rusos irán por delante”, y yo no tengo más remedio que ceder. Así funciona la cosa: siguen haciéndome caer en la trampa y sigo dándoles dinero. ¿Y a usted, cómo le va con sus generales?»

Kruschev: «Exactamente igual que a usted. De vez en cuando llegan a mi despacho los del ejército y me dicen: “¡Camarada Kruschev, mire, mire este informe! Los americanos están desarrollando no-sé-qué sistema táctico. Nosotros podríamos hacerlo también, pero eso costaría no-sé-cuántos millones de rublos.” Yo me empeño en decirles que no hay fondos, que los presupuestos ya están asignados. Entonces empiezan: “Si no podemos contar con ese

dinero y hay una guerra, nuestro enemigo estará en clara superioridad." Total, que hacen que me lo vuelva a pensar y al final no tengo otra que darle a mi ejército todo lo que me pida.»

Eisenhower: «Eso es, como yo. Mire, creo que ha llegado el momento de llegar a un acuerdo y acabar con esta rivalidad inútil y derrochadora.»

Los dos líderes no consiguieron llegar a ninguna posición conjunta en tal sentido, cierto, pero mientras vagaban entre los árboles que rodeaban Camp David sí consiguieron al menos llegar a un acuerdo sobre Berlín: Kruschev aceptó poner punto final a su ultimátum; a cambio, Eisenhower aceptó reunir a las cuatro grandes potencias vencedoras de la guerra. Kruschev, De Gaulle, Harold MacMillan y el propio Ike se sentarían para trazar el futuro de Alemania. Asimismo, el presidente americano se mostró dispuesto a viajar a la URSS en la primavera de 1960.

Mientras sus ayudantes redactaban el comunicado conjunto que llevaría al mundo entero la noticia de su acuerdo, Ike y su colega ruso se dispusieron a comer en compañía de sus principales consejeros. El sábado Kruschev se sentó a la mesa malhumorado, resentido y picajoso; el domingo era un encanto. Mientras hacía pasar una caja de bombones que el pianista Van Cliburn le había regalado, alabó los dulces americanos. Cuando Menshikov quiso marcarse un tanto y murmuró en ruso que el chocolate ruso era mejor, Kruschev saltó como un resorte: «¡Intérprete, no traduzca esa tontería!»

Pero aún había tiempo para sustos. Tras la comida, mientras ambos mandatarios repasaban el borrador del comunicado, Kruschev exigió de pronto que se suprimiera del escrito su compromiso de retirar el ultimátum de Berlín.

Eisenhower no se lo podía creer. «Sin eso se rompe todo el acuerdo», gritó Ike casi fuera de sí: «Entonces yo no convoco ninguna cumbre ni tampoco voy a Rusia.»

Inmediatamente Kruschev quiso explicar en qué consistía su jugada. Le dijo a su colega americano que él no podía anunciar todavía esa concesión, que primero debía comunicarlo a sus camaradas del

Kremlin. El asunto era que Ike esperara hasta el martes para revelar ese aspecto concreto del acuerdo, por entonces, ya en Moscú y tras contárselo al Soviet Supremo, Kruschev lo confirmaría públicamente.

Eisenhower se tranquilizó. Dijo que sí. Al fin y al cabo ya había esperado diez meses para conseguir el fin del ultimátum, ¿qué importaban dos días más? Ike aprendió gracias a su colega una sabia lección de historia: a diferencia de Stalin, Kruschev era consciente de que no tenía tanto poder como para ignorar o controlar bajo amenaza de fusilamiento a sus camaradas del Kremlin.

Era media tarde cuando Kruschev tuvo que regresar a Washington para una comparecencia televisiva que cerraría el viaje; por la noche cogería el avión de vuelta a Moscú. El premier ruso subió a la limusina de Ike y voló a la capital a más de 150 por hora flanqueado por los coches de policía con sus sirenas berreando.

Ya en Washington, Eisenhower dejó a su colega en Blair House, tal y como había hecho el día de su llegada, trece días antes. Mientras se estrecharon las manos en los escalones, Kruschev recordó a Ike la ilusión que le hacía que cuando fuera a Rusia en primavera llevara también a sus nietos.

«Iré con toda la familia», le aseguró, «tendrá usted tantos Eisenhower en casa que no sabrá qué hacer con ellos».

70. CHIHUAHUAS PARA KRUSCHEV

En los camerinos de los estudios de la NBC en Washington, K no aceptó los servicios del maquillador: fuera de allí.

¿Han dicho maquillaje?, ¿qué es esto?, ¿otra de las trampas capitalistas?, ¿es que estos americanos quieren que aparezca en la tele con cara de payaso? Intentaron explicarle que en la tele todo el mundo llevaba maquillaje, que sin él su cara parecería colorada y la

luz brillaría en su calva cada vez que moviera lo más mínimo la cabeza. Pero a él todo eso no le importaba. No estaba dispuesto a que nadie le llenara de cremas y pinturas.

«Buenas tardes, amigos americanos», dijo nada más empezar. Estaba hablando en directo para aquellos nobles americanos que habían decidido colocarse frente a un dictador comunista que les iba a soltar un discurso en ruso, mientras, para qué negarlo, podrían estar pasándoselo pipa con otras cosas, La ley del revólver, por ejemplo. «Me hace muy feliz tener esta oportunidad de dirigirme a ustedes antes de volver a mi país. Hemos podido disfrutar de la belleza de sus ciudades, de sus magníficas avenidas y carreteras; pero, sobre todo, de todos ustedes, gente amable, de buen corazón.»

Tras unos párrafos se detuvo para permitir al intérprete que tradujera lo dicho. Después alabó la figura del presidente Eisenhower, denunció la Guerra Fría, hizo propaganda de su programa de desarme y presumió de cómo el comunismo había acabado en su país con el paro y había posibilitado la educación y la atención sanitaria universal y gratuita.

«No pasará mucho tiempo antes de que consigamos la abolición, repito, abolición total de todo tipo de impuestos», dijo, repitiendo con ello esa promesa que todo político de este mundo alguna vez ha hecho.

Acabó con unas palabras en «inglés» que podrían traducirse como «¡Atioss y fuena suerrte, amijoss!».

Sergei Kruschev siguió la retransmisión desde una tele en color en Blair House, y le dio la impresión de que su padre lo había hecho bastante bien. «El único problema fue que su cara se vio demasiado roja y su calva resplandecía con cada movimiento.»

Tras su «show», Kruschev volvió a Blair, donde las escaleras estaban ya repletas de maletas soviéticas, además de bolsas y bolsas de compras rotuladas con los nombres de algunos de los más emblemáticos establecimientos del capitalismo americano en el ramo del comercio: Woodward & Lothrop o Saks Fith Avenue.

Pero había también una bolsa de la que emanaban unos extraños

grititos. Dentro de ella se escondían un par de cachorros de chihuahuas, un regalo para los nietos de Kruschev de parte de un hombre de negocios californiano, Alexander Lieb. El FBI no solía tardar en investigar a cualquier ciudadano americano que regalara dos cachorros de perro a un comunista. Y sí, sus agentes acabaron reuniendo un dosier de Lieb, doce páginas que incluían su fotografía, número de teléfono, el cual no figuraba en ninguna guía, saldo de su cuenta corriente, su expediente de cierta facultad de administración de empresas, situación financiera de su empresa y el comentario de que durante los siete años que duró su carrera como policía en Los Ángeles en los cuarenta Lieb se había caracterizado por ser un «continuo quejica» y por «criticar en exceso a sus superiores». Por supuesto, el FBI pidió información a sus infiltrados dentro del Partido Comunista, quienes comunicaron no haber oído hablar de él en su vida.

Es una pena que aquel informe no hablara de las ideas políticas de los chihuahuas.

Para llevar hasta la base aérea de Andrews todo el equipaje de los soviéticos se necesitaron tres buenos camiones del ejército cargados hasta arriba. Allí el gigantesco TU-114 llevaba ya seis horas repostando. Cuando llegó Kruschev, fue Nixon quien tuvo el honor de oficiar la ceremonia de despedida, un acto que tuvo bastante que ver con el de la llegada, trece día antes: alfombra kilométrica roja, veintiuna salvas e intercambio de breves discursos cargados de buenas palabras.

«Desde lo más profundo de mi corazón les doy las gracias por su amable hospitalidad, por su pan y su sal», dijo Kruschev. «Desearía que en un futuro, y en lo que afecta a las relaciones entre nuestros dos países, pudiéramos usar cada vez con mayor frecuencia esa palabra americana tan breve como clara: Okay.»

Con un ramo de rosas rojas en la mano subió la escalerilla del avión más grande del mundo, que se encontraba situado al final de la pista de más de dos kilómetros que cruzaba la base. La puerta finalmente se cerró y el TU-114 comenzó a avanzar lentamente, arrastrando con él toneladas de combustible, un sinnúmero de bolsas de compra y, por supuesto, dos chihuahuas.

La aeronave se movía como un paquidermo por la pista cogiendo poco a poco mayor velocidad. Cuando había recorrido casi la totalidad consiguió levantarse del suelo con torpeza, como un ganso que se acaba de hinchar a comer. Los que quedaban en tierra suspiraron con profundo alivio. El mastodonte rozó las copas de los árboles enderezando su morro hacia Moscú, un lugar a miles de kilómetros de distancia.

71. TEMPESTAD DE APLAUSOS

Varios miles de compatriotas vitorearon a Kruschev cuando apareció por la puerta del avión en un aeropuerto cercano a Moscú. Varios miles más vitorearon a Kruschev al recorrer la ciudad camino del estadio Lenin, donde varios miles más lo aplaudieron, y lo vitorearon también, cuando subió a un escenario decorado con una larga bandera roja brillante donde se podía leer este sencillo y pegadizo eslogan: «Viva la política pacifista del Partido Comunista y del Gobierno de la Unión Soviética.»

La aparición del premier recién llegado de su viaje suscitó el prolongadísimo estallido de lo que el Pravda calificó como «una tempestad de aplausos». A continuación, Nikita Sergeyevich Kruschev tomó asiento y escuchó discurso tras discurso a cual más elogioso sobre su persona y su talla como estadista.

Primero fue el alcalde de Moscú: «Permíteme, Nikita Sergeyevich, expresar en nombre de todos los presentes y también en nombre de todos los trabajadores de Moscú, nuestra afectuosa gratitud por tu labor incansable en aras de la paz y la felicidad del pueblo soviético.»

Hay que hacer constar que estas breves líneas suscitaron lo que la transcripción oficial describió sin más como «aplauso».

Después fue un mecánico quien se erigió en portavoz de los obreros: «¡Nikita Sergeyevich ha atravesado el hielo de la Guerra Fría con la fuerza de un rompehielos atómico y ha golpeado a los enemigos de

la paz con la precisión del cohete soviético a la Luna!»

Consta igualmente que estas palabras acabaron en otro prolongado aplauso.

Luego fue el turno del trabajador de una granja colectiva. Este habló en nombre de los soviéticos sin más, normales y corrientes: «A ti, líder de la paz y la amistad entre las naciones, te deseamos llenos de entusiasmo muchos años de vida.»

El aplauso consta, que conste.

A continuación habló un universitario, portavoz de la juventud rusa: «¡Te damos nuestra palabra a ti, Nikita Sergeyevich, a nuestro partido y a todo el pueblo soviético, de que siempre y en toda ocasión nos comportaremos como los más leales e incansables luchadores por la gran causa del comunismo!»

Más de los mismos aplausos.

Y finalmente le llegó el turno al susodicho Nikita Sergeyevich en persona. Mientras avanzaba hacia el micrófono la multitud se puso en pie con la también susodicha prolongada tormenta de aplausos. «Queridos camaradas», dijo, «¡acabo de aterrizar en un avión que ha volado sin escalas desde Washington a Moscú!» («plas, plas, plas»). «Y vengo en primer lugar aquí, mis queridos moscovitas, para compartir con vosotros mis impresiones sobre el viaje.»

Kruschev prometió ser breve, pero es de sobra conocido que los dictadores son particularmente torpes a la hora de medir el tiempo de sus discursos, sobre todo si lo que tienen delante es una muchedumbre que no tiene complejos en descargar tormentas de aplausos. Les narró su particular odisea por extenso, comenzando por su llegada a Washington: «Nos acogieron como se acoge a quienes vienen de un gran país, nuestro gran país» (tormenta). Después informó de su discurso en las Naciones Unidas en defensa de un desarme total (tormenta). Contó cómo el alcalde de Los Ángeles había intentado «usar el fantasma del comunismo para atemorizar a la gente» y que sin embargo él había defendido en todo momento «la causa de la paz» (tormenta prolongada).

Habló del cariño con el que lo recibieron Harry Bridges y los trabajadores del puerto (tormenta). Ensalzó las maravillas de Iowa: «Esos campos de maíz tan queridos por mí» (tormenta y júbilo). Les dijo que el presidente Eisenhower era un hombre que «desea sinceramente el final de la Guerra Fría» (tormenta larga). Pero también alertó a su público de los peligros de ciertas «fuerzas diabólicas» que allí en América conspiran contra la paz. «Hay que desenmascararlos y darles una buena paliza delante de todo el mundo», dijo. «Hay que quemarlos como diablos en una parrilla» (a la tormenta se unieron las carcajadas).

Habló también de su visita a la finca de Eisenhower: «Yo no podía visitar al presidente de los Estados Unidos sin echarle un vistazo a su maíz, ¿verdad?» (cachondeo). Contó cómo había conocido a sus nietos y los había invitado a Rusia (más de todo). Poco a poco Kruschev fue aproximándose al final de su discurso. Poco a poco iba llevando a su auditorio al culmen de la pasión rayana en la locura extasiada: «¡Viva el gran pueblo soviético, que sigue construyendo con éxito el comunismo bajo el liderazgo del glorioso partido de Lenin!» (para qué repetir lo de la tormenta prolongada…).

«¡Viva la amistad ruso-americana!» (sigue…).

«¡Viva la amistad entre todos los pueblos del mundo!» (todas la tormentas y risas ahora maximizadas como respuesta final).

La multitud se fue calmando, y a Kruschev la sonrisa de satisfacción le duró aún mucho más que su discurso. De acuerdo, América tenía su encanto, pero no había nada tan hermoso como estar de vuelta en casa, donde no hay nadie que no sea tu amigo, donde todos los que te dedican su discurso te dan coba y todos los aplausos suenan como una prolongada tormenta.

72. LA ESPERANZA ES UNA POMPA DE JABÓN

«Sin Kruschev», escribió el columnista Fletchner Knebel, «la vida en América será tan triste como un granero sin trigo, la televisión sin

boxeo o una trompeta sin Louis Amstrong».

En muy pocas líneas Knebel captó perfectamente la depresión posparto que sufrían los periodistas que habían seguido a Kruschev por el país cubriendo la peripecia más extraordinaria de la década. Era triste, pero ahora había llegado el momento de que esos exhaustos reporteros se echaran a un lado para que el vasto ejército americano de columnistas, comentaristas políticos, editorialistas y sesudos analistas políticos intentaran explicar el significado de todo lo sucedido.

«Los Estados Unidos le vieron la cara a Nikita Kruschev, y Nikita Kruschev le vio la cara a los Estados Unidos», comenzaba diciendo la revista Time. «Este encuentro ha acabado convirtiéndose en una de las grandes batallas de la Guerra Fría.»

Pero la verdad era que en esa gran batalla no había habido grandes vencedores ni vencidos: Kruschev había levantado su ultimátum sobre Berlín y Eisenhower había aceptado convocar una reunión de las cuatro grandes potencias y también viajar a Rusia, y esto, según coincidían la mayoría de los expertos, constituía un pírrico éxito diplomático.

«¿Ha valido la pena esta visita?», se preguntaba un editorial del Washington Post. «A pesar de que nadie haya hecho gran cosa por abrir una brecha en la gruesa capa helada de la Guerra Fría, la respuesta ha de ser sin duda “sí”.»

Los Angeles Times coincidía en su valoración, y así lo hizo ver en un editorial que comenzaba con una perspicua doble metáfora: «Kruschev ha dejado tras de sí una pompa de jabón de esperanza, y nuestro gobierno trata ahora de preservar su fragilidad en una atmósfera de vaporoso optimismo.»

El fracaso de los dos hombres de estado a la hora de resolver otras cuestiones candentes, en particular la carrera armamentística, sin duda dejó satisfecho a ese tipo de lobby al que Kruschev acusó de estar sacando provecho de la tensión entre bloques. «Wall Street respira con algo más de alivio», resumía Christian Science Monitor, «no hay indicios de que la administración se haya propuesto reducir sus gastos de defensa, que actualmente rondan los 41.000.000.000

de dólares al año.»

Pero quienes analizaron la visita de Kruschev en términos tomando únicamente como referencia la diplomacia no encontraron sentido pleno a lo que había sucedido. Ahora bien, había que admitir que el viaje había sido algo más que un encuentro político al más alto nivel: fueron dos semanas de un intercambio cultural incesante, fue la oportunidad de que las dos superpotencias mundiales dejaran por un momento a un lado los mitos en los que vivían cómodamente instalados y se conocieran de cerca. Tras haberla visto en persona, sin duda Kruschev ya no pensaría más en América como un país roto como consecuencia de la inexorable lucha de clases preconizada por Marx y listo para comenzar su propia revolución. Y tras haber visto de cerca a Kruschev, al fin y al cabo un hombre como los demás, que estallaba de ira cuando menos se esperaba y que dejaba ver sus flaquezas como cualquier hijo de vecino, los americanos ya no verían nunca a la Unión Soviética como un pueblo de autómatas de cerebro lavado dirigidos como marionetas por un malévolo Gran Hermano sin rostro. Así las cosas, podríamos concluir que el viaje había sido, como mínimo, una victoria por la mínima.

«Ahora sabemos que no es ningún payaso que deambula borracho por los pasillos del Kremlin, sino un adversario duro, astuto y preparado», concluyó Newsweek.

Los especialistas estuvieron de acuerdo en que Kruschev había quedado gratamente sorprendido ante las bondades del país, pero no coincidían sobre qué le había agradado más. Bob Considine creía que lo que más le había cautivado era el Cinturón del Maíz y la «enorme barriga y la paz que emana de la gente del campo». Stevenson pensaba que Kruschev se había quedado maravillado al ver a «simples trabajadores conduciendo sus propios automóviles por las enormes y resplandecientes autovías». Solo Murray Kempton, que tenía por costumbre escribir con el colmillo siempre afilado, apuntó que quizá Kruschev hubiera vuelto a su casa impresionado por algo menos idealista y noble: «La imagen más impactante que ha podido contemplar es la de tanto tonto como hay, la de nuestro enorme superávit de ridiculeces y desmanes. Tendemos a pensar en nuestro país como un lugar gris y sin

personalidad, pero Nikita Kruschev llega aquí y con lo que se encuentra, además sin solución de continuidad, es con personajes como Spyros Skouras, con un vicepresidente beodo, con Bob Garst, y con la desfachatez de los fotógrafos americanos…, en fin: toda una tribu rebosante de idiotez.»

Hay un aspecto del viaje de Kruschev que solo se percibe claramente cuando se lo analiza desde nuestra perspectiva actual: lo que ocurrió durante aquellos días supuso el debut en televisión del ahora tan familiar fenómeno del circo mediático, el que no tiene pausas, el de las veinticuatro horas al día y 365 días al año. Una masa anárquica de reporteros, fotógrafos y cámaras se dedicó a informar, grabar, retransmitir e, inevitablemente, distorsionar todo lo que sucedía; pero no hicieron solo eso, pues ellos mismos acabaron también imponiendo su autoridad sobre la realidad misma de la que estaban dando cuenta.

Por supuesto, a estas alturas nadie negará que Kruschev formó parte con placer e incluso con afán en todo ese circo. Él concibió su viaje pensando en conseguir la mayor publicidad posible: ¿a qué fue a Hollywood sino solo a eso? Dos años después del acontecimiento, en su famoso libro The Image, el historiador Daniel J. Boorstin acuñó una palabra para definir todo aquello: un «pseudo-evento», un evento que «solo existió con el objetivo inmediato de que se informara de él». Boorstin predijo sabiamente que América sería con el tiempo testigo de muchos más de estos pseudo-eventos. Nadie duda hoy de lo acertado de su pronóstico.

Al día siguiente de la marcha de Kruschev, el Comité de Actividades Antiamericanas anunció tajantemente su conclusión, la cual resultó ser extraordinariamente esclarecedora: el presidente ruso era sin lugar a dudas un «antiamericano», sí señor, hay que ser listo. El mismo comité hizo público además el testimonio de Eugene Lyons, un antiguo comunista que ahora trabajaba como editor en Reader's Digest: «El nuevo líder soviético, a pesar de su imagen de hombre sencillo, es uno de los más sangrientos tiranos que existen. Todos esos que ahora le tienden alfombras rojas pronto tendrán cara de rojos también.»

«¿Qué piensa del señor Kruschev, señor presidente?», preguntó a Eisenhower cierto reportero en una rueda de prensa celebrada al

día siguiente de la partida.

«La verdad es que tiene una personalidad enérgica y cautivadora», contestó Ike. «Es una persona que aprovecha cualquier posibilidad de discutir que se le presente, da igual el tema. Es una persona capaz de incendiar una discusión usando las peores maneras y adoptando una actitud completamente negativa, para luego de inmediato pasar a tratar ese mismo tema de la manera más tranquila e inteligente.»

Esto era lo que Ike pensaba de Kruschev. Lo que pensaba de Kruschev en público. Al día siguiente tuvo la oportunidad de expresar lo que sentía en privado en una carta dirigida al primer ministro británico Harold Macmillan: «Lo máximo que puedo decir ahora mismo es que la visita del señor Kruschev no acabó con la sensación amarga que podría haberlo hecho. Creo que es sincero cuando manifiesta su deseo de concretar un programa de desarme. Me habló durante largo tiempo de los enormes costes que conlleva la fabricación de armamento y de que ello se lleva a cabo a costa del sacrificio de las necesidades de los ciudadanos. Y además estoy seguro de que su preocupación por evitar a toda costa una guerra global es también sincera.»

En Moscú, Kruschev se mostraba mucho más eufórico a la hora de hablar de su colega americano, ensalzando públicamente su «inteligencia política tan sensata» y su «valentía y decisión»; expresó su confianza en que «el presidente está dispuesto a llevar al límite sus esfuerzos y su voluntad de que nuestros países alcancen un gran acuerdo».

Toda esta retórica de Kruschev era, cómo no, parte de su estrategia propagandística para presentarse a sí mismo como artífice de la paz y para despertar el interés y el entusiasmo del pueblo ruso ante la inminente llegada de Eisenhower. Pero hay que reconocer que respaldó su palabrería con hechos, desechando el programa de renovación de la armada rusa y reduciendo en 1.200.000 hombres el contingente de tropas de su ejército. Por supuesto, estas decisiones no fueron fáciles y le costaron más de un disgusto con lo que el propio Ike llamara «complejo industrial-militar», pero ahora en su versión soviética.

Al llegar el otoño, Kruschev envió a Eisenhower como regalo una colección de adornos para el árbol de Navidad. «Algunos eran sorprendentemente bellos, como las pequeñas figuritas de mujeres con cara de ángel pintadas a mano», recordaría Susan. «Pero también había unas bombillas, creo recordar que eran azules, decoradas con un misil soviético de camino a la Luna con un cohete americano tras de él.»

El padre de Susan colocó muchos de estos detalles en al árbol navideño de la familia. Eso sí, Susan confirmó entre risas que, no se sabe cómo, todas aquellas bombillas con cohetes «desaparecieron por completo del lote».

Mientras tanto, Kruschev preparaba en secreto otro regalo para Eisenhower: ordenó la construcción del primer campo de golf de la Unión Soviética; así su amigo podría practicar su deporte favorito cuando visitara el país en primavera.

Notas al pie

* «Todos acabaremos bien asados cuando nos asen / no habrá nadie aquí cuando todo acabe / no habrá nadie que falte / esa gran barbacoa / casi tres mil millones de tíos / en filetes bien-hechos.» (N. del T.)

* En esta lista, Alger Hiss fue un funcionario americano espía a las órdenes del KGB, y Hoffa, un sindicalista claramente vinculado a la mafia y sus métodos. (N. del T.)

* La traducción más próxima al original sería: «¡Yo grito, tu gritas, todos gritamos por helado!» (N. del T.)

* Al traducir se pierde el efecto cómico de la homofonía: «Don't have a crush on Krush.» (N. del T.)

* En un momento de la canción puede escucharse, entre otros piropos: «You're the top, You'are a Waldorf 's salad» («Eres lo más, eres una ensalada del Waldorf»). (N. del T.)

[1] Galbraith, J. K., La sociedad opulenta, Madrid, Alianza, 2012, pp. 220-221.

* En el original: «The bear flew over the ocean/the bear flew over the ocean/the bear flew over the ocean/ To see what he could see./ He saw a friendly nation/he saw a friendly nation/he saw a friendly nation/and all of our people are free ». (Copyright Warden Music Company Inc. 1959-1987. All rights reserved. Used by permission.) La traducción es nuestra. (N. del T.)

* «Pow-tow» es el nombre de los indios norteamericanos para su chamán y para las fiestas y reuniones que mantenían. «Kow-tow» significa tocar el suelo con la frente en señal de acatamiento u obediencia servil. El título de la canción sería, aproximadamente, «Reunirnos sí, humillarnos nunca». (N. del T.)

* El refrán alude a la costumbre rusa de ofrecer como signo de bienvenida un pan con algo de sal envuelto en un paño blanco a un invitado al que se aprecia. El invitado debe agradecerlo comiendo un trozo mojado en la sal, pero la mejor forma de ser un buen invitado es siendo sincero con el anfitrión. (N. del T.)

* Noël Coward (1899-1973) fue un famosísimo dramaturgo, actor y músico. (N. del T.)

* «Cleanup man»: Se conoce con este nombre al jugador de béisbol que batea en cuarto lugar del equipo y suele ser el que posibilita en mayor medida que sus compañeros consigan puntos saliendo de sus respectivas bases. (N. del T.)

* «Old Glory» («la Vieja Gloria») es un modo popular de llamar a la bandera nacional de los Estados Unidos. (N. del T.)

Tercer viaje

A golpe de zapato

73. LA TRAMPA

Cuando volaba a 20.000 metros sobre la ciudad soviética de Sverdlovsk, el piloto norteamericano Francis Gary Powers escuchó claramente en su aeronave una explosión; al mismo tiempo lo deslumbró una especie de flash color anaranjado. Rápidamente, el avión espía U-2 que Powers manejaba comenzó a tambalearse bruscamente; después se rompieron las alas, que cayeron como una piedra al vacío.

«¡Dios, mío!», pensó Powers: «¡Se acabó!»

Mientras luchaba por liberarse del cinturón de seguridad, el propio aparato lo despidió al aire. El paracaídas se desplegó cuando estaba a unos cinco kilómetros del suelo. A partir de entonces el piloto comenzó un lento descenso. Al bajar veía pasar a su lado los restos del avión precipitándose hacia el suelo.

Powers tardó veinte minutos en pisar tierra, tiempo suficiente para pensar en su futuro inmediato, en qué sería de él, al fin y al cabo era un espía americano en manos soviéticas: «Me harán todo lo peor que se le puede hacer a un hombre.» Buscó en un bolsillo y sacó de él un dólar de plata que previamente le habían entregado sus superiores de la CIA. En una pequeña ranura escondida en el canto de la moneda pudo encontrar una aguja impregnada de un poderoso veneno. A los pilotos de los U-2 se les animaba, no era una orden, a que en caso de ser capturados la usaran convenientemente. Powers lo pensó por unos instantes, pero al final decidió no hacerlo. Prefirió esperar y guardó el veneno otra vez en el bolsillo para usarlo posteriormente si es que así lo veía necesario.

Era la mañana del 1 de mayo de 1960, siete meses después de que Nikita Kruschev se despidiera de los Estados Unidos, dos semanas antes de que comenzara la cumbre de Berlín, y seis semanas antes de la esperada llegada de Eisenhower a Moscú para visitar la Unión Soviética.

Powers no era ni mucho menos el primer piloto en sobrevolar Rusia con un U-2. Desde 1956, estos aviones espía habían cruzado el espacio aéreo soviético en dos docenas de ocasiones, tomando fotografías de emplazamientos de relevancia industrial y militar, y haciéndolo de un modo tan eficiente que el director de la CIA, Allen Dulles, presumía de que «era capaz de ver cada brizna de césped de la Unión Soviética». Algunas de estas fotos revelaron que todas esas fanfarronadas de Kruschev sobre que estaban fabricando misiles con la facilidad que se fabrican salchichas eran de una exageración desmesurada. De hecho, pudo comprobarse que los soviéticos iban muy por detrás de los americanos tanto en misiles como en bombarderos de larga autonomía de vuelo.

Los soviéticos habían protestado por este tipo de operaciones en numerosas ocasiones; pero después prefirieron callar, pues para Kruschev resultaría algo más que embarazoso reconocer que no tenían aviones ni tampoco misiles capaces de atacar o derribar a los intrusos. Estaba claro: si el premier ruso le hubiera pedido a Eisenhower en Camp David que mantuviera en tierra a los U-2, Ike podría habérselo concedido; pero el líder ruso no podía hacerlo, ya que el presidente americano podría entonces humillarlo preguntándole, con las fotos delante, dónde estaba todo ese cacareado poder militar del que Kruschev tanto alardeaba. Más bien al contrario, se sentía tremendamente frustrado, «irritado y furioso» al ver cómo quedaba al descubierto su impotencia, la incapacidad de su ejército para proteger a su pueblo del poder militar enemigo.

Eisenhower y Kruschev sí convinieron en algo respecto a los U-2: lo mantendrían en secreto ante sus respectivos pueblos. El premier ruso rechazó admitir que no tenía ni aviones capaces de volar tan alto como para interceptar a los U-2 ni misiles en condiciones de destruirlos. Por su parte, Ike rechazó informar sobre las actividades de sus aviones espía incluso a los principales líderes de las cámaras, a pesar de que toda la información que los U-2 estaban recogiendo

podían haber hecho callar las continuas quejas de los representantes demócratas, convencidos de que los Estados Unidos iban por detrás de la URSS en la carrera armamentística. Richard Bissell, vicedirector de la CIA, confesaría años más tarde: «Podría decirse que nuestro Gobierno y el soviético "colaboraron" para mantener el programa U-2 en secreto a sus respectivos países.»

Tres periódicos, Washington Post, New York Times y Cleveland Plain Dealer, llegaron a tener información sobre los U-2, pero sus respectivos editores se vieron obligados a no difundirla por orden directa de Dulles. Solo una publicación americana se atrevió a sacar a la luz la historia, el Model Airplane News, que en 1958 incluyó en sus páginas planos del aparato junto con un artículo que hablaba de un «rumor sin confirmar» de que «los U-2 están atravesando el Telón de Acero y tomando fotografías aéreas».

Tras el viaje de Kruschev a América, Eisenhower suspendió los vuelos, sin duda por temor a que pudieran servir como excusa para boicotear la próxima cumbre. Pero Dulles suplicó al presidente que permitiera otro vuelo más e Ike cedió. El 9 de abril, un U-2 despegó desde Pakistán para fotografiar el misil soviético estacionado en Tyura-Tam. Un MIG-19 soviético avistó el avión espía, pero no pudo cazarlo y después chocó, resultando muerto su piloto. Kruschev montó en cólera: «¿Cómo mi amigo Eisenhower ha permitido esto?», le dijo a su hijo, Sergei, para a continuación asegurarle que sin duda había sido cosa de Allen Dulles, fijo. Pero aun así no protestó: «No vamos a darles a nuestros enemigos esa satisfacción», sentenció con amargura.

Y Dulles volvió a pedir otro más. Eisenhower volvió a decir que no, que la cumbre estaba próxima; pero Eisenhower volvió a ceder, aunque puso una condición: «Después del 1 de mayo no habrá operaciones.»

A las 6 en punto de la mañana del 1 de mayo a Kruschev lo despertó el «ring-ring» del teléfono de emergencias, situado en su mesita de noche. Al otro lado del aparato su ministro de Defensa le informó de que otro U-2 había penetrado en espacio aéreo soviético. Kruschev ordenó derribarlo.

Unas horas después, mientras Kruschev se preparaba para presidir

el tradicional desfile anual del 1 de mayo, un misil antiaéreo explotaba justo detrás del U-2 de Powers, lo suficientemente cerca para hacer saltar sus alas por los aires.

Powers vino a aterrizar en una granja colectiva, donde pronto se vio rodeado por rusos curiosos. Pronto se dieron cuenta de que era extranjero:

«Oiga, ¿es usted búlgaro?», preguntó alguien.

El piloto americano fue llevado a Moscú para un interrogatorio a cargo de agentes del KGB en la cárcel de Lubyanka, el infame lugar donde la policía secreta de Stalin había tenido por costumbre asesinar a miles de ciudadanos soviéticos durante las sucesivas purgas. Powers confesó ser un miembro de la CIA, pero rechazó hacer declaración alguna sobre el U-2. Cuando sus carceleros le encontraron el veneno que el piloto había escondido en su bolsillo al caer, dijo a los agentes que tuvieran mucho cuidado con aquello: «Contiene un veneno muy poderoso; un solo pinchazo de la aguja causa de inmediato la muerte.»

Después los laboratorios del KGB someterían a prueba al veneno, pinchándoselo a un perro: no habían pasado noventa segundos y el pobre ya estaba muerto.

Kruschev, en su palco sobre la tumba de Lenin en la plaza Roja, disfrutaba contemplando el gran desfile. Fue entonces cuando el comandante de su fuerza aérea le dio novedades: avión derribado y piloto capturado.

«¡Bien hecho!», exclamó Kruschev.

Aquella noche el premier ruso volvió a casa feliz y le contó a su hijo que había ideado una trampa para los americanos: él comparecería en público para anunciar que habían derribado un avión americano, pero no diría ni una palabra de que habían capturado vivo al piloto y que además tenían sus fotografías. De este modo, los americanos no responderían con su acostumbrada falsa excusa de que se trataba de un avión normal y corriente que sin darse cuenta se había desviado de su ruta. ¿Qué haría entonces Kruschev? Estaba claro: mostrar públicamente al piloto y sus fotos para que todo el mundo

viera que los americanos habían mentido.

Unos pocos días después, en el gran salón del Kremlin, Kruschev dirigía un discurso a los 1.300 componentes del Soviet Supremo. Entre los asistentes estaba invitado el embajador americano, Tommy Thompson, quien, sin saber exactamente por qué, comprobó que le habían reservado un lugar de honor en primera fila del anfiteatro. Durante dos horas Kruschev soltó un monótono discurso, en el que recitó con bastante sosería el repertorio de los éxitos alcanzados por sus políticas. Cuando acabó se detuvo, una pausa teatral claro, y dirigió su mirada a Thompson. Este fue el momento de anunciar públicamente que los americanos habían enviado un avión espía a sobrevolar la Unión Soviética el mismo 1 de mayo y que él en persona, Nikita Kruschev, había ordenado a su ejército derribarlo.

«Mi orden se cumplió, y el avión fue derribado», informó con júbilo a los asistentes.

Los delegados rompieron en incontrolables vivas y aplausos. Ahora Thompson ya sabía por qué le habían colocado en semejante lugar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener su cara inalterada.

Kruschev continuó sin dejar de mirar al embajador: «Imagínese lo que habría sucedido si un avión soviético apareciera en el cielo de Nueva York, Chicago o Detroit, ¿cómo habrían reaccionado los Estados Unidos? Dígame: ¿Qué ha sido esto, su manera se felicitarnos por el Día del Trabajo?»

Aquello hizo mucha gracia a los presentes, que rieron la broma y armaron algo de jaleo. Nikita Kruschev disfrutó como nadie de aquel momento, uno de sus grandes momentos, denunciando las fechorías de los americanos. Eso sí, dejó abierta la posibilidad de que quizá lo de los U-2 no hubieran sido cosa de su amigo Eisenhower; de que quizá esta enorme afrenta hubiera sido cosa «de los militares del Pentágono sin el conocimiento del presidente» en un intento por sabotear la inminente cumbre. «No tengo ninguna duda de que los deseos de paz del presidente Eisenhower son sinceros.»

Ike se enteró de las revelaciones de su colega ruso mientras se

encontraba en plena simulación del Día del Juicio nuclear, reunido con sus ayudantes en un búnker del monte Blue Ridge, el cual habría de servir como refugio en caso de que Washington fuera borrada del mapa. Dulles contó a Eisenhower los detalles del discurso de Kruschev; Ike ordenó de inmediato a sus consejeros que se inventaran ya mismo una excusa.

Puesto que el piloto del U-2 no había muerto al estrellarse el avión ni tampoco se había suicidado, Allen Dulles y el subsecretario de Estado, Douglas Dillon, acabaron por pergeñar una explicación que, con un poco de suerte, aunque no parecía verdadera, al menos sí pudiera ser ligeramente plausible. Rezaba así: «Desde el 1 de mayo se hallaba desaparecido un avión meteorológico con base en Adana, Turquía, pilotado por un civil. Durante su vuelo el piloto informó de ciertos problemas con el suministro de oxígeno… Es muy posible que tales fallos causaran que dicho piloto perdiera el conocimiento, y que el dispositivo automático dirigiera al aparato hacia territorio soviético violando así su espacio aéreo.»

Este era precisamente el tipo de mentira que Kruschev esperaba. El 7 de mayo volvió a dirigirse al Soviet Supremo, ante el que leyó, entre sonrisas de satisfacción y displicencia, la pretendida justificación ofrecida por el Departamento de Estado y otro comunicado, este de la NASA, donde se afirmaba que la misión del avión era solo fotografiar nubes y solo nubes. Entonces anunció a los presentes que iba a revelar un secreto: «Cuando hace cinco días leí mi anterior informe, deliberadamente oculté que teníamos los restos del avión y… que también tenemos al piloto, ¡que está vivo y coleando!»

Los presentes se lo estaban pasando en grande. Kruschev les dijo después que el piloto se llamaba Francis Gary Powers, un antiguo oficial de las fuerzas aéreas ahora al servicio de la CIA. El premier sostuvo en alto las fotografías tomadas por Powers, donde no había ninguna nube, sino fotos desde el aire de una base aérea rusa. «¡Mirad esto!», bramó con toda su energía, «¡aquí pueden verse las pistas de aterrizaje, los aviones en posición!, ¡aquí está todo!»

Kruschev aderezó todo lo anterior con la historia del alfiler suicida de Powers: «¡Él iba a pincharse con esta aguja venenosa, que le habría causado la muerte instantáneamente!, ¡qué disparate, qué

locura, camaradas!» Enseñó también una foto del dispositivo que contenía el veneno: «¡Aquí lo tenéis, lo último de la tecnología americana para asesinar a su propia gente!»

Con cara de cachondeo, siguió mostrando otras de las pertenencias incautadas a Powers: 7.500 rublos, dos docenas de monedas de oro, dos relojes y siete anillos de mujer. «¿Alguien puede decirme para que sirve todo esto allá en las capas más altas del cielo?» Los fieles miembros del partido lanzaban abucheos y carcajadas. «¡Quizá nuestro amigo el piloto quería volar aún más alto, quién sabe si a Marte, e intentar allí seducir a las marcianitas!»

Kruschev se estaba regodeando con su triunfo: tal y como esperaba, ahora el mundo entero estaba con la boca abierta viendo cómo él, Nikita Kruschev, había pillado a los americanos en una mentira patética.

«Los americanos han hecho el ridículo», sentenciaba el británico News Chronicle.

«Nos han pillado con las manos en la masa», podía leerse en el Washington Post.

«El señor Kruschev nos ha derrotado en la guerra de propaganda, damos asco», dijo el senador Hubert Humphrey.

Con su característica altivez, el presidente francés Charles de Gaulle calificó el asunto como «una pésima comedia de dudoso gusto».

En la Casa Blanca el presidente tenía pinta de estar hundido, sin parar de susurrar débilmente: «¡Cómo me gustaría dimitir ahora mismo!» El hijo de Eisenhower le instó a que cesara a Allen Dulles. También se lo pidió su hermano, Milton. El presidente lo rechazó: habría sido «hipocresía», dijo literalmente. Por otra parte, si hacía dimitir a alguno de sus subordinados no haría sino confirmar las dudas de Kruschev sobre si Ike era realmente quien tenía el control de todos los resortes de su administración y de las fuerzas armadas, algo que haría que los países del resto del mundo temieran la existencia de algún oficial chalado situado en una escala inferior pero que fuera capaz él solo de desencadenar la temida nueva guerra.

En vez de eso, Eisenhower convocó una rueda de prensa el 11 de mayo y anunció que allí leería una declaración oficial sobre el affair del U-2. En esa misma convocatoria anunciaba de modo inequívoco que tras la lectura del comunicado «no tendría nada más que decir».

En dicho comunicado insinuaba, aunque no admitía, que él había ordenado los vuelos U-2: «Desde el momento en que dio comienzo mi mandato he dado en varias ocasiones instrucciones para recabar toda la información necesaria para proteger a los Estados Unidos y a todo el mundo libre de un ataque por sorpresa.» Dijo que espiar era «sin duda algo desagradable pero de vital necesidad» y que los vuelos de los U-2 eran necesarios dado el secretismo que reinaba en la Unión Soviética. «En la mayor parte del mundo nadie sería capaz de preparar en secreto un ataque a gran escala, pero en la Unión Soviética hay una auténtica obsesión por el secreto y la ocultación. Hablamos de una situación que de por sí causa tensión e intranquilidad en nuestros días.»

Con toda intención, Eisnhower no anunció el fin de los vuelos espía; en cambio, sí proclamó que llevaría a la cumbre de París la propuesta de un acuerdo de «cielos abiertos» que permitiera a la ONU supervisar las acciones de vigilancia aérea por parte de ambos países. Kruschev ya había rechazado una propuesta similar en Ginebra en 1955.

«Tras leer el discurso de Eisenhower en su despacho del Kremlin, mi padre saltó de rabia», recordaría Sergei Kruschev. El premier ruso desató toda su cólera ante el hecho de que su amigo Ike admitiera los vuelos, pero ni siquiera hubiera pedido disculpas por los U-2 ni hubiera prometido detenerlos de una vez. Ahora era Kruschev quien parecía haber caído atrapado en su propia trampa. Desde que había vuelto de América no se había cansado de repetir que Ike era hombre de paz; es más, había utilizado este argumento y su amistad y confianza en el presidente americano para justificar los recortes en gastos de defensa. Ahora él mismo había organizado un buen tinglado para demostrar que Ike mentía, pero esto era algo que inmediatamente se volvía en su contra a los ojos de los sectores más duros del Kremlin: había quedado ante ellos como alguien que no lo tenía todo tan controlado como presumía, como un inocentón al que habían engañado. En estas circunstancias no era fácil seguir

insistiendo ante sus camaradas en que su «especial relación» con Eisenhower debía continuar. ¿Qué haría?

Ese mismo día, Kruschev visitó el parque Gorki, el lugar donde sus hombres habían organizado una exposición con los restos del avión espía en la que se incluía la ahora famosa aguja de veneno y la pintoresca colección de rublos y anillos del piloto Powers.

«Siento verdadero terror al saber que el presidente ha respaldado esos actos», confesó a la multitud de reporteros que lo habían seguido recorriendo aquella «feria». «Si los Estados Unidos de América aún no han sufrido una guerra de verdad en su territorio y quieren saber cómo es una, lanzaremos cohetes que llegarán allí en pocos minutos», añadió.

«¿Aún desea que el presidente Eisenhower visite la Unión Soviética?», le preguntó un reportero.

Kruschev tardó unos instantes en responder. Se lo pensó. «¿Qué quiere usted oírme decir?», le preguntó a su vez. «Usted sabe muy bien lo que pienso sobre el presidente y lo he dicho públicamente en varias ocasiones. Soy un ser humano, y como ser humano tengo mis sentimientos. Ahora mis sentimientos se han visto traicionados… ¿Cómo podría yo ahora pedirle a nuestro pueblo que con todo lo que ha pasado le diera la bienvenida a mi invitado? Seguro que me dirían: "¿Tú es que eres tonto?, ¿qué clase de invitado ordena que sus aviones nos espíen?"»

Dos días después Kruschev volaba a París determinado a arruinar la cumbre que él mismo tanto había ansiado celebrar.

74. ORGULLO Y DIGNIDAD

Cuando Charles de Gaulle acompañó a Nikita Kruschev a la elegantísima sala de conferencias verde y dorada del Elíseo en la mañana del 16 de mayo de 1960, el premier estrechó la mano de Harold Macmillan, pero a Eisenhower solo le dirigió una leve

inclinación de cabeza desde cierta distancia.

«Nos hemos reunido aquí para celebrar una conferencia al máximo nivel», anunció De Gaulle después de que los líderes tomaran asiento a lo largo de una gran mesa cuadrada. «¿Alguno de los presentes desea decir algo para empezar?», preguntó el general.

«Sí, yo quiero tomar la palabra», dijo Kruschev levantándose de un salto.

«Yo también desearía leer una breve declaración», dijo Eisenhower, quien permanecía sentado.

De Gaulle sugirió que fuera Eisenhower quien hablara, pero Kruschev se opuso: «Yo he sido el primero en pedir la palabra y me gustaría que mi petición se respetase.»

De Gaulle alzó sus cejas en un sutil gesto de displicencia gala; después miró a Eisenhower. Ike aceptó con ganas de agradar.

Todavía de pie, Kruschev sacó de un bolsillo sus gafas de leer y de otro un grueso montón de folios. Con sus manos temblando y su ceja izquierda torturada por un ligero tic, el ruso leyó una diatriba larga y vociferante sobre los «agresivos» vuelos U-2, la «ridícula» historia que el presidente americano había inventado para camuflar el asunto y el tremendo error que suponía que este no hubiera «condenado un acto tan provocador». Conforme iba leyendo, su voz sonaba más y más fuerte e irritada.

Finalmente, De Gaulle lo interrumpió: «Como pueden comprobar, la acústica de este salón es excelente», dijo secamente. «Todos podemos oír perfectamente al señor presidente; no es necesario que levante su voz.»

Kruschev clavó asesino sus ojos en De Gaulle por encima de las gafas, pero acató moderar su tono de voz…, al menos temporalmente. «Nuestro propósito es participar en esta cumbre en igualdad de condiciones», continuó, «y eso solo será posible si los Estados Unidos aseguran que no volverán a violar nuestras fronteras, si se disculpan por los hechos ocurridos y castigan a los responsables directos».

En el «sector americano» de la mesa el intérprete Alex Akalovsky veía la cara de Eisenhower encenderse por momentos.

Kruschev continuó su soflama. Anunció que cancelaba la visita del presidente americano a la Unión Soviética y solicitaba que la cumbre se pospusiera hasta dentro de seis u ocho meses; en otras palabras, hasta que Ike estuviera fuera de la Casa Blanca. Todo un insulto. «Lamentamos profundamente que este encuentro se haya visto torpedeado por los sectores más reaccionarios de los Estados Unidos. Que toda la culpa y la vergüenza caiga sobre quienes defienden una política criminal contra la Unión Soviética.»

Habían sido casi cuarenta y cinco minutos. Kruschev había terminado. La sala se había quedado en silencio. Solo se oía el leve «tic-tac» de un reloj de oro situado en el centro de la mesa.

Ahora era el turno de Eisenhower. Ciertamente estaba lívido, pero conservaba la calma. Dijo que tras los vuelos U-2 no había vuelto a haber ningún «intento de agresión». Esos vuelos se habían planeado con el único propósito de «preservar la seguridad de los Estados Unidos y de todo el mundo libre frente a un ataque sorpresa por una fuerza que continuamente alardea de su capacidad para destruir los Estados Unidos y otros países con misiles armados con cabezas nucleares».

Sin embargo, añadió, él ya había ordenado suspender los vuelos espía, y prometía que no volverían a tener lugar. A continuación animó a los presentes a continuar con la cumbre: «No veo razón alguna para usar este incidente como excusa para interrumpir esta conferencia.»

Cuando terminó Eisenhower, Macmillan dijo que él también confiaba en que la cumbre continuara. También lo hizo De Gaulle: «Haríamos un flaco favor a la humanidad interrumpiéndola por un incidente aislado.»

«Nosotros no podemos estar de acuerdo», replicó Kruschev. Eisenhower no había pedido disculpas por su «acto de agresión», así que la Unión Soviética se retiraría de la cumbre. «No permitiremos que nadie, nadie, viole nuestra soberanía.»

«Ayer», intervino De Gaulle, «el satélite que la URSS lanzó justo antes de que usted partiera de Moscú, con el fin de impresionarnos, sobrevoló cielo francés ocho veces sin mi permiso. ¿Cómo sé que no había cámaras a bordo para tomar fotografías de mi país?»

«Ese último sputnik no llevaba cámaras», replicó Kruschev.

«De acuerdo», le replicó el presidente francés, «¿entonces cómo se las arreglan ustedes para tomar esas fotos de la Luna que con tanto orgullo, un orgullo justificado por otra parte, nos muestran?».

«Es que en ese otro cohete sí había cámaras.»

«Ah, vaya, en ese sí había cámaras», insistió De Gaulle con tono pícaro.

En ese instante, por primera vez, Kruschev se dirigió directamente a Eisenhower: «No entendemos qué se les ha pasado por la cabeza para hacer una cosa así y además precisamente antes de esta conferencia. Si ese incidente no hubiera sucedido, nosotros habríamos venido aquí como amigos.» Entonces levantó sus manos: «Dios es testigo de que vengo aquí con las manos limpias y el alma pura.»

Cuando Eisenhower escuchó esas últimas palabras no sabía si echarse a reír o a llorar. Pero hizo un esfuerzo por mantener la calma y se limitó a repetir, una vez más, que había prohibido el despegue de esos vuelos: «No volverá a haberlos, y no solo durante el tiempo que dure esta conferencia, sino durante todo el tiempo que dure mi mandato.»

«Eso no es suficiente», insistió Kruschev. Si no había disculpas, no aceptaría participar en la cumbre. «Si no fuera así, el pueblo soviético pensaría que América ha puesto de rodillas a la Unión Soviética.»

Eisenhower no pidió disculpas. La cumbre se interrumpió.

Al día siguiente, De Gaulle convocó otra sesión, a la que Eisenhower y Macmillan asistieron; Kruschev, no. En su lugar, el líder ruso ofreció una conferencia de prensa a 3.000 periodistas de todo el

mundo. Respondió pregunta tras pregunta durante dos horas. Sus respuestas transmitían alternativamente simpatía, enfado y terror. Cuando los reporteros de Alemania Occidental protestaban al oír cuanto decía, Kruschev daba unos golpes en la mesa que eran tan exagerados que en varias ocasiones volcó la botella de agua mineral. Llegó un momento en que los llamó «bastardos fascistas a los que no pudimos liquidar en Stalingrado» y lanzó una amenaza de tono belicoso: «Si nos vuelven a provocar, ¡cuidado!, ¡les daremos tan duro que no les quedarán fuerzas ni para quejarse!»

Cierto reportero quiso saber cómo era posible que no hubiera pedido que cesaran los vuelos espía al propio Eisenhower ya en Camp David.

«Responderé a su pregunta con gran placer. Durante nuestras conversaciones en Camp David estuve a punto de pedírselo. Sepan que la atmósfera que reinaba durante aquellos días fue amable, distendida; el presidente me llamaba “mi amigo” en inglés y “moi drug” en ruso. Era como mi hermano. Y sí, tenía la intención de comentarle que no me parecía elegante que los aviones de un amigo mío sobrevolaran mi país sin pedir permiso. Pero lo pensé mejor: “No, no voy a decirle nada; hay algo que me huele mal en este nuevo amigo mío.” Preferí no tocar ese tema. Y resultó que tenía razón al no fiarme de él: cazamos al espía, como quien pilla a un ladrón, ¡con las manos en la masa! Se lo dijimos, les dijimos a los americanos que se estaban comportando como ladrones, y respondieron: “No, es nuestra política. Hemos volado y tenemos la intención de seguir volando sobre su territorio.” ¡Es política de ladrones, nada más!»

Entonces llegó el momento de que Kruschev empezó a dar rienda suelta a su puño y agitarlo en el aire al tiempo que voceaba amenazas: «¡Vamos a derribar todos esos aviones!, ¡haremos saltar por los aires todas esas bases de las que despegan y también aniquilaremos a quienes las construyeron!»

«Kruschev ha perdido la cabeza», le comentó el canciller germano-occidental Konrad Adenauer a C. L. Sulzberger, del New York Times. El embajador de Polonia en Francia, Stanislaw Gajewski, coincidía con Adenauer y le dijo a Sulzberger que el premier «estaba ligeramente desequilibrado emocionalmente».

«Kruschev se comportó con un histerismo que no admitía excusas», diría años más tarde Anastas Mikoyan, colega de Kruschev en el Kremlin. «Fue el culpable de retrasar quince años el inicio de la distensión.»

En sus memorias, Kruschev trató de explicar qué le pasaba por la cabeza en París: «La ira fue haciendo crecer en mi interior una especie de fuerza eléctrica que podía desatarse en cualquier momento… La verdad, estaba completamente alterado, sentía una agresividad incontrolable. Por decirlo a mi modo, como lo dice la gente de la calle, estaba pidiendo guerra.»

Kruschev mantuvo durante el resto de su vida que hizo bien al responder al asunto de los U-2 torpedeando la cumbre: «Nuestro orgullo y dignidad se habrían visto dañados si hubiéramos seguido con las reuniones ignorando lo sucedido.»

75. LA OBLIGADA ESCENA DE SEXO

El 17 de agosto de 1960 el piloto Francis Powers era juzgado por espionaje. La sentencia de muerte era más que posible. Su esposa, Bárbara Gay Powers voló a Moscú para asistir al juicio. Era una mujer fuerte y animosa, originaria de la Georgia rural. Había bebido tanto la noche anterior al juicio que a las tres de la mañana se envalentonó y pidió un taxi con la idea de poder visitar a su marido en Lubyanka: fue inútil.

Algunas horas después Bárbara se sentaba en la suntuosa Sala de Columnas, el mismo lugar donde se juzgaba a las víctimas de las purgas de Stalin e indefectiblemente se las declaraba culpables. Sonó una campana y su marido apareció en la sala custodiado y vestido con un traje made in Rusia que, no había duda, le quedaba bastante grande.

«Acusado Powers, ¿se declara culpable del cargo que se le acusa?»

«Sí», respondió el piloto.

En la mayor parte de los países del mundo, si un acusado se declara culpable, el juicio es corto. Pero aquello era un show judicial, retransmitido por televisión con fines propagandísticos a toda la Unión Soviética. Así que durante dos largos días el fiscal no dejó de presentar pruebas, dándole vueltas y más vueltas a lo del veneno, los rublos, las monedas de oro y los anillos.

Acabó el turno del fiscal, y el defensor presentó a Powers como un pobre «instrumento» de los agresores americanos y pidió a la corte que hiciera gala de esa «humanidad» tan característica del sistema judicial soviético, tan opuesta a las sucias intenciones de esas «fuerzas reaccionarias de los EE.UU., quienes lo habían enviado a una muerte segura, cosa que, por otra parte, es lo que esos mismos americanos desean».

Los tres jueces deliberaron durante cinco horas y a continuación hicieron público su veredicto: «En consideración a los principios humanitarios que rigen nuestra sociedad comunista, la sentencia del acusado se limita a la pena de diez años de prisión.»

A continuación, dos soldados soviéticos acompañaron a la señora Powers a la celda de su marido. La propia Bárbara recordaría lo ocurrido en Spy Wife, un libro aparecido en 1965 donde contaba con alegre desinhibición el encuentro. El vis-a-vis acabó en lo que por aquellos días se conocía como «la obligada escena de sexo», o como Vladimir Nabokov lo llamó, «OSS», es decir, una escena medio-porno o porno-entera que el autor necesariamente debe incluir en toda obra pensando en el disfrute erótico de cierta parte de lectores que no compran un libro si no están seguros de poder encontrar en él disfrutes no exclusivamente literarios.

Aquí tenemos, al pie de la letra, lo que Bárbara Powers cuenta de su OSS en Spy Wife, incluidos sus silencios, sus cursivas y sus peculiares comentarios:

Acabados los preliminares, Gary y yo comenzamos a hacer el amor como salvajes.

En un plisplás, allí estaba yo, Barbara Gary Powers, en pelotas en la

celda de una cárcel rusa…

En cuestión de segundos estábamos retozando como locos en el catre disfrutando de los placeres que un hombre y una mujer suelen prestarse.

¡Como sería aquello que lo hicimos tres veces en tres horas!

Gary no se había bañado en doce días y olía a choto.

A mí no me importó su hedor, estando como estaba sumergida en nuestra pasión sin control.

La verdad es que me sentí como si Gary me estuviera violando …

En cierto instante, en medio de todo aquel desenfreno, Gary consiguió detenerse para susurrarme al oído: «¿Te das cuenta de que quizá nos están viendo?»

¡Me la suda!, respondí.

Además, me dio la impresión de que los rusos, al menos esa vez, no fueron fieles a su costumbre y se largaron para complacernos.

La verdad es que fue el mejor regalo de despedida que me pudieron hacer. Como suele decirse, nos lo pusieron en bandeja de plata, o, más que en bandeja, en catre.

Mientras Powers era juzgado en Moscú, Nikita Kruschev disfrutaba de unas vacaciones en su dacha del Mar Negro. Desde allí pudo seguir por televisión el proceso. Y también allí había comenzado a preparar su próxima aventura: ¡Iba a volver a América!

A Kruschev se le había ocurrido esta idea apenas acabar la cumbre de París: él se nombró a sí mismo jefe de la delegación soviética ante la ONU, con lo que tendría vía libre para viajar a Nueva York y dirigirse a la Asamblea General. El plan era inmejorable: una vez allí podría fustigar a los americanos en su propia casa ante los ojos del mundo entero. Su hijo Sergei lo dejaría bien claro: «Se moría de ganas de seguir peleando.»

«Con el anuncio de que sería yo quien encabezaría la delegación, queríamos añadir más provocación a toda la controversia del asunto del U-2», escribió el propio premier en sus memorias.

Semejante anuncio provocó una ágil reacción por parte de las autoridades americanas: por su propia seguridad, los desplazamientos de Kruschev durante su estancia en el país se limitarían a la isla de Manhattan.

En una recepción celebrada poco antes de partir hacia Nueva York, Kruschev se encontró con Tommy Thompson, quien tuvo que sufrir nuevas quejas del premier ruso a costa del vuelo espía. Por si acaso, y solo por si acaso, el embajador no había entendido cómo estaban las cosas, el premier ruso le dio un fuerte pisotón en el pie y sentenció: «Cuando se hace algo así, hay que decir: ¡Perdón!»

76. LA ROSA ES ROJA; LA VIOLETA, AZUL

Esta vez Kruschev se desplazó hasta Nueva York en barco, ya que el avión más grande del mundo, el TU-114, estaba en revisión, y él no podía someterse a la humillante escena de llegar en un avión de menor tamaño y que, además, habría tenido que hacer escala en Londres para repostar. Viajó a bordo del Baltika, un barco de pasajeros de 130 metros de eslora que los rusos habían confiscado a los alemanes tras la guerra. El Baltika zarpó el 9 de septiembre de 1960, cargado de dictadores comunistas y dirigentes de algunas de las colonias soviéticas de Europa del Este, como Janos Kadar, de Hungría; Todor Zhikov, de Bulgaria, y Gheorghe Gheorghiu-Dej, de Rumania. No es de extrañar que, con tal augusta carga de rojos en sus camarotes, Kruschev tuviera miedo de que algún barco de la OTAN pudiera intentar hundirlo.

«El océano Atlántico es un espacio abierto y enorme, que ofrece muchas posibilidades de hundir un barco sin que nadie se entere», pensaba. «Con todos los testigos bajo el mar, la OTAN siempre podría decir que la embarcación había topado con una mina de la guerra abandonada.»

Dejando al margen la solidez de esta paranoia, hay que admitir que el mal tiempo fue más peligroso que la OTAN. Una salvaje tormenta golpeó el barco durante días, desencadenando una epidemia de vomitonas que afectó a muchos de los pasajeros y gran parte de la tripulación. Pero Kruschev como si nada, algo que le causó una enorme satisfacción: no dejaba de comer y beber con afán, al tiempo que iba de un lado a otro de la embarcación burlándose de sus pobres camaradas cuando los veía intentar levantarse de sus lechos con cara verdosa y andar tambaleante.

La tormenta acabó por calmarse tras unos días, y Kruschev pudo instalarse en una dulce rutina. Por las mañanas se sentaba en su despacho en una mecedora y dictaba borradores de los discursos que debía pronunciar ante la ONU; otras veces escuchaba las noticias llegadas por cable desde Moscú que su secretario le leía. Estaba particularmente interesado en lo que estaba sucediendo en el Congo, país donde los soviéticos apoyaban a un primer ministro de izquierdas, Patrice Lumumba, frente a un tal general Mobutu y otros militares rebeldes respaldados por los Estados Unidos. Cuando supo que el secretario general de la ONU, Dag Hammarskjold, se había opuesto a apoyar institucionalmente a Lumumba, explotó de furia. «Me cago en la ONU», gruñó. «Ese inútil de Ham está metiendo las narices en cosas serias y que no son de su incumbencia… Tenemos que deshacernos de él.» De inmediato empezó a tramar cómo echar, o al menos hacerle la vida imposible, a Hammarkjold. A fe que lo hizo.

Su entusiasmo jugando al tejo en la cubierta aumentaba con la ayuda impagable de grandes cantidades de alcohol. «Kruschev bebía mucho: vodka, vino y coñac, pero no se emborrachaba fácilmente», recordaba Arkady Svechenko, un joven burócrata al servicio del Ministerio de Exteriores que viajó también en el Baltika. «A veces, por la tarde, y después de haber bebido mucho durante el día, se daba el gusto de pasar un buen rato de juerga, haciendo bromas sin mostrar ningún pudor.»

Una noche en que andaba medio beodo, Kruschev se dirigió a Nikolai Podgorny, jefe del partido en Ucrania: «¿Por qué no bailas un jopak para nosotros?»

El pobre Podgorny se quedó sin saber qué hacer: él ya era viejo y el

jopak exigía mucha energía. Pero Kruschev insistió y finalmente Podgorny no tuvo otra que agacharse y comenzar a lanzar patadas al aire como buenamente pudo.

«¡Muy bien hecho!», dijo Kruschev riéndose de su camarada con desprecio, tal y como Stalin solía hacer con él.

Tras diez días de travesía, el Baltika penetró en la bahía de Nueva York en la lluviosa mañana del 19 de septiembre de 1960. Escoltado por un submarino, una flotilla de remolcadores y un enjambre de helicópteros de la policía, pasó junto a un grupo de barcos de pesca atestados de personas que sostenían carteles claramente hostiles:

¡KRUSCHEV, IMBÉCIL, VETE A TU CASA!

¡CUÁNTA BASURA HAY FLOTANDO HOY POR EL RÍO!

En uno de los carteles podía leerse un bellísimo «poema», que una vez traducido diría:

LA ROSA ES ROJA

LA VIOLETA ES AZUL

STALIN YA HA PALMADO

¿QUÉ VAS A HACER TÚ?*

De pie, apoyado en una barandilla con un chubasquero amarillo, Kruschev observaba con la ayuda de unos prismáticos a los manifestantes, miembros todos ellos de la Asociación Internacional

de Estibadores, el mismo sindicato que tan afectuosamente lo había recibido en San Francisco un año antes.

Y es que mucho había cambiado durante esos doce meses; el optimismo que reinó en su primera visita se había convertido ahora en abierta hostilidad. Los americanos se sintieron ultrajados cuando supieron de la noticia del derribo del U-2 por los soviéticos y se habían tomado muy mal que Kruschev saboteara la cumbre de París. Los ánimos se torcieron aún más si cabe en julio, cuando el ejército ruso derribó otro avión espía, un RB-47, cuando sobrevolaba el mar de Barents, cerca de la costa norte de Rusia, acabando con la vida de cuatro tripulantes y haciendo prisioneros a otros dos. El gobierno americano afirmó que su avión siempre había volado sobre aguas internacionales; Kruschev, en cambio, aseguró que había violado su espacio aéreo y amenazó con juzgar por espionaje a los capturados.

Todo era distinto. Cuando había llegado a América un año antes le esperaba una banda militar, las veintiuna salvas y el presidente Eisenhower. Ahora no había ni banda, ni música, ni salvas, ni Eisenhower. También el vicepresidente Nixon rechazó ir a recibirlo. Tampoco fueron el gobernador Rockefeller ni el alcalde Wagner. Los sindicatos de estibadores anunciaron que no se encargarían de las maniobras de atraque y descarga del Baltika: «Esos vagos sinvergüenzas tendrán que bajar sus cosas del barco ellos solos.»

La revista Time informó de que Kruschev «sería tan bienvenido en los Estados Unidos como la peste negra». A su juicio, la razón era que «él tiene tanto interés en reducir la tensión entre los dos países y arreglar el mundo como los Three Stoges». The Three Stoges eran un grupo cómico popular entonces gracias a su humor violento y grueso.

La noche anterior a la llegada del barco ruso unas 2.000 personas habían marchado en dirección a la legación soviética en Park Avenue en signo de protesta; a la cabeza iba un camión que cargaba en su plataforma una horca de la que colgaba la figura de Kruschev. Cuando llegaron a su destino atacaron el consulado, intercambiando golpes con un escuadrón de cincuenta antidisturbios. «Atacan la embajada y K aún no ha llegado», rezaba el titular del Daily News, y los neoyorquinos comenzaron a preocuparse muy seriamente de

que con la llegada del premier la escalada de violencia fuera en aumento. La radio instruía a sus oyentes sobre qué hacer en caso de que explotaran bombas.

La mañana siguiente, en medio de una lluvia torrencial, el Baltika pasaba junto a la estatua de la Libertad, junto a los barcos con los estibadores protestando, dejando atrás la central eléctrica Consolidated Edison, donde cuatro chimeneas lanzaban poderosos chorros de hollín negro al cielo de plomo. Finalmente el barco atracó en el muelle 73, en el East River, Manhattan, a la altura de la calle 25. Dado que los trabajadores del muelle se negaban a realizar las tareas propias de amarre, fue la propia tripulación la que tuvo que hacerlo, ayudados con desgana y torpeza por algunos diplomáticos de bajo rango que se vieron obligados a echar una mano.

Desde la cubierta, Kruschev miraba de cerca aquel embarcadero por el que iban a descender: una auténtica ruina. El agua se colaba por los enormes agujeros del techo haciendo charcos en el agrietado suelo de cemento. El premier se enfadó mucho: «Esta es otra de las jugadas sucias típicas de los americanos», se quejó a quienes lo acompañaban.

En realidad, todo aquel cutrerío que reinaba en el lugar era culpa del propio Kruschev, quien previamente había ordenado a su embajador que no malgastara el dinero en alquilar un embarcadero elegante: «¡Coge el más barato, y además regatea!», fueron sus instrucciones, y su obediente embajador hizo lo que pudo.

«Bueno, al menos tenemos el más barato, ¿no?», refunfuñó al ver ahora lo que tenía delante.

Una auténtica muralla de policías mantenía a raya a la multitud de manifestantes, quienes, apenas divisaron a Kruschev, comenzaron a abuchearlo. «Cuando la cocorota calva empezó a caminar desde el Baltika al muelle», narraba el Daily News, «comenzaron a salir del gentío miles de palabrotas en las más variadas lenguas, una serie de barbaridades que habrían asustado al mismísimo capitán Kidd».

Al acabar de bajar las escalerillas, Kruschev miró a su alrededor y no vio ni a una sola de las autoridades gubernamentales, estatales o

locales que supuestamente habrían debido estar presentes. Eso sí, había alfombra roja. Los empleados de la embajada soviética la habían inspeccionado durante la mañana pisándola una y otra vez, con lo que estaba totalmente empapada. Cuando Kruschev comenzó a andar por ella, el agua chapoteaba bajo sus zapatos.

Lo ignoró todo. Se detuvo ante un micrófono y sonrió. Sacó un folio de su bolsillo y comenzó a leerlo ante aquel agradecido auditorio: una multitud de manifestantes mojados, los periodistas y la policía. Dijo venir a Nueva York «por el bien de la paz». Mientras tanto, gruesas gotas de lluvia atravesaban el techo agujereado y rebotaban en su calva.

77. ESE HIJOPUTA DE NIXON

Kruschev y su equipo de jugadores de tejo comunistas no eran los únicos líderes políticos que visitaban Nueva York. La ciudad rebosaba de una acumulación antes nunca vista de presidentes, jefes de gobierno, primeros ministros, príncipes y prebostes.

La sesión anual correspondiente a 1960 de la Asamblea General de la ONU era ya la más numerosa. Los procesos de descolonización habían dado lugar a la admisión de catorce nuevos miembros, trece de ellos eran naciones africanas que acababan de alcanzar su libertad, de modo que fueron muchos los líderes que no quisieron perderse el acontecimiento. Eisenhower y Macmillan estaban entre ellos, claro; pero también Sukarno, de Indonesia; Nasser, de Egipto; Tito, de Yugoslavia; Diefenbaker, de Canadá; Nehru, de India; Nkrumah, de Ghana; Sihanouk, de Camboya, y Castro, de Cuba. Para el New York Times se trataba, sin duda, «de la cumbre diplomática más trascendental de la historia», y la revista Times no pudo resistirse a la tentación de derrochar su prosa más florida: «Ni la pompa de la antigua Roma ni el brillo enjoyado de las grandes cortes de Francia podrían hacer sombra a este evento: el ojo de la historia difícilmente podrá ignorar el espectáculo que componen todos estos reyes, presidentes y dictadores.»

La policía de Nueva York se mostraba bastante menos entusiasmada ante todo aquello. El Daily News dijo acertadamente que «en la historia de los Estados Unidos ningún evento había causado tantos quebraderos de cabeza a la seguridad del país». Ante tal perspectiva, el inspector jefe de la policía había cancelado vacaciones y permisos, prolongado los turnos a doce horas y asignado 8.000 agentes para proteger a cientos de gerifaltes de todas esas personas que los odiaban; un odio que, por otra parte, en la mayor parte de los casos estaba muy justificado.

Las calles de Manhattan se inundaron de protestas. Allí todo el mundo odiaba a alguien. Los disidentes yugoslavos abucheaban a Tito; estudiantes de la Guayana Británica entonaban lemas antiingleses; un exiliado ucraniano quemó una bandera soviética; cubanos anticastristas andaban a la bronca con compatriotas procastristas con pancartas, puñetazos y botellas de cerveza como instrumentos; dos húngaros denunciaron la opresión comunista encadenándose a una farola; cuatro pacifistas protestaban contra la carrera armamentística declarándose en huelga de hambre, y una señora, nativa del mismo Manhattan, se paseaba por la calle 44 con una pancarta que decía: «Despierta, América. La guerra de Alemania ha comenzado.»

En la sede de la ONU había tanta gente protestando por tan variado número de injusticias que los polis agruparon al personal por grupos en lo que llamaban «corrales para piquetes»: espacios cerrados por vallas con veinticinco manifestantes por «corral». En la legación soviética, en Park Avenue, lugar donde se alojaba Kruschev, los manifestantes dispararon huevos y tomates contra las limusinas, lanzaron petardos a los pies de los caballos, y montaban tanto jaleo por la noche que los residentes en la zona decidieron repelerlos tirando por las ventanas cubos de agua sobre sus cabezas.

Pero ni disconformes ni manifestantes de ningún tipo pudieron impedir que los líderes se hicieran visitas más o menos privadas los unos a los otros. Macmillan visitó a Nkrumah, quien a su vez visitó a Tito, quien a su vez visitó a Nehru. Nkrumah desayunó con Nehru, quien comió con Nasser y Kruschev. Este se entrevistó con Tito, Nehru y Nasser. Eisenhower se reunió con Macmillan, con Tito, con Nehru, con Nasser y con Nkrumah.

Los únicos líderes de relevancia que no llegaron a entrevistarse fueron, está claro, Eisenhower y Kruschev, quienes aún tenían reciente todo el asunto del U-2 y el consiguiente desastre de la cumbre parisina. Kruschev dijo que no lo haría hasta que Ike no pidiera disculpas por el vuelo espía, y Eisenhower dijo que no hasta que el premier ruso no liberara a los pilotos del RB-47. De todo esto se deriva que los dos hombres más poderosos del planeta hicieran lo posible y lo imposible para que la casualidad evitara que en alguno de sus desplazamientos por Manhattan llegaran a encontrarse.

El resto de dirigentes se mostraban más que sorprendidos por ver cómo quienes poseían todas las bombas atómicas existentes en la tierra estaban tan cabreados el uno con el otro que ni siquiera encontrasen la ocasión de darse al menos un apretón de manos. Tal y como dijo Sukarno en esos días, tal situación «amenaza al mundo con graves consecuencias». Sukarno y otros cuatro líderes de los países que se consideraban a sí mismos «neutrales», Nehru, Nasser, Nkrumah y Tito, presentaron una resolución pidiendo a la ONU que exigiera oficialmente a los dos dirigentes que se entrevistaran. Seguro que aquellos dos hombres «conseguirían desbloquear la situación», dijo Nkrumah, «solo con verse y darse la mano».

Cuando los periodistas preguntaron a Kruschev sobre dicha resolución, él respondió con una de las evasivas más absurdas de las que da testimonio la larga historia del arte del escaqueo: «Aún no he tenido tiempo de pensar en ello. La verdad es que ayer me fui a la cama intentando tomar una decisión, pero caí dormido sin darme cuenta».

La resolución de los países neutrales indignó a Eisenhower: «Fue algo que en el mejor de los casos me pareció carente de lógica; y en el peor, una tremenda desfachatez», escribiría más tarde. Ike se dio cuenta de que si la propuesta se aprobaba, se encontraría frente a un terrible dilema: negarse a acatar una resolución de la ONU o tener que reunirse con alguien a quien detestaba. La situación era, en sus palabras, «inviable».

Detrás de las declaraciones y los gestos cara al público, ambos políticos manejaron los hilos de su influencia para provocar que la propuesta fuera rechazada. Este fue un ejemplo claro de que cuando dos políticos luchan juntos por un mismo objetivo el éxito está

asegurado. Hubo éxito.

En privado Eisenhower se preguntaba por qué Kruschev se había tomado la molestia de ir a Nueva York. «Quizá tuviera la esperanza de influir de un modo u otro en las elecciones», llegó a pensar.

Y es que cuando Kruschev llegó a América la carrera presidencial estaba en todo lo alto, y rápidamente Kruschev se dio cuenta de que toda la campaña giraba en torno a un mismo tema: él mismo, o sea, Kruschev. Los republicanos habían nominado a dos políticos que se caracterizaban precisamente por haberle plantado cara, Richard Nixon y Henry Cabot, y estos no perdían la menor oportunidad para recordar a los votantes que tenían muchas más tablas a la hora de tratar con él que sus contrincantes demócratas, John F. Kennedy y Lyndon Johnson. Nixon acusaba a Kennedy de ser «el tipo de hombre al que Kruschev convertiría fácilmente en carne picada».

Cuando el premier ruso llegó a Nueva York, Nixon dio rienda suelta a toda una serie de estratagemas que ilustraban a la perfección por qué se había ganado a pulso el sobrenombre de «Tricky Dick» («Dick el fullero»). Un ejemplo. Se sacó de la manga que mientras Kruschev permaneciera en suelo americano, todos los candidatos tenían la «obligación» de evitar hacer cualquier crítica a la política exterior USA, o de decir cualquier otra cosa que pudiera «reforzar la figura del presidente Kruschev». Nixon añadió explícitamente que si Kennedy no cumplía con ese compromiso, «el pueblo americano le exigiría responsabilidades».

Pero Kennedy rechazó obedecer esa especie de «tregua» y respondió al desafío con más demagogia por su parte: insistió en que América iba por detrás de la URSS en el terreno militar, algo que los U-2 habían demostrado ser falso, y culpó a Nixon del éxito de la revolución castrista en Cuba en 1959. «Los mismos que dicen que seguirán luchando contra Kruschev han demostrado ser incapaces de luchar contra Castro», llegó a decir JFK.

Kruschev seguía la campaña muy de cerca. Él apoyaba a Kennedy, pero no porque le gustara especialmente el senador por Massachusetts, sino porque odiaba a Nixon con toda su alma: «Es el típico producto del macartismo, una marioneta en manos de los sectores más reaccionarios de los Estados Unidos», les dijo a sus

consejeros. Ahora bien, les anunció que él había ideado un plan para influir en la campaña: los americanos le estaban presionando para que liberara a Francis Gary Powers y a los tripulantes del RB-47, de acuerdo, pero no lo haría hasta ver cuál era el resultado de la elección. Y dejó muy claro por dónde iban las cosas: «¡Nunca le haré ese regalo a Nixon!»

Posteriormente, cuando Kennedy ganó por un estrecho margen a Nixon, Kruschev no dudó en atribuirse a sí mismo todo el mérito del resultado, afirmando que había sido él quien había introducido en la urna la papeleta decisiva que había derrotado a «ese hijoputa de Nixon».

Pero, la verdad sea dicha, mientras estuvo en Nueva York el líder ruso se abstuvo muy mucho de manifestar en público sus preferencias. Por ejemplo, cuando un periodista le preguntó el 21 de septiembre, o sea, dos días después de su llegada, sobre quién le gustaría que ocupara el lugar de Eisenhower, su respuesta fue: «Mire, yo no veo ninguna diferencia ni entre los candidatos ni entre los partidos.»

Para esa entrevista Kruschev había elegido la terraza situada encima de la puerta del consulado en Park Avenue. Vestía camisa blanca y corbata verde, sin chaqueta. Hablaba como una cotorra de esto y aquello con un buen grupo de periodistas que allí, debajo de él, en la acera, esperaban alguna declaración que mereciera la pena. En este sentido, Kruschev nunca defraudaba.

«¿Está contento de cómo le van las cosas en América?», le preguntó un reportero.

Victor Sukhodev, su intérprete, traducía: «Yo no veo América por ningún lado, ¿es esto América?», dijo, mientras con un gesto señalaba todo lo que tenía delante: calles atrofiadas por el tráfico, cientos de policías custodiándolo y un montón de gente protestando. «Aquí me siento como si estuviera bajo arresto. Este edificio es el único lugar por donde puedo moverme. Hasta los presos tienen en la cárcel más espacio que yo.»

Los presentes lo iban anotando todo en sus cuadernos al tiempo que hacían más preguntas:

«¿Van a juzgar a los pilotos del RB-47?»

«Esa es una cuestión que solo los jueces de mi país pueden decidir.»

«¿Le parece correcto que sea usted quien ocupe las primeras páginas de la prensa y no Nixon o Kennedy?»

«No creo que se sientan ofendidos.»

«¿En Rusia es también la gente quien elige su gobierno?»

Kruschev despachó esta pregunta con un burlón non sequitur: «¿A que no sabían que en Rusia la gente no tiene pantalones?», sonrió con guasa, «¡es cierto, sí, vayan a verlo!».

Una motocicleta pasó rugiendo. En ella dos jóvenes se taparon con una mano la nariz y con la otra señalaron al líder. Kruschev les respondió levantando su mano por encima de la cabeza y enseñándoles con entusiasmo el pulgar hacia abajo, al igual que los emperadores romanos hacían con el gladiador derrotado para sentenciarlo a muerte. Quienes estaban en la calle lo abuchearon.

«¿Qué piensa usted de este abucheo?», le preguntaron.

«Que sin duda son los americanos más listos que he conocido.»

«¿Por qué dice eso?»

«Los que gritan más alto son siempre los más listos, ¿no?», dijo entre risas. Después señaló el caos de tráfico que en ese momento reinaba en Park Avenue. «¿Ven la cantidad de coches que pasan por aquí? Miren como ninguno me insulta; miren cómo muchos me saludan amistosamente. Estos son los americanos de verdad.»

«¿Es que cree que quienes protestan no son auténticos americanos?, ¿qué son entonces?»

Volvió a sonreír y señaló a un policía a caballo: «Son esa cosa que hay debajo de los caballos que rondan por aquí.»

Tras dar la vuelta a la manzana, la moto volvió a aparecer. De nuevo al ataque, otra vez le hicieron el numerito de taparse la

nariz. Y de nuevo Kruschev les respondió jovial con el pulgar hacia abajo: «¡Ay, estos queridos amigos míos siguen y siguen con lo suyo!», dijo soltando una carcajada.

«¿Por qué no baja y charlamos un poco?», le sugirió un reportero.

«Ustedes y yo estamos en diferentes niveles, ¿no se dan cuenta?»

Cuando alguien le preguntó sobre las amenazas de muerte que había recibido, el premier alzó su mejilla con gesto desafiante, hinchó de aire su pecho, y lanzó un gancho asesino dirigido a un contrincante imaginario.

Los alumnos del Hunter College recorrían la calle entonando el «God Bless America».

«¡Que canten, que canten!», dijo él, «en Rusia también estamos siempre cantando». Inmediatamente se lanzó a cantar «La Internacional»: «¡Arriba parias de la tierra, en pie famélica legión!…», podía oírse en ruso.

78. RENDEZVOUS EN HARLEM

Era la mañana del 20 de septiembre, Kruschev abandonaba la legación soviética en Park Avenue y se encaminaba hacia su Cadillac.

«¿A dónde va?», le preguntaron los reporteros.

«Dicen que los comunistas jamás revelamos nuestros secretos», contestó. «Miren mañana los periódicos, allí podrán enterarse del lugar a donde me dirijo.»

Se deslizó en el interior de la limusina y salió pitando escoltado por una caravana de coches de policía y una flota de taxis cargados de periodistas. Minutos después, entre el enloquecido estruendo de las sirenas, el coche lo dejó en el hotel Theresa, en la calle 125, que se encontraba rodeado de una multitud compuesta por agentes,

reporteros, vecinos de Harlem con curiosidad por lo que pasaba o iba a pasar y unos grupos enfrentados de manifestantes, que gritaban alternativamente, tanto en inglés como en español, «¡Viva Castro!» y «¡Muera Castro!».

Esa mañana Kruschev se había enterado que el líder cubano Fidel Castro había dado un golpe de efecto trasladando su cuartel general desde el hotel Shelbourne, situado en el entorno del burgués Midtown de Manhattan, al Theresa, en pleno Harlem. El líder soviético decidió hacerle una visita, un gesto que haría visible su solidaridad con el carismático revolucionario cubano y, al mismo tiempo, con el oprimido barrio negro.

Kruschev aún no conocía a Castro, pero siete meses antes, en febrero de 1960, había enviado a Anastas Mikoyan a La Habana para que intentara adivinar las intenciones del joven líder, quien aún no había anunciado al mundo entero su filiación declaradamente comunista. «Sí, sin duda se trata de un revolucionario», informó Mikoyan a su vuelta a Moscú. «Un revolucionario exactamente igual a nosotros. Al estar con él sentí como si volviera a mi juventud.» Tras oír estas palabras, Kruschev envió de inmediato a Cuba un barco cargado de petróleo y anunció públicamente que la Unión Soviética ponía sus misiles a disposición de los cubanos para ayudarlos a defenderse de una posible agresión norteamericana.

En el hotel Theresa, la policía abrió paso a Kruschev a través de la muchedumbre que atestaba la recepción. Tal y como recordaría más tarde, el dictador se quedó estupefacto al entrar en el establecimiento, sucio y maloliente, pero quedó impresionado con Fidel: «Era un hombre alto, con barba; su cara tenía un aire plácido y desafiante al mismo tiempo.» Se abrazaron. Estuvieron charlando veinte minutos. Después el propio Castro lo acompañó de vuelta al Cadillac.

Unas horas después, cuando iba a comenzar la sesión de la Asamblea General de la ONU, Kruschev prácticamente se abalanzó sobre Fidel y le dio un enorme abrazo de oso mientras los fotógrafos captaban la imagen del líder ruso rebosante de alegría agarrado a un Castro cuya altura hacía parecer que con su barba sacaba lustre a la coronilla de su mentor.

«La imagen del premier Kruschev abrazando a Fidel Castro en las Naciones Unidas el martes se hará sin duda muy famosa», predecía el New York Times. «Está toda ella cargada de simbolismo, empezando por el hecho de que el abrazo de un oso puede resultar mortal.» El Times vio claramente que Kruschev era un peligro para Castro, aunque cierto personaje que se hacía llamar a sí mismo «El Ermitaño del lago Chautauqua» escribió una carta al Daily News apuntando que era Castro quien era un peligro para Kruschev: «Entendería perfectamente que a la mañana siguiente el ruso se hubiera levantado lleno de arañazos: debería tener cuidado con aquellos a quienes abraza.»

Seis días antes del abrazo en el Theresa, otros dos hombres se reunían en Nueva York para hablar sobre un posible asesinato de Fidel Castro. El 14 de septiembre de 1964, en el hotel Plaza, James O'Connell, número dos de la CIA, se sentó junto a Sam «Momo» Giancana, número uno de la mafia de Chicago para tratar algo de común interés a ambos: asesinar al líder cubano. O'Connell quería cargarse a Castro porque la CIA tenía claro que era comunista, y Giancana se ofreció a echar una mano, pues Castro se había cargado todos los casinos que la mafia poseía en La Habana.

La CIA optaba por el clásico estilo de los bajos fondos: que unos gánsteres lo acribillaran a balazos en un restaurante o en una calle de la capital de la isla. Giancana creía que eso no funcionaría, pues Castro estaba muy bien protegido, y sugirió algo más sutil, como el veneno. Los expertos de la CIA diseñaron puros, pañuelos y píldoras a tal efecto. Giancana optó por las pastillas, y su gente las hizo llegar a sus contactos en La Habana, pero ninguno de los potenciales magnicidas consiguió acercarse lo suficiente al de Sierra Maestra como para dejar caer inadvertidamente la pastilla en su vaso. Finalmente, la CIA abandonó la idea de liquidar a Castro por el método del envenenamiento y comenzó a tomar medidas para formar un ejército de exiliados anticastristas que invadieran la isla en un lugar de nombre trágico, Bahía de Cochinos.

En la semana que vivió en el hotel Theresa, Castro no se enteró de estas conspiraciones; al contrario, el joven revolucionario pareció disfrutar a lo grande, al menos si nos fiamos de la escabrosa crónica que el Daily News publicó con el título de «Los cubanos reniegan de

sus principios en manos de las neoyorkinas».

«Desde que Fidel y su pandilla arribaron a Harlem en una larga expedición a tierras extranjeras, no hay hora del día o de la noche en que chicas, más chicas y muchas chicas más hayan dejado de entrar y salir de sus habitaciones», informaba el News. «Las hay rubias, morenas, pelirrojas y, según nos cuenta un reputado detective, muchas son conocidas prostitutas… Un empleado del hotel nos informa de que el propio Fidel disfrutó ayer de la compañía de una de ellas desde las 2:00 a las 3:30 de la mañana, una rubia muy atractiva y pechugona, por cierto. El empleado no puede asegurar al cien por cien si lo suyo fue un intercambio de opiniones sobre política internacional.»

79. AQUÍ HAY UNO QUE NO QUIERE IRSE

El primer discurso de Kruschev ante la Asamblea General de la ONU duró dos horas y veinte minutos, y solo era el principio.

Un año antes, cuando había hablado ante el mismo auditorio en su primer viaje a América, Kruschev se presentó como un Santa Claus al que daban ganas de abrazar, un hombre gordito y bueno que proponía un utópico plan que perseguía el desarme total y una paz sin fecha de caducidad. Pero en esta ocasión, Kruschev se presentaba como un matón bronco en busca de pelea. Atacó a los Estados Unidos por el envío de aviones espía a su país, algo que «podría condenar al mundo a una Tercera Guerra Mundial». Alabó la decisión de la «valiente Cuba» de nacionalizar las empresas americanas y denunció otra vez a los Estados Unidos por su amenaza constante a Cuba con «ataques, intrigas y ayuda a la subversión». Exigió que el colonialismo acabara «de inmediato» y pasó revista a una larga lista de colonias que esperaban su liberación, entre ellas Puerto Rico. Denunció al secretario general, Hammarskjold, por «seguir la línea de los países colonialistas» y propuso eliminar la figura misma del secretario sustituyéndola por un triunvirato formado por uno del Oeste, otro del bloque comunista y un tercero que representara a los países neutrales.

Además habló de la necesidad de trasladar la sede de la ONU fuera de allí, de un país donde, al menos esta fue su acusación, hasta los delegados de las naciones africanas estaban sometidos a «discriminación racial» y a las «insidias de los gánsteres». Añadió que, si se decidía trasladar la asamblea a Moscú, ningún representante sufriría «por el color de su piel».

Y así siguió, con una tediosa y exasperante arenga de 19.000 palabras de longitud que provocó que muchos de los diplomáticos presentes salieran de la sala y acabaran en la cafetería, donde una pantalla retransmitía el discurso con el volumen tan bajo que era digno de agradecer.

«Un premier intratable», decía el titular del New York Times; el Daily News calificó el discurso como «soflama comunista de puño en alto». El secretario Herter describió la salmodia como «una auténtica declaración de guerra contra la idea misma de la ONU, contra las personas que la componen y el lugar donde se ubica».

Kruschev no se vino abajo con las críticas. En una charla informal con los periodistas prometió otros diez discursos más antes de volver a casa. «Bueno, de alguna manera tengo que justificar al partido mis gastos», explicó bromista. Pero lo suyo no iba en broma. Durante las tres semanas siguientes soltó otros diez discursos más. Ninguno fue tan largo como el primero, pero todos fueron igual de canallas.

Cuando tocó el turno de apoyar una resolución a favor del ingreso en la organización de la República Popular China, comenzó en un tono que podríamos calificar de razonablemente razonable, señalando que un país donde vivía casi un cuarto de la población mundial tenía derecho a sentarse en la asamblea. Pero muy pronto comenzó a echar pestes atacando al dictador de Taiwan, Chiang Kai-shek, según él un «cadáver político», luego tildando a Hammarskjold de «siervo fiel de los monopolios capitalistas» y después volviendo a criticar el racismo en América: «Se lincha y se ahorca a cualquier negrata solo porque es negro… Los niños no pueden ir al colegio con los blancos. ¿No es esto una vergüenza para una sociedad civilizada?»

Cuando llamó a Franco «el carnicero del pueblo español», Frederick

Boland, el irlandés presidente de turno, dio varios golpes con el martillo y rogó al premier ruso que se abstuviera de realizar «alusiones personales ofensivas».

«¿Y por qué no ha interrumpido al representante de los Estados Unidos cuando ha hablado de China?», le recriminó Kruschev en referencia a los ataques americanos al régimen de Mao.

Como le sucede antes o después a cualquier demagogo populista que se precie, Kruschev se vio aquellos días a sí mismo como una especie en extinción, la única persona en este mundo que se atrevía a hablar claro y soltar verdades como puños en medio de un auditorio de charlatanes pedantes. Sus arengas tenían un doble fin: lisonjear a las naciones del Tercer Mundo que acababan de alcanzar su libertad y forzar la dimisión de Hammarskjold por oponerse a sus planes sobre el Congo. No consiguió ninguno. La Asamblea General rechazó por abrumadora mayoría la censura al secretario general. En esa cuestión, como en tantas otras, la mayor parte de las naciones del Tercer Mundo se pusieron del lado de Occidente a la hora de oponerse a las mociones respaldadas por los soviéticos. Se rechazaron todas las propuestas de Kruschev excepto una, una declaración más simbólica que otra cosa contra el colonialismo.

No fue elegante a la hora de admitir estas derrotas. Cuando se votó en contra de su plan global de desarme, se desató lanzando un discurso que daba miedo. Comenzó con su ya sobradamente conocido alarde sobre cómo los rusos estaban fabricando cohetes «como salchichas», después pasó a denunciar a las naciones occidentales que habían atacado su país en 1918: «Derrotamos sus ejércitos y los echamos como se echa la escoria del suelo sagrado. Si los imperialistas deciden repetir su agresión de nuevo, volveremos a derrotarlos, pero será una derrota mucho más definitiva.» Y continuó: «Ciertos caballeros aquí presentes irán diciendo ahora que Kruschev está amenazando. No, señores, Kruschev no está amenazando, lo que hace es contarles cuál será su futuro… Si la guerra estalla, muchos de los que ahora están aquí sentados se encontrarán entre los ausentes.»

Kruschev no fue el único estadista con pasión por esos discursos larguísimos y belicosos ante la asamblea. Llegó el momento en que le tocó el turno de acercarse al atril a su nuevo amigo, Fidel Castro.

Fidel comenzó comprometiéndose a ser breve, algo que en un orador es siempre mala señal, para a continuación atacar durante cuatro largas horas a quienes él consideraba enemigos de la humanidad, incluidos «monopolios», «imperialistas» y… la policía de la ciudad de Nueva York.

Kruschev aguantó sentado de una tirada el parlamento de Castro; es más, les dijo a los reporteros que le hubiera gustado que el discurso hubiera sido más largo. Pero Kruschev no tenía tanta paciencia con quienes se oponían a él. Cuando le tocó a Hammarskjold el turno de presidir, el ruso comenzó a aporrear su escritorio con los puños. Gromyko, sentado junto a él, se vio obligado a hacer los mismo, aunque ciertamente con menos brío que su jefe. En cuestión de segundos las delegaciones comunistas de todo el mundo lo imitaron al unísono, sin otro objetivo que demostrar la lealtad debida a su patrón y dejando la sensación de que no eran sino marionetas a su servicio. Tres días después Kruschev repitió el gesto, en esta ocasión para protestar contra un discurso de Harold Macmillan, un discurso que, a juzgar por la crónicas, a casi todo el resto de los presentes le pareció bastante inofensivo. Y cuando el premier británico dijo que el mundo entero estaba decepcionado por el fracaso de la cumbre de París, Kruschev dio un brinco: «¡Ustedes mandan sus aviones sobre nuestro territorio!», gritó, «¡son culpables de agresión!». Boland dio unos toques con el martillo y Kruschev acabó sentándose.

Sergei Kruschev siempre sostuvo que su padre aporreaba el pupitre e interrumpía a sus oponentes porque había leído en algún sitio que eso de las broncas y los insultos «era algo habitual en los parlamentos occidentales». Pero quizá haya otra explicación posible, una que le resulta muy conocida a todos aquellos padres a quienes ha tocado en suerte un hijo de dos años que no para de dar la tabarra: ¿y si el premier estaba rabioso porque necesitaba una buena siesta? Ya Henry Cabot Lodge percibió claramente durante la turné de 1959 la directa proporcionalidad existente en Kruschev entre sus cabreos y su cansancio. En Nueva York, en 1960, el líder soviético se encontraba siempre muy cansado: tenía un grave problema con el ruido proveniente del exterior del consulado.

«El ruido constante de aquellas motocicletas me sacaba de quicio»,

recordaría en sus memorias. «Eran las de los policías que estaban allí para protegerme. No dejaban de llegar un turno tras otro durante toda la noche. Nadie puede imaginar el jaleo que formaban… Primero sonaban como algo parecido a unos aplausos, luego como ráfagas de tiros, luego como proyectiles explotando…, y todo eso justo bajo mi ventana. No se podía dormir. No importa cómo estuviera de cansado; yo seguía allí despierto, escuchando cómo se marchaba un turno o esperando a que llegara otro.»

Hay que admitir que aquello era suficiente para hacer perder los nervios incluso al más pacífico de los dictadores.

A finales de septiembre, la mayor parte de los líderes internacionales había vuelto a casa, pero Kruschev seguía en la ciudad, quién sabe si únicamente para sacar de sus casillas a todos esos americanos que estaban ansiosos por verlo largarse de una vez. Como admitiría más adelante, él ya estaba acusando el cansancio: a fin de cuentas era un dictador, alguien acostumbrado a dar órdenes, y no estaba hecho para estar ahí sentado escuchando a la gente meterse con él, aguantando una derrota tras otra en sus propuestas. Aquello no era para él. Eso sí, mientras permanecía en su asiento, presenciando un debate tras otro a cual más aburrido, a veces no podía evitar que su mente vagara por el mundo de los sueños, entregado a todo tipo de fantasías. Se fijó en la cabeza calva del embajador español que se sentaba frente a él y recordó cómo le había prometido a La Pasionaria, por entonces en Moscú, que haría algo para fastidiar a sus enemigos, los fascistas de España. «Imaginé que le daba golpecitos en la calva con mi nariz», revelaría en sus memorias, «e imaginé la cara de mi amiga Dolores Ibarruri iluminada de placer».

Las pruebas nos dicen que en ningún momento concretó tan surrealista fantasía en un efectivo acto de ultraje. Pero sí es cierto que un día, mientras se dirigía de nuevo a su asiento tras pronunciar un discurso, se dio cuenta de que la delegación española no le estaba aplaudiendo. Entonces se detuvo bruscamente en el pasillo y comenzó a insultarles al tiempo que señalaba con su dedo índice la cara de uno de ellos. El diplomático español respondió levantándose y señalando con su dedo a Kruschev, y así los dos hombres se dedicaron a decirse de todo con tal violencia que

tuvieron que intervenir los miembros de la seguridad para separarlos antes de que llegaran a los puños.

Por aquel entonces Kruschev se había convertido en una versión actualizada de un personaje típico de cómic: el clásico invitado follonero al que no hay modo de largar de casa. Pero el caso es que era perfectamente consciente de ese papel y disfrutó interpretándolo. Cuando cierto periodista le preguntó que cuándo se iba a marchar, le contestó de modo indirecto: «Mire, no me quedaré más de quince días después de que acaben las sesiones.» Los reporteros se quedaron de piedra: ¿serían dos semanas más? Así que otro le preguntó si estaba bromeando; él le contestó tan ricamente: «No, no, lo digo muy en serio. Quizá me quede por aquí alguna semana más.»

El 6 de octubre habían pasado dieciocho días desde que Kruschev llegara a Nueva York. En una recepción en el consulado soviético, el periodista de la CBS Daniel Schorr tuvo la oportunidad de entrevistarlo. «¿Es esta su despedida?, ¿se marchará pronto?»

«¿Es que quieren ustedes que me vaya?», le respondió Kruschev.

«Le hablo solo desde un punto de vista personal y no pretendo insultarle, por supuesto», dijo Schorr, «al fin y al cabo usted está invitado en mi casa…».

«No, es usted quien está invitado en mi casa», respondió el premier refiriéndose al consulado soviético.

«Eso es, yo soy un invitado en su casa, la cual está situada en mi casa», insistió Schorr. «Mi deseo es que esté aquí tanto tiempo como le apetezca, pero mientras usted siga aquí yo tengo que quedarme también y la verdad es que tengo cosas importantes que hacer en Europa.»

«Es usted muy sincero. Ya le comprendo. Me lo tengo que pensar», le replicó Kruschev.

«Mire, yo soy tan esclavo del capitalismo como del comunismo», continuó Schorr. «Seguro que usted me ve como un esclavo del capitalismo, pero también soy esclavo del comunismo, ya que tengo

que esperar a que usted se vaya para irme yo también.»

«Le iría mejor siendo esclavo solo del comunismo. El comunismo no para de crecer y va cada vez a más.»

Finalmente, el 10 de octubre, la oficina de prensa soviética anunció que Kruschev volvería a su país el día 13. Esta noticia causó un alivio considerable entre los diplomáticos de la ONU, los funcionarios del Departamento de Estado y la sobrexplotada policía de la ciudad. Pero en los pocos días que quedaban Kruschev tendría tiempo para asombrar al mundo con el que acabaría convirtiéndose en el espectáculo más famoso que protagonizó en vida: el gran show del zapato.

80. A GOLPE DE ZAPATO

Aquel legendario día, 12 de octubre de 1960, comenzó bastante tranquilo.

Kruschev llegó a la sede de la ONU de buen humor y se detuvo en el vestíbulo para charlar con los reporteros. Cuando vio que una mujer de origen hindú se le aproximaba vestida con un colorido sari, le sonrió, unió las palmas de sus manos y luego se las llevó reverencialmente a su frente en señal de respetuoso saludo. Después vino una sentida reverencia. Alguien lanzó una pregunta sobre el desarme y el dictador comenzó con sus tonterías.

«Si me desarmara todos los días, al final acabaría desarmado del todo», dijo, para luego palpar sus bolsillos como un policía que cachea a un sospechoso. Sacó un estuche de gafas: «Esta es la única arma que tengo.» Pero luego encontró en otro bolsillo una pequeña navaja: «Bueno, también tengo esto», dijo entre risas. «¿Creen que con esto podría hacerle daño al tiarrón ese de Wadsworth?»

James J. Wadsworth era el embajador americano en la ONU.

La broma de la navaja había sido realmente buena y tuvo éxito, así que entró optimista al interior de la cámara. Pronunció un discurso

en apoyo de una resolución soviética en condena del colonialismo. Fue breve, si tenemos en cuenta los estándares kruschevianos sobre la longitud de un discurso, aunque se las arregló para incluir en él no solo los imprescindibles ataques a «imperialistas y colonialistas» y sus «políticas de pillaje, saqueo y crimen», sino también una encendida denuncia de los Estados Unidos a cuenta del exterminio de indios, la esclavitud de gentes provenientes de África y la prohibición de que niños blancos y negros fueran juntos al colegio.

«¡Esta es la verdadera cara de esa "civilización" de la que tanto se vanaglorian las potencias colonialistas!, ¡un magnífico ejemplo de civilización, sin duda!»

El New York Times dijo que había sido «un discurso relativamente tranquilo». Hasta ahí se había visto, como escribió el Daily News, «su lado bueno». Pero este seráfico estado duró hasta que un delegado filipino tuvo la audacia de sugerir que quizá la Unión Soviética no era tampoco del todo inocente en lo tocante a los pecados del colonialismo.

Exacto. Lorenzo Sumulong había subido al estrado para anunciar que Filipinas votaría a favor de la resolución soviética, pero el diplomático se atrevió a pedir que se incluyera también en ella a las naciones del este de Europa, que «se habían visto privadas de sus derechos civiles y políticos, se habían visto devoradas por la Unión Soviética».

Kruschev saltó como un resorte para pedir turno de réplica. Frederick Boland, el presidente irlandés, se lo concedió, y entonces el líder ruso subió al estrado. Empezó a hacer con su mano gestos de desprecio al filipino al tiempo que lo denunciaba como «lacayo servil del imperialismo americano». No se tomó la más mínima molestia en defender a Rusia de la acusación de haber ocupado Europa del Este, ¿para qué? A continuación volvió furioso a su puesto.

Le volvió a tocar a Sumulong, quien habló de hipocresía, de que oía a los soviéticos «quejarse de los desastres de la colonización mientras ellos eran la mayor potencia colonialista del mundo».

Enrabietado, Kruschev volvió a ponerse en pie. Su cara ya estaba

más que muy roja. Pero ahora tenía algo en su mano y lo agitaba con la fuerza que se maneja un palo de golf. Era su zapato derecho, un mocasín marrón concretamente. Hubo un instante en que Murrey Marder, del Washington Post, pensó que iba a tirarlo directamente al estrado con la idea de acertar en la cara de Sumulong. Pero no. En vez de eso, el premier volvió a sentarse y empezó a dar zapatazos en la mesa de su escaño. Primero empezó con poco ímpetu, pero después los golpes fueron haciéndose cada vez más duros, cada vez más ruidosos. No pasó un segundo antes de que el resto de delegados giraran su cabeza hacia él para ver con qué instrumento exactamente estaba armando semejante taco.

«Daba un golpe tras otro con ritmo, como oscila el péndulo de un metrónomo», recordaría después su guardaespaldas, Nikolai Zakharov. «Ese fue el momento que pasaría de inmediato a la historia universal como los zapatazos de Kruschev. Y yo allí, viéndolo con mis propios ojos, ¡qué gran emoción!»

Sentado muy cerca de Kruschev, Andrei Gromyko contemplaba el espectáculo con cara de estar pasándolo mal. Gromiko sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Estaba claro que no le apetecía lo más mínimo, pero al fin, todo resignado, se agachó, se quitó uno de sus zapatos y comenzó también él a aporrear su mesa, aunque a su favor hay que reconocer que lo hizo del modo más suave y disimulado que pudo.

Kruschev siguió con su melodía mientras sonreía orgulloso de su ocurrencia. ¿En qué pensaba exactamente? En sus memorias no explica por ningún lado sus motivos; se limita a apuntar que «me quité el zapato y di golpes con él en la mesa de mi escaño para que nuestras protestas se oyeran mejor». Pero al cabo de los años su hijo Sergei se atrevió a aventurar otra explicación: «Mi padre estaba en total desacuerdo con lo que estaba oyendo y decidió hacer ostensible su indignación. Siempre tuvo un pequeño diablo dentro. Ese pequeño diablo salió de su escondite y le empujó inconscientemente a una conducta que podríamos calificar como de ‘ hooligan de baja intensidad’.»

Un poco después el zapato volvió a su pie y Kruschev se levantó para volver a exigir su derecho a replicar a Sumulong. El sufrido Boland dijo que de acuerdo, y el líder se acercó al estrado por

tercera vez en aquella tarde. No hizo mención alguna al numerito que acababa de montar; en cambio, ofreció al auditorio una compasiva «defensa» del pobre delegado filipino: él no era mala persona, solo era una triste marioneta de los americanos; su país, que había sido colonia americana hasta 1946, todavía no era del todo independiente, vino a decir. «Esta independencia suya es tan pequeña que solo se la puede ver con microscopio», continuó con sarcasmo. Finalmente invitó a Sumulong a visitar la Unión Soviética «para saber qué es de verdad ser libre» y volvió lentamente a su asiento.

El debate continuó. Hubo otros delegados que se levantaron pidiendo la palabra, incluido Francis O. Wilcox, ayudante del secretario de Estado americano: «Todos los que nos encontramos en esta asamblea somos totalmente conscientes de una triste realidad, de que hay varios países en el este de Europa que no gozan de una independencia completa.»

En ese momento, un diplomático rumano, Eduard Mezincescu, se puso en pie para pedir la oportunidad de responder a semejante «difamación y calumnia». Kruschev también volvió a levantarse: otra vez tenía el mocasín marrón en la mano. Todo hacía pensar que iba a volver a usarlo como argumento, pero en esta ocasión no lo hizo y se sentó para oír a Mezincescu dirigirse a Boland.

«¿Qué lugar es este?», gritó el rumano. «¿Es que estamos sentados en el Senado de los Estados Unidos?»

Boland recurrió de nuevo a su martillo. Mezincescu gritó aún más fuerte. Boland golpeó con más fuerza todavía. Mezincescu gritó no se sabe qué sobre «los irlandeses». Y entonces sí: Boland, irlandés, dio un martillazo tan salvaje que se cargó el instrumento y la cabeza salió despedida por detrás de su hombro.

Ya había sido bastante. Boland pidió un receso. El día más esperpéntico y tormentoso en la historia de la ONU se daba por terminado.

De camino al vestíbulo del edificio, Kruschev intentaba convencer a los periodistas que eso del martillo roto era todo un símbolo: «Ya ven lo débil que es la ONU», dijo sin que se le notara el menor

sentimiento de vergüenza por su conducta.

81. ¡SOY TAN CANALLA, TAN MALVADO, TAN RASTRERO!

Los corifeos de Kruschev no tuvieron más remedio que felicitarle efusivamente por su magnífica actuación, aunque en privado se mostraban desconcertados tras ver al heredero de Lenin utilizando su zapato como martillo en menosprecio de la salud física de su mesa.

«No podíamos entender su comportamiento», diría después Arkady Shevchenko, el joven diplomático que lo había conocido durante la travesía en el Baltika. «Cuando llegué al consulado tras la sesión, entre los presentes era clara la sensación de vergüenza y desánimo. Gromyko, bien conocido por sus modos serios e irreprochables, estaba lívido y nervioso. Pero Kruschev actuaba como si nada hubiera sucedido. Reía a carcajadas, bromeaba en voz alta. Decía que no había tenido más remedio que "inyectar algo de vida en la estirada atmósfera de la ONU". No parecía darse cuenta de lo que había sucedido, no parecía importarle lo que los miembros de la asamblea pudieran pensar sobre aquel dislate.»

Cuando Kruschev se enteró de que su ayudante, Oleg Troyanovsky, no había estado presente para ver el show, no se le ocurrió otra que darle el pésame: «¡Te has perdido algo bueno de verdad!, ¡qué divertido! Mira, la ONU es como una especie de parlamento, la minoría no tiene otra que hacerse oír frente a la mayoría, sea del modo que sea. Ahora somos la minoría, pero no por mucho tiempo.»

Esa noche, durante la cena, el primer ministro húngaro, Janos Kadar, reunió la valentía suficiente para bromear con su jefe a propósito del numerito del zapato: «Camarada Kruschev, no sé si se acordará de que inmediatamente después de haber golpeado su mesa con el zapato usted se dirigió al estrado para una cuestión de orden. Pues en ese mismo instante nuestro ministro de Exteriores, el camarada Sik, se volvió hacia mí para decirme: "¿Crees que habrá

tenido tiempo de volver a calzarse o subirá al atril con un pie descalzo?"»

Los presentes, la flor y nata del comunismo internacional, rieron dudando si debían o no hacerlo. Había alguno que, como Troyanovsky, pensó que Kruschev se daría cuenta en algún momento u otro de que se había pasado con su modo de ejercer la diplomacia.

No sabemos si en algún momento llegó a sentir vergüenza de su comportamiento; desde luego al día siguiente no dio la menor prueba de arrepentimiento. Cuando Boland ocupó la presidencia para comenzar la sesión de la mañana los delegados le saludaron con una gran ovación y Kruschev protestó golpeando ahora con sus puños el pupitre.

El premier se había equivocado por completo a la hora de pulsar los sentimientos y opiniones de su público potencial. Él creía firmemente que los diplomáticos del Tercer Mundo valorarían positivamente sus tácticas beligerantes contra el occidente colonialista. Pero la realidad era que estos nuevos delegados tenían muy a gala haber pasado a formar parte por fin del selecto grupo de países libres, con lo que se sintieron ofendidos por la actitud burlona y despectiva de Kruschev. Sekou Toure, el presidente guineano, hombre de tendencias claramente izquierdistas, pidió la palabra para expresar su disgusto ante esas actitudes de ira del día anterior que, en su opinión, solo se proponían «contaminar el ambiente de esta sala con el desánimo y la subversión». Y un representante de Nepal reprobó la conducta de Kruschev como algo que solo conseguiría «degradar el prestigio y la dignidad que caracteriza a las Naciones Unidas».

Demostrando que su estupidez podía ir todavía a peor, Kruschev se opuso al nepalés repitiendo de nuevo el concierto de puños.

Esa mañana Kruschev solo obtuvo una victoria: la Asamblea General aprobó su resolución anticolonialista. Por la tarde subió al estrado por última vez con el fin de pronunciar un discurso de despedida, una arenga que acabó siendo tan belicosa como las demás. Pidió a los presentes que condenaran los vuelos U-2 americanos. Cuando Wadsworth, el embajador americano, se

levantó para recordar que esa propuesta ya había sido rechazada dos veces, Kruschev cogió un cabreo descomunal llegando a calificar al Consejo de Seguridad de «escupidera». Lo de los U-2 había sido un «acto impúdico de agresión»; llamó a Eisenhower mentiroso y juró que la presencia de otro de esos aviones significaría la guerra.

«Si quieren una guerra, sigan provocándonos y la tendrán», aseguró.

Cuando un representante británico protestó por tanto disparate como el premier había soltado por su boca, este le previno de lo que sucedería con Inglaterra en caso de holocausto nuclear: «Gran Bretaña dejará de existir ya el primer día de la guerra.»

Parece que con el paso de los minutos se calmó; de hecho, acabó su parlamento con algo que podría aproximarse a una disculpa: «Me gustaría que no se sintieran ofendidos si he dicho ciertas cosas con unos modos que quizá no debería haber utilizado.» Incluso aludió a sus episodios de furia del día anterior: «Insulté al representante de Filipinas y él me insultó a mí. Él ya sabe de qué va esto, pero yo soy nuevo. Seguro que podremos aprender el uno del otro.»

Cinco minutos después de que su propuesta sobre los U-2 se viera de nuevo derrotada, Kruschev ya estaba en la puerta. No volvería a entrar. Esa noche voló a Moscú en el TU-114. En esta ocasión prefirió un viaje rápido antes que pasarse diez días jugando al tejo en el Baltika. Llevaba treinta y cinco días fuera de casa…, y diez de ellos en el agua.

Nada más poner pie en suelo moscovita le esperaba el habitual comité de recepción. Dio un abrazo a cada uno de sus camaradas del Presidium, estrechó la mano del embajador cubano y después saludó al embajador americano, Tommy Thompson.

«¿Ha disfrutado de su viaje?», le preguntó Thompson.

«Desde luego, desde luego», respondió sonriendo y apretando la mano del americano. Después, quizá recordando que Thompson había sido uno de los que le acompañaron en su tour por América de 1959, añadió: «Pero no ha sido lo mismo; no como la última vez.»

Cuando había vuelto de América el año anterior se había dirigido directamente del aeropuerto al estadio Lenin para pronunciar un largo y emocionado discurso sobre los grandes éxitos que, según él, había cosechado. Ahora, un año después, su «informe» a quienes le esperaban en el recinto deportivo fue despiadadamente agrio. «A día de hoy, los Estados Unidos no son más que un país dominado por los monopolios capitalistas», dijo, para luego describir Nueva York como una alegoría del mismísimo averno: «Es la personificación de toda la miseria y degeneración del capitalismo… Las calles son literalmente un enjambre de millones de automóviles. Y los automóviles, como es sabido, usan gasolina como combustible. Por eso el aire está envenenado. En dos palabras: Nueva York es una ciudad espantosa.»

No mencionó nada sobre el numerito con el zapato. No obstante, aseguró a sus súbditos que podían estar tranquilos, que nadie dudara que había representado a su país «con honor y dignidad».

Los medios soviéticos también se cuidaron muy mucho de informar sobre el original uso que Kruschev había dado a esa parte de su indumentaria con la que calzaba sus pies. Solo Pravda se permitió hacer una muy críptica alusión a lo acontecido: «Un soplo de aire fresco irrumpió por sorpresa en aquel edificio del East River. Todos aquellos diablos se retorcieron en sus asientos cuando el líder de la delegación soviética, saltándose toda la etiqueta vacía que marca el protocolo, les dio un buen pisotón en el rabo.»

Quizá los periodistas soviéticos estuvieron espabilados al no mencionar lo ocurrido. En los Estados Unidos, los zapatazos se convirtieron de inmediato en la hazaña más famosa que Kruschev había protagonizado en vida; fue la imagen indeleble que capturó a la perfección todos los excesos de su extravagante personalidad: su mal humor, su infantilismo, su grosería, su histrionismo. Una imagen tan cómica como aterradora: un dictador rechoncho y calvo poseedor de un arsenal atómico dando golpes con el zapato como un niñato enrabietado.

A finales de noviembre de 1960, pocas semanas después de la elección de Kennedy, uno de sus consejeros, Walt Rostow, comunicó a un diplomático soviético cuáles eran las exigencias que Kruschev debía cumplir si tenía la intención de entrevistarse con JFK: el

premier ruso debería liberar a los tripulantes del RB-47, aceptar un acuerdo de prohibición de ensayos nucleares y asistir al encuentro «calzado».

No mucho después de que Kruschev abandonara Nueva York, los editores de la revista Esquire le preguntaron al eminente novelista Saul Bellow su opinión sobre «por qué el dirigente soviético había usado su zapato para defender sus ideas». Bellow interrumpió la redacción de su novela Herzog para analizar al dictador en un artículo titulado «Literary Notes on Khrushchev».

«Es difícil saber si el Kruschev que vimos dando golpes con su zapato en la Asamblea General de las Naciones Unidas es el "auténtico" Khrushchev», escribía Bellow. «Pero parece que uno de los privilegios del poder es el de expresar abiertamente las propias emociones… Ya sea con sus risas y su gracia populachera, o ya sea con su más desatado enfado, está claro que el premier ruso tiene la posibilidad de liberar sin miedo sus sentimientos más profundos; es más, parece como si creyera que si esos gestos no nos sacuden el espíritu es porque no estamos lo suficientemente en contacto con la realidad más inmediata.»

Bellow proseguía defendiendo a los políticos occidentales, quienes se esmeraban en mantener la dignidad y procuraban evitar por todos los medios la confrontación violenta; pero esa era precisamente la razón de que Kruschev disfrutara tanto asustándolos con sus arrebatos de emoción irrefrenable. «Quizá es que Kruschev busque realizarse, o quizá es que efectivamente se realiza con esos exabruptos. Quizá sea entonces, cuando ve que el mundo entero está pendiente de ver cómo explota, cómo está al borde de perder el control, cuando se sienta realmente vivo.»

Pero los exabruptos de Kruschev no eran simples cabreos: «Esto, amigos míos, es puro arte», escribía Bellow. El premier ha demostrado su desprecio por Occidente actuando «como villano y como bufón» en una «brutal y amarga comedia». Dar zapatazos en el escritorio, cantar «La Internacional», la provocadora rueda de prensa en el balcón…, todo era para Bellow algo propio de «un verdadero cómico en un espectáculo escrito y dirigido por él mismo».

Bellow, futuro Nobel, decía de Kruschev que era un actor cómico del teatro del absurdo; pero esos genios del disparate de la revista Mad vieron en el premier al protagonista ideal de una comedia musical sobre la Guerra Fría.

A comienzos de los sesenta, Mad ya había superado sus orígenes como cómic para convertirse en la principal revista satírica americana. En sus páginas, las payasadas de Kruschev en la ONU se vieron convertidas en una parodia del popular musical West Side Story. Gracias a las magníficas caricaturas que Mort Drucker hizo del propio Kruschev, de Castro, Macmillan y otros líderes políticos, Mad creó algo llamado «East Side Story», una historieta de nueve páginas donde pandillas rivales se morían de ganas por montar una gresca en las Naciones Unidas.

En la primera escena, Kruschev y sus amigachos comunistas, Castro, Gromyko y Tito, bailaban de un lado a otro de la plaza del emblemático edificio al son de la canción entonada por su jefe:

¡Cuando eres rojo

Eres rojo siempre

Desde tu primera orgía de purgas

Hasta tu último cohete!

¡Cuando eres rojo

tienes espías a montones,

tú les das la medalla de la paz

y ellos te montan una guerra!

Tras esta incomparable escena, los chicos de Kruschev se enfrentan a sus rivales del barrio, encabezados por Macmillan, De Gaulle y Adlai Stevenson, quien ahora era el embajador americano en la

ONU.

«Venga, Nikita, ¿es que no te cansas de tanta tontería?», Stevenson se burlaba de él.

«Te diré por qué no», le contestaba entonces Kruschev. A continuación este explicaba sus razones usando como melodía la célebre «I Feel Pretty» de West Side Story con ciertas variaciones en la letra respecto a la que canta Natalie Wood en la versión original; mientras canta se ha metido a bailar dentro de la fuente de la plaza y luego sale de ella, empapado, chorreando y sosteniendo su famoso mocasín marrón:

¡Soy tan canalla

Ay, qué canalla

canalla, malvado y rastrero!

¡Qué bonito es,

ver cómo todos me odian!

83. ¿POR QUÉ NO TE PASAS POR AQUÍ ALGÚN DÍA?

Nueve meses después, en el verano de 1961, con Eisenhower ya jubilado y Kennedy en la Casa Blanca, Nikita Kruschev invitó a John J. McCloy a su dacha en el Mar Negro.

Se conocían de antes, de la fiesta que le ofreciera Averell Harriman en Nueva York durante el primer viaje que el premier soviético realizó a América. Si el lector se acuerda de aquello, recordará el tiempo y ganas que McCloy, entonces presidente del Chase Manhattan Bank, puso en convencer a Kruschev de que los capitalistas no tenían nada que ver con las directrices de la política exterior americana. Ahora McCloy venía como enviado del propio

Kennedy a una conferencia sobre desarme a celebrar en Moscú, algo que, dicho sea de paso, venía a desmentir por completo su anterior afirmación. Esa conferencia no acabó bien, con un McCloy enzarzado en inútiles sutilezas semánticas con el negociador ruso, Valerian A. Zorin.

«Durante una semana aquellos dos hombres discutieron palabra por palabra una serie de discursos que traían preparados de antemano», escribió Kai Bird, biógrafo de McCloy. «Zorin insistía en la frase "desarme general y completo", mientras McCloy defendía su propia versión, «desarme total y universal". Las traducciones al ruso de ambas eran de facto iguales, así que sus razonamientos rozaban el absurdo.»

Cuando McCloy viajó de Moscú a la dacha de Kruschev encontró a este muy relajado y de buen humor. El premier ruso retó a McCloy a jugar al tenis y también le propuso un baño en la piscina. Incluso prestó a su invitado americano uno de sus inmensos bañadores tipo bóxer, y juntos posaron para unas fotos vagando sin rumbo en el agua.

Después los dos se sentaron para hablar ya en serio. Hablaron sobre desarme, sobre Berlín y sobre Kennedy. Cuando salió el tema de la guerra nuclear, algo inevitable cuando Kruschev se topaba con un americano, el premier presumió de que sus técnicos estaban a punto de probar una potentísima bomba de cien megatones. De pronto Kruschev sacó a colación la figura de Eisenhower. Dijo de él que en su opinión era un genio como militar, como lo demostraban el modo en que dirigió el desembarco de Normandía y su decisión de permitir que fueran los soviéticos quienes liberaran Berlín en 1945. Después de elogiar a Ike, Kruschev se lamentó de que el incidente del U-2 hubiera dado al traste con los planes para que visitara Rusia y manifestó su deseo de que el expresidente pudiera visitarlo pronto. Él estaba seguro, le dijo a McCloy, de que Eisenhower sería recibido en el país con gran afecto.

«La verdad es que parecía realmente muy interesado en que esa visita pudiera tener lugar algún día», recordaría después McCloy.

Cuando regresó a los Estados Unidos, McCloy se sintió obligado a transmitir a Ike el mensaje.

«A lo mejor no te lo crees», dijo el expresidente a su hijo John mientras volvían de jugar al golf, «pero este Kruschev ha tenido la desfachatez de dar a entender que volvería a invitarme a ir a Moscú».

Esta inesperada oferta dejó a Eisenhower con la boca abierta. Kruschev había dinamitado la cumbre de París con una ofensa a su persona, había dicho que él le «olía mal»; después dijo que era un mentiroso y acabó amenazándolo con una guerra nuclear en su discurso ante las Naciones Unidas. Era mucho más que absurdo que Kruschev dijera ahora que ojalá Ike se dejara caer por allí y pudieran hablar como amigos.

«Por supuesto, nunca iré», le dijo a su hijo, «pero no entiendo por qué saca ahora esto solo para hacerme daño».

Eisenhower se sentó. Estaba pensativo. Le daba vueltas a esa extraña nueva. Sin duda, a Ike le duraba aún la sensación de pasmo que le provocaba semejante individuo, aquel liante, impredecible, divertido, despreciable, quisquilloso, seductor, peligroso, repulsivo, desquiciante tipo al que, por accidente, había invitado a visitar América hacía dos, dos largos años ya.

Notas al pie

* El original juega con unos versos de William W. Denslow, que suelen usarse hoy en declaraciones amorosas de tono infantil: «Roses are red/violets are blue/sugar is sweet/and so are you.» (N. del T.)

Epílogo

«La vida es una broma cósmica»

En octubre de 1962 yo era un estudiante de quinto curso de primaria en la St. Boniface School, en Sea Cliff, Nueva York, y el mundo estaba al borde del holocausto nuclear.

«Niños y niñas, prestad atención por favor», se oyó la voz de la madre superiora salir del altavoz marrón en forma de caja que teníamos sobre la pizarra de mi clase. «Ahora mismo estoy en mi despacho escuchando las noticias por la radio. Como algunos de vosotros sabéis, los rusos han instalado misiles nucleares en la Cuba comunista. El presidente Kennedy ha enviado a nuestra armada para bloquear la isla. Ahora los barcos rusos se dirigen a enfrentarse contra nuestra flota. Si no se detienen tendremos que disparar contra ellos, algo que podría causar una guerra nuclear que supondría el fin del mundo, tal y como nos dice la Biblia.»

¿El fin del mundo? Esa frase sin duda llamó nuestra atención. Desde la guardería habíamos venido preparando la guerra nuclear reuniéndonos en el vestíbulo todos agachados con las manos cubriéndonos las cabezas. Pero nadie, ni el más tonto entre nosotros, se creía de verdad que en tal situación el «duck-and- cover» nos salvaría la vida.

Continuó la madre directora: «Niños y niñas, quizá cuando llegue el momento no tengamos tiempo de salir de las clases y dirigirnos a la capilla, así que ahora pongámonos de rodillas junto a nuestros pupitres y comencemos a rezar el rosario.»

¿Ha dicho que no habrá tiempo ni de llegar a la capilla? El edificio estaba muy cerca. Estaba claro que la cosa iba en serio. Nos arrodillamos y nos pusimos a rezar. Mis esqueléticas rodillas se dolían de la dureza de la tarima de madera que cubría el suelo, pero ignoré ese dolor para rezar con más fe de la que había sentido en mi vida.

Yo no tenía ni idea de geopolítica. Ni de que los Estados Unidos habían intentado derrocar a Castro organizando un desembarco en Bahía de Cochinos. Ni de que Kruschev había enviado en secreto a la isla docenas de misiles nucleares para defenderla de otro eventual ataque y para servir de réplica a los misiles americanos instalados en Turquía. Ni de que los vuelos U- 2 habían corroborado la presencia de esos misiles. Ni de que los soviéticos había derribado un U-2 que sobrevolaba Cuba. Ni, mucho menos aún, de que por primera vez en su historia el ejército americano estaba en DEFCON-2, el estado de alerta inmediatamente inferior a la guerra abierta, con aviones cargados de bombas atómicas ya en el aire, esperando órdenes concretas de disparar a objetivos en Cuba y la Unión Soviética. Yo solo sabía que ese tal Kruschev, ese ruso chiflado que se había puesto a dar golpes con su zapato en la ONU, estaba tan loco que podía hacer saltar por los aires el mundo.

En Moscú, el hombre del zapato había convocado a sus consejeros para una reunión de urgencia al más alto nivel: «Si queremos salvar el mundo», les dijo, «tenemos que retirarnos».

Los barcos soviéticos que se dirigían a Cuba se detuvieron antes de divisar los navíos americanos que mantenían el bloqueo. Se evitó la guerra. Kruschev y Kennedy habían llegado a un acuerdo: Kruschev aceptaba retirar su arsenal nuclear en Cuba, y Kennedy se comprometía públicamente a no invadir jamás la isla. Además, sin que lo supiera la opinión pública, Kennedy le prometió también llevarse sus misiles de Turquía.

El mundo no se acabó.

En Cuba, Fidel estaba enfadado porque Kruschev se había echado atrás: «No tiene cojones», fue su comentario.

En Washington, Kennedy presumía de su victoria sobre Kruschev: «Le he cortado las pelotas», dijo a sus amigos.

En Moscú, Kruschev dijo al Soviet Supremo que él y solo él había salvado el mundo de «una crisis que amenazaba con una guerra atómica global».

Muchos de los camaradas de Kruschev no estaban de acuerdo, veían

lo sucedido como una humillación nacional. La verdad es que el premier tenía poderosos enemigos en las altas esferas de su propio país: antiguos estalinistas, generales hartos de tanto recorte en gastos de defensa, gerifaltes del partido molestos por los esfuerzos de su camarada en recortar los privilegios propios de los funcionarios y oligarcas del régimen. Los enemigos internos de Kruschev ya habían intentado derrocarlo en 1957 sin éxito; ahora, viendo el modo en que había gestionado la crisis de los misiles, tenían más argumentos para volver a hacerlo. A estas razones cabía añadir el fracaso de su política agrícola, la cual había desembocado en una escasez generalizada de alimentos. Y cabía añadir también su propio modo de actuar, que era cada vez más vehemente e impredecible.

Sus subordinados no dejaban de conspirar contra él, siempre en secreto, pero cada vez con mayor astucia. El 12 de octubre de 1964, Leónidas Breznev, número dos del Kremlim, llamó a Kruschev a su dacha para mantener una reunión. Cuando el presidente llegó, Breznev y el resto de miembros del Presidium comenzaron a atacarlo, enumerando uno a uno sus pecados: arrogancia, incompetencia, megalomanía. Le acusaron de abandonar las enseñanzas de Lenin, de instituir un culto a su persona, de que su actuación en Cuba había sido una chapuza y de haberse comportado en la ONU como solo lo haría un estúpido. Breznev también añadió que en cierta ocasión Kruschev había comparado a los miembros del Comité Central del PCUS con «perros meando en el bordillo de una acera».

«Camarada, tu conducta es inadmisible», dijo Breznev, al tiempo que le sugirió un retiro «voluntario».

Demasiado cansado y triste para defenderse, Kruschev aceptó: «Haré lo que sea mejor para el partido», dijo con lágrimas en los ojos.

Para Nikita Kruschev, el hecho de que lo echaran no era sino una confirmación, quizá perversa, pero confirmación al fin y al cabo, de su éxito. «¿Quién podría soñar con decirle a Stalin que ya no nos gustas, que es mejor que te vayas?», le preguntó a su amigo Anastas Mikoyan esa noche. «Con Stalin, de nosotros no habrían quedado ni los restos de sangre. Ahora las cosas han cambiado. Ahora ya no

hay miedo y todos podemos hablarnos de tú a tú. Ese es mi logro.»

Y tenía razón. Quienes depusieron a Kruschev no lo asesinaron ni lo desterraron a un gulag: le dieron una buena pensión y una dacha a las afueras de Moscú. Pero su nombre y su imagen muy pronto desaparecieron de los medios de comunicación y sus viejos camaradas dejaron de visitarlo. A sus setenta años el antiguo presidente ya era un don nadie. Cayó en una profunda depresión que le duró varios meses. Cuando el director de su colegio preguntó a uno de los nietos de Kruschev qué hacía el viejo líder en su retiro, el chico respondió: «El abuelo llora sin parar.»

Su mujer e hijos le animaron a dedicarse a sus hobbies. Lo intentó con la pesca, pero se aburría: «¡Te sientas ahí a hacer el idiota! Incluso se puede oír a los peces riéndose de ti.» Se aventuró en el mundo de la fotografía, también se dedicó a dar largos paseos e incluso plantó un huerto, del que nacían patatas, calabazas y, por supuesto, maíz. Leía Pravda y se partía de risa con el habitual despliegue de propaganda que siempre había caracterizado a los medios del régimen: «Esto no es más que basura. ¿Quién se lo va a creer?»

Le gustaba hacer hogueras y sentarse frente a ellas mirando fijamente el fuego, alimentando la melancolía del pasado. Estaba obsesionado con los crímenes de Stalin y su complicidad en ellos. A alguien que le visitó cierto día y le preguntó si se arrepentía de algo, le contesto: «De tanta sangre. Sobre todo de tanta sangre. Mis brazos están bañados hasta los codos en sangre. Eso es lo más terrible que guardo en el alma.»

En 1966 su familia le regaló un magnetofón, y así pudo comenzar a dictar sus memorias. Por fin había encontrado un hobby con que entretenerse sin cansancio; se pasaba horas y horas hablando con el micrófono. En un principio se centró en su gran obsesión, los horrores de la era estalinista, pero pronto comenzó a saltar alegremente de un tema a otro, de modo que la historia de su vida brotaba de su interior como en una corriente de conciencia. Al cabo de tres años ya había grabado 800.000 palabras. Su hijo Sergei y un mecanógrafo comenzaron la transcripción, que alcanzó las 3.500 páginas.

El KGB sabía perfectamente lo que estaba haciendo, pues había llenado de bichos su casa y le habían asignado «ayudantes» para controlarlo. En 1967 fue convocado al Kremlin y tres de sus antiguos protegidos le ordenaron que dejara de escribir sus memorias y les entregara lo mecanografiado.

«Me niego a obedeceros», contestó. Les dijo que esa orden era inconstitucional, como también lo eran los bichos en su casa. «Habéis colocado dispositivos de escucha por toda mi casa, hasta en el baño. Estáis gastando el dinero del pueblo en oír cómo me tiro pedos.»

En 1970, el KGB exigió que Sergei entregara el borrador. Obedeció sin poner objeciones, ya que le habían confirmado que se había conseguido filtrar una copia del mismo a Occidente. El primer volumen de las memorias, Khrushchev Remembers*, vio la luz en los Estados Unidos en diciembre de 1970; posteriormente la revista Life las fue publicando por entregas. Pronto se convirtió en un best-seller en una docena de países, aunque no en Rusia, donde permaneció sin publicar hasta 1990. Los críticos advirtieron a los posibles lectores de que el texto pecaba de imprecisión, de que el autor era bastante evasivo en lo concerniente a ciertos temas o hechos y se extralimitaba a la hora de otorgarse protagonismo en otros, pero en cualquier caso reconocía que se trataba de una perspicua, atractiva y relevante aproximación a los entresijos del Kremlin.

El crítico del New York Times Christopher Lehmann-Haupt escribió lo siguiente: «El libro me cautivó, me agarró por las solapas y me obligó a sentarme en mi butaca, sin moverme de allí, fascinado hasta el final. Lo que hace de Khrushchev Remembers un libro irresistible de leer es la actitud directa y mordaz de su autor.»

A comienzos de septiembre de 1971 Kruschev sufrió un ataque al corazón y fue trasladado al hospital. Poco después, el día 11 del mismo mes, falleció. El viejo bolchevique tenía setenta y siete años.

Ninguno de sus antiguos camaradas asistió al funeral. Fue enterrado sin ceremonia rodeado por un pelotón de soldados del ejército rojo, quienes no estaban ahí precisamente para rendir honores a su antiguo jefe supremo, sino más bien para mantener a sus deudos a

una distancia respetable. El hombre que había gobernado la Unión Soviética durante una década acabó viviendo y muriendo como un don nadie y lo seguiría siendo hasta finales de los ochenta, cuando el presidente Gorbachov, quien se veía a sí mismo como heredero del espíritu reformista de Kruschev, hizo resucitar su recuerdo.

Pravda informó del luctuoso suceso en una noticia que no ocupaba más de un par de líneas; sin embargo, la prensa americana fue mucho más generosa. El New York Times publicó media docena de artículos, incluyendo el de un veterano corresponsal en Moscú, Harry Schwartz, titulado «Ahora sabemos que fue uno de los grandes». Kruschev fue un demagogo que llevó al mundo al borde de una guerra nuclear durante la crisis de los misiles en Cuba, resumía Schwartz, pero era el hombre que indudablemente había transformado la Unión Soviética: «Trajo aire fresco e ideas frescas, propició cambios que, como el tiempo ha demostrado, han resultado irreversibles y esenciales.»

«Era una persona de verdad, no un tirano, no un fanático, no un autómata, no un sacerdote», se leía en un editorial del Washington Post. «Era, en un sentido especial de la palabra, un gran hombre.»

La muerte de Kruschev proporcionó a esos reporteros que cubrieron aquella «extravagancia surrealista» que fue su turné de 1959 por América la oportunidad de recuperar algunos de sus recuerdos. «Nadie ha visto jamás sufrir tanto a un estadista por una frustración como cuando Kruschev soltó lágrimas de pena y rabia por no poder ir a Disneylandia», escribía Harrison Salisbury en el Times. «Aunque también es cierto que ningún otro estadista del mundo se hubiera atrevido a amenazar en público a Henry Cabott Lodge con mandar a América sus misiles si este no intercedía ante sus superiores para que sus anfitriones le trataran con mayor cortesía.»

En el Post, Chalmer Roberts evocaba los cabreos de Kruschev en Los Ángeles y sus tonterías en el tren camino de San Francisco. «Era un maestro del teatreo, se ponía furioso, se echaba a reír, podía ser encantador u odioso a su antojo, pero todo estaba calculado, todo tenía siempre su objetivo concreto.» Pero Roberts creía que en aquel viaje había habido algo más que teatro: «El tour americano de Nikita Kruschev fue uno de los viajes más profundamente relevantes que un estadista había emprendido hasta la fecha. Kruschev nunca lo admitiría; pero, tras conocer América, sus ideas sobre nuestro

país, nuestra fuerza y nuestra capacidad como pueblo cambiaron para siempre.»

Si el viaje le enseñó más de una cosa a Kruschev sobre los Estados Unidos, hubo algo que América también aprendió de Kruschev: su más odiado enemigo era un hombre y no un monstruo, un hombre que podía ser divertido, educado, odioso y temible, a veces todo ello al mismo tiempo, pero un hombre al fin y al cabo.

Quizá otro de los efectos que causó la visita fue mucho más sutil. El espectáculo surrealista de ver a un dictador en poder de un generoso arsenal de armas nucleares dando zapatazos sobre una mesa o pillando un buen enfado por lo de Disneylandia contribuyó a crear una inconmensurable, aunque muy palpable, sensación de que el mundo se había vuelto loco, de que un chalado cualquiera podía aniquilar en un santiamén la humanidad entera de la manera más tonta. Esta sensación se hizo muy patente en el humor negro de moda en la América de principios de los sesenta: Joseph Heller y su novela en forma de cómic, Trampa-22, en 1961; la novela de Kurt Vonnegut sobre el fin del mundo, Cuna de gato, en 1963, y la comedia cinematográfica ¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú de Stanley Kubrick, en 1964.

De hecho Kubrick tomó prestada para su película una de las anécdotas de Kruschev. Recordemos que en 1960 el premier hizo pasar un buen rato al Soviet Supremo pasando lista a los peculiares enseres que formaban el kit de supervivencia de Francis Gary Powers. Recordemos que había 7.500 rublos, dos docenas de monedas de oro y siete anillos de mujer y que Kruschev añadió por su parte: «¡Quizá nuestro amigo el piloto quería volar aún más alto, quién sabe si a Marte, e intentar allí seducir a las marcianitas!» Pues bien, en ¿Teléfono rojo? Slim Pickens, que hacía el papel de piloto de un bombardero camino a Rusia, también pasa revista a su peculiar pack: «Cien dólares en rublos, cien dólares en oro, cinco cajas de chicles, una caja de preservativos, tres pares de medias de nylon.» Después añadía: «¡Joder, con lo que hay aquí podría pasarme un buen fin de semana en Las Vegas con una tipa de bandera!»

El día en que murió Kruschev, el presidente de los Estados Unidos no era otro que «el hijoputa» de Richard Nixon, su gran enemigo.

Pero la verdad es que los dos hombres tuvieron mucho en común. Como Kruschev, Nixon sería protagonista de un viaje diplomático que asombró al mundo, la visita a Mao Zedong en China en 1972. Como Kruschev, Nixon fue apartado de su cargo por políticos de inferior rango a causa de su mala conducta. Como Kruschev, Nixon alivió la melancolía de su retiro escribiendo sus memorias: en Líderes describió a Kruschev como alguien «dominado por un profundo sentimiento de inferioridad», algo que también podría sin duda decirse de quien lo retrató.

No hubo ningún otro americano al que Kruschev conociera en sus viajes que llegara a subir tan alto ni llegara a descender tan bajo como lo hizo Nixon. Pero la vida empujó a muchos otros por caminos impensables, que para eso es la vida. Ejemplos a continuación.

Henry Cabot Lodge llegó a ser embajador del presidente Kennedy en Vietnam del Sur en 1963. Allí contribuyó meses después de manera decisiva a derrocar al corrupto presidente del país, Ngo Dinh Diem. Mientras el golpe de estado tenía lugar, Diem pidió a Lodge ayuda. Lodge le respondió que no se preocupara y que volviera a llamarle en caso de que temiera por su seguridad. Al día siguiente Diem estaba muerto. Desgraciadamente, los generales vietnamitas que lo sustituyeron no demostraron más eficacia en la guerra contra los vecinos comunistas del norte. En la rueda de prensa que ofreció antes de abandonar Vietnam en 1967, Lodge se atrevió a predecir el futuro de su enemigo: «Ni pueden ganar ni nadie podrá echarnos de aquí.» Se equivocó en ambas cosas.

Roswell Garst, el gurú del maíz de Kruschev y uno de los mayores charlatanes de su tiempo, contrajo un cáncer de las cuerdas vocales en 1962 y no pudo volver a hablar. Un año después compró un aparato de voz artificial que le permitiría, aunque con un cierto acento robótico, recuperar esa facultad. Y siguió hablando, fundamentalmente sobre maíz, hasta su muerte en 1977.

El alcalde de Los Ángeles, Norris Poulson, fracasó en su intento de ser reelegido en 1961, aunque al final su mayor fracaso político no fue lo de Kruschev, sino la basura. Poulson organizó un sistema de recogida de basuras que requería dos cubos: uno para reciclables; otro para no-reciclables. Su oponente, Sam Yorty, defendió la tesis

de que eso de que una ama de casa tuviera que escarbar en la basura para clasificarla era algo humillante para una ama de casa, así que defendió como un punto de su programa la praxis del cubo único. Yorty ganó.

Francis Gary Powers fue liberado en 1962 gracias a un intercambio por un espía soviético preso en los Estados Unidos. Unos meses después de volver a casa, Powers se divorció de su esposa Bárbara, quien se vengó de él como Dios manda contando en sus memorias, Spy Wife, todo lo que quiso contar, incluida la lúbrica escena en Lubyanka. Powers volvió a casarse y se estableció en Los Ángeles. Allí trabajó como piloto de helicóptero para la KNBC-TV, cubriendo atascos de tráfico y accidentes de coche. Murió en 1977, cuando su aparato fue a parar al suelo en un campo de béisbol en Encino.

En 1985, a la edad de 85 años, el secretario de Agricultura, Ezra Taft Benson, el mismo que agarrara un pavo por el cuello para pasárselo a Kruschev en Beltsville, se convirtió en «presidente, profeta, vidente y revelador» de los mormones. Se mantuvo en el cargo hasta 1994, aunque había perdido desde hacía tiempo la capacidad de andar, hablar, comer y vestirse él solo y reconocer a sus familiares, una situación que hizo que su nieto lo comparara en público con los líderes de la URSS.

Marilyn Monroe, que tanto impresionara a Kruschev en su visita a Hollywood, murió de una sobredosis de pastillas para dormir en 1962.

Dorothy Kilgallen, quien tantas y tantas burlas hiciera a propósito del «estiloso» vestuario de Nina Kruschev, falleció por la misma causa que Marilyn en 1967.

Ronald Reagan, el actor que rechazó acudir a la comida que Hollywood ofreció a Kruschev, fue elegido presidente e invitó al premier Gorbachov a visitar América. «Cuando venga le daré un paseo en helicóptero sobre Los Ángeles», declaró imitando inconscientemente a Eisenhower. «Quiero que vea todas esas pequeñas casas con piscina y decirle: “¡Estas son las casas que tenemos aquí para nuestros trabajadores!”»

Shirley MacLaine, quien bailó cancán para Kruschev, ganó en 1983

un Óscar por su papel en La fuerza del cariño. También escribió varios volúmenes de memorias, en las que dio cuenta no solo de su vida presente sino también de una inagotable serie de vidas pasadas, dada su fe en la reencarnación: bailarina de un harén, mono, doncella mora, sacerdotisa brasileña de vudú, izquierdista americana y amante de Carlomagno entre otras cosas.

«Aquellos días me reí mucho», contaba en una entrevista en 1985.

«¿Puede saberse por qué?»

«Está muy claro: la vida es una broma cósmica.»

Frank Sinatra, partenaire de la MacLaine en Can-Can, siguió grabando canciones de éxito, una de las cuales tuvo un efecto inesperado en el desarrollo de la Guerra Fría. «My Way», una encendida oda al individualismo, se convirtió en su emblema. Famosa en todo el mundo, en octubre de 1989, cuando Polonia y Hungría comenzaron a desgajarse del bloque soviético, cierto reportero preguntó al secretario de Prensa ruso, Gennadi Gerasimov, si Gorbachov recurriría a la doctrina Breznev, una declaración de 1968 por la que la Unión Soviética estaba autorizada al uso de la fuerza en caso de amenaza al comunismo e invadiría esos dos países.

«¿Conoce “My Way”, la canción de Sinatra?», replicó Gerasimov. «Hungría y Polonia lo están haciendo a su manera. Ahora aquí todos seguimos la doctrina Sinatra.»

La noticia de que la doctrina Sinatra había reemplazado a la doctrina Breznev dio fuerzas a los disidentes repartidos por todo el imperio soviético. A finales de 1989 los gobiernos comunistas del este de Europa habían caído, y los berlineses se lanzaron exultantes a la calle cada uno con un martillo dispuestos a derribar el muro y convertirlo finalmente en pequeños trocitos de hormigón, suvenires incomparables para turistas.

Las repúblicas soviéticas de Letonia, Lituania y Estonia también optaron por hacer las cosas a su manera. En 1999 la Unión Soviética ya estaba dividida en quince países distintos.

El día de Navidad de 1991, Gorbachov llamó al presidente George H. W. Bush para felicitarle las fiestas. Después fue a buscar una pluma y firmó un documento que daba fin de forma oficial a la anteriormente conocida como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Por lo que se ve, la pluma no tenía tinta, así que tuvo que pedirla prestada a un miembro de la CNN que cubría el evento. Esta pluma sí sirvió. La Unión Soviética había muerto a la edad de setenta y cuatro años.

Dieciséis años más tarde, en 2007, como si de una confirmación visual del triunfo del capitalismo se tratara, Gorbachov aparecía en los anuncios de Louis Vutton. En ellos podía verse al anterior premier soviético en el asiento trasero de una limusina con una bolsa de viaje de la marca contemplando por la ventana los restos del otrora muro berlinés.

Durante su recorrido por los Estados Unidos en 1959, Nikita Kruschev advertía constantemente a los americanos que le quisieran oír que sus nietos vivirían bajo el comunismo. Pero tal y como acabaron las cosas, fueron sus nietos quienes acabaron viviendo en un régimen capitalista, unos en Rusia, otros en América. En 1991, su hijo Sergei se trasladó a Providence, en Rhode Island, donde pasó a formar parte del claustro del Institute for International Studies Thomas Watson, de la Universidad de Brown, un centro fundado por el anfitrión de Kruschev en la fascinante cafetería autoservicio de IBM en 1959. Sergei contempló desde allí el fin de su patria. En 1999, tanto él como su esposa adoptaron la nacionalidad norteamericana. Unos días después, un periodista preguntaba a Sergei qué era lo que le gustaba de América.

«Me gustan las Home Depot», dijo.

«Por qué.»

«Porque en esas tiendas puedes comprar de todo. Llegas allí y hay todo lo que puedas imaginar.»

Yo conocí personalmente a Sergei en 2006, cuando participó en un congreso sobre la Guerra Fría en los National Archives. Se parecía mucho a su padre. En ese mismo día también estaba programada la intervención de Susan Eisenhower, quien conociera a Nikita

Kruschev cuando este visitó la granja de su abuelo Ike en Gettysburg en 1959. Susan era consultora en una firma internacional de negocios. No sin cierta sorna hizo saber al público que Sergei era ahora un ciudadano americano residente en Rhode Island, mientras ella se había casado con un ruso y repartía su vida entre Washington y Moscú.

Tras el simposio pude entrevistar a Sergei, y él, a su vez, me invitó amablemente a su casa de Providence para ver las películas del viaje que había realizado casi cincuenta años atrás. Allí me presenté poco después de Navidad, con un plato de galletas que había hecho mi mujer. Él me recogió en el aeropuerto con dos sándwiches de salami y queso. Me llevó hasta su despacho en Brown. De las paredes colgaban una docena de portadas de revistas con la foto de su padre. En su mesa había una taza de café adornada con la bandera americana. Nos dispusimos a ver sus grabaciones caseras, que ahora había formateado en DVD, y allí estuvimos los dos comiendo sándwiches y galletas mientras las veíamos. En ellas estaba todo lo que a Sergei le había parecido curioso de la América de 1959, todo lo que estaba seguro que nunca vería al volver a casa: cabinas de peaje, nudos de autopistas, policías en motocicleta, anuncios de neón y un sinfín de vallas publicitarias.

«Nunca habíamos visto nada parecido; todo era nuevo para nosotros», me dijo. «Se parecía mucho a cuando Cristóbal Colón llegó al Nuevo Mundo.»

Después de haber vivido en América ya más de quince años, Sergei se lamentaba de que sus colegas americanos parecían recordar de su padre solo una cosa: los zapatazos en la ONU.

El biógrafo de Kruschev, William Taubman, también había notado lo mismo. «Si se pregunta a la mayor parte de los occidentales, e incluso a bastantes rusos, por el hombre que sucedió a Stalin y se atrevió a denunciarlo, que rigió los destinos de la URSS durante una década y llevó al mundo al borde de una guerra nuclear en Cuba, lo que más recuerdan de él es su zapato.»

Como diría Shirley MacLaine, «La vida es una broma cósmica».

«Kruschev da golpes con su zapato» es una frase que evoca una

imagen mental tan viva que muchos americanos creen firmemente haberla visto con sus propios ojos. La verdad es que ninguna cámara captó el suceso y que la única fotografía existente muestra el zapato encima de su mesa, cuando ya había dejado de dar martillazos con él. Pero la gente está totalmente convencida de haberlo visto en vivo y en directo en la pantalla de su casa.

«Cada vez que doy una conferencia me preguntan por lo del zapato», me dijo Sergei. «Suelo pedir a los presentes que levanten la mano si lo vieron, y muchos lo hacen. De verdad creen haberlo visto.»

El zapato de Kruschev ha pasado a convertirse en un icono de la Guerra Fría, un símbolo no solo del mal genio de un hombre, sino de la extraña locura que se apoderó de unos tiempos en los que, por primera vez en su historia, los seres humanos, esos brutos, cabreados e irracionales seres humanos, tuvieron en sus manos el poder de reducir a cenizas la civilización.

«Un zapato golpeando una mesa es el sonido que representa la Guerra "Fría", como el disparo de una pistola es el sonido de una guerra "caliente"», escribió Nina L. Kruscheva, la nieta del dictador, en un ensayo publicado en 2000. Kruscheva, hija de Yulia, hija a su vez de Nikita, obtuvo el doctorado en literatura comparada en Princeton en 1998. Dos años después escribió un estudio semiótico sobre el famoso incidente del zapato, en el que vino a concluir que su perdurabilidad radica en que resume a la perfección el espíritu de la época: «La mejor anécdota es siempre la que refleja la moralidad y el carácter de un tiempo concreto. El incidente del zapato se convirtió en un poderoso símbolo de la Guerra Fría, probablemente la única guerra en la que el miedo y el humor coexistieron pacíficamente.»

Hoy día, el zapato de Kruschev forma parte de la cultura popular. Dio lugar a una pregunta de medio millón de dólares en la edición americana de ¿Quién quiere ser millonario?; también fue la inspiración de un manual de oratoria*. Aunque suene irónico, una versión burlesca de la misma historia se convirtió en el motivo principal de un best-seller para aspirantes a millonarios. Hablamos de Mark McCormack y su What They Don't Teach You at Harvard Business School (Lo que no enseñan en la escuela de negocios de

Harvard): «La ira y otras emociones violentas pueden ser unas adecuadas herramientas para hacer negocios, pero solo si se usan de modo calculado», escribe McCormack. «Leí en algún sitio que una foto del histórico golpeteo de zapato de Kruschev en la ONU revelaba que él llevaba sus dos zapatos puestos. ¿Es que tenía un tercero solo para aporrear la mesa con él? Eso se llama venir preparado.»

Por supuesto, tal fotografía no existe, y no hubo tal tercer zapato, pero a nadie se le escapa que las leyendas tienen más fuerza que la simple realidad.

Como leyendas que son, muchas versiones de aquel show del zapato resultan considerablemente más inofensivas que otras. O sea, que todo podía haber sido peor. En 1982, la prestigiosa revista literaria Paris Review publicó una versión como mínimo sorprendente de la turné de 1959. Se titulaba «Ike y Nina» y estaba firmada por cierto profesor que usaba como seudónimo «Paderewski», quien a su vez afirmaba haber trabajado como asistente en la Casa Blanca durante la visita.

«Mi único interés en darme a conocer después de tantos años», escribió, «es proporcionar a las generaciones venideras una visión más iluminadora de todo lo que sucedió en aquellos días de zozobra».

Tras un comienzo inofensivo, Paderewski se decide a dejar caer la bomba: él mismo habría celestineado en favor de una «amistad peligrosa» entre Dwight Eisenhower y Nina Kruschev, una relación ilícita que se habría consumado en el asiento de atrás de una limusina mientras él conducía a los amantes de paseo por las calles de Washington.

Según Paderewski, Kruschev se habría enterado del asunto después, en Los Ángeles. Esta sería entonces la verdadera razón de que el premier pillara sus famosos cabreos, de que se comportara de modo tan desagradable en Camp David y de que cancelara la visita de Ike a Moscú.

Tal y como su autor prometía, la insuperable historia de Paderewski arrojaba sin duda una luz muy clarificadora sobre muchos de los

hasta entonces inexplicables acontecimientos que dominaron la Guerra Fría. De golpe, la extraña conducta de Kruschev en América podría cobrar algún sentido.

Desgraciadamente, nada de todo eso era verdad. Paderewski no existió, e «Ike and Nina» fue un fraude, un fake, una broma, una historieta cómica, una chanza insolente obra del novelista T. Coraghessan Boyle.

Ciertamente los viajes de Nikita Kruschev a los Estados Unidos fueron estrafalarios, pero no lo fueron tanto , o al menos no lo fueron en ese sentido.

Notas al pie

* Existe una traducción al español de Jorge Edwards, publicada por la editorial Euros, Barcelona, 1975.

* Roy Underhill, Khrushchev’s Shoe: And Other Ways to Captivate an Audience of 1 to 1000, New York, Perseus, 2000.

Agradecimientos

Ha habido muchas personas que me han ayudado a escribir este libro de manera amable y generosa. Llega el momento de darles las gracias.

Mary McGrory, Chalmerts Roberts, Daniel Schorr, Murray Kempton, Ben Bradlee, Alexander Akalovsky, Susan Eisenhower, John Jay Daly y Sergei Kruschev me ofrecieron la oportunidad de compartir conmigo sus recuerdos sobre los viajes de Kruschev.

Miriam Kleiman me sirvió de guía por los intrincados estantes de los National Archives. Timothy Naftali, de la Nixon Library, sacó a la luz antiguos documentos y me los envió por email. Mis amigos del Departamento de Publicaciones Periódicas de la Librería del Congreso extrajeron para mí de las profundidades un sin número de viejos periódicos, además de, siempre con mucho sentido del humor, poner a punto las viejas máquinas de microfilms que ya estaban rotas. Charles «Stu» Kennedy, genio fundador de la Foreign Affairs Oral History Collection, me proporcionó entrevistas con diplomáticos que conocieron personalmente a Kruschev. Mi querida suegra, Beatrice Oehl, me acogió generosamente durante las ocasiones en las que tuve que desplazarme a Nueva York para investigar tantos y tantos asuntos y detalles. Jerry O'Brien, un barbero-investigador, compartió conmigo su enorme cantidad de libros sobre Marilyn Monroe y sobre J. Edgar Hoover. Jerry está orgulloso de poseer el corsé ortopédico de Hoover, que cuelga en la pared de su barbería, la Yanki Clipper, en Rockville, Maryland, junto con una buena galería de fotos de Marilyn.

Mi agente literario, Scott Mendel, presentó la propuesta de este peculiar libro a Clive Priddle, editor de PublicAffairs, quien de inmediato la aceptó y se sumó al proyecto. Niki Papadopoulos, un editor entusiasta y vigoroso como ya no los hay, me señaló los peores defectos de mi prosa y me pidió que hiciera algo al respecto, algo que abrevió un tanto el libro y mejorara su calidad. La editora Chrisona Schmidt pulió el estilo, y Megan Holobowicz elaboró el índice.

Mi vecino, Dennis Ruggieri, fabricó con sus propias manos la mesa sobre la que escribí el libro. Mis amigos, Todd Ruby, Peter Coras y Sisie y George Spangler acudieron al rescate en las muchas ocasiones en que entre mi ordenador y yo estallaron conflictos. George Ramick es el autor de mi retrato de la solapa, una tarea que no fue nada fácil. Mis hijas, Caitlin y Emily, nunca dejaron de animarme y hacerme reír.

Tuve la suerte y el privilegio de permanecer veintidós años escribiendo para uno de los mejores periódicos del mundo, el Washington Post, y me gustaría agradecer a Ben Bradlee que me contratara. También estoy agradecido a mucha más gente del Post que me enseñó no solo a escribir, sino también cómo es este mundo: Len Downie, Jay Lovinger, Steve Petranek, Henry Allen, Jeanne McManus, Walt Harrington, David Finkel, Peter Perl, Deborah Herad, Paul Richard, Steve Coll, Lynn Medford, Steve Reiss, Linton Weeks, John Cotter, Bill O'Brian, Bob Thopmson, David Von Drehle, David Broder, Eddy Palanzo, John McDonnell, Gene Robinson, Joel Garreau, Michael Powell, Ann Gerhart, Hank Stuever, Gene Weingarten, Tom Frail, Laura Stepp, Al Kamen, Steve Hunter, Rose Jacobius, Michael Williamson, Neely Tucker, Tom Shoder y muchos otros más. Me pasaré el resto de mi vida dándome puñetazos por haber olvidado a más de uno.

Pero sobre todo deseo agradecer a mi esposa, Kathy Oehl, quien, como ha hecho siempre, ha estado a mi lado animándome, leyendo unos borradores impresentables, ofreciéndome su sabio consejo y escuchando pacientemente a su marido, un obseso que hablaba y hablaba sin pausa sobre un tal Kruschev que había hecho no-sé-qué viaje. Una dura prueba para alguien que treinta años antes nunca habría imaginado las consecuencias de lo que pasa cuando una mujer se planta toda animosa ante un juez o un cura con un tipo a su lado y pronuncia una frase que quizá no le reporte en el futuro nada bueno: «Sí quiero.»

Sobre las fuentes

A pesar de su indiscutible carácter esperpéntico, ¡ Kruschev se cabrea! cuenta una historia real. Todos los hechos y citas son fieles a la verdad, o al menos tan fieles como lo permite el hecho de que hayan pasado cincuenta años desde que ocurriera todo lo que aquí se cuenta. Mi propósito ha sido escribir sobre ello en un estilo coloquial y accesible a la mayoría, sin exagerar o novelar nada. ¿Para qué molestarse? Lo real ya superaba en imaginación a lo que yo pudiera inventar. No soy un historiador y tampoco he intentado escribir un libro «definitivo» o «científico», así que no he creído necesario añadir continuas anotaciones o referencias en las que cotejar lo que aquí les cuento. Pero también creo que el lector curioso tiene derecho a saber cuáles han sido mis fuentes.

Tal y como he dicho en el prólogo, hice cientos de fotocopias de los artículos de prensa sobre el viaje de Kruschev en 1959 que encontré en los archivos de Time-Life. Después examiné los archivos en microfilm del Washington Post, Washington Star, New York Times, New York Daily News, New York Journal-American, Los Angeles Times, San Francisco Chronicle, Des Moines Register y del Pittsburgh Post-Gazette. En todos ellos encontré anécdotas extraordinarias y detalles enormemente reveladores. Lo mismo pasó con las crónicas de las revistas Time, Newsweek y Life. Las citas provenientes de la prensa extranjera, incluida la soviética, proceden de periódicos y revistas americanas.

Junto a los incontables testimonios de la prensa, también he contado con las memorias de aquellos que participaron o fueron testigos de los eventos aquí narrados:

Wiley T. Buchanan, Red Carpet at the White House (Dutton, 1964).

Dwight D. Eisenhower, Waging Peace (Doubleday, 1965).

John S. D. Eisenhower, Strictly Personal (Doubleday, 1974).

William R. Hearst et al., Ask Me Anything (McGraw-Hill, 1960).

Sergei Kruschev, Khrushcehv on Khruschev (Little Brown, 1990); Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower (Pennsylvania State University Press, 2000).

Henry Cabot Lodge, The Storm Has Many Eyes (Norton, 1973).

Robert Murphy, Diplomat Among Warriors (Doubleday, 1964).

Richard Nixon, Six Crises (Doubleday, 1962); Seis crisis, Barcelona, Plaza y Janés, 1965; Leaders (Warner Books, 1982); Líderes, trad. Inés de la Torre, Madrid, Torres de Papel, 2015.

Barbara Powers, Spy Wife (Pyramid, 1965).

Chalmers Roberts, First Rough Draft (Praeger, 1973).

Victor G. Reuther, The Brothers Reuther (Houghton Mifflin, 1976).

William Safire, Before the Fall (Doubleday, 1975).

Harrison E, Salisbury, A Journey of Our Times (Harper & Row, 1983).

Arkady Shevchenko, Breaking with Moscow (Knopf, 1985).

Thomas J. Watson Jr., Father, Son & Co. (Bantam, 1990).

Por supuesto, he utilizado también las memorias de Nikita Kruschev, dictadas en un magnetofón y publicadas en diferentes versiones a lo largo de los años. Khurshchev Remembers, traducidas por Strobe Talbott y publicadas por Little, Brown en dos volúmenes: Khrushchev Remembers (1970) y Khrushchev Remembers: The Last Testament (1974), que incluyen los recuerdos de sus dos viajes a América y del viaje de Nixon a Moscú. Unas décadas después, Sergei Khrushchev editó la traducción que hiciera George Shriver en tres volúmenes de las memorias, con el título Memoirs of Nikita Khrushchev. El volumen 3, Statesman (2007), contiene el material de los viajes de Kruschev a América. En general, la traducción de

Talbott es más sencilla y aguda, mientras que la de Shriver incluye mucho material que no aparece en la de Talbott. He extraído citas de las dos versiones. En español existen dos ediciones: Nikita recuerda (trad. José Luis Díaz, Madrid, Prensa Española, 1970); y Memorias (trad. Jorge Edwards, Madrid, Euro, 1975).

Mi librería está a reventar de otros muchos libros que me ayudaron en mi investigación. Hablaré de algunos. Face to Face with America es una visión del viaje escrita por doce periodistas soviéticos y publicada por el propio gobierno, que proporciona su punto de vista sobre lo sucedido. El libro de Michael R. Beschloss, Mayday: Eisenhower, Khrushchev and the U-2 Affair (Harper & Row, 1986), contiene magníficas ideas sobre la crisis de los aviones espía y la visita de 1959. William Taubmann ganó el Pulitzer con su biografía Khrushchev: El hombre y su época (trad. Paloma Gil, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005), y constituye un retrato extraordinario de un hombre difícil de retratar. Khrushchev's Cold War, de Alexander Fursenko y Timothy Naftali (Norton, 2006), proporciona muchas informaciones adicionales sobre la política exterior del premier ruso; de él obtuve lo sucedido con las radicaciones en la habitación de Nixon en Moscú. Muchos otros libros ofrecen valiosos datos y opiniones sobre la Guerra Fría. Destacan Posguerra: una historia de Europa desde 1945, de Tony Judt (trad. Jesús Cuellar-Victoria Gordo, Madrid, Taurus); The Fifties, de David Halberstam (Villard, 1993); Reds: MacCarthysm in Twentieth Century America, de Ted Morgan; The Day After World War III, de Edward Zuckerman (Avon, 1987), y La Guerra Fría, de John Lewis Gaddis (trad. Catalina Martínez, Barcelona, RBA, 2008), de donde procede la idea del propio Gaddis de llamar al tour de Kruschev «extravagancia surrealista». También puede encontrarse mucha información muy valiosa y enormemente entretenida sobre lo que podría denominarse la «cultura» de la Guerra Fría en la web www.conelrad.com.

También puede resultar de utilidad la lectura de las biografías de otros personajes que protagonizaron esta historia: Nixon: The Education of a Policitian, de Stephen E. Ambrose (Touchstone, 1987); Eisenhower: The President, también de Ambrose (Simon & Schuster, 1984); Roswell Garst, de Harold Lee (Iowa State University, 1984), y Henry Cabot Lodge, de William J. Miller

(Heineman, 1967), de donde extraje el enigmático chiste sobre los vendedores judíos que Kruschev contó a Lodge en el tren a Nueva York. Legend: The Life and Legend of Marilyn Monroe, de Fred Lawrence Guiles (Stein & Day, 1984), revela interesantes detalles sobre el complicado ritual de vestuario y maquillaje con el que la Monroe se dispuso a conocer a Kruschev.

Menos algunas palabras («okay» era su favorita), Nikita Kruschev habló siempre y solo en ruso durante sus viajes. Las traducciones corrieron a cargo de diferentes personas, entre ellas los intérpretes oficiales soviéticos y americanos y algunos reporteros. Esto hace lógico que existan ciertas discrepancias en las citas según las fuentes. En 1960, Croscurrents Press publicó las traducciones oficiales soviéticas de los discursos y ruedas de prensa más importantes de Kruschev durante sus dos viajes en dos libros: Kruschev in America y Kruschev in New York. Estos trabajos son muy valiosos, pero tienen sus puntos débiles, ya que omiten o suavizan algunas de las declaraciones más «animadas» de su protagonista. Por suerte contamos con la ayuda de algunos de los reporteros que cubrieron los acontecimientos, entre los cuales destacan de manera relevante Harrison Salisbury, del New York Times, y Thomas P. Whitney, del Washington Post, quienes dominaban con fluidez el ruso y proporcionaron en sus columnas o reportajes diarios sus propias traducciones. Mi opción ha sido cotejar todas las versiones disponibles de cada cita y usar la que me ha parecido más apropiada.

En el archivo oficial de los documentos del Departamento de Estado, Foreign Relations of the United States, vol. 10 (1958-1960), pueden encontrarse gran cantidad de memorándums y crónicas de las reuniones diplomáticas que cito en el libro, incluida la enorme cantidad de cables diarios que Lodge y su intérprete, Alex Akalovsky, enviaban a sus superiores dando cuenta de la marcha del viaje de 1959. Algunos de esos cables no aparecían, pero fueron finalmente desclasificados y están disponibles en los archivos del Departamento de Estado (núm. 033.6111), en los National Archives, en College Park, Maryland. Estos archivos contienen también numerosos recortes de prensa, además de cartas que políticos, diplomáticos y ciudadanos privados dirigieron al departamento, incluidas las invitaciones cursadas con el objeto de convencer a

Kruschev de que visitara particulares o instituciones.

Quizá la parte más divertida de mi trabajo fue sentarme frente al televisor del Paley Center for Media de Nueva York y ver horas y horas de grabaciones de la cobertura mediática de los viajes. Este centro posee la película completa del debate Nixon-Kruschev en Moscú, además del documental de la KTLA-TV que recoge a Kruschev gozando-sufriendo en la filmación de Can-Can.

Es una pena que muchos de los protagonistas de los sucesos narrados en este libro hubieran muerto ya antes de que yo comenzara mi labor de investigación. Aun así, tuve la fortuna de poder entrevistar a Chalmers Roberts, Murray Kempton, Mary McGrory, Daniel Schorr, Alexander Akalovsky, John Jay Daly, Susan Eisenhower y, por supuesto, Sergei Kruschev. Estoy en deuda con todos ellos por compartir su tiempo y sus conocimientos conmigo. También me he servido de las entrevistas con Vladimir Toumanoff y Richard Townsed Davies realizadas por la Foreign Affairs Oral History Collection de la Association for Diplomatic Studies. Pueden encontrarse en la web de la Biblioteca del Congreso.

Eso es todo. Espero que toda esta enumeración de mis fuentes puedan haber satisfecho a los lectores. No obstante, si usted es alguien con mayor curiosidad (o escepticismo) y desea encontrar mucha más información, puede contactar conmigo en la dirección kblowstop@gmail.com. Podría perfectamente escribirme diciendo: «Eh, oiga, sabiondo historiador, ¿qué podría decirme de lo que Edward G. Robinson y Judy Garland hablaron exactamente en su mesa durante el almuerzo de Kruschev con las estrellas de Hollywood?» Entonces yo le respondería amablemente que Philip K. Scheuer, de la sección de cine de Los Angeles Times, estaba precisamente sentado allí con ellos, en la mesa 18, y contó lo sucedido en una crónica titulada «Star Shines in Sunshine for Visitor», que el Times publicó al día siguiente, 20 de septiembre de 1959.

Y para acabar, como le gusta decir al gran humorista americano Dave Barry, les ruego tengan muy presente que por muy surrealista que pueda parecer lo que aquí han leído, «I'm not making this up», yo no me he inventado nada.